







MARTIRES,

DE LA RELIGION CRISTIANA.

ESCONDIDA.



MARTIRES.

DEL VIZCONDE CHATEAUBRIAND.

MARTIRES,

O EL TIEMPO

DE LA RELIGION CRISTIANA,

POEMA.

1801

Esta obra es propiedad del Traductor.

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO

1801

LOS
MÁRTIRES.
POEMA
DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

PUESTO EN VERSO

POR EL D. D. JESÚS BARBACERO.

Tomo primero.



Librería de Don Alfo

BURGOS: 1843.

IMPRENTA DE DON SERGIO DE VILLANUEVA.
(Editor)

MARTIN.

PRIME

DEL VISCONDE DE CASTELLBRUNO.

LIBRO PRIMERO.

DE DON J. D. VASCO GARCERAN.

Tomo primero.



IMPRESA DE DON J. D. VASCO GARCERAN.

(Encomendado al cuidado de don J. D. VASCO GARCERAN.)

PROLOGO.

Dos cuestiones se han controvertido hasta el día, y las dos han sido resueltas por el Sr. Vizconde de Chateaubriand. La primera, si la Religión cristiana es mas favorable que el paganismo para la espresion de caractéres y para el juego de las pasiones en la epopeya; y si lo maravilloso de esta Religión puede competir con lo maravilloso tomado de la mitología. La segunda, si es el verso un atributo esencial de la poesía, ó si puede haber poemas en prosa.

*El ilustre autor de los **Mártires** ha determinado la cuestion primera, ofreciéndonos el modelo de un poema cristiano, en que juegan actores de una y otra religion. Esta idea le ha abierto campo vasto para manifestar las bellezas propias de cada una, encerrando en un mismo cuadro la moral, los sacrificios y la pompa de ambos cultos. Las fábulas mitológicas que desfiguran el bello poema de Camoens, vienen aquí naturalmente por convenir al asunto y al teatro en que pasa la accion; lo real del cristianismo alterna con lo ideal de la mitología; el language del Génesis se hace oír juntamente con el de la Odisea, y la poesía*

cristiana compite con la pagana. Pero á pesar de todos los adornos con que el autor ha sabido engalanar las fábulas del gentilismo, el paralelo resulta siempre ventajoso á la Religión cristiana, verificándose en esto lo que, hablando de la música, se dice en el canto segundo:

Como vence la música cristiana

La débil espresion de la pagana.

*La segunda cuestion, si el verso es esencial á la poesia, la teniamos ya resuelta con los poemas del Telémarco, del Gonzalo de Córdoba y del Quijote; pero esta opinion recibe ahora nuevo peso con el nombre de Chateaubriand. Sus **Mártires** tienen todas las cualidades de un poema épico y de un poema perfecto. Sublimidad de objeto, unidad de accion, desendace oportuno y natural, los caracteres propios, los episodios bien traídos, las descripciones bellas, fuertes y aun terribles segun el caso; he aquí lo que constituye el fondo de la obra, y lo que la eleva al rango de verdadera epopeya. Las bellezas que hubiera podido darle la armonia del verso, se hallan compensadas en el original con la armonia de la prosa. La diction es en ella constantemente pura y elegante; el estilo grave, majestuoso y sostenido; las frases y periodos llenos, sanoros y con tal arte dispuestos que tienen cierta especie de medida poética; sus sonidos son dulces y armoniosos como los de una bella y sublime poesia.*

*No obstante, si no es el verso un atributo necesario del poema, es indudablemente el mas bello ornamento suyo. El mismo autor de los **Mártires** dice en su prefacio, repitiendo lo que habia dicho antes en el prólogo de la Atala: veinte hermosos versos de Homero, de Virgilio ó de Racine, son siempre incomparablemente superiores á la mas*

bella prosa del mundo. *He aquí una de las razones que me animaron á poner en verso el poema de los Mártires.* ¿Habré logrado poner en ellos veinte versos que puedan compararse siquiera á los de Racine? Aunque todos fueran superiores, para lo que puede haberme ayudado la majestad de la lengua, envidiaré siempre al autor la gloria de haber escrito en prosa este poema.

Pero las bellezas del estilo y las galas del lenguaje con que Chateaubriand poetizó su prosa, quedan casi enteramente desvanecidas en nuestras traducciones; y así es preciso que sea. El idioma francés se distingue del nuestro, mas que por la diferencia de las voces, por el genio de la lengua y por la construccion de las frases; así los traductores de obras francesas se ven espuestos á sacrificar la elegancia del autor por traducir literalmente, ó á ser infieles é inesactos por embellecer el estilo. Una traduccion en verso se supone desde luego que no es literal, y mucho mas en verso tan ligado como el de la octava rimada; pero si alguna cosa hace disimulable la falta de exactitud, es la ventaja que resulta de la armonía del métro. Tambien puede alcanzar á esto el privilegio que concede Horacio á los poetas. Así espero se me tolerarán algunas pequeñas alteraciones causadas por la rima, y otras tambien porque no todo lo que es bello en prosa, parece bien en verso, siendo este la piedra de toque de la verdadera poesia. Mi objeto ha sido tratar dignamente en español el asunto que su autor trató en francés, supliendo las bellezas de la prosa francesa con los encantos de la poesia castellana; pero conservando siempre los mismos rasgos característicos, para que el poema sea esencialmente el mismo.

Facil es concebir las dificultades que han debido acu-

anularse en la ejecucion de esta obra, trabajada en pais extranjero, y careciendo de libros castellanos; mas todas han sido vencidas con el teson, la constancia y el trabajo, estimulándome el desco de prestar algun servicio á mi patria. Porque tal creo que sea enviarla una obra en que se junta lo útil á lo agradable, se pinta la Religion cristiana de una manera interesante; y los preceptos de moral van acompañados del atractivo de la epopeya. Dichoso yo si logro que se reciten mis versos; dichoso si con ellos se repiten las maximas que encierran. No estará lejos de practicarlas el que así lo hiciese; porque la virtud es tan hermosa, que no se la puede contemplar sin amarla y sin excitarse á deseos de poseerla.

Al interes que ofrece esta traduccion por la novedad del verso, se añade la aclaracion de muchos pasajes que pueden parecer oscuros á varios lectores, por no tener bastante conocimiento de la mitología, de la historia sagrada y profana, y aun de algunos puntos teológicos que se tocan en un poema cristiano. A este fin se ponen á la conclusion de cada canto varias notas ilustrativas.

Algunos censores rigidos podrán tomar á desacato la idea de poner en verso lo que el célebre y nunca bien admirado Chateaubriand dejó escrito en prosa: creo deba prevenir su censura transcribiendo la carta, que por haberle hecho homenaje de una copia de mis versos, se dignó dirigirme el inmortal autor de los **Mártires**.

Paris 15 Mars 1842.

*Je suis à peine l'espagnol, monsieur l'Abbé, et je ne puis juger que par une espèce d'instinct de votre belle poésie. Vous m'avez fait trop d'honneur en traduisant les **Martyrs**, et vous leur avez donné dans votre noble langue ce qui leur manque dans mon humble prose française.*

Agreez je vous prie, monsieur l'Abbé, avec mes remerciements les plus sincères l'assurance de ma respectueuse considération.

Chateaubriand.

Paris 15 de Marzo de 1842.

*Yo apenas conozco el Español, señor Eclesiástico, y solo por una especie de instinto puedo juzgar de su bella poesía. V. me ha hecho demasiado honor en traducir los **Mártires**, y los habré dado en su noble lengua lo que les falta en mi humilde prosa francesa.*

Suplico admita V., señor Eclesiástico, con los más sinceros gracias la seguridad de mi respetuosa consideración.

Chateaubriand.

2000 年 12 月 31 日

LOS MÁRTIRES.

CANTO PRIMERO.

SUMARIO.

Exposición. Invocación. Familia de Homero. Demócoco, último descendiente de los Homéridas, Sacerdote de Homero en el templo de este poeta sobre el monte Itómo. Descripción de la Mesenia. Demócoco consagra al culto de las Musas á su hija única Cimodocceá por librarla de las persecuciones de Hierócles, Proconsul de la Acaya y favorito de Galerio. Cimodocceá va sola con su nodriza á la fiesta de Diana Limnátida; se extravía á la vuelta; encuentra á un jóven dormido á orillas de una fuente. Eudoro la guía á su casa. Marcha Demócoco con su hija á ofrecer sus dones á Eudoro y dar gracias á la familia de Lastenes.

CANTO I.

I.

NO CANTO de guerreros las victorias
Que bañándose en sangre de inocentes,
Dejaron conservadas sus memorias
En el terror y espanto de las gentes.
De dos esposos mártires las glorias
Y el triunfo que en sus muertes eminentes
Contra el abismo obtuvo el pueblo santo,
Digno objeto serán de grave canto.

II.

Musa celeste cuyo sácro aliento
 Inspiró al vate de Albion divino (1);
 Tú que en la soledad tienes asiento,
 Y en el Tabor habitas de continuo,
 Desciende, ven, enseñame el acento
 Con que sobre Sion lloró el destino
 El cantor de los Trenos, ó á porfía
 Dame del santo Rey la melodía.

III.

Y tú, Virgen del Pindo fabulosa,
 Deidad de la mentira, cuya ciencia
 De la muerte no ha sido poderosa
 A hacer asunto sério; á competencia
 Ven de la Musa sádra; y si engañosa
 Algun tiempo agravaste su dolencia,
 Si á abatirla llevaste tus deseos,
 Aumenta hoy con tu ruina sus trofeos.

IV.

Principia y dime quien fué la doncella
 Que unida en tierno lazo á un casto esposo,
 Al martirio le sigue, y con él sella
 El decreto que aclama victorioso.
 Al pueblo santo en la mortal querella
 Que Lucifer le tiene poderoso:
 Tú lo puedes decir, pues en tu suelo
 Brotó esta flor que fruto dió en el cielo.

V.

Demódoco era el vástago postrero
De la familia ilustre que tenía
En Quío el nombre del divino Homero.
Epícaris la ninfa que corría
Por el Táleo con aire mas ligero
Y en belleza y pudor sobresalía,
De sus padres en himen recibiera
Himeneo feliz si estable fuera.

VI.

Nueve veces la luna iluminára
Los ántros de los Dáctilos (2); seguida
Del caro esposo Epícaris marchára
A mirar sus rebaños sobre el Ida,
Allí en la margen de corriente clara,
Al Padre de los Dioses ofrecida,
Cimodocce nace, mas de suerte
Que su vida á la madre dá la muerte.

VII.

Así este mundo alterna la amargura
Con el placer, el llanto y la alegría.
Los menores asomos de ventura
Son síntomas que anuncian á porfía
Mayores males y de mayor dura.
Demódoco es la prueba, pues el día
Que alegre ve nacer Cimodocce
Pierde lo que ama por lo que desea.

VIII.

En vano los augures favorable
 De esta niña pronuncian el destino;
 Demódoco, al dolor inconsolable
 No mira ya las aguas del divino
 Leteo sino con pena insoportable.
 Con su hija en brazos pónese en camino,
 Y á Júpiter Tonante haciendo venia,
 Se dirige á las costas de Mesenia.

IX.

El meseniense pueblo acostumbrado
 A la desgracia, acoge al descendiente
 Del divino poeta entusiasmado.
 Al sôcro vate un templo en la pendiente
 Del monte Itômo habian levantado
 Que su renombre hiciera permanente.
 A Demódoco buscan con anhelo
 Para ser sacerdote de su Abuelo.

X.

La imâgen del poeta representa
 Un caudaloso rio, en cuyas ondas
 Hinchén la urna otros rios, sin que sienta
 Diminucion en sus corrientes hondas.
 A la vista del templo se presenta
 La célebre ciudad de Epaminondas,
 Bañada por el Pâmiso y Balira
 En que perdiera Tâmiris su lira (3).

XI.

El monte, de florestas rodeado,
 Domina una campiña dilatada,
 En que crece el ciprés de Apolo amado,
 Y la viña del olmo entrelazada.
 El fresco valle, el florido collado,
 La vega de verdura matizada,
 Los bosques convidando con su sombra
 Se estienden como bella y ancha alfombra.

XII.

A lo lejos se avistan esparcidas
 Varias ruinas de pueblos que existieron;
 De Andania aquí murallas derruidas
 Que de Mérope triste el llanto oyeron;
 De Trica allá columnas abatidas
 Que estatuas de Esculapio sostuvieron;
 Allí Feres, Steniclara y Gerenia,
 Que fueron, y no son, en la Mesenia.

XIII.

Mas lejos, á la parte del poniente,
 El anchuroso mar una barrera
 De cristal fórma, azul y transparente.
 Al otro lado está la cordillera
 De la Elide que se une hácia el oriente.
 Al Liceo y Taigetes; de manera
 Que esta comarca encierra en sí la historia
 De sus costumbres, fiestas y su gloria.

XIV.

En este ameno sitio retirado
Tres lustros ya Demódoco ofrecia
Las libaciones sácras. A su lado
La cándida Cimódoce crecía
Como jóven olivo que plantado
A orillas de la fuente, cada día
Riega y limpia el colono con desvelo,
Y el amor llega á ser de tierra y cielo.

XV.

Mas en tanto que el padre se dedica
A cultivar las gracias y el talento
Que al bello sexo eleva y deifica,
Una desgracia turba su contento;
Desgracia que le aqueja y mortifica,
Porque él fué, sin pensar, el instrumento,
Haciendo que á su hija siendo hermosa
Hierócles la desee por esposa.

XVI.

Hierócles, el malvado favorito
De Galerio, á Hierócles comparable;
Que no hay extraño crimen ni delito,
De que uno y otro no sea culpable;
De este horroroso monstruo el apetito,
Porque de Acaya el hado deplorable
Un romano Proconsul en él mira,
A esposo de la virgen tierna aspira.

XVII.

Demódoco afligido, comprendiendo
 Que el furor del Proconsul irritára
 Su justa negativa, y conociendo
 Que el tirano en los medios no repara
 En saciar sus deseos, no pudiendo
 De otro modo salvar su prenda cara
 De este funesto amor que le estremece,
 Al culto de las Musas su hija ofrece.

XVIII.

Cimodocea docil aprendía
 De su padre el deber del sácro oficio.
 Yá á buscar la becerro que debía
 Con su sangre volver al Dios propicio;
 Yá á esparcir la cebada, y cada día
 Disponer el debido sacrificio:
 El la enseña también tocar la lira
 Que al mortal infeliz pasma y admira.

XIX.

¡Cuántas veces los dos sobre un collado,
 O á la orilla del mar, con armoniosos
 Acuerdos repetían del sagrado
 Abuelo los cantares cadenciosos!
 El pueblo de Neptuno, arrebatado
 Al escuchar sus cantos melodiosos
 A la ribera en turbas acudia,
 Y á las olas con pena se volvía.

XX.

A estos varios encantos la doncella
 Junta de la modestia el ascendiente,
 Que mas que la hermosura la hace bella
 Y realza su mérito eminente.
 El trato de las musas causa en ella
 Un aire de grandeza y continente
 tan noble y tan divino, que diría
 Cualquiera ser Melpómene ó Talía.

XXI.

Una tarde del padre acompañada
 Yendo á buscar el dictamo sagrado,
 En las vueltas del monte estraviada,
 De repente aparece en un collado;
 Sorprendido el pastor que en la llanada
 Tranquilo apacentaba su ganado,
 Uno á otro pregunta: «¿No observaste
 A Nestor con la bella Policaste?» (4)

XXII.

En tanto de Diana se acercaba
 La gran festividad y ceremonia;
 Que con solemne pompa celebraba
 El pueblo en los confines de Laconia.
 Allí la ilustre Tebas ostentaba
 En competencia con Lacedemonia
 Su juventud lozana y escojida
 En dos coros distintos repartida.

XXIII.

Para guiar el coro de doncellas
 Los ancianos nombraban desde luego
 La que era mas hermosa entre las bellas.
 Semejante eleccion enciende el fuego
 De ordinario, y provoca las querellas
 Que de estos pueblos turban el sosiego:
 Mas esta vez no hay uno que no elija
 Del anciano Demódoco la hija.

XXIV.

La jóven profetisa comparece
 Al frente de las vírgenes honestas,
 Como cuando Diana se aparece
 De sus ninfas seguida en las florestas.
 Su rostro en fuego sacro resplandece,
 Y con maneras nobles y modestas,
 Respondiendo los jóvenes entona
 Los loores á la hija de Latona.

XXV.

«Cantemos, dice, con variado acento,
 »Las alabanzas de la virgen Diosa;
 »Vos, Diana tuvisteis nacimiento
 »Bajo una palma en Delos la frondosa.
 »Siete cisnes alados su contento
 »Cantaron en su lengua melodiosa;
 »Y en su memoria Apolo que lo admira,
 »Puso las siete cuerdas á la lira»

XXVI.

»Vos amais los cristales de la fuente
 »Y del bosque las verdes espesuras;
 »Vos pascais del Algido eminente
 »Y del fresco Erimanto las alturas.
 »Escuchad nuestra voz propiciamente:
 »A los jóvenes dad costumbres puras,
 »Reposo á la vejez, honor y ciencia
 »De Nestor á la augusta descendencia.»

XXVII.

En acabando el himno, las dencollas
 Ofrecen sus guirnaldas de laureles
 A Diana Limnátida; tras de ellas
 A su turno, presentan los donceles
 Dorados árcos con aljabas bellas.
 Una cierva despues de blancas pieles,
 Signo de castidad, es ofrecida,
 Y en paz la multitud fué despedida.

XXVIII.

La hija de Demódoco ocupada
 Con objeto tan grave y eminente,
 A su casa volvía, acompañada
 De Eurimedusa sola. Dulce ambiente
 Refrescaba la noche, iluminada
 De claridad ligera y trasparente,
 Con que la casta Diosa agradecía
 El culto recibido en este día.

XXIX.

La vista del Taigetes presentaba
Un claro-oscuro blando y deleitoso
Con las ondulaciones que formaba
En las ramas el céfiro amoroso.
Al lado opuesto el ancho mar brillaba,
Con plateada luz, majestuoso;
Al mismo tiempo que una flota Jonia
Iba á entrar en el puerto de Coronía.

XXX.

Cimódoce sus pasos dirigía
Por medio de estos sitios encantados:
Un sagrado temor la poseía;
Sus ojos vagucaban estraviados;
A cada movimiento hallar creía
Prodijos y misterios elevados;
Ya piensa ver á Apolo, ya á Diana,
O á Tetis de las ondas soberana.

XXXI.

Con estas ilusiones distraída,
Por el bosque camina á pie ligero;
Mas echando de ver que no es seguida
Del aya, y que del monte erró el sendero,
De súbito terror sobrecojida,
Al aire lanza un grito lastimero;
Mas el aire en los árboles se esconde,
Y el eco de su voz solo responde.

XXXII.

A los Dioses del bosque invoca luego,
Confianza que vengan en su ayuda:
¡Inútil esperanza, vano ruego!
La sombría floresta sigue muda;
En todas partes reina igual sosiego.
La jóven profetisa ya no duda
Que todas las deidades invocadas
Esten de asuntos graves ocupadas.

XXXIII.

Mas cuando el ruido escucha de una fuente
Que algo lejos de allí se precipita,
Grata y dulce esperanza nuevamente
En su pecho renace; el paso agita,
Y caminando á donde el ruido siente,
De la Náyada sácrá que allí habita,
La ayuda y proteccion humilde implora
Mientras la luz parece de la aurora.

XXXIV.

La fuente de un peñasco descendia
De frondosos laureles rodeado;
Encima de la roca se veia
Un altar á las ninfas consagrado,
Donde ofrendas y votos deponia
El viajante en los bosques extraviado.
Cimódoce al altar su brazo tiende,
Cuando otro nuevo objeto la sorprende.

XXXV.

Al lado de la peña reposaba
Un jóven en el sueño sumergido;
La cabeza en el pecho se inclinaba;
De una mano un lebrél tenía asido;
Con la otra en una lanza se apoyaba;
El ástro de la noche esclarecido
Su rostro heria: bajo tal diseño
Apeles pinta de Endimion el sueño.

XXXVI.

Con efecto, la jóven profetisa
Cree ver al mortal favorecido
De la reina del bosque: una sonrisa
Piensa oír de la Diosa en el ruido
Que el zéfiro ha formado, y que divisa
En un rayo entre la hoja aparecido
La orla blanca del manto de Diana
De los castos amores soberana.

XXXVII.

En el momento teme haber turbado
Algun alto misterio, y medio muerta,
Creyendo que el lugar ha profanado,
Quiere volver atrás; pero no acierta;
Póstrase de rodillas á su lado;
El perro ladra, el cazador despierta:
«Perdon, esclama, ó Endimion divino,
»Perdona de una vírgen el destino.»

XXXVIII.

El cazador, del sueño recobrado,
Se queda sorprendido al ver delante
Doncella tan hermosa en tal estado.
Ordénala que luego se levante;
Porque tal acto, dice, solo es dado
Al criador de todo. Titubeante
La jóven le pregunta: «¿Pues no veo
»En tí al hijo divino de Ethico? (5)»

XXXIX.

«Yo soy Eudoro, el cazador responde,
»Miserable mortal de aqueste suelo.
»A solo Dios la gloria-corresponde.
»Sí de la oscuridad le cubre el velo,
»Y en densa nube su esplendor esconde,
»Su existencia publica tierra y cielo,
»Que en todas partes su grandeza brilla:
»A él solo debe hincarse la rodilla.»

XL.

Cimodocea atónita no entiende
Lenguaje para ella desusado
Que su capacidad pasa y trasciende.
Al pronto teme sea algun malvado
Que los Dioses persiguen; mas suspende
Su juicio al ver el noble y mesurado
Semblante, tan ajeno del impío,
Y luego le refiere su estravio.

XLI.

El extranjero quiere consolarla,
Viendo tal sencillez con tal belleza,
Y á la casa del padre va á llevarla.
Pocos pasos andados se tropieza
Una muger tendida, y al mirarla,
Reconoce una esclava en la pobreza.
Dála su manto, viéndola desnuda,
Y con nombre de hermana la saluda.

XLII.

Cimódoce admirando que un dictado
Tan dulce y amoroso pueda darse
A una esclava que vé en tan triste estado,
De que el gentil ni aun llega á lastimarse,
«Sin duda, le pregunta, habeis pensado
»Que alguna alta deidad por ocultarse,
»De esclava se ha vestido?» «No, responde,
»Este título á todos corresponde.»

XLIII.

En esto el aura fresca comenzaba
Del lado del oriente, señal cierta
Que la aurora su lecho abandonaba
Y del áureo palacio abría la puerta.
La cumbre del Taigêtes principiaba
A blanquear no bien con luz incierta,
Cuando al tomar la vuelta de un otero,
Parece la nodriza en el sendero.

XLIV.

- «¡O hija mía, que pena me has causado!
»Esclama Eurimedusa: ya temía
»Que te hubiese en las sombras Pan (6) robado.
»Esté Dios aborrece el claro día;
»Y cuando con los Faunos ha danzado,
»No hay cosa que se iguale á su osadía.
»¿Como iría yo ¡ay! á la presencia
»De tu adorado padre con tu ausencial

XLV.

- »Yo era jóven, y un día en la ribera
»De Najos, patria mía, jugueteando,
»De pronto me asaltó una tropa fiera
»Que el imperio de Tetis va surcando
»Con mano airada y de botín prospera.
»A la isla de Creta navegando,
»Ganan un puerto lejos de Gortina
»Cuanto á pie un hombre en medio sol camina.

XLVI.

- »Tu padre que á trocar tapiz milécio
»Por trigo de Teodosia había llegado,
»Me compra á los piratas: fueron precio
»Dos toros que no habían señalado
»Surcos de Ceres. Luego haciendo aprecio
»De cuánto le era fiel á su mandado,
»Vigilante y solícita, no tarda
»En confiar su tálamo á mi guarda.

XLVII.

»Y cuando Iltia (7) cruel de eterno velo
»A Epícaris cubrió, tu padre triste
»En mis brazos te puso. ¡Qué desvelo
»En tu infancia costaste y penas distel
»Yo te mecí en la cuna; mi consuelo
»Era emplearme en tí; solo quisiste
»De mis manos tomar el alimento,
»Y en faltando llorabas al momento »

XLVIII.

Al mismo tiempo que esto la decia,
Entre sus brazos tierna la estrechaba
Y de cariño lágrimas vertia.
La jóven en el llanto la imitaba.
«No temas, la responde, madre mia,
»Que una deidad mas casta me guiaba,
»Y despues me ha enviado este divino
»Conductor que me ha puesto en el camino.»

XLIX.

El cazador miraba enternecido
Esta amorosa escena que un instante
Su rostro majestuoso ha conmovido.
Mas recobrando luego su semblante:
«Cimodocea, dice, he concluido
»Mi obligacion, pues la aya ves delante,
»Y la casa del padre no está lejos;
»¡Ojala te dé Dios otros consejos!»

I.

Así habla, y sin que espere su respuesta,
Ligeramente de ellas se separa,
Y parte mas veloz que una ballesta.
Atónita la jóven le repara;
Mas creyéndole Dios de la floresta,
Temiéndole mirar, vuelve la cara;
Porque sabe que un Dios ha castigado
Al que atrevidamente le ha mirado (8).

II.

Un momento se queda enagenada
De estupor sácro el alma poseida.
Luego, de Eurimedusa acompañada,
Prosigue su camino; á la subida
Llega del monte Itómo descada;
Y pasando la fuente de Clepsida,
En el templo de Homero por fin entra,
Y al angustiado padre en él encuentra.

III.

El anciano Pontífice amoroso
La noche toda habia andado errante
En busca de su hija cuidadoso.
La ausencia de Hierócles no es bastante
A dar á su inquietud algun reposo,
Que todo teme un corazón amante.
Mas causado y sin fruto habia vuelto
En amarga tristeza y pena envuelto.

LIII.

Así, cuando de su hija oye el acento
 Poseído de súbita alegría,
 Poco falta que muera de contento:
 Estrechando sus brazos, parecía
 De su boca beber el dulce aliento,
 Y amorosas palabras la decía.
 Así arrulla la tórtola á su hijuelo
 Cuando por vez primera ensaya el vuelo.

LIV.

«¿Cómo, decía, hubiera yo podido
 »Sobrevivir sin tí! ¡Ea que he pensado
 »Para dejarte sola! ¿No he temido
 »Los satélites dignos del malvado?
 »Pero no: yo me hubiese dirigido
 »Al César mismo, y á sus pies postrado:
 »Dáme, le hubiera dicho, á mi querida
 »Cinodoca, ó quitame la vida.»

LV.

«Yo hubiese mi dolor al sol contado,
 »Y como á Proserpina te buscára
 »Por la tierra, y hubiese atravesado
 »Los anchos mares hasta que te hallára.
 »El destino de un padre despojado
 »De sus hijos á todos lastimára;
 »Pues ¿quién mas infelice que aquel hombre
 »Que no deja herederos de su nombre!»

LVI.

Cimodocca en tanto con su mano
De bruñido alabastro acariciaba
La barba platenda del anciano,
Y mil veces la frente le besaba,
»Sosiégate, responde, sobrehumano
»Ministro de inmortales, que no estaba
»En poder del tirano: me he perdido
»Y un jóven ó algun Dios me ha conducido.»

LVII.

Oyendo esto Demódoco ligero
La aparta de su seno, y levantado:
»¡Cómo! dice, te ha vuelto un estrangero,
»Y la hospitalidad tu no le has dado!
»¡Tu, descendiente del ilustre Homero!
»Cuando la Grecia sepa que has cerrado
»La puerta hospitalaria á un caminante,
»¿Qué juicio formará de mi al instante?»

LVIII.

Al ver su indignacion Eurimedusa,
Que en el anciano padre nunca viera,
Responde por la jóven: »Tu hija escusa;
»Voy á decirte la verdad sincera:
»Una Sacerdotisa de la Musa
»No bien acompañada pareciera
»Con un jóven, trasunto de Inmortales,
»Que es grande la malicia en los mortales.»

LIX.

«¡Eurimedusa! el viejo la responde,
 »¿Qué palabras son esas que has vertido?
 »¿Qué poco ese discurso corresponde
 »Con la prudencia que hasta aquí has tenido!
 »Algun genio (9) maligno en ti se esconde
 »Que te perturba el juicio y el sentido:
 »Sabe que para mí no hay injusticia
 »Mayor que abrir su seno á la malicia».

LX.

Cimodocce entonces: «¡O sagrado
 »Pontífice! depon de tí la ira
 »Que nunca cosa buena ha aconsejado.
 »Cálmate, te suplico, atiende y mira:
 »Bien sabes que el perdón no le es negado
 »A aquel que á reparar su falta aspira;
 »Tu en linajes y estirpes ciencia tienes,
 »El jóven es un hijo de Lastenes.»

LXI.

La dulce persuasión luego derrama
 El bálsamo suave del consuelo
 En el pecho del padre. «¡O hijal esclama,
 »No en vano vistes el sagrado velo
 »De Profetisa: en tí veo la llama
 »Que alumbra mi vejez en este suelo.
 »No hay jóven de tu edad que á tí igualarse
 »Pueda, en gracias ni en juicio compararse.

LXII.

- »Es verdad, hija mia, yo poseo
»La ciencia genealógica, y pudiera
»Competir antes con el mismo Orfeo.
»Lastenes es de Arcadia la primera
»Y mas noble familia: el rio Alfeo (10)
»La ha dado ilustre origen, y enumera
»Entre sus mas preclaros ascendientes
»Polibio y Filopémen eminentes.

LXIII.

- »El nombre de Lastenes es glorioso
»Por su hijo Eudoro, el mismo que has dejado
»Despues que te salvó en el bosque umbroso.
»En el campo de Marte señalado
»Dió pruebas de prudente y valeroso,
»Y á las mayores honras fué elevado;
»Mas despues de haber hecho mil hazañas,
»La Fama cuenta de él cosas estrañas.

LXIV.

- »Pero mañana así que en el oriente
»Haya el primer albor aparecido,
»Y antes que el claro sol haga patente
»Segunda vez el yerro cometido,
»Iremos á ofrecer nuestro presente
»A Eudoro, que repare tu descuido.
»Tambien veré si la sabiduría
»Iguala á su valor y nombradía.»

LXV.

Dichas estas palabras, hácia el ára
Se dirige el anciano de la musa,
Y vierte en libacion una onda clara,
Traida de la fuente de Aretusa,
Que con vino odorífero mezclára.
Con su hija luego y con Eurimedusa
A los Láres domésticos suplica,
Y una becerra blanca sacrifica.

LXVI.

Hecha la expiacion, Cimodocea
Se retira á su cuarto, donde, luego
Que en baño delicioso se recrea,
Se prepara á tomar dulce sosiego.
Mas allí está esperándola otra idea
Que la pone en mortal desasosiego,
Y en vano á la deidad del sueño nombra
Pidiendo que la cubra con su sombra.

LXVII.

La Vestal candorosa percibía
En su seno virgíneo diferente
Y grato movimiento que la hacía
Latir el corazon mas fuertemente.
La calma de la noche la traía
Y gravaba en su alma blandamente
La memoria del jóven extranjero
Envuelta en el placer mas lisonjero.

LXVIII.

Su corazon incauto no rehusa
 Los latidos de amor, que ella inexperta
 Toma por la emocion de alguna Musa:
 Así dá al ciego Dios la entrada abierta.
 Yá de su ingratitud negra se acusa;
 Yá nuevamente, en su opinion incierta,
 Duda si será un Dios el extranjero,
 Y teme ahora lo que amó primero.

LXIX.

Entre estos pensamientos vacilante,
 La aurora llega á colorar el día.
 Demódoco, despierto al mismo instante,
 Sus siervos levantar gritando hacia.
 Ya Evemon diestro un carro rutilante,
 De marfil adornado, suspendia
 Con correas flexibles y dobladas
 En dos ruedas de bronce tachonadas.

LXX.

Hestioneo de Epiro inteligente
 Dos mulas saca luego de una altura,
 Los ojos vivos, piel resplandeciente,
 Que á la nieve no ceden en blancura.
 Atándolas al yugo mansamente,
 Acaba de ensalzarlas la hermosura
 Con jaeces del oro centelleantes
 Con que quedan mas bravas y arrogantes.

LXXI.

Eurimedusa, llena de experiencia,
(Consuelo reservado á larga vida
Con el respeto dado á la prudencia)
Prepara el pan y el vino. A su vez cuida
Demódoco del dón, cuya excelencia
Al hijo de Lastenes la debida
Reparacion ofrezca del descuido
Que su hija inexperta ha cometido.

LXXII.

Una copa de bronce hacia este,
Obra maravillosa de Vulcano:
En ella está grabado con celeste
Artificio la historia del Tebano
Cuando del orco mismo saca á Alceste, (H)
A pesar de Pluton, y con su mano
La restituye á Admeto, el beneficio
Premiando doble que admitió en su hospicio.

LXXIII.

Este caliz famoso Ajax trocará
Con Tiquio de Hile, celebrado armero
Por septipele escudo que llevará
Todo el sitio de Troya aquel guerrero.
La familia de Tiquio que hospedára
Al vate ilustre que cantó el primero
La empresa extrema de la Dánaa gente,
Le dió esta copa célebre en presente.

LXXIV.

A la isla de Samos luego fuera
El sublime cantor, y recibido
En casa de Creofilo, le diera
Al tiempo de su muerte agradecido
La copa y los poemas que escribiera.
Después los hijos de este no han sabido
Apreciar su valor, y de su mano
Los recibió Licurgo el Espartano.

LXXV.

De Licurgo en seguida el mundo entero
Heredó los poemas que inspirara
Apolo mismo al celestial Homero.
La copa á los Homéridas pasara
Hijos del sacro vate, y el postrero
Demódoco de todos la heredara;
Y como alhaja preferible al oro
Hoy la destina por regalo á Eudoro.

LXXVI.

Cimódoco se viste una ligera
Ropa, color de lirio, semejante
Al cinto de las Gracias, y pudiera
Con ellas competir en lo elegante:
Sus blancos pies adorna á la manera
De las Ninfas con lazo undi-flotante;
Y una aguja dorada sus cabellos
Suspende á la cabeza en rizos bellos.

LXXVII.

El velo de las Musas en seguida
La trae Eurimedusa, que, guardado
En una caja de oro guarnecida,
Se conservaba siempre perfumado.
La fragancia que exhala es parecida
A un campo que de flores es sembrado.
La virgen se lo pone á la cabeza,
Y vá á buscar al padre con presteza.

LXXVIII.

A este instante el anciano se avanzaba
De purpúrea talar ropa vestido
Que en precio una hecatombe superaba.
Luego con su hija cara reunido
Monta el carro radiante que esperaba;
Y Evemón diestro, apenas han subido,
Bate las blancas mulas con tal arte
Que el coche como un rayo veloz parte.



NOTAS.

~~~~~

## Octava II.

Inspiró al vate de Albión divino;

(1) Milton, autor del *Paraíso Perdido* y el mas sublime de los poetas modernos.

## Octava VI.

Los antros de los Dáctilos; seguida

(2) Los Dáctilas, hijas de Saturno y de Aleiope, primeras habitantes de la isla de Creta, vivian en cavernas en las faldas del monte Ida. Con sus cantos y gritas impidieron que Saturno oyese los llores de Júpiter que era criado secretamente sobre el mismo monte.

## Octava X.

En que perdiera Támiris su lira.

(3) El poeta Támiris se atrevió á desafiar á las Muses en el canto; pero fue vencido por ellas y castigada con la pérdida de la vista. Pasando por el río Balir, dejó caer, ó segun otras, arrojó su lira de despecho.

## Octava XXI.

»A Nestor con la bella Policaste?»

(4) Policaste, la mas joven de las hijas de Nestor, casó á Telémaco al haberse casado viudo á casa de aquel Rey á preguntar noticias de su Padre. *Odisea lib. 5.*

## Octava XXXVIII.

»En tí al hijo divino de Ethico.»

(5) Endimion, hijo de Ethico y de Calice, era un pastor de rara belleza, á quien amó Júpiter de tal manera que le dió una plaza en el zodiaco. Mas indignado luego por haber atestado aquel al honor de Juno, le arrojó con ignominia, y le condenó á un sueño perpetuo. La Luna que había concebido hacia él una pasión violenta, le trasladó á una cueva del monte



Latino en Caria, á donde iba á visitarle con frecuencia; de él tuvo á Elio con otros varios hijos.

Algunos pretenden que Eudimio fué el primer astrólogo que observó el curso de la luna, y de aquí suponen tomó origen la fábula mitológica.

#### Octava XLIV.

»Que te hubiese en las sombras Pan robado.

(6) Creían los antiguos que Pan andaba corriendo la noche por los bosques y montañas. De aquí el nombre de terror pánico que se da al miedo producido por la oscuridad de la noche, ó por una imaginación sin fundamento.

#### Octava XLVII.

»Y cuando Ilitia cruel de eterno velo

(7) Ilitia, hija de Júpiter, Diosa que entre los Griegos presidía á las partes. Eurimedusa la llama cruel, porque quitó la vida á Epitaris en el parto de Gimedeo. Con el nombre de Ilitia invoca Horacio á Diana en el *Car-men saeculare*.

*Ilite venturos aperire partus,*

*Lenis Illythia tacere matres.*

#### Octava L.

Al que atrevidamente le ha mirado.

(8) Era opinión entre los paganos que la súbita aparición de un número causaba la muerte. Esta misma persuasión reinaba entre el pueblo Israelita. Así es que cuando el Señor se aparecía se arrojaban al instante al suelo y se tapaban la cara, por temor de verle si le miraban. En este sentido puede decir san Pablo: *scrutator majestatis opprimetur á gloria*. Porque así como la aparición de la Divinidad en una forma corpórea deslumbraba la vista natural del hombre, así oprimen nuestros entendimientos la grandeza y profundidad de sus misterios.

#### Octava LIX.

»Algun Genio maligno en tí se esconde

(9) A imitación de los ángeles custodios, que se creencia entre los Judíos y después pasó por dogma á los Cristianos, los Gentiles reconocían á los Genios como divinidades tutelares. Según ellos, cada lugar y cada hombre tenía el suyo; y aun muchos pretendían que cada hombre tenía dos: uno

hacía que le guisaba el bien, y otro más que le inclinaba al mal. A este le representaban con un aspecto terrible; en vez que el Genio benéfico tenía siempre un aire risueño y agradable, inclinaba los hombres á la virtud y á los placeres honestos. Así se ve la analogía de las fábulas paganas con las creencias de los Judíos; pero el dogma católico que señala un Ángel custodio á cada hombre, no admite mas que un tentador común á todos.

### Octava LXII.

#### »Y mas noble familia: el río Alfeo

(10) Alfeo, río que tiene su origen en la Arcadia; desaparece y vuelve á aparecer por intervalos, y después de recubrir las aguas de muchos ríos, va á desembocar en el mar Jónico. La fábula fingió que Alfeo era un cozoador de Arcadia, ciego de amor por Arcesia, la cual por evitar sus persecuciones se salvó en Sicilia. Los dioses la metamorfearon en fuente y á Alfeo en río; pero como su amor no se habia apagado, los dioses para evitar su constante le abrieron un camino en el seno de las montañas, y le permitieron reunirse con Arcesia. *Pausanias* lib. 3.

Otros ponen la fuente Arcesia en Arcadia, cuya opinion se sigue en la descripción de la isla en que cuenta Eudoro su historia. Véase el canto IV.

### Octava LXXII.

#### Cuando del orco mismo saca á Alceste

(11) Alceste, mujer de Admeto, Rey de Tesalia. Este príncipe cayó gravemente enfermo, y consultado el oráculo, declaró que solo viviría si se encontraba alguna que hiciera por él el sacrificio de su vida. Ninguna otra persona se presentaba, y Alceste se ofreció á morir. Mas la madre de tan digna esposa aligó de tal manera á Admeto que, compadecido Hércules, baja por ella á los infernos, la sacó de ellos á pesar de Pluton, y la volvió á los brazos de su esposa.

Lo que ha dado fundamento á esta fábula es que Arcesia, hermano de la princesa, declaró la guerra á Admeto, á quien reunió, y llevaba prisionero para sacrificarle á su venganza. La generosa Alceste pudo conseguir su libertad poniéndose en lugar suya. Arcesia llevaba á su hermano á Volca con el designio de matarle, cuando Hércules, solicitado por Admeto, fue en su persecucion, le alcanzó al otro lado del río Aquaronte, le quitó á Alceste, y la volvió á su marido.

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO SEGUNDO.

### SUMARIO.

*Llegan Demódoco y Cimodocceá á Arcadia. Encuentran un anciano en el tálamo de Aglaa de Sófs, que los conduce al campo donde hacía la siega la familia de Lastenes. Cimodocceá reconoce á Eudoro. Demódoco descubre que toda esta familia era cristiana. Costumbres de los cristianos. Oración de la noche. Llegada de Cirilo, Obispo de Lacedemonia, confesor y mártir. Pide á Eudoro la relación de su historia. Cena. La familia y los extranjeros van después de la cena á sentarse en el vergel que riega el río Alfeo. Cimodocceá, instada por su padre, canta al son de su lira. Canta en seguida Eudoro. Las dos familias van á tomar el descanso. Sueño de Cirilo. Oración del santo Obispo.*

### CANTO II.

#### L

~~~~~

EN este mismo tiempo Faetonte
Principiaba á dorar con luz brillante

Poco á poco la cúspide del monte,

Pero viendo á Evemón que va delante,

Zeloso de su gloria, al horizonte

Sus caballos agita, y al instante,

Remontando su coche á el alto cielo,

Deja atrás al que rueda por el suelo.

II.

Mas luego sus caballos fatigados
Del esfuerzo que han hecho, no pudiendo
Sostenerse mas tiempo remontados,
Van con igual impulso descendiendo.
Ya del alto zenit precipitados,
Las orillas del mar iban lamiendo,
Cuando Evemón con diligencia activa
A los confines de la Arcadia arriva.

III.

En Figaléa un noble descendiente
De Agapenór que en Troya comandára
Los Arcadios, ofrece complaciente
Al antiste de Homero y su hija cara
Aquella noche hospicio conveniente.
Demódoco al principio rehusára
Por pasar adelante, mas Anceo
Le hace al fin acceder á su deseo.

IV

Sus hijos corren luego apresurados
A desuncir las mulas espumantes
Y á conducir las á pastar los prados
Que riega el Neda, frescos y abundantes.
Al mismo tiempo en baños separados
Se limpian el sudor los caminantes.
Fina túnica y manto primoroso
Viste Anceo á su huésped obsequioso.

V.

Un javali del bosque de Erimanto
 En sacrificio es ofrecido luego
 En honra del grande Hércules; y en tanto
 Que parte de él se quema en sacro fuego,
 Y que del semi-Dios se entona el canto,
 Con la alabanza intercalado el ruego,
 Las partes de la víctima restantes
 Se distribuyen á los circunstantes.

VI.

Demódoco recibe triplicada
 Porcion, en miramiento al sacro estado,
 A la edad y prudencia consumada
 Y el obsequio debido al convidado.
 Anceo le presenta una dorada
 Capa de vino añejo perfumado,
 Que va de mano en mano, y la alegría
 Derrama en la apacible compañía.

VII.

Demódoco no puede sin embargo
 De este placer gozar enteramente,
 Que una idea le turba y hace amargo.
 Pensando que no ha dado conveniente
 Satisfaccion á Eudoro, se hace cargo
 De su tardanza misma, é impaciente
 Porque su clara luz vuelva la aurora
 Un siglo se figura en cada hora.

VIII.

Apenas hubo aquella esclarecido
 Con sus primeros rayos el Liceo,
 Las mulas Evemón había uncido.
 En vano detenerlos quiere Anceo,
 Parte el carro veloz con grande ruido
 Y atravesando el cristalino Alfeo,
 Con igual rapidez costea un monte,
 Y llega á las orillas de Ladonte.

IX.

Un antiguo sepulcro allí se alzaba
 Que las Ninfas habían rodeado
 De gruesos olmos; dentro reposaba
 Aquel Arcade pobre que, dotado
 De la virtud, en dicha superaba
 Al rey de Lidia rico y afamado (1):
 Aquí en dos el camino se partía,
 Y á sitios diferentes conducía.

X.

Evemón se detiene titubeante
 No sabiendo el camino verdadero;
 Mas alzando los ojos ve delante
 Un hombre entrado en años que ligero,
 Viendo el carro parado y vacilante,
 A Demódoco llega: «Viajero!
 »El camino, pregunta, habeis perdido,
 »O á buscar á Lastenes sois venido?»

XL

Demódoco responde: «No saliera
 »Tan oportuno el Dios del caduceo
 »A Priamo al encuentro cuando fuera
 »Al campo de los hijos de Peleo.
 »Oyendo tu pregunta, no pudiera
 »Dudar de tu saber: sí; yo deseo
 »Hablar á ese Lastenes respetable,
 »A tí solo en prudencia comparable.»

XII.

El incógnito entonces: «Aquí al lado
 »Su habitacion teneis, solo ocultada
 »Por la cerca que veis en el collado.
 »Ahora su familia está ocupada
 »En la siega del trigo en el cercado.
 »Mas venid, os suplico, vuestra entrada
 »Va á producir en todos á porfia
 »El contento mas grande y alegría.»

XIII.

Luego él mismo tomando por el freno
 Las mulas, á la cerca va guiando
 Con marcha apresurada; un valle ameno
 Atraviesan la márgen costeando
 Del Ladon que por él corre sereno;
 A la próxima cerca al fin llegando,
 Una barrera se abre por donde entran,
 Y á la familia trabajando encuentran.

XIV.

Toda ella se junta en el instante
 Y viene á recibir al extranjero,
 El contento pintado en el semblante.
 El guia de Demódoco el primero
 A una muger de edad que ve delante:
 «Esposa, dice en tono placentero,
 »Demos gracias á Dios que nos envía
 »En estos viajantes la alegría.»

XV.

«Cómo! exclama Demódoco aturrido;
 »Eres Lastenes tú de ilustre nombre,
 »Y yo, pobre de mí, no lo he advertido!
 »¡Cómo juegan los dioses con el hombre,
 »Y burlan su saber! Pero vestido
 »Con trage tan modesto, no te asombre
 »Si el siervo te he creído á los senderos
 »Destinado á acoger los viajeros.»

XVI.

«¡Gran Lastenes, prosiguo, y vos prudente
 »Madre del noble Eudoro, parecida
 »A la muger de Ulises eminente!
 »Este os habrá contado la acogida
 »Que mi hija tuvo en él, cuando en la fuente
 »La encontró por los Faunos distraída.
 »Enseñadme ese jóven, yo os lo ruego,
 »Que estrechar en mis brazos pueda luego.»

XVII.

Eudoro estas palabras escuchaba
 A espaldas de la madre colocado;
 Los ojos bajos; la una mano daba
 A la hermana menor puesta á su lado.
 Lastenes le responde: «Yo ignoraba
 »Lo que dices, pues nada me ha contado.
 »De ese extraño suceso; pero ahí tienes
 »El hijo que preguntas de Lastenes.»

XVIII.

Demódoco se queda confundido
 Sin pronunciar palabra. ¿Es posible,
 Se dice para sí, que este haya sido
 El que venció á Carrausio tan terrible,
 El famoso Tribuno esclarecido
 De la legion Británica invencible,
 Y el amigo del César predilecto?
 ¡Este zagal de tan sencillo aspecto!

XIX.

Mas' vuelto en sí del estupor primero:
 »O héroe! prorrumpió! yo debería
 »Conocer por tu talle aquel guerrero
 »Cuyo nombre la Fama nos envía.
 »Una copa te traigo que prefiero
 »Al diamante y rubí de mas valía,
 »Por su mérito y arte mas que humano:
 »Recíbela, suplico, de mi mano.

XX.

«¡O joven á los dioses semejante!
 «Meleagro no fuera mas hermoso
 «Cuando encantó los ojos de Atalante,
 «¡Madre dichosa! ¡padre venturoso!
 «Mil y mil veces mas feliz la amante
 «Que participe el tálamo glorioso!
 «Si la virgen por tí en el bosque hallada
 «No estuviera á las Musas consagrada»

XXI.

Oyendo estas palabras del anciano
 Los jóvenes sintieron conmovido
 Su corazon, que ya ambos de antemano
 Se habian mutuamente conocido.
 Eudoro respondió: «De vuestra mano
 «Gustoso aceptaré y agradeceré
 «Esa copa de vos tan estimada,
 «Si no está de los ídolos manchada»

XXII.

Luego invita Lastenes cortesmente,
 En tanto que en el cielo el sol tenían,
 A sentarse al raudal de clara fuente.
 Las hermanas de Eudoro entretegian,
 Sentadas junto al padre jovialmente
 Coronas y guirnaldas que debian
 Servir para una sacra ceremonia
 Que el pueblo fiel celebra en la Laconia.

XXIII.

De allí un poco á lo lejos se avistaban
 Los rastrojos dorados y recientes
 En que los segadores levantaban
 Torres de blancas mieses. Complacientes
 Varios haces en pos de sí dejaban
 A las espigadoras diligentes (2).
 Al lado de las garbas en dos cestas
 Dos niños reposaban de una de estas.

XXIV.

«¡Feliz huésped! exclama el extranjero:
 »Yo te veo vivir aquí la vida
 »De Nestor el divino. Soy sincero:
 »Jamás recuerdo escena parecida
 »Sino es la que en las armas del guerrero
 »Aquiles por Vulcano fué esculpida.
 »¡Que mieses tan maduras y abundantes!
 »¡Que esclavos tan activos y arrogantes!

XXV.

«Esclavos no, Lastenes le responde;
 »Y no permita Dios que á nadie prive
 »De una prenda que á todos corresponde.
 »Nuestra ley sacrosanta lo prohíbe.
 »La esclavitud no dice bien en donde
 »La libertad mi espíritu concibe,
 »Que en todos con su imagen viva y clara
 »El soberano Criador grabára.»

XXVI.

El Pontifice entonces: «Ya comprendo
»Que la verdad la Fama nos digera,
»Estas palabras últimas oyendo.
»Mas, siendo de los dioses mensagera,
»¿Podria ella mentir? Pero no entiendo
»Cómo Júpiter justo concediera
»A quien se achacan tantas impiedades
»Tantas riquezas y felicidades.»

XXVII.

Lastenes le contesta: «Los cristianos
»No son unos impíos, ni tampoco
»Justos ó injustos vuestros dioses vanos.
»Yo al verdadero Dios tan solo invoco.
»Si mis campos prosperan en las manos
»De esta familia, y la abundancia toco,
»Débolo á la intencion pura y sencilla
»Con que al supremo Ser sirve y se humilla.»

XXVIII.

»Mi esposa, ahí la teneis, él me la ha dado:
»Yo solo la pedí amistad constante
»Y hasta ahora en nosotros ha reinado.
»Mis hijos ya los veis tambien delante.
»Los demas bienes con que me ha colmado,
»Mis manos los reparte al caminante,
»A los pobres, gentiles ó cristianos,
»Que á todos considero como hermanos.»

XXIX.

En esto el sol brillante descendía
Sobre el Fólce sublime al horizonte
De Olimpia, y un instante parecía
Suspendido en la cumbre de aquel monte.
Con plateada luz esclarecía
Los bosques del Alfeo y del Ladonte.
El aire al mismo tiempo silencioso
Deja las verdes ramas en reposo.

XXX.

Entonces los criados sus labores
Sueltan, y la familia en el momento
Se dirige á la casa, los señores
Con los siervos mezclados. El contento
Se pintaba en aquellos labradores
Suspendido del hombre su instrumento,
Y animando los toros que arrastraban
Los carros que del peso rechinaban.

XXXI.

Habiendo á la morada así llegado,
Entran en un gran patio donde estaban
Las cortes y tinadas del ganado;
Y en donde las colmenas derramaban
Un olor aromático; mezclado
Con el dulce perfume que exhalaban
Las ubres de la haca que volvía
Del pasto acompañada de su cría.

XXXII.

En el medio el brocal se ve de afuera;
De un pozo, en cuyos postes se enlazaba
Con varios nudos verde enredadera;
A cada lado un aloé se alzaba,
Y por cima de todo una noguera
Sus ramas poderosas ensanchaba
Que del viento resisten los vayvenes;
Plantárala el abuelo de Lastenes.

XXXIII.

En este patio apenas han entrado
Una campana (3) suena: en el instante
Lastenes se arrodilla, acompañado
De todos sus domésticos, delante
De una gran cruz de piedra, y con pausado
Acento y gravedad en el semblante
Pronuncia la plegaria vespertina,
Y humilde hacia la cruz su frente inclina.

XXXIV.

Luego entran en la casa, y placenteros
Preparan el festin. Primeramente
Presentan dos domésticos ligeros
En vasos de metal agua caliente
Para lavar los pies los extranjeros (4).
Una hermana de Eudoro diligente
Baja á una fresca cueva embovedada,
De licores y víveres colmada.

XXXV.

Allí en varios estantes se veía
 El odre del aceite delicioso
 Que el Atica abundante producía;
 Los toneles con vino generoso,
 El saco que la arina contenía,
 La miel de Creta, el queso mantecoso,
 La perdiz y el conejo que en el monte
 Ha cazado Lastenes del Ladonte.

XXXVI.

Luego llena la jóven presurosa
 Una urna de aquel vino confortante
 Que da la isla de Quío tan famosa,
 Los domésticos ya en el mismo instante
 Habían preparado en la espaciosa
 Cámara de los ágapes (5) brillante
 Dos grandes mesas de ébano, cubiertas
 Con blancos panecillos sobre espuelas.

XXXVII.

El manjar de familia es presentado:
 La legumbre, raíz, fruto escogido;
 Despues el ave, el barbo delicado
 De la laguna Estinfala; añadido
 De repente, en obsequio al convidado
 Es un cabrito tierno que ha mordido
 Apenas los madroños del Alféo
 Y el cítiso del valle Melenéo.

XXXVIII.

Va Lastenes gozoso conducía
Su huésped al convite de la mano,
Cuando viene á aumentarle la alegría
Una sierva. «Señor! le dice, un anciano,
»Semejante al esposo de María,
»Se abanza por el bosque no lejano
»De los cedros; venid, que á lo que creo
»Al santo obispo de Laconia veo.»

XXXIX.

Lastenes iba luego presuroso
A su encuentro; mas ya en el mismo instante
Entraba por la puerta el respetuoso
Y venerable anciano. En su semblante,
Lleno de cicatrices de un glorioso
Mártirio que sufrió en la fe constante,
La magestad se ve representada,
De una dulce modestia acompañada.

XL.

Este era el gran Cirilo: en un cayado,
Signo de autoridad dulce y humana,
Por Osio (6) en un concilio regalado,
Sus manos sostenía. La cristiana
Familia se prosterna; el pié sagrado
Le besa con respeto, y el *Hosana*
Entona con pausado y grave canto,
Tres veces repitiendo el nombre *Santo*.

XII.

- «Por Apolo! Demódoco exclamara,
 »Si vi jamás anciano mas augusto.
 »Cualquiera afirmaria que su cara
 »Es del excelso Jove el propio busto.
 »¿Eres, dime, algun rey? ¿ó sobre el ara
 »Sirves de un nuevo dios? Dí, que yo gusto
 »Sacrificar á las deidades nuevas:
 »¿Qué significa el cetro que tu llevas?»

XLII.

- Oyendo este propósito, el Prelado
 Suspense le miró el primer momento.
 Luego afable responde: «Este cayado
 »Es con que mis ovejas apaciento:
 »Porque yo no soy rey, sino sagrado
 »Ministro del gran Dios que el firmamento
 »No puede contener, y que pudierais
 »En breve conocer si vos quisierais.»

XLIII.

- Y vuelto hácia Lastenes: «Ya notoria
 »La causa te será que me ha traído.
 »De todo el pueblo ocupa la memoria
 »La penitencia que hace arrepentido
 »Públicamente Eudoro. De su historia
 »La grata relacion me ha prometido:
 »Dos dias con vosotros pasar quiero,
 »Y en ellos de su boca oirla espero.»

XLIV.

Luego acercan las sillas los criados
 Y sirven los manjares de la cena.
 Reina el gozo entre aquellos convidados.
 Una parte del tiempo Eudoro llena
 Leyendo algunos textos adaptados
 Del nuevo Testamento; con aména
 Doctrina los deberes del esposo
 Interpreta Cirilo afectuoso.

XLV.

Tal fué de esta familia religiosa
 El convite frugal. La mesa alzada,
 Gracias dando al Señor, sale gozosa
 A respirar la aurora embalsamada
 De una noche tranquila y deliciosa.
 En la piedra se sientan, á la entrada
 Del huerto, en que Lastenes daba audiencia
 En doméstico pleito y diferencia (7).

XLVI.

Como simple pastor á quien destina
 A las honras el hado caprichoso,
 Rueda el Alfeo su onda cristalina
 Por el vergel con curso presuroso.
 Despues con el Ladonte se encamina,
 Ensanchando su cauce, majestuoso,
 Para ser coronado por la palma
 De Pisa, y sus corrientes allí calma.

XLVII.

Los valles con sus aguas fecundados
Producen el aliso en abundancia,
Los mirtos y sicómoros mezclados
Que la atmósfera llenan de fragancia.
Un vasto anfiteatro de collados
En simetría puestos á distancia,
De donde toma origen el Ladonte,
Termina de esta parte el horizonte.

XLVIII.

Todo es grave y risueño en esta escena.
El astro de la noche caminaba
Por el cielo azulado con serena
Y plateada luz que disipaba
La oscuridad. De dulce placer llena
La cristiana familia contemplaba
Este sublime cuadro en que veia
Brillar la celestial sabiduría.

XLIX

Mas Demódoco luego interrumpiera
Meditacion tan grave; complaciente
A su hija dice: «Muestra de manera
»Que eres de Homero digna descendiente.
»La música es la imágen verdadera
»Del contento y el don mas excelente
»Que los dioses han dado á los mortales
»Para alivio y consuelo de sus males.»

I.

Eudoro trae entonces una hermosa
Lira de siete cuerdas afinada
Y entrega á la Vestal que vergonzosa
Se pretende escusar con voz turbada:
Mas luego con destreza prodigiosa
Preludiando en la cuerda delicada,
Corre diversos tonos: el acento
Ensaya, y todos dan oído atento.

II.

Primero con la voz algo confusa:
»¡O hija de Mnemósine divina!
»Prorumpo dirigiéndose á la Musa;
»Vos amais la corriente cristalina
»De las fuentes Castalia y Aretusa.
»Humilde á vos ahora se encamina
»Esta virgen que viste vuestro velo,
»Vuestra alta proteccion piadosa anhelo.

III.

Hecha la invocacion, con nuevo aliento
Canta la Profetisa entusiasmada
De los dioses el alto nacimiento;
A Júpiter huyendo de la airada
Cólera de Saturno: y el portento
Con que de su cerebro nace armada
La diosa de las ciencias y del arte
De la guerra en que es émula de Marte (8).

LIII.

El origen del hombre canta luego:
De qué modo el aliento le inspirára
El audaz Prometeo con el fuego
Que del sublime empiréo robára;
La caja de Pandora; el furor ciego;
El diluvio en que el orbe se anegára
Con el linage humano, y la manera
Con que por Pirra renovado fuera.

LIV.

Despues las metamórfosis celebra;
Las Héliadas que en olmos transformadas,
El ámbar que destilan hebra á hebra,
Va á aumentar las corrientes sosegadas
Del Eridáno por oculta quiebra.
Tambien nombra las márgenes sagradas
Del Peneo, Erimanto y Escamandro,
Del Ismeno y las vueltas del Meandro.

LV.

Pero ¿cómo en silencio se dejára
Los héroes cantados por Homero?
¿La cólera de Aquiles que tan cara
A los Atridas fué? y el lastimero
Fin del grande Héctor? Luego celebrára
A Penélope envuelta en dolor fiero;
A Ulises con Telémaco abrazado
Cuando en casa de Eubea se han hallado.

LVI.

La Homérica no puede hacer memoria
 Del abuelo inmortal, sin que se sienta
 Impulsada á cantar también su historia.
 Ella al sagrado vate representa
 Elevándose al templo de la gloria
 Con sus cantos sublimes, y presenta
 Los dioses del Olimpo reunidos
 Para darle los premios merecidos.

LVII.

Aquí calló la virgen; su instrumento
 Se queda mudo entre sus brazos bellos.
 Del zéfiro suave el dulce aliento
 Blandamente agitaba sus cabellos;
 Sus ojos resaltaban de contento;
 El entusiasmo está pintado en ellos:
 Su rostro con luz brilla tan celeste,
 Que cualquiera diría ver Alceste.

LVIII.

El Homérica pide entusiasmado
 Para hacer libacion nectáreo vino:
 Mas viendo el auditorio que, callado,
 De aprobacion no daba ningun signo:
 »Mis huéspedes, pregunta, ha disgustado
 »Vuestros oídos canto tan divino?
 »Los dioses y los hombres á porfía
 »Se dejan encantar por la armonía.»

LIX.

«No es la música en sí la que ha causado
 »Nuestro silencio, y sí el profano objeto;
 «Le responde el Pontífice sagrado:
 »¿Cuánto mejor cantara y mas perfecto
 »Fuera el son de la lira acompañado
 »De un celestial y místico sujeto?
 »Cantando el puro amor del sacro esposo;
 »¿Cuanto mas dulce fuera y armonioso?

LX.

Y luego vuelto á Eudoro: «Manifiesta,
 »Hijo mio, que es vano el fundamento
 »Del cargo que nos hace: ya dispuesta
 »La poesía está para instrumento
 »Que por Apolinario fue compuesta (9).
 »Toma la lira, y muestra en el momento
 »Cómo vence la música cristiana
 »La débil espresion de la pagana.»

LXI.

En las ramas de un olmo suspendida
 Una lira mas cóncaba se viera,
 Al cinor del Hebreo parecida.
 Eudoro la descuelga, y con ligera
 Mano temple la cuerda emblandecida
 Que el fresco de la noche humedeciera:
 A la asamblea vuelve en el instante
 A David con el arpa semejante.

LXII.

Luego empieza su canto entusiasmado
Por el caos saliendo de la nada;
Y á una sola palabra fecundado;
La luz de las tinieblas separada;
El hombre del espíritu animado;
La imágen que de Dios lleva estampada;
La primera muger de Adán naciendo,
Y el Criador sus obras bendiciendo.

LXIII.

Cambiando luego el tono de la lira,
Recorre de Abrahán la feliz era:
Todo la sencillez allí respira;
El pozo, los camellos, la palmera,
Después Isac: luego Jacob que aspira
A esposo de Raquel, y la manera
Con que las dos hermanas disputaban
El amor que las dos participaban.

LXIV

También dice el consejo reunido
A las puertas del pueblo, sentenciando
Los pleitos que en el día han ocurrido;
A Gedeon sus parvas aventando;
José de sus hermanos conocido;
Las mieses de Boóz Ruht espigando;
Moisés que á Madian se refugiára,
Y el rebaño de Jetro apacentára.

LXV.

De la lira otra vez el son altera
 Para entonar el cántico sagrado
 Que el rey santo Ezequías compusiera;
 El que el Israelita infortunado
 Sobre el Eufrates resonar hiciera;
 De suspiros y lagrimas cortado (10).
 También hace escuchar la voz de Rama
 De la triste Raquel que á su hijo llama.

LXVI.

Las vanidades canta del humano:
 Vanas son las riquezas, gloria, ciencia;
 Vana amistad, y vida, y todo vano.
 Del impío señala la opulencia
 Engañosa y prefiere el fin cercano
 Del justo á quien aprueba su conciencia.
 A su canto dá fin últimamente
 Por el elogio á la muger prudente.

LXVII.

«¡O Señor! exclamó el jóven guerrero
 »Con ideas tan grandes inflamado:
 »Vos sois el solo Dios y verdadero
 »Señor de cielo y tierra venerado.
 »Vuestro mando obedece el mundo entero.
 »El sol á vuestra voz se ha levantado
 »De las aguas, y abanza cual gigante
 »Al ocaso magnífico y brillante.»

LXVIII.

»Al trueno vos llamais; y temeroso:
 »*Aquí estoy*, os responde de continuo.
 »La tierra tiembla; al soplo poderoso
 »De vuestra boca mirada; el torbellino
 »Vuestra gloria acompaña; pavoroso,
 »Al contemplar vuestro esplendor divino,
 »El mar abre sus ondas espumantes,
 »Y el abismo sus bocas humeantes.

LXIX.

»O Dios terrible y fuerte, qué admirable
 »La inmensa creacion de vuestra mano!
 »Y ¿qué es el hombre pobre y miserable
 »Para que vos le améis? Simple gusano.
 »De la tierra grosero y despreciable.
 »Mas no obstante le amais; ¿ó soberano
 »Señor, clemente y justo! á vos la gloria,
 »El honor, el imperio y la victoria.»

LXX.

Así cantára Eudoro: los sonidos
 De este canto divino son llevados
 Por los antros de Arcadia, sorprendidos
 De repetir los graves y acordados
 Acentos de David, sustituidos
 A los ecos de Pan afeminados.
 Demódoco y su hija no podían
 Espresar la emocion que percibían.

LXXI.

La viva claridad de la Escritura
 En sus almas había penetrado
 Y herido con su luz brillante y pura.
 Mas ¿cómo en su talento limitado
 Elevarse podrían á la altura
 De misterio tan grande y sublimado?
 Ellos se pasman, ellos se suspenden,
 Mas lo mismo que admiran no lo entienden.

LXXII.

A la jóven gustára mayormente;
 Y en su interior seguir se proponía
 Lo que cantó de la muger prudente.
 Demócoco asombrado no sabía
 Qué dioses eran estos de eminente
 Esfera y superior mitología:
 Ya pensando era dios el mismo Eudoro,
 Quería consagrarle un tres-pies de oro.

LXXIII.

La familia cristiana está embebida
 En mas grave y sublime pensamiento;
 Que es para el alma fiel verdad de vida
 Lo que al gentil poético argumento.
 Esta escena fué luego interrumpida
 Por los vivos y voces de contento
 Con que el monte vecino resonára
 Con grande gritería y algazara.

LXXIV.

Los pastores habian escuchado
Estos acuerdos dulces y armoniosos
Que el aire encaminára hácia aquel lado:
Al instante bajaron presurosos,
No dudando se habian renovado
Los antiguos combates tan famosos
Que otro tiempo libráran las Sirenas (11)
Contra las Musas sacras junto á Atenas.

LXXV.

Mas ya la noche habia caminado
La mitad de su curso, y el prudente
Obispo manifiesta ser llegado
El tiempo del reposo conveniente.
Despues de haber tres veces adorado
Al Señor, la familia diligente
Se retira á sus cuartos con sosiego,
Y el mas alto silencio reina luego.

LXXVI.

Encerrado Cirilo en su aposento
En la oracion su espíritu derrama:
Y en lágrimas se baña de contento.
Luego al reposo da en humilde cama
Sus miembros fatigados. Un momento
Llegaba á trasponerse, cuando llama
Su atencion este sueño misterioso
Y despierta agitado y cuidadoso.

LXXVII.

Las llagas del martirio ver creía
Abrirse, y que la sangre nuevamente
Con dulce suavidad de ellas corría.
Al mismo tiempo en luz resplandeciente
Dos jóvenes envueltos percibía
Que remontando al cielo quietamente,
Dos palmas victoriosas tremolaban,
Y á seguirles con ellas le invitaban.

LXXVIII.

El augusto Pontífice, agitado
De una emoción divina, no dudaba
Que este sueño encerrase algun sagrado
Misterio con que el cielo le avisaba.
Ante la sacra Magestad postrado,
Con suspiros y lágrimas clamaba:
«¡O señor, á tu pueblo sé propicio,
»Acepta de mi vida el sacrificio!»



NOTAS.

~~~~~

## Octava IX

### Al rey de Lidia rico y afamado

(1) Ceroa de su sepulcro que sólo tiene por adorno cipreses de una altura extraordinaria, nos ha mostrado un campo pegueño y noz cabaña reducida. Aquí es donde vivía hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, por nombre Aglaa. Sin temor y sin desas, ignorado de los hombres é ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba tranquilamente su pequeña heredad, de cuyos límites jamás había salido. Llegado había á una extrema vejez, cuando los emblejadores del poderoso rey de Lidia, Giges ó Creso, vinieron por encargo suyo á preguntar al arcéculo de Iefios, si existía en toda la tierra un mortal mas feliz que este príncipe. La Pitonisa respondió: *Aglaa de Sofo*. -Virgo del jóven Anacreón, cap. 32: tomado de Pausanias.

## Octava XXIII.

### A las espigadoras diligentes

(2) *Procepit natem Boaz parvis suis discipulis: et de vestris quoque manipulis propicio de industria, et recondere permittite, et sileque rubore colligat. Rabb.*

## Octava XXXIII.

### Una campana suena: en el instante

(3) Aunque en aquel tiempo no se hubiese principiado á hacer uso de campanas en las iglesias, se servía en el instante de ellas para usos domésticos.

## Octava XXXIV.

### Para lavar los pies los extranjeros

(4) La primera acción de la hospitalidad era la de lavar los pies á los viajeros. Esta costumbre reinaba principalmente en el Oriente, ya por el mayor calor del clima, ya por la especie de calzado, generalmente de sandalias, que dejaban ensuciar los pies con el polvo del camino.

*Octava XXXVI.***Cámara de los ágapes brillante**

(5) Ágapes se llamaban los congresos de caridad que tenían los cristianos en los tiempos primitivos: ordinariamente se celebraban en las iglesias, pero también podían tenerse en las casas particulares.

*Octava XL.***Por Osio en un concilio regalado**

(6) El original dice que fue el obispo de Jerusalén el que regaló á Cirilo este sayado; yo me he tomado la licencia de hacer este honor á nuestro celebre Osio, obispo de Córdoba, conocido con el título de padre de los concilios. Esta y otras semejantes alteraciones no perjudican á la esencia del poema.

*Octava XLV.***En doméstico pleito y diferencia.**

(7) Entero resuelve los pleitos de sus domésticos con una autoridad paternal: imagen de la vida de los patriarcas, que siendo los mismos Gefes de su familia, eran jueces al mismo tiempo que legisladores. En el libro de los Jueces vemos que estos iban á sentarse á las puertas de la ciudad para administrar la justicia. También en Homero se cuenta Nestor á su puerta en una pleites pulida.

*Octava LII.***De la guerra en que es émula de Marte.**

(8) Todas las fábulas que entran en el canto de Circebaso, son tomadas de los metamorfosis de Ovidio, de la Ilíada y de la Odisea.

Saturno, habiendo sabido por el Destino que su hijo Júpiter estaba destinado á mudar á todo el universo: tuvo todos los medios de perderle; pero Júpiter se armó contra el padre, le arrojó del cielo y le obligó á ir á esconderse en el Tacio, nombre derivado del verbo latino *latere*, ocultarse. El nombre Saturno se deriva también del verbo *lathere* *inter*, que significa esconderse.

Minerva, diosa de la sabiduría, de la guerra y de las artes, fue hijo de Júpiter, el cual, como sintiese un fuerte dolor de cabeza, se hizo dar un hocico por Vulcano, y así dió á luz á Minerva armada con todas las armas.

Prometeo, con el designio de borrar un hombre, hizo una estatua de barro que animó con el fuego robado del cielo. Para castigo de este atentado, envió Júpiter á Pandora con una caja en que estaban encerrados todos los

males. Prometeo rehusó admitirla; pero su hermano Epimeteo tuvo la imprudencia de aceptarla y ácrijla, y los males inundaron la tierra: sólo quedó la esperanza.

Pirra, mujer de Deucalion, se salvó sola con su marido del diluvio que inundó la tierra: para reparar el género humano consultaron el oráculo de Temis, el cual les respondió que arrojasen por cima del hombro los huesos de su madre; ellos lo entendieron de las piedras; las que tiraba Deucalion, se convertían en hombres, las que Pirra, en mujeres.

Hedías, hermanas de Faobato, sintieron tan amargamente la muerte de su hermano, que los dioses las metamorfosearon en alamos, y sus lágrimas en ámbar.

Peneo, río de Tesalia, Erimanto de Arcadia, Ismeno de Boecia, Escamandro y Meandro de Frigia.

### Octava LX.

»Que por Apolinario fué compuesta.

(9) Apolinar el anciano puso en versos homéricos los libros históricos del Antiguo Testamento hasta el reinado de Saul. Apolinas el joven, hijo del anterior y obispo de Laodicea, escribió en versos la interpretación de los Salmos; esta obra se contiene en la Biblioteca de los Padres.

Todo el canto de Eudora se compone de pasajes de la Escritura.

### Octava LXV.

De suspiros y lágrimas cortado.

(10) Super Remissa Babilonis. Salmo 136.

Vox in Roma unánis est, plerastis et ululatus multus; Singul plorant Elias, et soluit consolari quia non sunt. S. Mateo.

### Octava LXXIV.

Que otro tiempo libráran las Sirenas

(11) Las Sirenas, hijas del río Aguelos y de Caliope, doncellaron á las Muses en el canto: estas después de haberlas vencido, las arrastraron los alus, y de ellas se hicieron correas. Los pintores y escultores representan á las Sirenas mitad mujeres y mitad pecados; pero esto procede de ignorancia de la fábula, según nos la han transmitido los poetas y autores antiguos, los cuales pintan á las Sirenas mitad mujeres y mitad pájaros.



# LOS MÁRTIRES.

## CANTO TERCERO.

---

### SUMARIO.

*La oracion de Cirilo sube al trono del Omnipotente. El cielo, los Angeles, los Santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador, santuario de Jesucristo, la Trinidad. La oracion de Cirilo es presentada al Eterno; el Eterno la acepta, pero declara que no es el obispo de Lacedemonia la victima que debe rescatar los cristianos. Eudoro es la victima escogida. Las milicias celestes toman las armas. Cántico de los Angeles y de los Santos.*

### CANTO III.

#### I.



El ángel de Cirilo destinado

A dirigir sus súplicas fervientes

Al trono del Altísimo encumbrado

Y traer sus respuestas convenientes;

La oracion del Pontífice ha escuchado;

Y batiendo sus alas refulgentes,

Al empíreo remonta el rando vuelo,

Y llega en un instante á el alto cielo.

## II.

En medio del vacío inmensurable  
Que el humano mortal en valde intenta  
Con su vista medir, dó innumerable  
Y fúlgido planeta se presenta  
Vagando en el espacio, la inefable  
Ciudad de Dios sus fundamentos sienta,  
Que el mismo Omnipotente colocára  
Y de muros de jaspe rodeára.

## III.

Vestida de la gloria del Eterno  
Esta ciudad de paz está adornada  
Como esposa á quien busca esposo tierno (1).  
Mas ¿qué lengua podrá de su estremada  
Belleza y artificio sempiterno  
Darnos solo una idea aproximada?  
¡Lejos de aquí grandezas de la tierra,  
Que nada vale cuanto en tí se encierra!

## IV.

Allí se ve una hermosa gradería  
Compuesta de zafiros y diamantes  
En bella y admirable simetría;  
Aquí se elevan arcos triunfantes,  
Con emblemas y sacra alegoría,  
De perlas y rubíes fulgurantes;  
Allá una galería de topacio  
Va á perderse de vista en el espacio.

## VI.

Mas todo vive aquí: la arquitectura  
De la ciudad de un Dios inteligente.  
Es espíritu puro, sin mixtura  
De un átomo corpóreo solamente.  
Cuando obligada á hacernos su pintura  
La Musa la reviste toscamente  
De cuerpo heterogéneo, nos engaña  
Como en sueño fugaz fantasma estraña.

## VI.

Esta santa ciudad está cercada  
De pensiles, florestas, parque umbroso,  
Que perfuman el aura delicada.  
Del trono del cordero un caudaloso  
Rio sale con marcha sosegada  
Que en olas de amor puro y delicioso  
Baña el celeste Eden, y fecundiza  
El árbol que la vida inmortaliza (2).

## VII.

Este árbol misterioso está plantado  
En la colina amena del incienso;  
Y un poco mas allá se ve elevado  
El de la ciencia: en su follage denso  
El secreto inefable está oculto  
De la Deidad que con saber inmenso  
Dispuso los principios inmutables,  
Fuentes del bien y mal inagotables.

## VIII.

Mas aquí no da el árbol de la ciencia  
 La muerte al que ha gustado de sus frutos,  
 Sino la mas sublime inteligencia  
 De los sacros misterios y atributos  
 Que son emanaciones de la esencia.  
 Allí gusta con labios impolutos  
 El hombre de aquel nectar confortante  
 Con que a los Dioses se hace semejante (3).

## IX.

La luz que estos retiros esclarece,  
 Del albor se compone matutino,  
 La llama que en el zénit resplandece,  
 Y el arrebol purpúreo vespertino.  
 Aquí nunca es de noche, ni amanece,  
 Ni sale ningún sol; mas un continuo  
 Fulgor baja del trono del Eterno,  
 Y en rocío se esparce blando y tierno.

## X.

En los atrios de pórfido espaciosos  
 Se ven por gerarquías colocados  
 El Querubín y Serafín gloriosos  
 En amor celestial embriagados;  
 La Potestad y Trono poderosos;  
 Los fuertes y brillantes Principados;  
 El Ángel y el Arcángel refulgentes,  
 Ministros del Altísimo obedientes.



## XI.

A aquellos su poder sobre la tierra,  
El aire, fuego y agua tiene dado;  
A estos sobre la nube que en sí encierra  
El trueno y el relámpago inflamado:  
Otros guardan los carros de la guerra,  
En que monta Elohé cuando indignado  
Contra el hombre, su cólera celeste  
Descarga con el hambre, guerra y peste.

## XII.

Un millon de estos genios fulgurantes  
Dirigen de los astros las carreras,  
Y arreglan los concientos incesantes  
Que forman en su giro las esferas.  
A su imperio los orbes rutilantes  
Se cruzan ó presentan en hileras  
Cual huestes numerosas y aguerridas  
Se ordenan para dar pugnas temidas.

## XIII.

Tambien se ven allí los venturosos  
Mortales que en la tierra han practicado  
Las virtudes, con símbolos gloriosos.  
Primero el Patriarca, recostado  
Debajo de los vástagos frondosos  
De la viña; el Profeta entusiasmado,  
Cuya frente despide luz radiante,  
Y el Apóstol de gloria centellante.

## XIV.

Luego estan los Doctores eminentes,  
Con plumas en las manos inmortales;  
Despues los Solitarios penitentes,  
Retirados en grutas celestiales;  
Los Mártires, con ropas esplendentes;  
Las Virgenes, con palmas eternas;  
**La** Viuda, á quien adornan largos velos,  
Que al pobre ha dirigido sus consuelos.

## XV.

Mas ¿Qué es el hombre pobre y desgraciado,  
Para hablar de este bien imponderable?  
En este cuerpo misero encerrado,  
Alzarse á tanta altura no le es dable.  
El espíritu solo, y confortado,  
Decir puede la gloria inmensurable,  
El piélago en que nadan de delicias  
Los que de Dios reciben las caricias.

## XVI.

Ya este pueblo de Santos venturoso  
Se sienta junto al río cristalino  
Del amor y la ciencia y con reposo  
Contempla la beldad del Ser divino.  
Su mismo curso vario y presuroso  
Les aumenta el placer de su destino,  
Porque en el ven del tiempo la corriente,  
Y su dicha les dura eternamente.

## XVII

Yá, por mejor loar la omnipotencia  
Del sabio Criador del universo,  
Dirigen su atencion con preferencia  
A tanto ser tan vario y tan diverso  
Que publican su gloria á competencia.  
Como en espejo cristalino y terso  
El Verbo les presenta á un solo punto  
La clara imágen de que son trasunto (4).

## XVIII.

Allí ven con placer inenarrable  
Los astros que con rápida carrera  
Vagan por el espacio inmensurable,  
Y el tiempo y la distancia nunca altera:  
La estension del vacto incalculable,  
El mecanismo y órden de la esfera,  
Son para estos celestes habitantes  
Fuentes de admiracion siempre abundantes.

## XIX.

Allí ven esta luna que apacible  
Sus ruegos muchas veces afunbrára  
En noche estiva, calma y bonancible:  
El astro centellante que separa  
El día de la noche, indefectible  
Precursor de la aurora: y la luz clara  
Del planeta que sigue al sol radiante,  
Engolfado en un mar de éter brillante.

## XX.

Tambien miran la tierra puesta en duelo,  
Que privada de luz lleva un anillo  
Como vinda que yace sin consuelo  
Y de antiguo esplendor renuncia al brillo.  
Mirando este gran globo desde el cielo,  
Parece como un débil atomillo  
Que el viento ajita y lleva á todo lado,  
Y apenas de la vista es observado.

## XXI.

Finalmente el espíritu dichoso  
Se eleva hasta esos mundos admirables  
Que presentan por centro luminoso,  
Las estrellas que vemos invariables.  
El Criador no deja en el reposo  
Un momento á estas almas insaciables,  
Yá con objetos grandes y visibles,  
Yá con la admiracion de los posibles.

## XXII.

Mas de todas las cosas que á su vista  
Presenta aquel espejo trasparente  
Que fué el modelo del divino Artista,  
Su atencion llama el hombre especialmente.  
Su estado lamentable les contrista,  
Y de piedad movidos juntamente,  
Presentan al Señor sus oraciones,  
Y son sus consejeros y patrones.

## XXIII.

Mas no obstante que ven al descubierto  
Las pasiones que agitan los mortales,  
El corazon del hombre está encubierto  
A todas estas almas celestiales.  
Este es un santuario solo abierto,  
A la Divinidad, que sus umbrales  
Cerrára con el sello del arcano  
Como el que es absoluto soberano.

## XXIV.

En estos dulces éxtasis sagrados  
De admiracion, de amor y de contento;  
Con trasportes de gozo enagenados  
Y absortos en continuo arrobamiento,  
Pronuncian estos seres bienhadados  
Aquel cantar sublime cuyo acento  
Oyó en Patmos el sacro Evangelista,  
De música y de letra nunca vista.

## XXV.

De aquella alegre orquesta y numerosa  
El santo rey profeta la armonía  
Dirige con destreza prodigiosa;  
De las flautas la dulce melodía  
Arregla Asaf (5) con arte portentosa;  
Y un hijo de Coré (6) el concierto guía  
De las arpas y liras acordadas  
Por mano de los ángeles pulsadas.



## XXVI.

Los cantos y la música suspenden  
 Un momento estos músicos gloriosos,  
 Cuando á lo lejos resonar entienden  
 Acuerdos mas suaves y armónicos:  
 Parando la atencion, ven que descienden  
 Del trono del cordero, y silenciosos  
 Oyen la voz del Padre que enagena  
 Sus almas y de amor santo los llena.

## XXVII.

Mas, ¡ó Musa, qué pobres é imperfectos  
 Estos acentos son de que te vales  
 Para explicar acuerdos tan perfectos!  
 ¡Los himnos y los cantos eclesiales!  
 ¡Los variados y fervidos afectos  
 Con que en estas mansiones inmortales  
 Esta música eterna se renueva  
 Con arte siempre antigua y siempre nueva!

## XXVIII.

De estos santos conciertos la armonia  
 Sueña con mas dulzura en la morada  
 Que en la ciudad de Dios tiene Maria.  
 Del coro de las Viudas rodeada,  
 De Vírgenes sin mancha en compañía,  
 En trono de candor se ve sentada,  
 A donde de la tierra, por ocultos  
 Pasos, suben los ayes y singultos.

## XXIX.

La Madre del amor y de la gracia,  
Da siempre desde allí óido propenso  
Al clamor del mortal en la desgracia:  
Su llanto ofrece en la ara del incienso;  
Y á veces, para dar mas eficacia  
Al holocausto añade el precio inmenso  
De algunas de sus lágrimas pacíficas  
Que pasman las moradas beatíficas.

## XXX.

Los Ángeles la llevan sus mensajes  
Del hombre que á su guarda es confiado.  
Ardiente Serafín sus homenajes  
La presenta y la sirve arrodillado  
Del pesebre los santos personajes  
Se reunen tambien allí á su lado;  
Gabriel, Ana, Josef casto y prudente,  
Pastores de Belén, Magos de oriente,

## XXXI.

Tambien se ven, en grupos apiñados,  
Los niños, que en edad tierna muriendo,  
En ángeles pequeños trasformados  
Cercan su celestial Madre, y moviendo  
Ante ella sus turribulos dorados,  
Con armonía alzando y descendiendo,  
En círculo despiden suave esencia  
De perfumes de amor y de inocencia.

## XXXII.

Del trono de la Madre se va luego  
Al del Hijo, de gloria rodeado,  
Y envuelto en resplandor y sacro fuego,  
Cual se vió en el Tabor trasfigurado.  
Allí escucha y acepta nuestro ruego  
Que presenta al Eterno acompañado  
Del precio de su sangre y sacrificio,  
De Redentor llenando así el oficio (7).

## XXXIII.

Los orbes por el Padre producidos  
Conserva desde allí con su mirada.  
Ancianos veinte y cuatro, revestidos  
De túnicas celestes, coronada  
Su cabeza, y sentados en bruñidos  
Ebúrneos tronos, cercan su morada.  
Junto, el carro viviente cuya rota  
Rayos vibra, relampagos rebota (8).

## XXXIV.

Cuando este *deseado de las gentes*  
En vision clara é íntima se muestra,  
Todos caen por tierra reverentes  
Con sagrado estupor. Mas él su diestra  
Les tiende y dice afable: «Alzad las frentes;  
»No teneis que temer, mi gloria es vuestra;  
»Benditos de mi Padre, yo os quiero;  
»Mirad, yo soy el último y primero (9).

## XXXV.

Sobre este tabernáculo increado  
Un mar de fuego y luz inmensurable  
Se extiende en el espacio ilimitado  
A toda criatura impenetrable.  
El centro de este abismo es habitado  
Por el Padre, principio inagotable,  
Donde á la vez se encuentra reunido  
Lo que es, lo que será y lo que ha sido.

## XXXVI.

Allí estan los principios de la ciencia  
De verdades al cielo incomprensibles;  
La libertad del hombre y la presciencia  
De Dios en sus decretos infalibles;  
La justicia hermanada á la clemencia;  
El gérmen de los seres y posibles;  
El régimen del mundo, y juntamente  
Lo pasado, futuro y lo presente.

## XXXVII.

Mas sobre todo allí se realiza  
Aquel misterio grande, inexplicable,  
Que la esencia divina fecundiza  
Sin dejar de ser una, inseparable.  
En vano el mortal débil profundiza  
Misterio tan recóndito é inefable,  
Que todo coro angélico venera;  
Y su penetracion alta supera.

## XXXVIII.

A las veces un triángulo de fuego  
 Se aparece en el Santo de los Santos;  
 Los globos paran su carrera luego,  
 Y los coros angélicos sus cantos.  
 Absortos, y en mortal desasosiego,  
 Temen si los Poderes sacrosantos  
 La tierra van á alzar de su cimiento,  
 O á aniquilar el mismo firmamento.

## XXXIX.

Mas la trina Substancia se separa  
 Y el triángulo de fuego desaparece:  
 El oráculo se abre y se declara:  
 La Trinidad divina se aparece  
 Bajo su propia forma, y se repara  
 Al Padre, que de gloria resplandece,  
 Un compás en la mano sacrosanta  
 Y un círculo inmortal bajo su planta.

## XL.

Jehová forma un signo: en el momento  
 Los tiempos continúan su carrera  
 Con plácido y tranquilo movimiento;  
 El caos se retira á su frontera;  
 Las estrellas prosiguen su concierto  
 Y su giro ordinario por la esfera:  
 Mas los cielos con pasmo y con respeto  
 Esperan de Adonay ver el secreto.



## XLI.

El ángel de Cirilo penetraba  
El pórtico celeste en el instante  
Que su gloria el Altísimo ostentaba  
A los cielos en forma semejante.  
La oración de Cirilo se elevaba  
Al Santo de los Santos coruscante  
Al modo de oloroso, suave incienso (10),  
Formando opaca nube de humo denso.

## XLII.

A la voz de su Mártir venerable  
Jesucristo se inclina ante el divino  
Arbitro de los hombres inmutable.  
Todos los hombres tiemblan de continuo.  
El velo cae oscuro, impenetrable,  
Que cubre los arcanos del divino,  
Y con una palabra que pronuncia,  
Sus eternos decretos Dios anuncia.

## XLIII.

El instante es llegado en que el imperio  
De Satanás soberbio, abominando,  
Acabe de existir, y que el misterio  
Cese de iniquidad, torpe, nefando:  
Que en su lugar por todo el hemisferio  
Tremole el estandarte venerando  
De la Cruz victoriosa y fulminante,  
Y la Iglesia de paz goce triunfante.

## XLIV.

Mas los Fieles que el hierro no venciera ,  
Y el fuego y las calastas han braveado ,  
Ruedas, potros, ecúleos, muerte fiera ,  
El ocio de la paz ha afeminado .  
Antes de principiar la feliz era  
Del triunfo de la Cruz tan deseado ,  
Tienen que ser probados por el fuego ,  
Y el reino de la paz se verá luego .

## XLV.

Ya Satanas, la antorcha en una mano ,  
Rompiendo la cadena que le aferra ,  
Corre á escitar la furia en el tirano .  
Mas ya tambien está sobre la tierra  
El heroico guerrero que el arcano  
Destina para hacerle cruda guerra :  
Atleta generoso, audaz y fuerte ,  
Va á triunfar del abismo con su muerte .

## XLVI.

Pero este campeón que valeroso  
Se prepara á luchar con el infierno ,  
Y haciéndose holocausto delicioso  
Va á desarmar las iras del Eterno ,  
No es Círiilo, aunque ilustre y virtuoso :  
Un esposo será y amante tierno  
El que con doble y libre sacrificio  
Hacia el hombre va á hacer al Dios propicio .

## XLVII.

Ya para prepararle de antemano  
A pelea tan recia y tan temida,  
Y armar su corazon contra el tirano,  
Como de una templada y floa egida,  
El Señor le condujo de la mano  
Por todos los peligros de la vida,  
Como antes de la lucha el fuerte atleta  
A rudos ejercicios se sujeta.

## XLVIII.

Mas tambien el Señor ha permitido,  
Por su divino juicio inescrutable,  
Que en varias ocasiones combatido  
Haya dado caída miserable,  
De su postrera falta arrepentido,  
Hace ya penitencia saludable,  
Y humillado da á Dios solo la gloria  
Que nos da la corona y la victoria.

## XLIX.

En una sola voz han entendido  
Los coros de los Angeles y Santos  
Todo lo que la Musa, ha discurrido  
Con tantas frases y rodeos tantos.  
Aun así, ¡qué imperfecto es el sentido  
Que presenta en sus versos y sus cantos,  
Si su tosco diseño se compara  
Con la idea del Verbo simple y clara!

•

## L.

Esta misma palabra manifiesta  
De la gracia otro célebre portento  
Al coro de las Vírgenes, que presta  
A su gozo eternal nuevo contento.  
De su sexo otra víctima se apresta  
Que con santo y heroico sufrimiento  
Va á juntar para siempre los paganos,  
Bajo el pié de la cruz, á los cristianos.

## LI.

Peró ella no será tan estimada  
Ni contendrá aquel mérito excelente  
De la primera víctima sagrada,  
Que ha elegido el Señor principalmente  
Por hostia de la paz; mas destinada  
Para esposa del Mártir eminente,  
Va á aumentar con sus pruebas la eficacia  
Del primer sacrificio de la gracia.

## LII.

A las huestes del cielo numerosas  
Manda el Señor tambien que diligentes  
Ordenen sus falanges poderosas  
Para ir á socorrer los combatientes.  
Jesucristo las armas victoriosas  
De la fe y la constancia refulgentes  
Al Mártir por sí mismo le reviste,  
Y á la vírgen su Madre santa asiste,

## LIII.

Así hablara el Eterno: en el instante  
Los coros interrumpen sus conciertos,  
Y se sigue un silencio semejante  
Al que notó San Juan cuando vió abierto  
Los sellos de aquel libro revelante,  
Al eco de su voz de pasmo yertos,  
Inmóviles, con respeto el mas profundo,  
Veneran los destinos de este mundo.

## LIV.

Así, cuando en batalla están formados,  
Dos ejércitos fuertes y aguerridos,  
Prontos á acometerse encarnizados,  
Oyendo los primeros estallidos  
De tempestad lejana, penetrados  
De temor y respeto, aunque encendidos,  
Suspenden su combate sobre el suelo  
Y admiran la batalla que da el cielo.

## LV.

El aire que respiran inflamado,  
Agita débilmente la bandera,  
Un ejército en parte es alumbrado  
Por el sol que termina su carrera,  
Mas luego el huracan ha reventado,  
Y dando la señal de pugna fiera,  
Se deja oír del trueno el estampido  
Y deslumbra el relámpago encendido.



## LVI.

Mas el ángel que guarda la triunfante  
Bandera de la cruz, hace una seña,  
Y cesa aquel silencio en el instante,  
Todos adoran la sagrada enseña.  
María con pacífico semblante  
Dirige desde el cielo una risueña  
Mirada hácia la victima escogida,  
A sus tiernos cuidados cometida.

## LVII.

Del Confesor la palma floreciente  
Reverdece en sus manos luminosas;  
El escuadron de Mártires ardiente  
Entreabre sus filas victoriosas,  
Para darles el sitio conveniente  
Con Perpétua y Felicitas gloriosas,  
Estévan y los grandes Macabeos  
Cubiertos de coronas y trofeos.

## LVIII.

Miguel, aquel campeón irresistible  
Que aterrará las huestes infernales,  
Blande la lanza á Satanás temible,  
Sus compañeros de armas celestiales  
La espada tambien toman invencible  
Y embrazan los escudos inmortales.  
El carro de Emmanuel resplandeciente  
Se mueve sobre el eje refulgente.

## LIX.

El Eterno se oculta en el radiante  
Seno de luz inmensa que rodea  
Su trono luminoso y deslumbrante.  
El Espíritu Santo centellea  
Con claridad mas viva y fulgurante  
Que el inflamado bronce en la pelea,  
Los coros de los Ángeles y Santos  
De gloria entonan los celestes cantos.

## LX.

«Gloria demos á Dios en las alturas,  
»Y la paz á los hombres que en el suelo  
»Le sirven con amor y mentes puras.  
»¡Cordero celestial! vos del consuelo  
»Derramais en sus almas las dulzuras;  
»Ves quitais los pecados; vos del cielo  
»Las puertas les abris, y el sacrificio  
»Acceptais de los Mártires propicio.

## LXI.

»El insensato ha dicho en su malvado  
»Corazon: *No haya Dios!* Dios se levante,  
»Y su enemigo sea disipado.  
»Ya se avanza el Señor como gigante;  
»A su vista los cielos han temblado;  
»Su boca lanza fuego devorante.  
»Impíos ¿dónde estais? ¡huid ahora,  
»Libraos de esta llama vengadora!

## LXII.

»¡Felices los que buscan con anhelo  
 »La voluntad de Dios justo y clemente!  
 »¡Felices los que labran con desvelo  
 »El templo de sus obras eminente!  
 »Venid santos, venid justos del suelo,  
 »Benedicid al Señor omnipotente;  
 »Unid vuestros acentos, almas puras:  
 »Gloria demos á Dios en las alturas.»



## NOTAS.



### Octava III.

Como esposa á quien busca esposo tierno.

(1) *Vidi sanctam civitatem Jerusalem descendentem de celo á Deo tanquam sponsam ornata viro suo* Apocal. 21, v. 2.

### Octava VI.

El árbol que la vida immortaliza.

(2) En medio del paraíso terrenal estaba plantado el árbol de la vida, cuyo fruto hubiera tenido la virtud de renovar la vida á Adán si hubiese sido fiel á los preceptos de Dios. Otro árbol había plantado el Señor en medio del paraíso, llamado *de la ciencia del bien y del mal*; á este prohibió á Adán que le tocase bajo pena de la vida: *quo enim die comederis ex eo, morte morieris*.

### Octava VIII.

Con que á los Dioses se hace semejante,

(3) Alusión á la luz de la gloria, cuya virtud principal es de esclarecer la potencia intelectual del hombre para que pueda conocer la esencia divina como es en sí, con sus relaciones, atributos y misterios, que es lo que se llama *visión beatífica*. En este sentido se puede decir que la luz de la gloria hace al hombre semejante á Dios, porque lo hace capaz de un conocimiento que es propio de la Divinidad.

### Octava XVII.

La clara imagen de que son trasunto.

(4) El Verbo divino, que es la palabra del Padre y el término de su inteligencia, representa la imagen real y perfecta de todas las criaturas segun han sido entendidas y creadas por el Padre. Abriéndose este Verbo divino á las bienaventuradas por medio de la *visión intuitiva*, les manifiesta toda la creación como es en sí; el orden y sucesión de los tiempos, el giro de las estrellas, los arcanos de la naturaleza, los misterios de la gracia,

tado lo que pueda excitar la curiosidad de aquellas almas dichosas, todo les es presentado á un solo punto de vista, y de una manera clara y perfecta. Así ven nuestras necesidades, y se interesan por nosotros; oyen nuestros oraciones, y las presentan al cielo; protegen y aseguran á los que se ponen bajo su tutela. Solo dos cosas les oculta aquel espejo divino: el día del juicio, que no conocen los ángeles, ni el mismo Jesucristo en cuanto hombre, y los secretos del corazón humano.

### Octava XXV.

#### Arregla Asaf con arte portentosa;

(5) Asaf hijo de Berequías de la tribu de Levi, era un músico célebre del tiempo de David. En la distribución que hizo este Príncipe de las Levitas para que cantasen en el tabernáculo del Señor, dispuso que los de la familia de Guit se colocasen en medio, delante del altar de los holocaustos, los de la familia de Merari á la izquierda; y los de la familia de Gerson á la derecha. Asaf que era de esta última familia, presidía á la banda que ocupaba la derecha; y sus descendientes tuvieron la misma plaza y rango en el templo que fue edificado después. Se hallan varias salmos titulados con el nombre de Asaf, bien sea que los haya compuesto el mismo, ó que David se los dirigiese para ponerles la música: pero como algunos de estos salmos no corresponden al tiempo de Asaf, es probable que los haya escrito algunos descendientes suyos, y dádolos el nombre de este famoso jefe de la música del templo.

### Idem.

#### Y un hijo de Coré el concierto guía

(6) Coré tuvo tres hijos, Aser, Eleasa, Abiasaf; los cuales como no hubiesen tenido parte en la rebelión del padre, se salvaron del estrago en que pereció aquel con Daza y Abiron, y continuaron como antes en el servicio del tabernáculo. Sus descendientes fueron destinados por David para guardar los puertas del templo y cantar en él las alabanzas del Señor. Se les atribuyen auzé salmos que llevan el nombre de Coré, porque este fue el jefe de la familia de los Castillos, la primera de las tres grandes familias de Levitas.

### Octava XXXII.

#### De Redentar llenando así el oficio.

(7) Jesucristo como hombre reparó en la tierra el honor que se le debía como á Dios; de la misma manera en el cielo, se habiéndose despojada de la humanidad, labrando por nosotros como hombre, y nos oye como Dios.



## Octava XXXIII.

Rayos vibra, relámpagos rebota.

(8) Estando un día Esauquel en medio de los cautivos, á las orillas del río Cobar, tuvo una vision en que se le apareció el Señor sobre un trono ó especie de carro, que andaba de en medio del fuego, flotado por cuatro querubines sobre cuatro especies de ruedas. Este carro de Esauquel imitó Milton en el carro del Mesías.

## Octava XXXIV.

»Mirad, yo soy el último y primero.

(9) Ego sum alpha et omega principium et finis. Apocal.

## Octava XLI.

Al modo de oloroso, suave incienso,

(10) La oracion de los justos se representa en la Escritura elevándose al cielo como el perfume de los aromas. Así se dice en el salmo 140: Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo.

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO CUARTO.

### SUMARIO.

*Cirilo, la familia cristiana. Demodoco y Címodocca se reúnen en una isla formada por la confluencia del Alfeo y del Ladonte, para oír al hijo de Lastenes la historia de su vida. Principia Eudoro su narración. A los quince años de edad va á Roma para servir de rehenes en lugar de su padre. Descripción de Roma. Contrae Eudoro amistad estrecha con Gerónimo, Agustín y el príncipe Constantino, hijo de Constanancio. Carácter de estos personajes. Eudoro es introducido en la corte. Diocleciano, Galerio. Corte de Diocleciano. El sofista Hierocles, procónsul de la Acaya y favorito de Galerio. Enemistad de Eudoro y de Hierocles. Se entrega Eudoro á todos los desórdenes de la juventud, y olvida su religion. Marcelino pontífice romano, amenaza á Eudoro con la excomunion si no muda de conducta. Excomunion lanzada contra Eudoro. La corte va á pasar el verano á Bayez, casa de Aglae. Conversacion de Eudoro, Agustín y Gerónimo junto á la tumba de Escipion. Separacion de los tres amigos. Sigue Eudoro á Constantino á su palacio de Tivoli. Las catacumbas. Aventura de la emperatriz Prisca y de Valeria su hija. Eudoro es desterrado de Roma y enviado al ejército de Constanancio. Sale de Roma; atraviesa la Italia y las Gaulas. Llega á Agripina sobre las márgenes del Rin. Encuentra al ejército romano dispuesto á entrar en campaña contra los Francos. Sirve de soldado raso en los aroueros cretenses.*

## I.

**E**n un valle de Arcadia retirados  
 Los Mártires futuros ignoraban  
 Que en el cielo estuviessen ocupados  
 De su suerte, y que atentos los miraban  
 Los Ángeles y Santos admirados,  
 Y sus altos destinos contemplaban.  
 Así el Dios de Nacor se aparecía  
 A Abraham cuando menos lo creía.

## II.

Apenas de las aves el gorgceo,  
 Saludando á la aurora, ha despertado  
 A Lastenes, del lecho de Morfeo  
 Se levanta y dirige apresurado  
 A gozar en la márgen del Alfeo  
 El aire fresco y puro, acompañado  
 De dos gruesos y dóciles lebreles,  
 Compañeros del hombre y guardas fieles.

## III.

A este tiempo Cirilo paseaba  
 La risueña campiña, y de su ruego  
 El tributo al Eterno presentaba.  
 Los perros de Lastenes corren luego,  
 Y llegando al paraje donde estaba,  
 Brincando al derredor con vario juego,  
 Parecian rendirle vasallaje  
 Y ofrecer por su dueño el homenaje.

## IV.

Después llega Lastén y respetoso  
Da el saludo al Prelado venerable  
Que le contesta grave y cariñoso.  
Luego por la pradera deleitable  
Dirigen su paseo, y con reposo  
Conversan y contemplan de la amable  
Sabiduría eterna los efectos  
En seres tan variados y perfectos.

## V.

Así el árcade Evandro condujera  
A Anquises á los bosques de Peneo,  
Antes que el bello París encendiera  
Las iras en los hijos de Peleo;  
O cuando el mismo Evandro recibiera  
En la orilla del Tibre con deseo  
Al religioso Eneas fujitivo  
Huyendo las venganzas del Argivo (1).

## VI.

El Homérica luego se incorpora,  
Seguido de la jóven Profetisa  
Que aparece mas bella que la aurora:  
Sus labios entreabre la sonrisa  
Como una tierna rosa que evapora,  
Al blando movimiento de la brisa,  
De sus cálices puros los licores  
Envueltos en balsámicos olores.

## VII.

El monte que domina la morada  
De Lastenes, oculta en su pendiente  
Una gruta, mansion acostumbrada  
De la paloma y tórtola inocente.  
En esta cueva sola y retirada,  
A ejemplo del humilde penitente  
De Tebúida, las noches pasa Eudoro,  
Consagrándo a su culpa amargo lloro.

## VIII.

En el muro la imágen se veía  
Del santo aliviador de nuestros males,  
Cuyo aspecto derrama la alegría  
Y el consuelo mas puro en los mortales.  
A sus piés en trofeo aparecía  
Un grupo de coronas triunfales  
Insignias de victorias que obtuviera  
Eudoro y al Señor las sometiera.

## IX.

El santo Mártir en su pecho nota  
Cierta llama al incendio asemejada  
Que fué causa fatal de su derrota.  
El alma de temor sobresaltada,  
Humilde mira al cielo, y con devota  
Meditacion y súplica inflamada  
El feudo del dolor á Dios tributa,  
Y resuena en sus cánticos la gruta.



## X.

Mas apenas la aurora ha disipado  
Las tinieblas, el santo penitente,  
El espíritu ya mas consolado,  
Va á lavarse á la orilla de una fuente  
Los rastros que en sus ojos han dejado  
El curso de sus lágrimas ardiente.  
Luego busca esconder en la llaneza  
Del vestido su garbo y gentileza.

## XI.

Descendiendo despues de la colina  
Como guerrero armado y bien dispuesto,  
Alegre hacia la casa se encamina  
Cuando ve á la familia en el recuesto.  
Llegando á donde estan, su frente inclina  
Saludando á sus huéspedes modesto,  
Y ante el Obispo y padre se prosterna  
Para obtener la bendicion paterna.

## XII.

Luego se vió venir por la pradera  
De sus tres hijas Séfora seguida,  
Que á todos les saluda placentera.  
Así toda la casa reunida,  
El obispo de Esparta propusiera  
La narracion á Eudoro de su vida:  
El admite con gusto la propuesta,  
Y á contentarles plácido se apresta.

## XIII.

Poco lejos de allí, donde juntaba  
Sus ondas el Ladon con el Alfeo,  
Una isla pequeña se avistaba  
Que parece nacer de su himeneo.  
En ella el pastor árcaide miraba  
Los árboles que hicieran el recreo  
De sus padres y cuartos ascendientes  
Y harán el de sus quintos descendientes.

## XIV.

Allí crece la encina de que hacia  
Alcimedon (2) sus tazas de belleza  
Singular, y el laurel que contenia  
A Dafne aprisionada en su corteza (3)  
También se señalaba todavía,  
Por tradición antigua, con certeza,  
La celebrada fuente de Aretusa,  
Morada deliciosa de la Musa.

## XV.

Para no ser la historia interrumpida  
Por general acuerdo fué resuelta  
A esta isla solitaria la partida.  
Una pequeña barca en la revuelta  
Del Alfeo flotaba á un tronco asida:  
Un siervo de Lasten la marra suelta,  
Y entrando en ella todos prontamente  
Se abandonan del río á la corriente.

## XVI.

Demódoco admirando la destreza  
Con que era la canoa dirigida,  
Dice con cierta especie de tristeza:  
»Arcadios! ¿que es del tiempo en que el Atrida  
»Suplió con sus bajeles la rudeza  
»De vuestros padres cuando, seducida  
»La incauta esposa del valiente Griego,  
»A vengarle marcharon todos luego?

## XVII.

»Entonces ¡ah! surcando el elemento  
»En que el hijo de Dédalo encontrara  
»La pena de su osado atrevimiento,  
»En los remos de Ulises ver pensara  
»El Arcade sencillo el instrumento  
»Con que Ceres las parvas aventara (4).  
»Mas ahora vosotros cual ninguno  
»Braveis los peligros de Neptuno.»

## XVIII.

Así hablaba y siguiendo el curso manso,  
De la isla tocan la oriental ribera,  
Y dejan el batel en un remanso.  
Dos altares en ruina allí se viera,  
Uno á la Tempestad, otro al Descanso.  
La fuente de Aretusa placentera  
Brota entre estas dos aras, y al Alfeo  
Va á juntarse despues de algun rodeo.

## XIX.

Nuestra pequeña tropa ya impaciente  
Por escuchar la historia en el descenso  
Se sientan del raudal de aquella fuente,  
A la sombra que hacia el olmo denso,  
Cuya copa doraba el sol naciente,  
Un rato Eudoro se quedó suspenso  
Para invocar al cielo, hacer memoria;  
Luego empezó á contar así su historia:

## XX.

«¿Que Griego no sabrá la desventura  
De esta patria otro tiempo floreciente  
Y ahora tan sin mengua y sin ventura?  
En vano Filopémen (5) eminente  
Romper propuso la cadena dura  
Que en sus manos pesaba: ingratamente  
Por premio la cicuta le presenta,  
Juntando al deshonor la nueva afrenta.

## XXI.

«Mas su fama gloriosa permanece  
Después de cuatro siglos que han pasado  
Y á su nombre el Romano aun se estremece.  
Bien sabeis que un decreto del Senado  
Su descendencia ilustra y ennoblece,  
Disponiendo que á Roma sea llevado  
El hijo mayor de ella por rehenes:  
Yo ocupé así la plaza de Lastenes.

•

## XXII.

»Mi tercer lustro apenas bien cumplido,  
A los lares paternos fui arrancado  
Y á la célebre Roma conducido (6).  
Desde un valle de Arcadia trasladado  
A la corte del mundo conocido,  
No os diré el efecto inesperado  
Que produjo en mi alma tan sencilla  
El aspecto de tanta maravilla.

## XXIII.

»Absorto y como en cierto arrobamiento  
Vagaba sin cesar á toda parte,  
Admirando tan bello monumento,  
Del Foro iba al Pantéon campo de Marte,  
Cuartel de las Carinas, ó al momento  
Subía al Capitolio en donde el arte  
Compite con los ricos materiales  
Y admira por sus formas colosales.

## XXIV.

»¿Cuántas veces tambien he visitado  
Esas Termas vistosas, adornadas  
De Bibliotecas, Circo celebrado,  
Las columnas de estatuas coronadas,  
El soberbio obelisco trasladado  
De Egipto, las hermosas balaustradas,  
Las fuentes á que sirven de conductos  
Magníficos y bellos acueductos?



## XXV.

»Mi admiracion no menos escitaba  
El confuso y variado laberinto  
De esta Ciudad inmensa que encerraba  
Naciones de carácter tan distinto.  
El Galo y Africano allí moraba  
Con el Griego y Germano en un recinto,  
Y al Volseo y al Sabino se veía  
Con el Cónsul que púrpura vestía.

## XXVI.

»Mas en tanto que andaba distraído  
Por Roma y sus contornos, admirando  
Sus grandezas sin número, al olvido  
Mi culto y sus deberes iba dando.  
Al templo del cristiano aun no había ido  
Y el tiempo poco á poco iba borrando  
Los consejos y avisos paternales  
Y el gusto de las cosas celestiales.

## XXVII.

»El retórico Eumenes que estudiara  
Con Quintiliano, el Ciceron ibero,  
Entonces la elocuencia profesara  
Con gusto del Romano y extranjero.  
Siguiendo sus lecciones, me ligara  
Con amistad y trato el mas sincero  
A los grandes Gerónimo, Agustino,  
Y al Príncipe cesárco Constantino.

## XXVIII.

»De Panonia Gerónimo (7) nativo  
Al talento mas bello reunia  
Un carácter jocoso y genio vivo.  
Del seno del retiro se le via  
Entregado al placer, y siempre activo,  
Siempre ardiente y sublime, parecia  
Destinado á ofrecer en sí un efecto  
Modelo de virtud ó vicio infecto.

## XXIX.

»Agustino, igualmente apasionado  
Y el hombre á pesar de esto el mas amable,  
Junta á un ingenio agudo y delicado  
La grandeza de aquel. Su alma inflamable  
Solo espera quizas á un inspirado (8)  
Orador que le arranque al miserable  
Engaño de la secta Maniquea,  
Porque el Platon de los cristianos sea.

## XXX.

»Constantino, de ilustre descendencia,  
Sus prendas mas le ilustran todavía,  
La grandeza del alma y la clemencia.  
Aunque pagano aun, se le advertia  
Cierta gusto y notable preferencia  
Por el culto cristiano; y parecia  
En su aspecto magnánimo y guerrero  
Los destinos llevar del mundo entero.

## XXXI.

»Hijo del gran Constancio, le guardaba  
En Roma como en réhenes Diocleciano.  
Esta igualdad de suerte nos ligaba,  
Con lazo mas estrecho, y como hermano  
El Príncipe cesáreo me trataba.  
El quiso ser mi guía, y por su mano  
En la corte romana me introdujo,  
Y á las grandes tertulias me condujo.

## XXXII.

»A mí llegada á Roma, gobernára  
Diocleciano por todo el hemisferio;  
A Maximiano augusto proclamára;  
A Constancio igualmente que á Galerio  
Los títulos de Cesar acordára:  
Mas aunque en cuatro gefes el imperio  
Del mundo dividido parecia,  
Un dueño solamente conocia.

## XXXIII

»En prendas Diocleciano es eminente,  
De alma grande, sagaz, maduro seso;  
Mas su carácter débil é inconstante  
De su genio sostiene mal el peso.  
De este fallo Galerio diestramente  
Se aprovecha, y sintiendo el contrapeso  
Que Constancio le hacia y Maximiano,  
Alejarles de Roma logró ufano.

## XXXIV.

»Mas el mismo Galerio es gobernado  
Por un sofista bajo, despreciable,  
Cuyo dolo y maldad le han grangeado  
El favor de este César detestable.  
No dudo habreis ya todos acertado  
El nombre de Hierócles, pues no es dable  
Que un hombre mas perverso jamás haya  
Como el que ahora es procónsul de la Acaya.

## XXXV.

»En la escuela de Eumenes le encontramos  
Agustín, yo y Gerónimo: al instante  
Su carácter protervo penetramos.  
Un genio quisquilloso y petulante,  
Un prurito de hablar en todos ramos,  
Un tono fastuoso y arrogante,  
Figura contrahecha y torva vista,  
Os hacen el retrato del sofista.

## XXXVI.

»Una injuria que de él yo recibiera,  
Pues su altivez no mira en dar sonrojos,  
Habiendo respondido de manera  
Que le dejé confuso ante los ojos  
De la corte y ciudad de Roma entera,  
Me atrajo del valido los enojos.  
Mi perdida juró para vengarse,  
Y el caso no tardó de presentarse.

## XXXVII.

»Mas antes de contar como el artero  
Sofista su venganza urdió maligno,  
Hablaré de mi estado lastimero,  
De compasion, mas no de envidia, digno.  
El romano Pontífice primero  
Movido de piedad, dulce y benigno,  
El celo de su amor me prodigaba,  
Por sacarme del mal en que me hallaba.

## XXXVIII.

»¿Cuántas veces, paseando en la ribera  
Del Tiber, como un padre, me tenia  
Tierno y fuerte discurso que pudiera  
Convertir otra alma que la mia?  
¡Fatal indiferencia! en vano era  
Su celo para mí; antes sentia  
En las cosas sagradas mas disgusto.  
Y en las profanas mas placer y gusto.

## XXXIX.

»Lo diré con rubor, rompiendo el freno  
Del pudor que hasta entonces me ligaba,  
A tul punto llegó mi desenfreno  
Que su suerte al idólatra envidiaba.  
De ideas de placer mi pecho lleno  
Por las fiestas de Adonis suspiraba,  
Las florestas de mirtos y laureles  
Y los torpes misterios de Gibeles.



## XL.

«El santo Marcelino proseguía  
Su aviso paternal, mas advirtiéndole  
Que el amor y blandura no servía;  
Por los demás cristianos atendiendo  
Que con mi pravo ejemplo corrompía,  
Los fieles en la iglesia reuniendo,  
Tres veces me amonesta y me conjura  
Y por último lanza la censura.

## XLI.

«No explicaré, Señores, la indecible  
Sensación que en mi alma produjera  
Ceremonia tan grande y tan temible.  
Jamás, no, jamás, aunque quisiera,  
Olvidaré el aspecto tan terrible  
Con que el Prelado augusto apareciera  
Cuando el rayo lanzó del exorcismo  
Gerrándome la iglesia al tiempo mismo.

## XLII.

«A mis plantas pensé mirar abierta  
La boca del infierno, y penetrado  
De un temblor que explicar mi alma no acierta,  
Huí la vista del Obispo airado.  
Al ángel del Señor no vió á la puerta  
Del Eden nuestro padre Adán culpado  
Tan grande, tan terrible y fulminante  
Como yo ví al Pontífice brillante.

## XLIII.

»Mas el rigor que tanto ahora me aqueja  
¡Cuán poco ¡ay! entonces me ha servido!  
Luego viene el amigo y me moteja  
Del temor por un viejo desvalido.  
El tiempo poco á poco de mí aleja  
Su memoria y mirándome perdido,  
No teniendo ya límite ni freno,  
Del antídoto mismo hago veneno.

## XLIV.

»La corte que pasó en aquel instante  
A Bayes desde Roma, luego acaba  
De disipar la idea penetrante.  
El grande Emperador allí se hallaba  
Cercado del cortejo el mas brillante.  
Alli Licinio, alli Severo estaba,  
Alli Daya el pastor que hacia poco  
Cambió en alto coturno humilde zoco.

## XLV.

»Mas el gran Constantino preferia  
Al trato de estos Príncipes celosos  
De su virtud la franca compañía  
De Agustín y Gerónimo afectuosos.  
Por los dias mas bellos contaria  
Los que pasára entonces deliciosos,  
Si al olvido de Dios jamás pudiera  
Juntarse una alegría verdadera.

## XLVI.

«La casa de nosotros concurrida  
 Era el palacio de Áglac, en riqueza  
 Como en linage ilustre y distinguida.  
 Todo allí respiraba la grandeza.  
 Y esta dama romana esclarecida  
 El talento juntaba á la belleza;  
 De modo que en su casa se tenía  
 La mas bella y amable compañía.

## XLVII.

«Allí Pacomio y Sebastian guerrero  
 De la guardia del grande Constantino;  
 Ginés en los talentos heredero  
 Del afamado Roscio, actor divino;  
 Bonifacio de genio placentero:  
 Gerónimo y el plácido Agustino  
 Con el Príncipe ilustre se juntaban,  
 Y mis encantos y placer formaban.

## XLVIII.

«Áglac, á pesar de esto, reunía  
 Cualidades diversas y encontradas:  
 En medio del desórden se la vía  
 Respetar las reliquias veneradas;  
 Ginés como gentil la escarnecía;  
 Mas ella contestaba con fundadas  
 Razones, y pedía á Bonifacio  
 La tragese reliquias al palacio (9).

## XLIX.

»Bonifacio risueño respondia:  
»Señora, yo iré por los lejanos  
»Y remotos países y á porfía  
»Os buscaré reliquias de cristianos.  
»Mas si alguno, por suerte, á mí os envía,  
»Muriendo por le fe de mis hermanos,  
»Con las otras reliquias juntamente,  
»¿Recibireis las mías igualmente?»

## L.

»Por desgracia eran pronto interrumpidas  
Estas conversaciones religiosas,  
Que por lo regular eran seguidas  
De pláticas mas libres y amorosas.  
No obstante, algunas veces repetidas,  
Obraron mutaciones prodijosas,  
Y á poco tiempo vimos con sorpresa  
Renunciar á su fausto á la princesa.

## LI.

»Este fué el primer golpe de la gracia  
Con que la gran bondad de un Dios clemente  
Principió á doblegar mi pertinacia.  
Agustin y Gerónimo igualmente  
 Sintieron de este aviso la eficacia,  
Pues de genio festivo y complaciente  
 Los ví tristes, callados, distraídos,  
 En serios pensamientos embebidos.

## LII.

»Por disipar esta tristeza interna,  
Paseando una tarde en la bahía,  
Llegamos hasta cerca de Lítérna.  
Allí el sepulcro de Escipion se via  
A la entrada de lóbrega caverna,  
La estatua derrivada aun se leia  
Esta inscripcion con caractéres gruesos:  
*Ingrata patria, no tendrás mis huesos* (10).

## LIII.

»La vista de este objeto inesperado  
Acaba de excitar nuestra ternura:  
Nuestro rostro fué en lágrimas bañado.  
¡El vencedor de Anibal que figura  
Como el héroe mas grande y celebrado,  
Reposa en ignorada sepultura!  
Esta idea á Gerónimo le inflama,  
Y arrebatado de su ardor esclama:

## LIV,

»Amigos! ya no es tiempo que escondido  
»Os tenga mas de mi alma el sentimiento.  
»La tumba del Romano esclarecido  
»Me trae vivamente al pensamiento  
»Lo inútil de la vida que he seguido.  
»Buscando en los placeres el contento,  
»En vez de la alegría, ¿que he encontrado  
»Sino tedio, fastidio, enojo, enfado?



## LV.

»Mil veces, de tristeza y pena lleno,  
»Propuse abandonar mi estado ocioso,  
»Y solo la amistad me puso freno.  
»Mas mi alma se encuentra sin reposo.  
»Nueva zozobra agita ahora mi seno  
»Al ver la imágen de Escipion glorioso,  
»Cuya vida de accion y virtud llena  
»El ocio nuestro y languidez condena.»

## LVI.

»Gerónimo! Agustino le contesta,  
»Tú acabas de pintar la historia mia.  
»Una pena hace tiempo me molesta  
»Cuya causa decirlo no podria.  
»Sin embargo, á la tuya es contrapuesta  
»Mi inclinacion, y en esto se desvía  
»Que huyendo del tumulto bullicioso  
»Solo anhelo el retiro y el reposo.

## LVII,

»Ardiendo siempre en sed intolerable  
»De la felicidad, solo he logrado  
»Como vos hasta aquí ser miserable.  
»Pero ¿cómo salir de tal estado?  
»¡Si existiera una fuente inagotable  
»De amor ardiente, puro, ilimitado.....!  
»¡Si tu sueño, Escipion, no hubiese sido  
»Una ilusion divina, y que el olvido.....!»

## LVIII.

«Con qué trasporte yo me arrojaría  
(Interrumpe Gerónimo ardoroso)  
»A esa fuente de amor y de alegría!  
»Riberas del Jordan, antro dichoso  
»De Belén, á vosotros correría!  
»¡Desierto de Judea pavoroso,  
»Los ecos repitieras del lamento  
»Y de la penitencia el triste acento!

## LIX.

»A mi vez yo les digo: «La sincera  
»Confesion que habeis hecho, es tan estraña  
»Que presenta mi imágen verdadera.  
»Mi alma en la tristeza os acompaña:  
»Y deshecha la efimera quimera  
»Del placer con que el vicio nos engaña,  
»Mi vida relajada me contrista,  
»Y hácia mi religion vuelvo la vista.»

## LX.

»Entonces Agustín: «¡Oh qué pintura  
»Varias veces mi madre de ella hiciera!  
»¡Cuántas veces, mirando la amargura  
»Y el tedio de mi alma, me digera  
»Que buscase en su seno la dulzura!  
»¡Tierna madre, quizá en la otra ribera  
»De la mar en tu hijo estas pensando  
»Y las manos por él al cielo alzando!»

## LXI.

«El alma de los tres así agitada  
De una misma impresion y sentimiento,  
Tuvimos por verdad averiguada  
Que solo en la virtud está el contento.  
La tumba de Escipion á olvido dada  
Nos inspiró sin duda el pensamiento,  
Pues el justo olvidado acá en el suelo  
Eleva nuestras almas hácia el cielo.

## LXII.

«Con pesar de Lítérna separados,  
Volvíamos á Bayes con tristeza,  
En diversas ideas ocupados.  
Ya Bayes no ofrecía en su belleza  
Atractivo ninguno, y fastidiados  
Lo mirábamos todo con tibieza.  
Nuestro fiel corazon nos presagiaba  
Que el día del adiós se aproximaba.

## LXIII.

«Este llega: la corte dá la vuelta  
Para Roma, y con ella uno otro amigo.  
Nuestra union para siempre fué disuelta.  
Al Tibur con el Príncipe yo sigo:  
Allí escribió Agustín cómo resuelta  
Tiene su marcha al África, el abrigo  
Buscando de la madre que le amaba,  
Y que también Gerónimo marchaba.

## LXIV.

»Yo no sabré, la carta concluía,  
»Si alguna vez á vernos volveremos.  
»Tal es la vida, amigo; la alegría  
»Instantes solo dura, y sus estremos  
»Los coarta el dolor: el mismo día,  
»Cuando apenas el gozo conocemos  
»Y que en copa dorada lo gustamos,  
»Luego todas las heces apuramos.

## LXV.

»La amistad, ese don que ha dado el cielo  
»Para aliviar un tanto nuestros males,  
»¿Qué amargura no mezcla á su consuelo?  
»Luego llegan los términos fatales  
»De la separacion, y el desconsuelo  
»Sucede á los placeres ideales:  
»El corazon se parte, y el amigo  
»Le causa mayor mal que un enemigo.»

## LXVI.

»Así pasó por mí, pues separado  
De tan buenos amigos, ya no hallaba  
Gozo mi corazon desconsolado.  
Ya Roma para mí no presentaba  
Mas que un triste desierto desolado;  
Y en medio del bullicio me encontraba  
Como triste y cansado caminante  
Por yerma soledad vagando errante.

## LXVII.

Constantino me daba todavía  
Un consuelo en su amor no desmentido;  
Mas no tardé en perder su compañía.  
Hierócles, de mi ofensa resentido,  
La venganza en su pecho entretenía;  
Que un bajo corazon no da al olvido  
La injuria recibida, y siempre arde  
Por saciar su furor vil y cobarde.

## LXVIII.

»Una tarde que el Príncipe se hallaba  
En la curia, saliendo de paseo  
A ver la fuente Egeria, me tomaba  
La noche por el campo. Al mausoleo  
De Cecilia Metela enderezaba  
A ganar la via Apia, cuando veo  
Varias gentes que á un punto concurrían,  
Y de pronto en las sombras se perdían.

## LXIX.

Al momento á seguir las me decido,  
Y llegando á la cueva donde viera  
Que entráran los fantasmas, atrevido  
Penetro yo tambien. Una cantera  
De granito en pilares sostenido  
Que la pálida luz esclareciera  
De fanales á trechos colocados,  
Se presenta á mis ojos admirados.



## LXX.

Los muros de esta fúnebre morada  
Triple orden de fñetres cubria,  
Cada uno con su insignia señalada.  
La macilenta luz que despedia  
El fanal á lo lejos, reflejada  
En las bóvedas altas, parecia  
Con su trémulo y vario ondulamiento  
Dar á tales objetos movimiento.

## LXXI.

»En vano era prestar atento oido  
Para escuchar un son que me sirviera  
De guia en este abismo: ningun ruido  
Su sepulcral silencio y calma altera,  
Solo del corazon siento el latido.  
Entonces, deseando salir fuera,  
Pierdo el rumbo, y tomando otro distinto  
Me encuentro en un confuso laberinto.

## LXXII.

»Cuanto mas me adelanto mas aumento  
Mi confusion y me hallo mas errado.  
Tan pronto me encamino á paso lento;  
Tan pronto me dirijo apresurado:  
Mas entonces paréceme que siento  
Venir en pos de mí precipitado,  
Por efecto del ruido que yo hacia,  
Y el eco por los antros repetia.

## LXXIII.

«Largo tiempo marché de esta manera,  
Y la fuerza á faltarme principiaba.  
Rendido y sin aliento me pusiera  
A descansar un poco, y reparaba  
Que la luz del fanal se oscureciera,  
Y ya pronto apagarse amenazaba,  
Cuando oigo como voces de alabanza  
Y en mi pecho renace la esperanza.

## LXXIV.

«Al instante, cobrando nuevo aliento,  
Tomo por la espaciosa galería  
De donde los acuerdos salir siento.  
Segun iba avanzando, percibía  
Mas distintos los sonos, y el acento  
De tan suave voz que parecía  
Que en esta ciudad triste de los muertos  
Los ángeles tenían sus conciertos.

## LXXV.

«Por fin salgo á un salon iluminado  
Donde veo ¡que asombro! á Marcelino  
Celebrando el misterio mas sagrado.  
Un augusto concurso á este divino  
Sacrificio asistia enajenado:  
En torno de los muros examino  
Cubiertas de coronas varias tumbas  
Y conozco que son las catacumbas (11).

## LXXVI.

Mas ¡cuál es mi sorpresa cuando veo  
La emperatriz con su hija arrodillada  
Y al lado Sebastian y Doroteo!  
Jamás se vió la cruz tan ensalzada  
Ni consiguió del mundo tal trofeo.  
¡La emperatriz del orbe, abandonada  
La cámara nupcial, venir ansiosa  
A venerar la cruz ignominiosa!

## LXXVII.

»En estas reflexiones embebido  
Advierto que dos diáconos llegáran  
Al Pontífice augusto, y al oído  
Decirle alguna cosa: luego paran  
Los oficios, y á un signo convenido,  
Apagadas las luces, se separan.  
El pueblo santo en pos de sí me lleva,  
Y me hallo á la salida de la cueva.

## LXXVIII.

»¿Quién pudiera pensar que este accidente  
Habria de influir tanto en mi estado  
Dando á mi vida curso diferente?  
Por los ministros sacros reparado,  
Interrumpí el misterio que presente  
No permite á ningun escomulgado:  
Mas tambien los satélites me vieron  
Que á observar las princesas estuvieron.

## LXXIX.

»Hierócles se sirvió de esta noticia  
Para perderme en todo con Galerio.  
Usando del ardiz y la malicia:  
«¿Sabeis, dice, á la dueña del imperio  
»Quién seduce, pervierte, y quién la inicia  
»En ese culto impío, y el misterio  
»La enseña de esta secta abominable?  
»Es ese Griego inicuo y detestable.»

## LXXX

Galerio que, indispuerto de antemano,  
Como amigo del Príncipe me odiaba,  
Marcha luego á decirlo á Diocleciano.  
El le cuenta el rumor que circulaba,  
Con mengua y deshonor del Soberano,  
De que su misma esposa se manchaba  
Con culto tan impuro y tan nefando,  
Sus sesiones nocturnas frecuentando.

## LXXXI.

»Mas no solo la afrenta (le añadiera,  
Atacándole el fallo conocido)  
»Debeis temer: vuestra familia entera  
»A esas cuevas inmundas no hubiese ido  
»Si mas fuerte razon no la moviera.  
»Una trama con ella os tiene urdido  
»El griego Eudoro: haced le den tormento,  
»Y sabreis la verdad en el momento.

## LXXXII.

»Debo de confesar que la apariencia  
Estaba contra mí. Toda la corte  
Parecía aguardar con impaciencia  
Lo que Diocles haría á su consorte.  
Con su genio templado y experiencia  
Al escándalo quiere dar un corte.  
Su carácter político y prudente  
Os pintará este rasgo solamente.

## LXXXIII.

»Desde luego declara es infundado  
El rumor que por Roma ha discurrido:  
Que su esposa y su hija no han dejado  
El palacio; al contrario han ofrecido  
Sus votos en las aras del estado:  
Que se ponga esta historia en el olvido,  
Y que siendo encontrados los autores  
Sufrirán de las leyes los rigores.

## LXXXIV.

»Mas como era preciso que uno fuese,  
Por máxima en las cortes recibida,  
Quien la culpa de todos padeciese,  
Yo fuera aquí la víctima escogida.  
Dióseme, pues, la orden que saliese  
Desterrado de Roma, y en seguida  
Fuese á unirme á las tropas comandadas  
Por Constancio, en el Reno acantonadas.



## LXXXV.

»Mi viaje dispuse á aquella tierra,  
Alegre por trocar la servidumbre  
Del ocio en las fatigas de la guerra.  
Mas tal es el poder de la costumbre,  
O el encanto que ilustre sitio encierra,  
Que no á Roma dejé sin pesadumbre.  
Dando el último abrazo á Constantino,  
A media noche principié el camino.

## LXXXVI.

»Toda Roma en silencio reposaba  
En profundo letargo sumergida;  
La muerte parecia que reinaba  
Usurpando sus veces á la vida;  
La luna en su menguante se miraba  
Del alto capitolio suspendida  
Como esas tristes lámparas colgadas  
Que alumbran de los muertos las moradas.

## LXXXVII.

»El Tibre caudaloso atravesando  
Penetré en la ciudad que halle desierta;  
El templo de la Paz atrás dejando,  
Rostros, templo Estatór, salí á la puerta  
Que dá á la vía Casia; caminando  
Primero por campiña descubierta,  
Luego entré por la Etruria montañosa  
Que atraviesa una ruta tortuosa.

## LXXXVIII.

«Remontando despues el Apenino,  
Al horizonte claro y despejado  
De Italia vi seguirse de contino  
Un cielo nebuloso y aplomado.  
Para pasar los Alpes, el camino  
Atraviesa un peñasco taladrado  
En forma de espaciosa galería,  
Donde nunca se ve la luz del día.

## LXXXIX.

«Luego bajé á la Galia Transalpina  
Y pasando el país que es habitado  
Por los Voconces, la onda cristalina  
Remonté del Arar tan afamado.  
En poco tiempo así llegué á Agripina,  
Donde estaba el ejército acampado.  
Constancio con amor me recibiera,  
Y de mí en el instante dispusiera.

## XC.

«Eudoro, dijo el Príncipe, mañana  
»Marchamos á buscar el Franco fiero  
»Que osa insultar el águila romana.  
»Ahora servireis de simple arquero  
»En la legion cretense veterana.  
»Marchad, mostraos digno compañero  
»De mi hijo, y que las honras que os ofrezca,  
»El valor, no la gracia, las merezca.»

## XCI.

»Aquí vuelve, Señores, de mi vida  
El segundo periodo. Traslado  
De la Arcadía á la corte esclarecida  
Del imperio del mundo, y rodeado  
De goces y placeres, en seguida  
Me veo de repente sujetado  
A las duras fatigas de la guerra  
En país belicoso, inculta tierra.



## NOTAS.

~~~~~

Octava V.

Huyendo las venganzas del Argivo.

(1) Cuando Enas le contó la ruina de Troya, según se ve descrita en el segundo de la Eneida.

Octava XIV.

Alcimedon sus tazas de belleza

(2) Alcimedon era un famoso escultor; de él habla Virgilio en la égloga 5.ª

Idem.

A Dafne aprisionada en su corteza.

(3) Dafne, hija del río Peneo, imploró á su padre la defendiese contra Apolo que la perseguía enamorado; su padre la convirtió en laurel, y cuando llegó Apolo, no alcanzó más que un tronco humilde, del cual cortó un ramo y se hizo una corona. Por esto el laurel fué consagrado á Apolo.

Octava XVII.

Con que Ceres las parvas aventára

(4) Habiendo vuelto Ulises á su patria, cuenta á Penelope que sus trabajos no se han acabado todavía, sino que con el remo en la mano debe ir peregrinando hasta encontrar un pueblo que no tenga noticia de la mar; pueblo que al verle con el remo al hombro, grite por la pila de Ceres: Allí ha de acabar mi peregrinacion, clavando el remo en tierra, y sacrificando á Neptuno. (Odis. 25) Este pueblo no puede ser otro que el de Arcadia, según se deja ver por el siguiente pasaje de Pausanias: "en la cumbre del monte Fórcas, en la Arcadia, aparecen aun las ruinas de un templo antiguo, que Ulises, volviendo de Troya, dedicó á Fula y á Neptuno." En la enumeracion que hace Homero del campo de los griegos, dice que Agamenon habia dado hajeles á los Arcades para navegar á Troya.

Octava XX.

En vano Filopemen eminente

(5) Filopemen, de quien se hace descendiente á Eulore, fué un célebre general de los Aqueos, natural de Megalópolis de Arcadia. Principió á dar

pruebas de valor y de prudencia en la guerra contra Cleomenes, rey de Esparta, que atacó á Megalópolis. Después acompañó á Antígono el Tatar, y ganó el año 208 antes de la era cristiana la famosa batalla de Mesenia contra los Etolios, aliados de los Romanos. Nombrado general de las Aquas, subyugó á Esparta y arrojó sus merallas. Los Mesenios, súbditos de los Aquas, se rebelaron, y Filopomeno fué á auxiliarlos; pero hecho prisionero por ellos, le llevaron á Mesenia y allí le dieron á beber la ciencia.

Octava XXII.

Y á la célebre Roma conducido.

(6) Para dar una extensión proporcional en el todo de la obra al episodio en que Eudoro cuenta su vida, me ha parecido convenientemente reducir á cuatro como los siete libros á que se extiende el original. Verdad es que este episodio sale de las reglas comunes por pertenecer al héroe principal de la historia; pero siempre es un episodio, siendo la relación de hechos anteriores á la acción que se trata de edificar; así, admitiendo alguna mas libertad que los otros episodios, no debe tener tanta que disienta el interés de la acción, ocupando la tercera parte del poema. Como Eudoro habla á personas que debían conocer su linaje y los sucesos de la Grecia, le escede deberles pasar por ello, y desde luego trasladar nuestro héroe á Roma, que es donde su historia principia á tomar algun interés. En el discurso de ella se oirán varias descripciones é incidentes particulares con el objeto de elevarle; pero siempre se conserva el hilo de la narracion, y nada se omite de cuanto se relaciona con la historia y puede interesar á la generalidad de los lectores. Si la libertad que me he permitido es una falta, los inteligentes en el arte me la sabrán disimular por ser conforme á las reglas; los otros advertirán que no es lo mismo escribir en prosa que en verso.

Octava XXVIII.

«De Panonia Gerónimo nativo,

(7) San Gerónimo nació en Estrimolo, ciudad de la Panonia. Fué educado por sus padres en las máximas de la virtud cristiana; pero enviado á Roma para ser instruido en las ciencias, las ideas mundanas cecidieron á los principios de Religión, cuyos santos ejercicios fué dejando poco á poco. Abandonado á las impresiones del orgullo y de la vanidad; y por no haber reprimido al principio sus pasiones, vino á ser el juguete y el esclavo de ellas. Sin embargo, no cayó en vicios groseros. Cuando llegó á la edad viril, quiso recorrer las provincias en que florecían las ciencias para perfeccionarse

en ellas. San Gerónimo y San Agustín florecieron á fines del siglo cuarto y principios del siguiente; pero este anacronismo no perjudica á la verdad del poema, diferente de la verdad histórica. Como dice el autor en su prefacio, estas personas son puramente epistolares, no juegan en lo principal de la acción y solo entran en ella para recordar nombres ilustres y despertar nobles memorias.

Octava XXIX.

Solo espera quizás á un inspirado

(8) Este señor inspirado fué San Ambrosio, arzobispo de Milan. San Agustín habiendo venido de Roma á esta ciudad para professar la retórica, dexó oír los sermones de San Ambrosio por la fama que tenía de sabio y de elocuente; asistió á ellos por mera curiosidad, pero la doctrina que anunciaba el santo arzobispo de Milan, penetró insensiblemente en su corazón, y arrojó en él las semillas de virtud que debian fructificar con el tiempo. Siendo todavía maniqueo, leyó las obras de Platon y de otros filósofos de la misma secta, cuya doctrina acerca del Verbo eterno y de las sustancias incorpóreas contribuyó á rectificar las falsas ideas que habia escuchado de Dios segun el error de los Maniqueos. Simpliciano, sacerdote de Milan y sucesor de San Ambrosio, á quien consultó San Agustín, le aprobó esta lectura.

Octava XLVIII.

La trajese reliquias al palacio.

(9) A principios del siglo sexto habia en Roma una mujer, llamada Aglae, joven, hermosa, y de un nacimiento ilustre. Sus riquezas eran tan grandes, que habia dado tres veces los juegos públicos á sus expensas. El amor desordenado del mundo habia corrompido su corazón y entretenia un comercio ilícito con Basilisco, su amante principal. Este era un hombre licencioso y de vida regulada, pero liberal y compasivo; daba hospitalidad á los viajeros, y procuraba á los pobres toda especie de socorros.

En fin Aglae, movida de la gracia y penetrada de conversacion, llamó un día á Basilisco y le dijo: "Tu vives en que abismo de crímenes no me vergüenza, sin pensar en que debemos presentarnos delante de Dios para darle cuenta de nuestras acciones. He sido decir que si alguno honra á aquellos que parecen por el nombre de Jesucristo, tendrá parte en su gloria. Tambien he sabido que los siervos de Jesucristo combatian en Oriente contra el demonio, y que entregaban su cuerpo á los tormentos, por no renunciar á la religion que profesaban. Ve, pues, y tráeme reliquias de algunos de estos

„tantas almas, á fin de que podamos honrar en memoria, y ser salvos por su intercesión.”

Bonifacio se dispuso inmediatamente á elegir; toma sumas considerables para rescatar de los verdugos los cuerpos de los mártires, lo mismo que para socorrer á los pobres; y estando ya á punto de partir, dice á Aglae: “Si puedo procurarne reliquias, no dejare de traérlas. Pero si es traen mi cuerpo por el de un mártir, ¿le recibiréis?” Aglae miró estas palabras como una chanza, y reprendió al que las había proferido. Mas Bonifacio cumplió su palabra padeciendo un glorioso martirio. *Actas ecclésiasticas de San Bonifacio publicadas por Menckenio, Florenti, &c.*

Octava LII

Ingrata patria no tendras mis huesos.

(10) Alusión al célebre orator de los Mártires, que hallándose perseguido y fuera de su patria cuando escribió esta oda, podía echarle en cara su ingratitud y memorarla con que se pasaria sus huesos. Chateaubriand volvió á su patria, pero su trofante aun está fuera de la seña.

Octava LXXV.

Y conozco que son las catacumbas.

(11) Las catacumbas de San Sebastian, llamadas así por haber sido este santo enterrado en ellas.

LOS MÁRTIRES.

CANTO QUINTO.

SUMARIO.

Continuacion de la historia de Eudoro. Marcha del ejército romano á Batavia. Se encuentra con el de los Francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion del ejército romano, y del de los Francos. Faramundo, Clodion, Meroceo. Trávesase la pelea. Ataque de los Galos contra los Francos. Combate de caballeria. Desafio entre el jefe de los Galos y Meroceo hijo del rey de los Francos, en que sale este victorioso. Los Romanos principian á flaquear. La legion cristiana entra en combate y restablece la batalla. Confusion. Los Francos se retiran á su atrincheramiento. Alcanza Eudoro la corona cívica, y Constancio le nombra jefe de los Cretenses. Renuévase el combate al rayar el día. Atacan los Romanos las trincheras de los Francos. Se levantan las olas. Huyen de ellas los Romanos. Eudoro cae herido despues de haber combatido mucho tiempo. Es socorrido por un esclavo de los francos, y llevado por él á una caverna. Es hecho esclavo de Faramundo. Historia de Zacarias. Clotilde, mujer de Faramundo. Principio del cristianismo entre los Francos. Eudoro alcanza su libertad. Es enviado á proponer la paz á los Romanos. Acompañale Zacarias hasta la frontera de las Gaudas. Su despedida.

I.

Al norte de las Gaulas, donde el Reno
 En dos brazos separa su corriente,
 En inculto país, de lagos lleno,
 Habita el Franco (1) indómito y valiente
 Que de Roma hasta aquí sacudió el freno
 Bravéando su poder. Al occidente
 Avecina con la húmeda Batavia,
 Al norte con la fría Escandinavia.

II.

»En tiempo de Gordiano el piadoso
 Este pueblo feroz por vez primera
 Se dejó ver del Galo temeroso.
 Allí uno y otro Decio pereciera;
 Y Probo alcanzó el título glorioso
 De *Fráunico* por solo que obtuviera
 Encerrarle en sus límites primeros
 Con guerra sanguinosa y golpes fieros.

III.

»Mas ahora con nuevo ardor y rabia,
 De sus tribus juntando el poderío,
 Rompiera por la parte de Batavia
 Donde va á desaguar el Reno frío.
 Constancio con prudencia y arte sabia
 Dejó desahogar su ardiente brio:
 Luego, juntas las tropas de su mando,
 A darles la batalla va marchando.

IV.

»Después de algunos días de camino
Entramos en el suelo cenagoso
De Batavia que inunda de continuo
El flujo del océano espumoso.
Las espesas florestas de sapino
Y los brazos del Reno caudaloso
Que era preciso atravesar por vados,
Nos hicieron perder muchos soldados.

V.

»Cansado de marchar el día, apenas
Unas horas la noche reposaba
Para empezar de nuevo otras faenas.
No obstante, en este plazo me olvidaba
De cansancio, fatiga y demás penas;
Y á la primera luz, cuando escuchaba
El toque de Diana, alborozado,
Percibía un placer inesperado.

VI.

»No os diré la especie de alegría
Que encierra en sí la vida del soldado.
Jamás sentí el clarín que retecía
Por los valles con son descompasado
Y el eco de los montes repetía,
Del relincho primero acompañado
Con que el corcel saluda al sol radioso,
Sin llenarme de un gozo belicoso.

VII.

»Nuestra rápida marcha sorprendiera
A los Francos que estaban descuidados.
Mas luego que su gente se reunión
Al mando de sus jefes mas nombrados,
Salen á nuestro encuentro en la ribera
Del mar. Toda la noche de ambos lados
Se pasó en ordenarse y disponerse,
Para el rayar del alba acometerse.

VIII.

»En nuestra primer linea aparecian
Los fuertes Vexilares, distinguidos
Por la piel de leon con que cubrian
La cabeza y espaldas, divididos
Por cohortes: en pos de ellos se seguian
Los Hastatos valientes y aguerridos,
Los Príncipes armados con espadas,
Y los Triarios con picas aguzadas (2).

IX.

»El centro del ejército ocupaban
Las leiones de Hierro y Fulminante,
Que en sus lanzas de acero presentaban
Un muro impenetrable de diamante.
Entre ellas por intervalos estaban
Las máquinas de guerra, rutilante
Catapulta, el ariete, la balista,
Cuyos tiros no hay fuerza que resista.

X.

»En el costado izquierdo se estendia
La tropa de aliados y auxiliares
Compuesta de veloz caballería,
De lijeros (3) corceles los hijares
Apretaba y con gracia se mecía
El Tartesio cubierto de alamares,
Numantinos y Lusos aguerridos,
Por el jóven Viriato conducidos.

XI.

»Como una torre fuerte y elevada
Se veían acá y alla mezclados
Los Germanos de talla ajigantada,
En caballos indómitos montados,
Y una maza en las manos barreada,
Detrás algunos Númidas armados
Del arco y de la clámide vestidos
Tiritaban de frío poseidos (4).

XII.

»En la otra ala brillaba el arrogante
Escuadron del Romano caballero,
Con el casco de plata deslumbrante,
Coraza de templado y fino acero
Con esmaltes dorados, la tajante
Espada fabricada del Ibero,
Caballo generoso y adiestrado
De brillantes jaeces adornado.

XIII.

»Al frente del ejército esparcidos
Se veían los Vélites y Arqueros
Con los Galos veloces y atrevidos.
El instinto de guerra en los postreros
Les es tan natural que, confundidos
En el choque, son siempre los primeros
A ordenarse buscando sus señales,
Y los soldados se hacen generales.

XIV.

»Por fin, como se ve nube sombría
En la falda de un monte recostada,
El cuerpo de reserva componía
La *Púdica* legion, toda formada
De cristianos. *Constancio* la tenía
En vez de la *Tebea*, degollada
Por *Maximiano*. Víctor de Marsella
Comandaba esta legion valiente y bella.

XV.

Pero todo aquel orden admirable
Que en el romano ejército brillaba,
Solo era para hacer mas espantable
La sencillez salvaje que reinaba
En las huestes del Franco formidable
Que vestido de pieles semejaba
A un rebaño feroz de hambrientas fieras
Tendido por los valles y praderas.

XVI.

»La vista de estos bárbaros parece
 Al azul de la mar tempestuosa
 Que en medio de la noche resplandece,
 Al brillo del relámpago, espumosa.
 La blanca cabellera que les crece,
 Descendiendo hasta el pecho sortijosa,
 Teñida de un licor rojo, brillante,
 Es á la sangre y fuego semejante.

XVII.

»Parte de ellos su diestra mano carga
 Con la frámea, (5) por mango un medio roble,
 Y en la izquierda la oval, ingente adarga;
 Parte lleva el angon de garfio doble;
 Mas todos además ciñen la larga
 Francisca, de dos cortes, arma noble,
 Que con grito de muerte arroja el Franco,
 Y rara vez ó nunca yerra el blanco.

XVIII.

»Siguiendo su manera de batalla
 Los bárbaros el cúneo (6) habian dispuesto;
 La tropa mas valiente y de mas talla
 Haciendo punta, con airado gesto,
 La barba á propio intento sin cuidalla,
 Y un anillo de hierro al brazo puesto,
 Signos de esclavo que llevar juraban
 Hasta que algun Romano degollaban.

XIX.

»En este vasto cuerpo gobernando
Cada jefe venia á los valientes
De su raza, el coraje acrecentando
Con el riesgo comun de los parientes.
Del ejército entero tiene el mando
Por su valor y prendas eminentes
El rey de los Sicambros Faramundo,
Su nieto Meroveo por segundo.

XX.

»Mas Clodion, padre de este, comandaba
La fogosa y feroz caballería
Que frente á nuestros équites guardaba
El costado á la fuerte infantería.
En sus cascos de acero que sombréaba
Una pluma de buitre, parecía
Verse aquellas figuras monstruosas
Que presentan las nubes luminosas.

XXI.

»El sol de la mañana refulgente,
Saliendo de una nube colorada,
Derrama su luz clara de repente:
La tierra toda pareció inflamada
Con los rayos del casco reluciente,
Cruzados con el brillo de la espada,
La lanza y la coraza centellante
Y el escudo de acero deslumbrante.

XXII.

»Luego al ruido del bélico instrumento
Suena el canto de guerra repetido
Por cien mil combatientes, y al momento
El pecho de la rabia es poseído.
El caballo da botes de contento,
Y patea la tierra enardecido,
Sacudiendo la crin negra y erguida
Y tascando los hierros de la brida.

XXIII.

»Ya el ejército bárbaro se avanza
Con paso denodado y aire fiero.
Constancio hace la seña con su lanza;
Los escuadrones tiran del acero;
Las legiones se mueven con pujanza:
¡Viva el Emperador! grita el guerrero;
Mas el Franco responde enfurecido
Con un largo y horrisono mugido.

XXIV.

»El trueno estalla menos horroroso
En las cumbres del áspero Apenino;
El Etna lanza menos hervoroso
De piedras y de fuego un torbellino;
Ni las olas del piélago espumoso
Que el huracan levanta en remolino
Baten con tanto estruendo la ribera,
Pareciendo tragar la tierra entera.

XXV.

«Los Galos se adelantan ardorosos,
Y lanzando sus dardos puntiagudos;
Corren al enemigo presurosos,
La espada en mano, al pecho los escudos.
Los Francos los reciben desdeñosos
Y repelen con fuerza y golpes rudos:
Tres veces carga el Galo denodado,
Y otras tantas es luego rechazado.

XXVI.

«Con igual valentía y mas destreza
El arquero cretense disparaba
Una nube de flechas con certeza
Que al Franco en gran manera atormentaba.
Trasportado de rabia, con fiereza,
Mirando que su sangre derramaba
Sin vengarse de golpes tan lejanos
Rompió las saetas con sus manos.

XXVII.

«En esto el escuadron fuerte y terrible
Del Equite romano se conmueve
Y va á dar con impulso irresistible
Sobre el fiero Clodion que raudamente mueve
A recibir su encuentro; el mas horrible
Combate entre los dos se traba en breve,
Rodando por el suelo en el instante
La lanza, el casco y miembro palpitante.

XXVIII.

«En tanto la falange se abanzaba
 Con igual y pausado movimiento,
 Rompiendo las legiones que encontraba
 Sin que nada resistiera su ardimiento,
 Mas la tropa con arte se apartaba
 Y cambiando de frente en el momento,
 Del triángulo combate los costados,
 Y bien pronto los Francos son cercados.

XXIX.

«Allí es luego el sonar de las espadas,
 De las lanzas y escudos acerados;
 Los reveses y fuertes cuchilladas,
 Los tajos y mandobles redoblados;
 Las manos y cabezas cercenadas;
 Las corazas y yelmos abollados;
 La audacia y el coraje reunidos
 De cien mil combatientes encendidos.

XXX.

«Meroveo en valor sobresalía
 Entre todos los bárbaros guerreros:
 Sobre un inmenso carro aparecía,
 Cercado de sus doce compañeros,
 Llamados doce pares, que escedía
 Del hombro para arriba; de tres fieros
 Novillos era el carro conducido
 Que infundían pavor con su bramido.

XXXI.

«La muerte y el espanto iban delante
De este nieta del viejo Faramundo,
En arrojo y valor sin semejante,
En fuerza y en destreza sin segundo.
Su carro va dejando rastro humeante:
Aquí se ve un Romano moribundo;
Allí el Galo y Germano temerosos
Van huyendo su encuentro presurosos.

XXXII.

«De heridas y de muertes ya cansado,
Meroceo en su carro contemplaba
El campo de cadáveres sembrado.
Así el león de Libia cuando acaba
De asolar un rebaño amedrentado,
Satisfecha la sed que le aquejaba,
Se acuesta entre las tímidas ovejas,
Empapadas en sangre las guedejas.

XXXIII.

El jefe de los Galos arrogante
Le mira en esa especie de reposo
Soberbio al mismo tiempo que insultante.
Luego le desafía valeroso
A pugna singular; y en el instante,
Saltando aquel del carro poderoso,
Principian el combate mas horrendo,
Ambas huestes las armas suspendiendo.

XXXIV.

»El Galo es el primero con la espada
 A dar sobre el Francés mal afirmado;
 Y tirándole brava cuchillada,
 Ya le ataca y le hiere en el costado,
 Ya le acosa y le lleva en retirada,
 Forzándole á cejar desconcertado
 Hasta los mismos cuernos del novillo
 Que parece defiende á su caudillo.

XXXV.

»Meroveo á su vez el angon lanza,
 De dos garfios de acero, recurvado,
 Que silvando se clava con pujanza
 En la adarga del Galo infortunado:
 Luego el Franco ligero se abalanza,
 Y tirando el angon á uno otro lado,
 Alzando la mortífera *francisca*,
 La cabeza le parte y hace trisca.

XXXVI.

Así el tronco robusto de alto roble
 Al golpe de la cuña es abatido;
 Así en la arena el toro fuerte y noble
 De valiente lanzada cae herido.
 Por un instante el Galo queda inmoble,
 Sus manos levantando estremecido;
 Mas despues titubea, cae en tierra
 Y sus lividos ojos luego cierra.

XXXVII.

«A esta vista los Galos pavorosos
 Lanzan un alarido penetrante:
 Los Francos al contrario victoriosos
 Rodean á su Principe triunfante,
 Y con vivas y aplausos clamorosos
 Le alzan sobre un pavés, y en el instante
 Le aclaman con sus padres juntamente
 Por rey de los Sicambros por valiente.

XXXVIII.

El miedo y el espanto principiaba
 A ocupar los romanos corazones;
 El ardor en los Francos se aumentaba,
 Y cargan con furor los escuadrones.
 Constancio que de lejos observaba
 El desórden que empieza en las legiones,
 Una señal haciendo con su pica,
 Manda avanzar á la legion *Púdica*.

XXXIX.

«Los guerreros cristianos al instante
 Descienden la colina presurosos.
 El invencible Victor va delante,
 Los centuriones todos son gloriosos
 Confesores que llevan el semblante
 De cicatrices lleno, y generosos
 Van á verter la sangre que les resta,
 Por aquel que en su alma les detesta.

XL.

»A la llanura apenas han bajado,
El bárbaro se siente detenido
En el curso del triunfo ya ganado.
Muchos de ellos despues me han referido
Que á su vista estallára un abrasado
Torbellino, y de blanco revestido
Vieran un caballero deslumbrante,
Broquel y lanza de oro centellante.

XLI.

»El Romano disperso se rehace
Al mirar el refuerzo que le llega,
Y otra vez la esperanza en él renace.
La falange del Franco se replega,
Formando de broqueles el enlace
Para empezar de nuevo la refriega.
La legion un momento se detiene
Para oír lo que Víctor les previene.

XLII.

«Guerreros! les arenga, ¡que glorioso
»Para el nombre cristiano dar su vida
»Por un Príncipe augusto y victorioso!
»Jamás puede la muerte ser temida
»Del que espera por siempre ser dichoso.
»El cielo con la palma nos convida:
»Marchemos todos, pues, á la victoria
»Que nos abre el camino de la gloria.

XLIII.

«Todos hincan entonces la rodilla,
 Y un Ministro de paz, formando el signo
 De la cruz, les bendice, y luego brilla
 En el guerrero fiel fuego divino;
 E invocando á la Virgen sin mancilla,
 Sin disparar el dardo, de continuo,
 Alta la espada, se echan sobre el Franco;
 Y rompe la falange por un flanco.

XLIV.

«Detrás de ellos entramos en seguida
 Romanos, Griegos, Galos y Germanos,
 Y empieza la batalla mas refida,
 Con golpes y combates inhumanos,
 Peleando sin orden ni medida
 Al modo de los héroes troyanos:
 Mil grupos de guerreros se embarazan,
 Se tropiezan, se chocan y rechazan.

XLV.

«Hijas de los Sincambros es en vano
 Que prepareis el bálsamo á la herida,
 Pues no podrá curarla vuestra mano.
 Aquí muere uno al golpe de la buida
 Espada ó jabalina del Romano;
 Allí siente otro huírle la querida
 Imágen de la patria, traspasada
 La entraña de mortífera lanzada.

XLVI.

«Este siente el palacio y la riqueza
 Que con inmenso afán ha reunido;
 Aquel echa de menos la pobreza
 Y la infeliz cabaña en que ha nacido.
 Aquí muere un pagano con fiereza,
 Del César blasfemando enfurecido;
 Allí espira un cristiano con reposo,
 Rogando por el César fervoroso.

XLVII.

«Y vos, jóvenes Francos, par valiente,
 No pasaré en silencio el heroísmo,
 De la fina amistad y amor ardiente
 Que para ponderarlo no hay guarismo.
 De una cadena atados juntamente
 Por vencer ó morir á un tiempo mismo,
 Yo os viera caer y morir juntos,
 Amigos siendo, siendo ya difuntos.

XLVIII.

«Entre tanto los brazos fatigados
 Repetían los golpes temerosos
 Con el riesgo ó la cólera esforzados.
 La sangre corre en ríos caudalosos;
 Los heridos y muertos son mezclados;
 Suena el aire con gritos lastimosos:
 Mas la noche al fin viene con su manto
 A mitigar tal rabia y furor tanto.

XLIX.

Los bárbaros ganaron los primeros;
 Su campo de carretas defendido,
 Aunque en derrota impávidos y fieros.
 La noche la pasamos sin descuido,
 Juntao y ordenando los guerreros,
 Y vendando sus llagas el herido;
 Sin cesar el atento centinela
 De repetir el grito de la vela.

L.

«En la fuerza del choque pereciera
 Todo jefe cretense ilustre y bravo,
 Y á una voz el soldado me eligiera,
 Como hijo de Polibio, por su cabo.
 A la legion del Hierro consiguiera
 Salvar de destruccion cierta y fin pravo:
 Constancio una corona me acordára,
 Y el título de jefe confirmára.

LI.

«De las tropas ligeras comandante,
 Al campo de los Francos me estendia,
 Y anhelaba solícito el instante
 Que su luz nos volviese el claro día.
 Esta luz aparece, y por delante
 A mis ojos se ofrece en la bahía
 El cuadro mas terrible y mas horrendo,
 Y el objeto mas raro y estupendo.

LII.

»Por la noche los Francos inhumanos
Con fiera y barbarie nunca oidas,
Cortando la cabeza á los Romanos,
Las pusieran de lanzas suspendidas.
Mas feroces aun y mas insanos,
Tenian las hogueras encendidas
Para abrasar los hijos con las madres
Y morir juntamente con sus padres.

LIII.

La vista de este objeto lastimoso
Un instante paró nuestros guerreros,
Que ven con sentimiento doloroso
Los que el día antes fueran compañeros.
Mas pronto de su pecho generoso
Se apodera el ardor, y como fieros
Leones se les ve luego lanzarse
Por borrar su ignominia y por vengarse.

LIV.

»Nada puede oponerse á su ardimiento,
Y asaltando las débiles trincheras,
Encima de ellas se les ve al momento.
Entonces se derraman como fieras,
Y principia el combate mas sangriento:
Ya el bárbaro miraba á las hogueras,
Ya corria veloz.... solo un segundo,
Y el pueblo concluyó de Faramundo.

LV.

»Mas entonces un viento impetuoso
Se levanta entre norte y occidente,
Que agitando el océano espumoso,
Lo lanza á la ribera fuertemente.
Como aliado fiel y generoso
Del bárbaro la mar brava y potente
Las trincheras del Franco viene entrando
Las legiones romanas arrollando.

LVI.

»Al ver esto el Sicambro que corria,
Se detiene, se anima y vuelve cara,
No dudando que el monstruo que creía
Ser padre de su Príncipe, (7) enviára
En su ayuda las olas que veía;
Y como en nuestras tropas comenzára
El desórden, ligero y denodado
Nos carga y nos acosa á todo lado.

LVII.

»Entonces principió la mas estraña
Y singular escena: allí nadando
Va el toro con el carro en la campaña,
Sus astas retorcidas enseñando;
Aquí el Saliense intrépido con saña,
Sus bateles de cuero al mar botando, (8)
Nos persigue y alcanza los extremos,
Y nos bate y golpea con los remos.

LVIII.

Meroveo se hiciera una barquilla
 De un escudo de mimbre entretegido
 Y embreado por dentro con argilla.
 En este batel débil conducido
 Nos sigue y nos acosa por la orilla,
 Corriendo á todas partes precedido
 De sus doce valientes campeones
 Que brincan alrededor como tritones.

LIX.

«Las mugeres con gozo delirante,
 Dando fuertes palmadas, bendecian
 La mar libertadora. A cada instante
 Las olas velozmente se extendian
 Aquí por cima de ellas del infante
 Las picas solamente se veian;
 Allí rodando va entre cieno y alga
 El ginete y corcel en que cabalga.

LX.

«Lejos yo de mi tropa, me hallé á un bando
 De algunos caballeros reunido,
 Y con ellos estuve batallando
 Los bárbaros en número crecido;
 Mas sus fuerzas y furia redoblando,
 De mil dardos y lanzas mal herido,
 Encima de un monton caí de muertos
 Con la arena del mar medio cubiertos.

LXI.

«No sé el tiempo que estuve desmayado;
 Mas cuando abrí los ojos, solo víera
 Un campo de cadáveres sembrado
 Que la mar poco hacia sumergiera.
 Queriendo levantarme, abandonado
 De las fuerzas, de nuevo recayera;
 Así seguí algún tiempo, en la balanza
 Fluctuando del temor y la esperanza.

LXII.

«Ya empezaba á faltar la luz del día,
 Cuando llegó una voz á mis oídos
 Que en idioma latino así decía:
 «Hable quien viva aun de los heridos!»
 Tornándome á mirar con alegría,
 Ví un Franco en cuyos míseros vestidos
 De cortezas de chozo conociera
 Ser esclavo; él me vió, y á mi viniera.

LXIII.

«¡Buen animo, me dice, jóven Griego!»
 Conocióme en el traje; arrodillado
 Recorre mis heridas con sosiego;
 Piensa un poco entre sí, y asegurado:
 «No las creo mortales» dice: luego
 Sacando del zurrón un perfumado
 Bálsamo, las lavó con agua clara,
 Y con ojas, por vendas, las atára.

LXIV.

»Mi languidez fué tal que no podia
Mostrar la gratitud de otra manera
Que en mi fijo mirar con que exprimía
La admiracion. En tanto á la ribera
Sus olas nuevamente el mar volvía :
Esto en grande embarazo le pusiera,
Porque entrar no queria tierra adentro,
Recelando del bárbaro el encuentro.

LXV.

»Entonces en la arena vió encallada
La nasilla de un Franco, y animoso,
No obstante que de edad era avanzada,
Me carga á sus espaldas cuidadoso.
La marea se acerca, el barco nada ;
Recuéstame en las tablas, é ingenioso,
Del trozo de una pica haciendo un remo,
Va guiando el batel con arte extremo.

LXVI.

»De la marea el barco conducido
Sube un rio cercado de florestas,
Paraje del esclavo conocido.
Salta al agua ; otra vez me toma á cuestras,
Y me conduce á un antro de él sabido.
Allí de musgo y ojas bien dispuestas
Me prepara la cama, me echa encima,
Y con dulce licor me reanima.

LXVII.

«Pobre infeliz! me dice compasivo
»Hablándome en mi lengua: esme forzoso
»Dejaros esta noche, que un motivo
»Me obliga á separarme poderoso.
»Pero mañana espero hallaros vivo,
»Y daros faustas nuevas: del reposo
»Disfrutad entre tanto la dulzura.»
Dice, parte, y se pierde en la espesura.

LXVIII.

«Por Hércules! Demódoco dijera;
»No sin causa de mí fueron queridos
»Los hijos de Esculapio en gran manera.
»Ellos son generosos, comedidos,
»Y poseen la ciencia verdadera
»De arcanos á los hombres escondidos.
»Entre los profesores de Epidauro
»Se cuenta al Dios, al héroe y al centauro.

LXIX.

«Dime, hijo mío, el nombre de ese amable
»Y benéfico Franco, que imagino
»Que á Júpiter no halló muy favorable
»Al pesar la balanza del destino.
»Mas ¿quién resiste al Hado inexorable?
»Nómbreme luego, pues, á ese divino
»Libertador que honrarle deseára
»Segun á Macaon Néstor honrára.»

LXX.

«Haroldo entre los Francos se llamaba,
Eudoro le responde con agrado:
Apenas la primera luz brillaba,
Le vi venir aprisa, acompañado
De una dama que púrpura arrastraba,
Semblante magestuoso, aire mezclado
De piedad y barbarie, que ofrecia
Estraña y singular fisonomía.

LXXI.

«Mostraos, joven Griego, agradecido,
»El esclavo me dice, á la piadosa
»Muger de Faramundo que ha obtenido
»Se os salve la vida, y cuidadosa,
»Por libraros del bárbaro temido,
»En vuestra busca viene cariñosa:
»Así, cuando del todo esteis curado,
»Su cautivo sereis fiel y obligado.»

LXXII.

«Algunos siervos vi que luego entraron,
Y tendiéndome en ramas enlazadas,
Al Campo de los Francos me llevaron.
A pesar de las olas encrespadas
Sus tribus las legiones rechazaron,
Y á retirarse fueron obligadas.
Quince dias marchamos de continuo
Por montes y florestas sin camino.

LXXIII.

»No os diré las penas que pasára
En marcha tan veloz, pues arrojado
En los carros de heridos, me encontrára
La mas parte del tiempo desmayado.
Mas luego que el reposo principiára
A volverme el sentido, acongojado
La vista en torno mio dirigiendo,
Miré mi posicion y estado horrendo.

LXXIV.

»Esclavo entre los bárbaros, me hallaba
Entre montes y breñas, recluido
En una baja choza que cercaba
Un vallado de arbustos construido.
De trigo una bebida que amargaba,
Pan hecho de cebada y mohecido,
Algun trozo á la vez de cabra ó ciervo,
Era todo el comer de un triste siervo.

LXXV.

»Así la providencia sabia y recta
Del que todas las cosas considera
Me hizo satisfacer con ley perfecta
Las delicias que en Neápoli tuviera.
La estrechez de la choza sucia é infecta,
La vista de los Francos torva y fiera
Y el hedor pestilente que exhalaban,
Los perfumes y olores compensaban.

LXXVI.

«El anciano cautivo no podía,
De continuos afanes ocupado,
Visitarme las veces que quería:
Mas ya de mis heridas recobrado,
Una tarde me anuncia que sería
Al campo con los siervos enviado.
«Animo! me añadió, tened firmeza,
»Que el cielo ayudará vuestra floqueza.»

LXXVII.

«Esta ingrata noticia vivamente
Me agitó. Mil proyectos ideaba
De salvarme, mas todos vanamente.
¿Cómo poder salir de donde estaba?
La noche pasé insomne; solamente
A dormirme hacia el alba principiaba,
Cuando siento una voz bronca y esquiva:
«¡Siervo romano, levántate, arriba!»

LXXVIII.

«Levantándome luego, por vestido
La piel me echan al hombro de una fiera;
Danme para comer un pez podrido,
Y un cuerno en que beber agua pudiera.
Con los otros esclavos reunido,
Al monte les seguí, donde les viera
Juntar ojas y ramas por el suelo,
Sacándolas con pena de entre el hielo.

LXXIX.

«Los siervos con señales me invitarán
 A trabajar, atando con corteza
 Los haces y montones que juntarán.
 Mas luego conociendo mi rudeza,
 Con un pesado haz se contentarán
 De cargar mis espaldas: mi fiereza
 De este modo la frente al yugo inclina
 Que poco hiciera coronó la encina.»

LXXX.

«Cargado de este peso caminaba
 Por la nieve, descalzo y aterido
 Del cierzo que mis lágrimas helaba.
 En un ramo de roble sostenido
 Arrancado del haz que me agoviaba,
 Dirigia mis pasos abatido,
 Cual viejo á quien la edad encorva y rinde,
 Por montes sin camino, senda ó linde.»

LXXXI.

«Ya pronto á sucumbir de desaliento,
 De repente al cautivo ví á mi lado
 Que con sola su vista me dió aliento.
 No obstante que su haz es mas pesado,
 Se me acerca tan plácido y contento.
 «Sin duda, me pregunta, habeis hallado
 «El peso que llevais, poco ligero;
 «Mas el uso os lo hará mas llevadero.»

LXXXII.

«Admirado de verle así animoso,
 Conforme siempre é igual en la dureza
 De estado tan misérrimo y penoso,
 No pude ya ocultarle mi estrañeza:
 Arrojando su carga presuroso,
 Frota dos palos secos con destreza,
 Saca lumbres, enciende un grande fuego,
 Y sentados su historia contó luego.

LXXXIII.

«Pero ¿quién pensais fuese el esforzado
 Y venerable anciano que sufríera
 Con tal resignacion su triste estado
 Y tanta caridad en él se viera?
 Ya sabéis de aquel inclito soldado
 De la legion Tebea que pudiera
 Salvarse por milagro de la muerte:
 Este era Zacarias bravo y fuerte.

LXXXIV.

«El me dijo la escena prodigiosa
 De aquellos cuatro mil (9) y mas guerreros,
 Bravos en la batalla temerosa,
 Tendiendo su cerviz como corderos.
 ¡O fuerza de la gracia poderosa!
 El solo entre los otros compañeros
 De un fin pudo salvarse tan sangriento
 Para ofrecer despues otro portento.

LXXXV.

»Por Dionisio en las Gaulas acogido,
 Luego le destinó á servir en la ara
 Del Dios por quien había combatido.
 Mas el cielo á otra parte le llamára:
 Hallando una muger cuyo marido,
 Esclavo entre los Francos, la dejára
 Con tres infantes tiernos, compasivo
 Fué á ponerse en su plaza por cautivo.

LXXXVI.

El me contó los frutos abundantes
 De la gracia en terreno tan fecundo;
 Poniendo entre sus triunfos mas brillantes
 A Clotilde muger de Faramundo.
 »Mirad, dijo, de bárbara que era antes,
 »Ahora ofrece un ejemplo sin segundo.
 »De modestia y virtud esclarecida,
 »Y á sola su bondad debeis la vida.

LXXXVII.

»Y es posible, me añade, que nacido
 »En ese clima dulce y apacible,
 »Tan cercano al país favorecido
 »Del Señor, os mostreis mas insensible
 »A su gracia y aviso repetido
 »Que este bárbaro tosco é impasible?
 »¡Hijo mío! en sus luces celestiales
 »El remedio hallareis á vuestros males.»

LXXXVIII.

«Padre mio! exclamé todo turbado
 »De vergüenza y pesar sobrecojado:
 »Vuestro cargo es en tanto mas fundado.
 »En cuanto hablais á un fiel envilecido.
 »Yo soy cristiano, si; mas olvidado.
 »De esa divina ley en que he nacido,
 »No supe ser feliz cuando culpable,
 »Y ahora soy infeliz y miserable.»

LXXXIX.

«Jesucristo! Dios mio! esclama el santo,
 »Levantando sus manos hacia el cielo:
 »¿Es posible me deis consuelo tanto
 »Que vea un siervo vuestro en este suelo?
 »Enjugad, hijo mio, vuestro llanto,
 »Que el Señor es benigno y con anhelo
 »Recibe al pecador que humilde implora
 »Su proteccion y sus pecados llora.»

XC.

«Desde entonces, doblando su cuidado
 El santo con amor caritativo,
 Jamás se separaba de mi lado,
 Ayudándome en todo compasivo.
 Mi pecho se sentia consolado,
 Y ya llevo las penas del cautivo
 Con mas resignacion desde que via
 Que un Confesor conmigo las sufria.

XCI.

»El me hizo ver también la ilustre esposa
Del viejo Faramundo, que advertida
Me recibió benigna y obsequiosa.
De mi estado infeliz compadecida,
Hizo me releváran la penosa
Tarea, y me empleasen en seguida
Con los siervos que van en comitiva
Del Rey cuando á la caza al campo iba.

XCII.

»En esta caza á veces sucedía
Hallar la libertad tan descada
El siervo que en valor se distinguía,
Prenda de aquellos bárbaros amada.
Yo tuve la feliz suerte que un día,
Yendo al lado del Rey, de una estocada
Maté á sus pies un oso corpulento,
Y él me declaró libre en el momento.

XCIII.

»Ya entonces la risueña primavera,
Animando los bosques y los prados,
De los combates la época volviera.
Los jefes de los Francos congregados
En la isla (10) en que á Herta se venera
Después de varios choques y altercados,
Por la paz finalmente se inclináran,
Y á ofrecerla á Constancio me enviáran.

XCIV.

«De Clotilde en la noche despedido,
 Por no dar tiempo al cambio, á el otro día
 Partí, por Zacarias conducido
 Que me hizo hasta las Gaulas compañía.
 En vano de su suerte conolido
 Le insté á que me siguiese: á mi porfía
 Me respondió cogiendo á nuestra marcha
 Un lirio que apuntaba entre la escarcha:

XCV.

«Mirad, dijo, esta flor que simboliza
 »La tribu de los Salios, cómo crece
 »En medio de la nieve, y rivaliza
 »Con ella en la blancura: así florece
 »La virtud que la vida immortaliza.
 »Como á esta flor la escarcha la emblanquece,
 »Así espero despues de prueba dura
 »Se presente al Señor mi alma pura.»

XCVI.

«Dichas estas palabras, con la mano
 Señalándome el cielo en qué algún día
 Debiéramos vernos, el anciano
 Se separó de mí. Así instruía
 El divino Maestro del cristiano
 Sus Apóstoles rudos cuando hacía
 Hablar la yerba y el heno de los prados
 Y los lirios del valle delicados.»

NOTAS.



Octava I.

Habita el Franco indómito y valiente

(1) Los antiguos Frances habitaban del otro lado del Rin, en la parte de la Germania que confina con la Bélgica y la Holanda. Erro de origen Celta, y fueron llamados Francos, segun Libanio por la hien que sufrían las fatigas de la guerra. De ellos tomó después el nombre de Francia el país que antes se llamaba las Galias. Eran pueblos indómitos y salvajes, que vivían en ferocidad, sin Nómada, á todos los otros Bárbaros; miraban la paz como una calamidad horrible: en el mar y entre las tormentas vivían tan seguros como en tierra; y preferían los hielos del Norte á los climas de la mas dulce temperatura. Constantino el grande, segun dice Porfirio-genetes, dió una ley por la cual se permitia á los Emperadores Romanos contraer matrimonio con las hijas de los Frances.

Octava VIII.

Y los Triarios con picas aguzadas.

(2) Véase á Polibio y Vespocio acerca del ejército y armadura de los Frances.

Octava X.

De ligeros corceles los hijares

(3) Los caballos de España han sido siempre celebrados por su hermosa planta y ligereza. Estrabon dice que los caballos Celtiberos eran tan veloces como los de los Pactos. Tambien ha sido famoso el temple de las espadas Iberas, á cuyo corte no habia escudo, broquel ó coraza que resistiese.

Octava XI.

Tiritaban de frio poseidos.

(4) Como nacidos y criados en el ardiente clima de Africa. La clámide era una especie de camisa ó túnica ligera.

Octava XVII.

Con la frámea, por mango un medio roble,

(5) La frámea era una especie de lanza, ó segun otros de dardo ó jabalina.

El yugon era un dardo con dos garfios que lanzaba el Franco al escudo del enemigo, ordinariamente alzado de pieles, en las cuales se clavaba; el Franco se cubría de la otra extremidad, y forzándolo á uno y otro lado obligaba al enemigo á descubrirle la cintura ó el pecho, y entonces ó le pasaba con la frómet, ó le hería la cabeza con la francisca. Era esta una hacha de dos cortes, arma propia de los Francos, de quienes tomó el nombre.

Octava XVIII.

Los bárbaros el cúneo habían dispuesto;

(6) De esta época, ó especie de falange, en que se formaban los Francos para vencer las huestes enemigas, habla Tácito en el cap. 51 de moribus.

Octava LVI.

Ser padre de su Príncipe, enviára

(7) Creían los Francos que *Moroto* era el fruto de un comercio secreto de la esposa de Clodius con un monstruo marino. *Epitom. Hist. Franc.*

Octava LVII.

Sus bateles de cuero al mar botando,

(8) El romano Tácito hace mención de estos débiles bates, los cuales tenían dos peces. Sufonius dice que los bages Sajones estaban almorzados por fuera con pieles de animales.

Octava LXXXIV.

De aquellos cuatro mil y mas guerreros

(9) La legión Teles, llamada así porque se había levantado en la Tebeida ó en el Egipto superior, se componía en sentido de San Eusebio de seis mil seiscientos sesenta y un soldados; cuyo número cierra hasta diez mil el autor de las *Vidas de los Padres*, Albano Eutler. Todos eran cristianos y tenían por comandante á San Mauricio, y por cabos principales á los Santos Eusebio y Cándido. En el año 286 de la era cristiana, habiéndose rebelado en las Galias los pueblos Bagaudas, Diocleciano envió contra ellos á Maximiano, á quien el mismo antes había creído César, y ahora estaba de asociarse al imperio. Para que no quedase desairado en esta expedición, hizo Diocleciano que pasase del Oriente al Occidente la legión Teles, considerada como el mejor cuerpo de tropas del ejército, y la entregó á Maximiano. Pasó este los Alpes, y queriendo dar un descanso al ejército, secampó en Octadara; hoy Martini en el Valais; en cuyo punto ordenó que todo el

ejército hiciera un sacrificio á los dioses para hacerlos favorables á las armas del imperio. Por evitar este compromiso, la legión Tebén se alejó de Ostodura, y volvió á acampar á tres leguas de allí, en las inmediaciones de Agaura. El Emperador dió la orden de que volviese á tomar parte en el sacrificio: la legión se resistía á hacerlo, y Maximiano la mandó diezmar. Esta primera decimacion fué seguida de una segunda, que no produjo mas efecto. El Emperador hizo decir á la legión que era de su mayor interés el que se rindiese, y que todos pereciesen si continuaban en su desobediencia. Los soldados cristianos, animados por sus jefes, le enviaron por respuesta: "Señor, soldados vuestra somos; pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios. A Vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un corazón puro y fiel. De Vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. Nosotros hemos visto degollar á nuestros compañeros sin lamentar su muerte, antes nos hemos alegrado de la dicha que han tenido en morir por su religión. La extremidad á que se nos reduce, no podrá hacer que nos rebelemos; y aunque empalmemos las armas, no sabremos resistiros, porque preferimos morir inocentes á vivir culpables. Como lo prometieron, así lo ejecutaron: porque habiendo hecho Maximiano rodearlos por su ejército todos rindieron las armas, y se dejaron degollar sin oponer ninguna resistencia. La tierra se cubrió de cadáveres; y por todas partes corrían arroyos de sangre inocente.

La verdad de esta historia comprobada por los testimonios mas auténticos, ha sido sin embargo contestada por algunos protestantes; pero sus dudas y cavilaciones no podrán eschar á la Iglesia el bello blason que le resulta de tan glorioso triunfo.

No se dice en la historia que se salvase alguno de esta carnicería general; antes por el contrario, un soldado veterano, por nombre Victor, que habia estado ausente, habiendo llegado al campo á la hora que los gentiles se ocupaban en despojar á los muertos, exclamó sin poderse contener: "desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes, tendria parte en su triunfo. Por cuyas palabras se conoció que era cristiano, y fué sacrificado como todos los demas. Chateaubriand supone por ficción poética lo que pudo ser muy probable, que alguno de ellos se eschó entre los montones de muertos: esto es Zaratras.

Octava XCIII.

En la isla enque á Herta se venera

(10) *Herta*, divinidad de los Germanos, era la misma que la tierra: Estáblele consagrada la isla Costa, una de las islas del mar Báltico en las costas de Suecia.

LOS MÁRTIRES.

CANTO SESTO.

SUMARIO.

Interrupcion de la historia. Eudoro y Cimodocea principian á amarse. Satanás intenta aprovecharse de este amor para pertubar la Iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discursos del demonio del homicidio, del de la falsa sabiduría, y del de los placeres. Arenga de Satanás. Disuélvese el congreso, y los demonios se esparcen sobre la tierra.

CANTO VI.

L

Su grata historia Eudoro así contaba
Con gusto de la amable compañía
Que de su dulce hablar pendiente estaba.
Mas ya la hora nona era del día,
Y el sol sus rayos igneos vibraba
En los montes de Arcadia, y no se oía
De las canoras aves el gorgéo
Ocultas en los bosques del Alfeo.

II.

Entonces al hogar hospitalario
Dar la vuelta Lasténes propusiera,
Dejando que su historia y caso vario
Eudoro al día siguiente prosiguiera.
La isla dejando y el altar binario,
En silencio á la casa se volviera;
Apenas se hizo oír en todo el curso
Del día voces sueltas sin discurso.

III.

El Obispo de Esparta contemplaba
Los medios que empleó la Providencia
Para llamar á Eudoro, y admiraba
Su justicia hermanada á la clemencia.
Grave aflicción no obstante le aquejaba,
Sabiendo por su historia la influencia
Que en Galerio Hierócles ejercía,
Y un porvenir funesto presentía.

IV.

Lejos de estar tranquilo, Eudoro siente
Su pecho mas turbado y mas inquieto,
Que de nuevo le inflama fuego ardiente.
E ignorando ser obra del decreto
Sus penitencias dobla inutilmente;
A través de su llanto el bello objeto
De la hija de Homero le aparece
Y con nuevos encantos le enardece.

V.

La jóven Profetisa por su lado
 En su seno sencillo é ignorante
 Probaba sentimiento duplicado.
 Su espíritu se abría á la brillante
 Razon del cristianismo, y animado
 Su corazon sentia al mismo instante
 Varía y dulce emocion que la enajena
 Y de vivas ideas su alma llena.

VI.

«Padre mio! esclama enternecida
 »Abrazando al anciano: ¿qué divino
 »Estranjero es aqueste que en su vida
 »Sufrió tantos reveses del destino?
 »¿Y dónde estabas tú, Musa, escondida.
 »Que no hiciste cayeran de continuo
 »Las indignas cadenas que oprimieron
 »Las manos que la palma merecieron?

VII.

»Mas vos, sacro Pontífice de Homero,
 »Que en los cultos teneis inteligencia,
 »Decídmme, si podeis, de este guerrero
 »Cuál es la Religion y sacra ciencia.
 »El nos habla de un Dios á quien venero,
 »Porqué ampara el honor y la inocencia,
 »Condema los amores licenciosos,
 »E inspira sentimientos generosos.

VIII.

»Vamos, pues, á los templos, y en el ara
»De Apolo que conoce lo secreto
»Y el arcano recóndito declara,
»Del Hado preguntemos el secreto.
»Puede ser que el oráculo indicára
»Un grato porvenir.... Mas ¿es discreto
»En jóven tierna preguntar al cielo,
»Corriendo del pudor el casto velo?»

IX.

Diciendo estas palabras la doncella,
Sus mejillas el llanto humedecía,
Mostrándose al dolor mucho mas bella.
El cielo estas dos almas así unia,
Prendiendo al mismo tiempo la centella
Del amor inocente que debía,
Juntándolas con vínculo perfeto,
A la Iglesia alcanzar honor completo.

X.

De este amor santo Lucifer pensaba
Al cristiano excitar cruda tormenta;
Mas su plan el Altísimo tornaba
En gloria suya y del abismo afrenta.
El ángel de tinieblas acababa
De visitar entonces con atenta
Vigilancia los templos del engaño;
En todos advirtiendo grande daño.

XL

Del antro de Trofonio (1) presuroso
Pasára á la caverna Sibilina
Y al oráculo Delfico famoso.
También vió del Teút la sacra encina,
El vasto subterráneo tortuoso
De Mitra, Visnou é Isis divina,
Con todos los demas célebres santuarios
Que ve por todas partes solitarios.

XII.

Satanás se estremece contemplando
La ruina que á sus templos amenaza;
Mas lleno de furor ciego, execrando,
Antes que á su rival ceder la plaza,
Pronuncia el juramento mas nefando.
Revolviendo en su mente varia traza,
Deja con rapidez nuestro hemisferio,
Y desciende á su oscuro y triste imperio.

XIII

Como se ve á la boca de la sima
Del Vesubio un peñasco calcinado
Que á las cenizas muertas mal se arrima,
Si el azufre y betun siendo inflamado,
Hierva el volcan, conmuévase la cima,
Parténope dá brinco, y arrancado
El peñasco se hunde al punto mismo;
Así cayó Satan en el abismo.

XIV.

Mas rápido que el mismo pensamiento
 Atraviesa el espacio inmensurable
 Dó tiene el Cœs túmido su asiento,
 Y llega á esta region abominable,
 Sepulcro de la muerte y nacimiento,
 Tierra de maldicion y miserable,
 Cargada con las iras del Eterno,
 Donde un horror habita sempiterno.

XV.

A través de este abismo tenebroso,
 Sin ruta ni camino señalado,
 Satanas se dirige presuroso
 Del peso de su crimen arrastrado.
 Aun no ve el resplandor caliginoso
 De la llama infernal, y ya han llegado
 A su oido los míseros acentos
 Que arrancan á las almas los tormentos.

XVI.

A este primer clamor del llanto eterno
 Lucifer se detiene estremecido,
 Que hasta á su mismo Rey pasma el infierno.
 Los gritos de aquel pueblo sometido
 Para siempre á su mísero gobierno,
 Hieren el corazon endurecido
 Del arcángel rebelde: breve instante
 A la piedad se abrió y dolor punzante.

XVII.

«¡Yo soy, exclama, el que de tantos males
 »A los tristes humanos he cargado!
 »¡Yo cavé estas mazmorras infernales
 »En que habita el dolor! ¡Sin mí ignorado
 »Hubiera sido el mal de los mortales!
 »Y ¿qué motivo el hombre infortunado
 »Me dió para quitarle su ventura?
 »¡Ah pobre y desgraciada criatura!»

XVIII.

Satan iba á seguir en el lamento
 Que le arranca un pesar infructuoso;
 Mas la boca que se abre á aquel momento
 Del abismo inflamado y pavoroso,
 Le hace luego mudar de pensamiento.
 Un fantasma se lanza monstruoso
 Al lintel de la puerta gruesa y fuerte
 Con ademan horrendo: esta es la muerte.

XIX.

Allí se deja ver como una oscura
 Y trasparente sombra, colorada
 Con la llama infernal, pues su armadura
 De huesos descarnados figurada
 Deja pasar la luz lívida é impura.
 Su cabeza horrorosa está adornada
 Con diadema de perlas y brillantes
 Que robára á los Reyes mas brillantes:

XX.

Compañera del crimen, ella cierra
 Las puertas que aquel abre del infierno,
 Y con los hombres tiene cruda guerra.
 Así, cuando Satan bajó al averno
 Después de recorrer toda la tierra,
 El monstruo presintió con gozo interno
 Su llegada, y saliendo presuroso,
 Este saludo le hace temeroso:

XXI.

«Padre mio! le dice, mi orgulloso
 «Cabeza siempre erguida y espantable
 «Solo ante vos se inclina respetosa.
 «¿Venís á hartar el hambre inaguantable
 «De vuestra hija tierna y cariñosa?
 «Ya sabéis que mi sed es insaciable:
 «Pero vos, como padre sin segundo,
 «Me darcis á tragar un nuevo mundo.»

XXII.

A vista de este escuálido esqueleto
 Satan vuelve la cara horrorizado,
 Huyendo de abrazar tan feo objeto.
 Con su lanza le aparta hácia otro lado,
 Y le dice al pasar: «No estes inquieto,
 «Fiero monstruo, el ardor será saciado
 «De esa rabiosa sed que te devora
 «Con la sangre de aquel que al cielo adora.»

XXIII.

Dichas estas palabras temerosas,
Lucifer se encamina con presteza
Por campiñas desiertas y ardorosas,
Y llega á la mansion de la tristeza.
A su vista las llamas pavorosas,
Cobrando nuevo ardor, con mas viveza
Atormentan al réprobo lascivo
Que pensaba no haber dolor mas vivo.

XXIV.

Así en la yerma Zara el Africano
Cuya sangre inflamó huracan sin lluvia,
Sofocado de sed, se echa en el llano
En medio de la sierpe y león de Nubia:
Exangue, de la muerte ya cercano,
No piensa hay mas penar, cuando entre rubia
Nube ofuscado sol su llama arroja
Y principia á sufrir nueva congoja (2).

XXV.

Mas ¿quién podrá decir todo el espanto
Que habita en estas lóbregas cavernas,
Moradas inmortales del quebranto?
¡Donde en medio de llamas sempiternas
Las almas incombustas cual amianto
Arden sin consumirse, siempre eternas,
Sintiendo los dolores mas punzantes,
Y lanzando alaridos penetrantes!

XXVI.

Satan acostumbrado á estos clamores
Distingue á cada grito en el acento
La falta castigada y los dolores.
El conoce la voz del avariento
Que pide un poco de agua á sus ardores.
Tambien oye, burlándose, el lamento
Del pobre que reclama con fiera
La gloria que se debe á su pobreza.

XXVII.

«Insensato! le dice: ¿tú pensabas
Que á la virtud suplía la indigencia?
«¿Mi imperio solo abierto imaginabas
«Al lujo, á las riquezas y opulencia?
«Miserable! con esto te llenabas
«De mentira, de orgullo, de insolencia,
«Y abriste el corazon á baja envidia:
«Paga, pues, con los ricos tu perfidia.»

XXVIII.

Mas el fuego exterior no es el tormento
Que mas hiere y aflige al condenado.
Sus dolores reciben nuevo aumento
Al verse eternamente separado
De la mansion del gozo y del contento,
De la vision de Dios siempre privado,
Cuya dicha inmortal conoce ahora,
La angustia de la muerte le devora.

XXIX.

A este dolor se junta la punzante
 Memoria de los tiempos ya pasados,
 Que sin cesar le pone por delante
 Los avisos del cielo despreciados,
 La gracia inútilmente coadyuvante,
 Los días y los años malogrados,
 Y el modo con que pudo en ~~un~~ momento
 La dicha merecer y no el tormento.

XXX.

Las súplicas también que amistad tierna
 De la tierra al Señor envía al cielo,
 En vez de mitigar su pena interna,
 Le doblan el dolor y el desconsuelo.
 Entonces la Justicia sempiterna
 Permite alguna vez tenga el consuelo
 De venir á anunciar á los mortales:
 «Estoy juzgado, no aumenteis mis males.» (3)

XXXI.

En el centro del tártaro espacioso,
 En medio de una mar de sangre y llanto
 Encima de un peñasco salitroso,
 Se levanta el alcázar del Espanto
 Que edificó la Muerte al pavoroso
 Monarca de este imperio del quebranto,
 Dominando las hórridas comarcas:
 A sus puertas de guardia están las Parcas.

XXXII.

Apenas los guardianes espantosos
Vieron venir su Príncipe tremendo,
Alzando unos martillos poderosos
Los dejaron caer con grande estruendo.
Otros monstruos adentro mas nerviosos,
A quienes dió el gentil el nombre horrendo
De Furias, con serpientes encubiertas,
Abren con ronco estrépito las puertas.

XXXIII.

Entonces se presenta en vasto fondo
Larga fila de pórticos oscuros,
Semejantes al antro opaco y hondo
Donde hacia criar monstruos impuros
El Sacerdote egipcio: azufre hediondo
Colora con luz pálida sus muros,
Y en sus bóvedas suena el estallido
Del incendio que rompe enfurecido.

XXXIV.

En el primero de estos corredores
Sobre cama de hierro yace quieta
La inmensa Eternidad de los dolores.
Su corazon no late; una ampolleta (4)
Empuña, por medida á sus rigores,
Que no niega jamás; su boca inquieta
Solo sabe decir esta voz: ¡NUNCA!
Que resuena por la hórrida espelunca.

XXXV.

Luego que el Soberano del infierno
Entró en su habitacion negra é impura,
Mandó á los alguaciles del averno
Convocar el senado con premura.
Al espantable son del rauco cuerno
Cada jefe se agita y se apresura
Por llegar á la sala del consejo;
Seguido de sus guardias y cortejo.

XXXVI.

Allí se vé á Moloc (5) contaminado
Con sangre humana, y Cámos el obsceno
Terror del Moabita infortunado;
Astarot, de lascivia íamunda lleno;
Tamut, de los Sidonios venerado;
Júpiter, cuya voz imita al trueno;
Neptuno, Belfegor, Baal, Astarte,
Anúbis, Erminsúl, Vulcano y Marte.

XXXVII.

No ya como ese lúcido planeta
Que anuncia de la aurora el nacimiento,
Sino como un mortífero cometa
El infernal monarca toma asiento
En medio de la turba que está inquieta
Por saber á que ha sido el llamamiento.
El les pone silencio con la mano,
Y su arenga despues principia ufano:

XXXVIII.

- «Dioses de las naciones poderosos,
 «Serafines y Tronos eminentes,
 «Potestades y Príncipes gloriosos,
 «Caudillos memorables y valientes,
 «Guerreros todos fuertes y animosos,
 «Que habeis en otro tiempo omnipotentes,
 «La enseña del honor enarbolado:
 «¡El día de la gloria es hoy llegado! (6)

XXXIX.

- «Desde el momento aquel en que atrevido
 «Rompí este vergonzoso cautiverio
 «Dó creyera tener envilecido
 «Nuestro comun tirano, nuevo imperio
 «Ganar en pró de todos he sabido.
 «Ya veis que en el terráqueo hemisferio,
 «A pesar del que todo lo gobierna,
 «El hombre ante mis plantas se prosterna.

XL.

- «Por salvar esa raza miserable
 «Nuestro perseguidor se vió obligado
 «A enviar el Mesías formidable
 «Que en nuestro reino mismo entrára osado.
 «Mas si en aquel momento favorable
 «Vuestra audacia me hubiera secundado,
 «Yo le habria cargado de cadenas,
 «Y aquí participára vuestras penas.

XLI.

«La guerra hubiese entonces concluido:
«Mas tan bella ocasion desperdiciada,
«Vamos á reparar nuestro descuido.
«La Cruz por todo lado es ensalzada,
«Y hace tales progresos que he temido
«Que en nuestros mismos templos tenga entrada.
«Corramos todos, pues, á combatirla,
«Y pensemos los medios de abatirla.»

XLII.

Así blasfema el ángel-orgullosa
De Jesús en aquella noche eterna
Que bajando al infierno victorioso
Con sola su mirada le consterna.
Entonces, mas que todos temeroso,
Bucaba la mas lóbrega caverna,
Y con todo su orgullo se dejara
Que una muger su erguida frente hollara.

XLIII.

Cuando con furia y desvergüenza tanta
Su discurso Satan hubo acabado,
El demonio Homicida se levanta,
Su rostro en sangre livida bañado,
Su torcido mirar y voz que espanta,
Muestra en este espíritu malvado
El deseo de muertes que le agita
Y los planes siniestros que medita.

XLIV.

Así en el mar que baña el nuevo mundo,
 Enorme tiburón ves persiguiendo
 Su presa entre las olas iracundo:
 Si esta acaso las alas extendiendo
 Se remonta á los aires, furibundo,
 Al mirarse burlado, el monstruo horrendo
 Lanza de espuma y humo un torbellino,
 Que amedrenta de lejos al marino.

XLV.

«¡A que deliberar! furioso esclama;
 »Para acabar con todos los cristianos,
 »¿Hay mas medio que el hierro y que la flama?
 »¡Dioses de las naciones soberanos!
 »Dejad que la ira ardiente que me inflama,
 »Se sacie exterminando esos insanos,
 »Y bien pronto vereis restablecido
 »El culto á nuestros ídolos debido.

XLVI.

»El Príncipe que el Hado en su decreto
 »Destina á gobernar el vasto imperio
 »De Roma, á mi poder está sujeto.
 »Yo excitaré la rabia de Galerio;
 »La sangre correrá en torrente infecto;
 »Y por medio del hierro y del cauterio
 »Vereis como consumo la victoria
 »Que Satán principió con tanta gloria.»

XLVII.

Dice, y todas las ansias del infierno
Se pintan en su cordero semblante.
Herido el corazon con mal interno,
Arroja un alarido penetrante
Que estremece los antros del averno.
Un sudor á la sangre semejante
Sobre su frente livida se advierte
Con la extrema agonía de la muerte.

XLVIII.

Entonces el demonio del Engaño
Con grande confianza de sí mismo
Se levanta á su vez con aire extraño.
De todos los poderes del abismo
El es quien hizo al hombre mayor daño,
Porque el monstruo engendró del Ateismo
De un incesto nefando con la Muerte.
Su dictámen propone de esta suerte:

XLIX.

«Monarca del infierno: bien sabido
«Os es cuanto aborrezco la violencia
«Que para cosa buena no ha servido.
«La blandura, el discurso, la elocuencia
«El triunfo nos darán apetecido.
«Dejad que yo derrame de mi ciencia
«Los principios y máximas fatales
«Que relajan los vínculos sociales.

L.

»Hierocles, el ministro predilecto
»De Galerio, en mis manos arrojado,
»Sabrá poner en planta mi proyecto.
»El Ateismo, ese hijo bien amado,
»En mi ayuda vendrá, y con su aire infecto
»Corrompiendo el linaje depravado,
»Obligará al Eterno á que confunda
»Esa raza desleal por vez segunda.»

LI.

Así hablara este espíritu tremendo,
Y todos los demonios aprobaron
Con grande bulla y horroroso estruendo.
Las mazmorras del orco retumbaron.
Las almas de los réprobos oyendo
Tamaña gritería, imaginaron
Que habian sus verdugos discurrido
Algun nuevo tormento nunca oido.

LII.

Al instante, no viéndose guardadas
Ni espectro alguno junto á sí mirando,
Corren todas en turba apresuradas
Al sanedrin diabólico, arrastrando
Sudarios y camisas abrasadas,
Rastros de los suplicios. Penetrando
Por las altas tribunas, toman puesto
Con horrible ademan y fiero gesto.

LIII.

Satan mismo á su vista horrorizado,
 Llama luego al Espanto truculento,
 La Venganza feroz del ojo airado,
 Al Dolor y al cruel Remordimiento,
 La Arpia y al Espectro ensangrentado
 Con los demás fantasmas. «Al momento
 »Volved, grita, esas almas á las penas,
 »Si no queréis os cargue sus cadenas.»

LIV.

Inútil amenaza: al condenado
 Se junta la fantasma inobediente,
 Queriendo de tan célebre senado
 Oír la discusion sabia y prudente.
 Un combate quizás ensangrentado
 Se podría temer, si de repente
 No se viera la mano del Eterno
 Que hace el orden guardar en el infierno.

LV.

La sombra de su brazo se aparece
 En la pared del cóncave nefando,
 Y el tumulto sin más se desvanece,
 Terror igual en todos penetrando.
 Al punto mismo el réprobo obedece;
 Y Satan con su horrible y negro bando,
 Luego que Dios su mano estensa oculta,
 Tranquilo vuelve á su infernal consulta.

LVII.

A su turno el hablar correspondía
 Al ángel del Deleite, en cuya frente
 Un rastro de la gloria aun se veía,
 Con que brilló en el cielo antiguamente
 En los rangos de escelsa jerarquía.
 Este genio lascivo é impudente,
 A quien llaman ya Venus y ya Astarte,
 Su consejo declara de este arte:

LVIII.

«Deidades del olimpo: cuán odiosa
 »Me sea esta morada del infierno,
 »No tengo á qué ocultarlo vergonzosa.
 »Bien sabéis que jamás contra el Eterno
 »Nutrió mi pecho idea rencorosa;
 »Y que solo un amor funesto y tierno
 »Me hizo seguir al ángel que quería,
 »En su célebre é infausta rebeldía.

LVIII.

»Mas ya que con vosotros perdí el cielo
 »Bajando á estas mazmorras infernales,
 »Quiero al menos tener algun consuelo.
 »Viviendo en sociedad de los mortales.
 »Pues ¡cómo soportar sin desconsuelo
 »La idea de perder mis celestiales
 »Moradas de Amatonta, Pafos, Tiro,
 »Reposo del placer, de amor retiro!

LIX.

»Y ¡cómo consentir que la cruz dura
 »Se ensalce entre los mirtos y laureles
 »Y los bosques cubiertos de espesura
 »Que rodean mis lúbricos vergeles!
 »Mas ¿á que son mis gracias y hermosura?
 »Sí: yo sé el medio de acabar los fieles
 »De los que habeis propuesto bien distinto:
 »El triunfo lo tendreis en este cinto.

LX.

»Con el sabre domar á la doncella
 »Y al rígido eremita en el desierto.
 »Los celos, el amor, loca querella
 »Procederán conmigo de concierto.
 »Hierocles arde ya con su centella,
 »Y en un valle de Arcadia he descubierto
 »Quien disputando su querida prenda
 »El principio será de la contienda.»

LXI.

Astarte estas palabras aun no acaba,
 Y se deja caer sobre su lecho,
 Sintiendo de la sierpe que ocultaba
 El agudo aguijón que hiere el pecho.
 El sanedrín en tanto disputaba
 Sobre los tres consejos, y á despecho
 La Discordia encendia ya su tea,
 Cuando Satan perora á la asamblea.

LXII.

«Compañeros, les dice, vuestros planes
 «Son dignos del valor y sagaz mente
 «De tan cuerdos y bravos capitanes.
 «Mas en vez de inquirir el mas prudente
 «Con altercados frívolos é innnes,
 «Prosigámoslos todos juntamente.
 «¿Quién nos quita valernos todavía
 «Del genio del Orgullo é Idolatría?

LXIII.

«Yo mismo escitar quiero con mi mano
 «La ambicion en el alma de Galerio
 «Y la supersticion en Diocleciano.
 «Y vosotras, deidades del imperio,
 «Un esfuerzo haced todas sobrehumano:
 «Corred, volad por todo el hemisferio,
 «Excitad en los pueblos ignorantes
 «El zelo por sus dioses dominantes.

LXIV.

«Haced por que los bosques encantados
 «De Dódona (7) y de Dafne nuevamente
 «Resuenen con oráculos sagrados.
 «El amor y el placer con su aliciente
 «Provoquen los deseos inflamados,
 «Y con todos los males juntamente
 «Hagamos á la Cruz furiosa guerra,
 «Que acabe de existir sobre la tierra.»

LXV.

Así habla Lucifer: tres veces hiere
Su trono con el cetro poderoso,
Y tres veces el cócito trasfiere
Su mugido con eco estrepitoso.
El golpe el Caos lóbrego rehiere,
Y entrecabriendo su seno vorticoso,
Deja pasar un rayo de luz pura
Que un instante ilustró la noche oscura.

LXVI.

La junta se deshace de esta suerte,
Y luego cada jefe va volando
A la puerta guardada por la Muerte,
La region del suplicio atravesando.
Entre las llamas lividas se advierte
Pasar la turba inmunda como un bando
De estos pájaros sucios y dudosos
Que dan vueltas en antros tortuosos.

LXVII.

A la entrada del atrio en que reposa
La Eternidad del llanto, está colgada
Una lámpara triste y pavorosa
Con la celeste cólera inflamada.
En esta llama eterna y ardorosa
Satan prende su tea abominada,
Y saliendo veloz del atro imperio,
De un bote se plantó en nuestro hemisferio.

LXVIII.

Luego con esta antorcha el fuego enciende
 Sobre el altar del ídolo nefando;
 Y con nuevos oráculos sorprende;
 La pica se ve à Palas meneando;
 Baco ajita su tirso; el arco tiende
 Apolo, el Amor su velo blando;
 A Júpiter se ve en el capitolio
 Con mayor magestad sobre su solio.

LXIX.

El padre del engaño soberano
 Un espíritu pone de mentira
 En cada simulacro del pagano;
 E inspirando su cólera y su ira
 En sus fieras falanges, inhumano
 Todo el bando diabólico conspira
 Con audacia y encono nunca visto
 Contra el trono y altar de Jesucristo.

LXX.



NOTAS.

~~~~~

### Octava XL.

#### Del antro de Trofonio presuroso

(1) El antro de Trofonio estaba en un bosque cerca de Lebedes en la Beecia. Trofonio era un célebre arquitecto, á quien se atribuye la construcción del templo de Delos: en reconocimiento de lo cual le concedió Apolo después de su muerte el don de predecir la futuro. La gruta en que murió vino á ser el sitio de un oráculo que fué uno de los mas célebres de la Grecia; pero ninguno entraba en ella sin pasar antes por las pruebas mas rigurosas, propias para inspirar terror. Así era proverbial esta frase en Grecia: "vengo del antro de Trofonio," para decir que uno está serio y pensativo.

### Octava XXIV.

#### Y principia á sufrir nueva congoja.

(2) Véase en el canto VIII la descripción del horrores que sufrió Esclara en los desiertos del Egipto.

### Octava XXX.

#### «Estoy juzgado: no aumenteis mis males.»

(3) En la vida de San Bruno se refiere que, hallándose este santo en París, murió allí un famoso doctor, generalmente reputado por hombre muy virtuoso. Llevado á la Iglesia para darle sepultura, se le estaba cantando el oficio de difuntos, cuando al llegar á la cuarta lección que comienza *Responde mihi*, el cadáver levantó la cabeza en el fúnebre, y con voz lastimosa exclamó: "por justo juicio de Dios soy juzgado." Esta dicha volvió á reclinar la cabeza como antes. Apoderos de todos los asistentes un gran terror, y se determinó dilatar para el día siguiente los funerales. En este día fué mucho mayor el concurso: volvióse á cantar el oficio, y al llegar á las mismas palabras, volvió el cadáver á levantar la cabeza y á exclamar con voz mas subleada y lastimera: "por justo juicio de Dios soy juzgado." Duplicó en todos los concurrentes el espanto, y se resolvió diferir la sepultura para el tercer día. En el fué inmenso el concurso: dióse principio al oficio como los días precedentes, y cuando se cantasen las mismas palabras, levantó el difunto la cabeza, y con voz verdaderamente horrible y temerosa, exclamó: "por justo juicio de Dios soy condenado al fuego sempiterno." El



cancillería Juan Gervás, San Antonio, y los escritores de la Cartuja atribuyen á este milagro la conversión de San Bruno.

#### Octava XXXIV.

Su corazón no late; una ampolleta

(1) Balox de arros.

#### Octava XXXVI.

Allí se ve á Moloc contaminado

(2) Moloc era una divinidad de los Asirios, á la que consagraban sus hijos, haciéndolos pasar por el fuego. Salomon le edificó un templo en el monte de las Olivas; y largo tiempo después el Rey Manasés llevó mas adelante su torpeza, consagrándole su mismo hijo. Hay varias opiniones sobre la relación que tenía Moloc con las otras divinidades paganas; unos creen que era el mismo que Sétarón, á quien también se inmolaban víctimas humanas; otros que Molech, y otros que Molo á Míro; pero el Calmet piensa que bajo el nombre de Moloc se adoraba al sol, como rey del cielo. En efecto Moloc á Moleo en Hebreo significa rey.

Como era el nombre con que los Moabitas adoraban á Adonis; pero á veces pretenden que era el mismo que Baal, ó Dios de la embriaguez.

Adonis, divinidad de los Fenicios, se cree que era la Luna. De ella tomó nombre la ciudad de Adonis, vergata, de dos curvas, porque el ídolo que la representaba, tenía dos curvas á una media luna en la frente.

Tamut, palabra hebrea que significa exultando, era el nombre con que se adoraba á Adonis en el Oriente. La tábala fingió que Venus abandonó el cielo para vivir con Adonis en medio de los bosques, donde esto se ejercitaba á la caza, y que habiendo sido muerto por un jabalí, Venus le lloró de una manera inconsolable. La mayor parte de los pueblos del Oriente celebraban, á imitación de este duelo, fiestas para llorar á Adonis; las cuales se celebraban como funerales, y eran acompañadas de mil disoluciones. El Profeta Ezequiel dice que vio en el templo á unas mujeres que lloraban á Adonis: *mujeres plangentes Adonis*; el Hebreo *plangentes Tamut*.

Bellegor, ó Dios de Fez, es según Calmet el mismo Adonis, venerado con este nombre en la Arabia; y se funda en que sus fiestas se hacían á manera de funerales como se deja ver por el verso CV: "y fueron iniciados en los misterios de Bellegor, y participaron de las sacrificios de las muertas."

Baal, lo mismo que el Bala de los Babilonios, significa señor, ó Dios. Muchas veces no significa una divinidad determinada, y se tenía en sentido genérico por el gran Dios de los Fenicios, de los Caldeos, de los Moabitas &c.



Otras veces se junta el nombre de Baal con el nombre de otras divinidades como Beel-segor, Beel-schab, Baal-gad, Beel-sen. La divinidad que adoran los Fenicios con el nombre de Baal, era el Sol.

Asarte era entre los Fenicios la diosa Venus.

Ambis, ó Aacho, era un Dios Egipcio, á quien representaban con el cuerpo de hombre y la cabeza de perro; mas lo hacen hermano y otro hijo de Osiris; presidia al arrojamiento de la oscura, y al momento de la muerte; como el Hermes de los Griegos, conducía las almas hasta la puerta de los infiernos.

Ereusant, era el nombre que los Germanos y antiguos Sajones daban á Mercurio.

### Octava XXXVIII.

»El día de la gloria es hoy llegado!

(6) *Le jour de gloire est arrivé*: estas palabras que pone Chateaubriand en boca de Lucifer, están copiadas de la Marcella, concilio celebrado en los fastos de la revolución, que animaba al pueblo para ir á la matanza, y al soldado para ir á la guerra.

### Octava LXIV.

»De Dódona y de Dafne nuevamente

(7) Dódona, ciudad del Epiro, rodeada de vastas florestas, era el santuario del culto pelágico, y tenía un oráculo de Júpiter que pasaba por el mas antiguo de la Grecia. Los profetas se daban por medios de una encina, llamada árbol fatídico: la sacerdotisa interpretaba ya el susurro de las hojas movidas por el viento, ya el ruido que formaban unas ramas de metal colgadas del árbol sagrado, y el arrullo de las palomas que anidaban en sus ramas; á veces se guiaba para dar sus vaticinios del murmullo de una fuente.

En Dafne, pueblo delicioso, situado á orillas del Oronto cerca de Antioquia, se daban también oráculos en un bosque de laureles consagrado á Apolo Dáfneo: todos los años se celebraban allí sus fiestas.



# LOS MÁRTIRES.

## CANTO SETIMO.

### SUMARIO.

*Prosigue la historia de Eudoro. Entra en la corte de Constantio. Pasa á la isla de los Bretones. Obtiene los honores del triunfo. Es nombrado gobernador de la Armónica. Vuelve á las Gaulas. La Armónica. Episodio de Velleda.*

## CANTO VII.

### I.

**E**n tanto que el infierno disponia  
Su plan para la guerra á sangre y fuego,  
La familia cristiana poseia  
Los últimos instantes de sosiego.  
Toda ella en el vergel al otro dia  
Se juntó de mañana, y á su ruego  
El hijo de Lastenes prosiguiera  
Su grata relacion de esta manera.

## II.

«El santo Zacarias me dejara,  
Segun os dije ayer, en tierra amiga.  
Constancio á la sazón cerca se hallara  
De Lutecia: inútil es os diga  
Con qué anhelo á buscarle caminara.  
Después de algunos días de fatiga,  
Por el país entré de los Secuanos, (1)  
Cubierto de florestas y pantanos.

## III.

El primer monumento que atrajera  
Mi atención, fué la torre de ocho lados  
Dó el Galo á tantos ídolos venera.  
Al austro de Lutecia, ya arruinados  
Los muros del templo Heso (2) descubriera;  
Al norte, los altares elevados  
A Teutates, dios grande del Parisio,  
Y el monte Marte en que murió Dionísio.

## IV.

«Del Secuana avistando las riberas,  
Descubrí sus corrientes cristalinas  
A través de los sauces y nogueras  
Que forman de verdor largas cortinas.  
Algun huerto, plantado con higueras  
Que resguardan del hielo con hacinas  
De paja y heno, era el solo adorno  
De sus valles y vegas en contorno.

## V.

»Mis miradas tendia hácia el oriente,  
Por si el pueblo de Lutes (3) descubria,  
Cuando un pastor me lo enseñó de frente  
Que en medio del Secuana se ostendia  
En forma de navío: doble puente  
De madera, al que un fuerte defendia  
Donde se paga al César el impuesto,  
Junta la isla del río al lado opuesto.

## VI.

»Choza humilde, de tapia ó de madera,  
Con techo de pajizo, es cuanto hallára  
En esta capital: solo advirtiera  
Un altar que el marino á Jove alzára.  
Mas saliendo de la isla, en la ribera  
Austral el Lucoticio (4) se ostentára  
Con su circo, anfiteatro y acueducto (5)  
Que servia á las Termas de conducto.

## VII.

»Aquí moraba el César: mi llegada  
Sabe apenas, me llama á su aposento,  
Donde le hago presente mi embajada.  
El pareció llenarse de contento  
Al ver que la nacion del Franco osada  
Deponia las armas, y al momento  
Un centurion destina que sentase  
De duradera paz sólida base



## VIII.

»Yo vi allí en el ejército romano  
 Los fieles mas ilustres reunidos:  
 Allí estaba el valiente Rogaciano,  
 Con Gervasio y Protasio, conocidos  
 Por el Oreste y Pilades cristiano;  
 El gran Prócula y Justo esclarecidos,  
 Con Ambrosio de célebre renombre,  
 En quien la Iglesia espera un grande hombre.

## IX.

»El tiempo que duró mi servidumbre  
 Gran mudanza ocurriera en el estado,  
 Que anhelaba saber con certidumbre.  
 Constancio, á mi deseo anticipado,  
 Me convida al jardin que de la cumbre  
 Baja de Lucoticio, prolongado  
 En forma de anfiteatro, hasta la vega  
 Que Isis (6) corona y el Sarcana riega.

## X.

»Ahora vamos, me dijo, á la Bretaña  
 »A batir á Carrausio, donde espero  
 »Probar vuestro valor con nueva hazaña  
 »Combatiendo ese intrépido guerrero.  
 »Mas antes de empezar esta campaña,  
 »Es justo que os prevenga yo primero  
 »Del estado presente de la Corte,  
 »Porque sirva de regla á vuestro porte.

## XL

»Ya sabeis, cuando fuisteis desterrado,  
 »Que á dar paz al Egipto Diocles fuera,  
 »Y Galerio á domar el Persa osado.  
 »A este último que el triunfo consiguiera,  
 »Augusto por esposa á su hija ha dado:  
 »Mas su ambicion y orgullo es de manera,  
 »Que imagina que al nombre de Galerio  
 »Se debe la corona del imperio.

## XII.

»Al peso de la edad y la dolencia  
 »Diocleciano abatido, mal resiste,  
 »Tamaña ingratitud y violencia.  
 »Vuestro enemigo Hiérocles asiste  
 »A Galerio en su plan, y su insolencia  
 »Es cada vez mayor: la Acaya triste,  
 »Patria vuestra, poco hace dada ha sido  
 »En gobierno á ese bajo y vil valido,

## XIII.

»Galerio tambien ahora favorece,  
 »Solo por ser rival de Constantino.  
 »A Majencio, aunque de alma le aborrece,  
 »Mi hijo está así espuesto de continuo  
 »A un peligro mortal que me estremece.  
 »Todo anuncia algun cambio repentino;  
 »Mas que mi hijo se salve de su mano,  
 »Y nada temeré contra el tirano.»

## XIV.

»Pocos dias despues que así me hablára,  
 Fuimos á la Bretaña, inculta tierra,  
 Que de Europa el océano separa,  
 Y con sus olas tándidas la encierra.  
 Allí es donde la púrpura usurpára  
 Carrausio, y para hacer mejor la guerra,  
 Se habia coligado con los Pictos, (7)  
 Mirados hasta entonces como invictos.

## XV.

»Larga serie de encuentros, dó á porfía  
 De lauros nuestras tropas se cubrieron,  
 Mostrando yo algun tanto de osadía,  
 Al rango de tribuno me ascendieron;  
 Y en la accion que con tanta valentía  
 Los Pictos en Petuaria sostuvieron  
 Con todo su poder, tuve la gloria  
 De dar á nuestras armas la victoria.

## XVI.

»Tambien batí á Carrausio en la ribera  
 Del Támesis delante de Londino,  
 Dó el Britano invencible se creyera.  
 Allí de un torreón cierto adivino  
 Con palabras enfáticas se viera  
 Conjurar los reveses del destino.  
 Carrausio fué no obstante derrotado  
 Y por su misma tropa asesinado.

## XVII.

«Constancio me dejó toda la gloria,  
 Con orlas de laurel mi carta enviando;  
 En que anunciaba á Diocles la victoria;  
 Una estatua de honor solicitando,  
 Que en vez del triunfo honrase mi memoria.  
 Puesta en paz la Bretaña, deseando  
 Darme otra prueba mas de su amor tierno,  
 Me encargó de la Armórica el gobierno.

## XVIII.

Luego me preparé para el viaje  
 Para aquellas provincias que insultaba  
 Con sus flotas el bárbaro salvaje.  
 El mismo natural también llevaba  
 A disgusto el romano vasallaje.  
 Cuando á dar á la vela pronto estaba,  
 Gervasio y Sebastian afectuosos  
 Corren á despedirme cariñosos.

## XIX.

«¡Quizá en Roma, exclamaron, volveremos  
 «A juntarnos en medio de las pruebas  
 «Que nos prepara aquel que defendemos!  
 «¡Quizás en las mazmorras y en las cuevas  
 «Los premios y coronas obtendremos!  
 «¡Pueda la Religion con fuerzas nuevas  
 «Hacernos de la fé firmes testigos,  
 «Y unirnos en la muerte como amigos!»

## XX.

»Partiendo del país de los Bretones,  
 Fui siguiendo la costa al medio día,  
 Y á la tierra llegué de los Redones (8)  
 Que el centro de la Armórica tenía.  
 La vista de estas bárbaras regiones,  
 Cubiertas de florestas, ofrecía  
 Un aspecto salvaje, semejante  
 A su rústico y bárbaro habitante.

## XXI.

»El alcázar que manda aquel distrito,  
 Era del Galo antigua fortaleza,  
 A la que César dió mayor circuito  
 Cuando domó con guerra la fiera  
 Del Veneto y audaz Curiosolito.  
 Rodado de bosques y maleza,  
 Sus muros baña un lago, y no distante  
 El ruido se hace oír del mar bramante.

## XXII.

»En esta solitaria residencia  
 Varios meses pasé. ¡Dichoso asilo!  
 En él entré la mano en mi conciencia,  
 Sus llagas sondeando con sigilo;  
 De mí fí renové la sacra ciencia;  
 Y cada vez con esto mas tranquilo,  
 Poco á poco perdía la zozobra  
 Que en el comercio humano el alma cobra.



## XXIII.

«Mas en vano del triunfo me halagaba  
Que fuerzas mas robustas exigia;  
El descuido habitual en que me hallaba,  
La actividad de mi alma entorpecía;  
Sus dudas la pasión me suscitaba,  
Y en sus lazos cautivo me tenía;  
Como una cortesana seductora  
Sujeta con su gracia al que la adora.

## XXIV.

«Suceso extraordinario de improviso  
Corta esta reflexion, y mi alma altera  
Con mayor inquietud. Seguro aviso  
Un soldado me dió que salir viera  
Una muger del bosque, al càr preciso  
De la noche; que el lago traspusiera  
Dirigiendo ella sola una barquilla,  
Y luego se ocultaba en la otra orilla.

## XXV.

«Yo sabia que el Galo confiaba  
El secreto mas árduo é interesante  
A su muger, y que esta á veces daba  
Su consejo en la junta. El habitante  
De la Armórica este uso conservaba;  
Y cual todos los Galos arrogante,  
Tenaz en sus empresas y valiente,  
Sufria nuestro yugo indócilmente.

## XXVI.

«Yo mismo el hecho averiguar propongo:  
 Apenas cae el sol, mudo de traje,  
 Y en la orilla del lago me dispongo.  
 A esperarla escondido entre el ramaje.  
 No oyendo ningún ruido, ya supongo:  
 Haber perdido el tiempo y el viaje,  
 Cuando hiere mi oído un dulce acento  
 Que del lago hacia mí traía el viento.

## XXVII.

«Dirigiendo la vista hacia aquel lado,  
 Veo un pequeño esquife suspendido  
 Sobre las olas, luego sepultado,  
 Y sobre ellas de nuevo aparecido.  
 De una muger, cantando sin cuidado,  
 Era el leño fluctuante dirigido,  
 Que burlarse del viento parecía,  
 O que este á su dominio obedecía.

## XXVIII.

«Al lago en sacrificio iba arrojando:  
 Vellones, piezas de hilo, pan de cera,  
 Láminas de oro y plata: así bogando,  
 Vino á tocar bien pronto á la ribera,  
 Donde estaba escondido; luego atando  
 A un sauce su batel, la ví ligera  
 Escamioarse al bosque mas cercano,  
 Con una rama de álamo en la mano.

## XXIX.

»Sin que ella me notase, yo podía  
 Observarla al pasar: su alta estatura  
 Una túnica abierta mal cubría;  
 La hoz de oro colgada á la cintura;  
 Guirnalda de laurel su sien ceñía;  
 En los ojos azules, su blancura,  
 Rubia coma que al aire suelta ondeaba,  
 La hija de los Galos se anunciaba.

## XXX.

»Caminando tras ella á cierto trecho,  
 Por un monte tomó de encina vieja,  
 Que daba á un arenal lleno de helecho:  
 Pasándolo veloz, atras me deja,  
 Y llega á un matorral que hace un repecho,  
 Donde nunca el arado entró la reja.  
 Allí una de estas rocas (9) se elevaba  
 Que de algun héroe el túmulo indicaba.

## XXXI.

»La jóven se paró en este paraje:  
 Tres veces la vi dar una palmada,  
 Y clamar en voz alta en su lenguaje:  
*Au-gui-l'an-neuf.* (10) Al punto vi inflamada  
 La floresta, y salir de entre el ramaje  
 Turba inmensa de Galos, parte armada,  
 Parte con una antorcha en la siniestra,  
 Y un ramo tremolando con la diestra.

## XXXII.

«De mi disfraz valido, me incorpore  
 A la turba que luego diligente  
 Se forma en procesion con vario coro.  
 Los Eubagos marchaban á su frente, (11)  
 Conduciendo un robusto y blanco toro  
 Que sirviera de víctima inocente.  
 Despues iban los Bardos entonando  
 Los lóores de Teutates execrando.

## XXXIII.

«Tras estos los discípulos marchaban,  
 Un heraldo delante, por trofeo  
 Agitando un baston que rodeaban  
 Dos serpentes, semejante al caudiceo.  
 Tres Senánis que al Druida remplazaban,  
 Siguen con varios signos: en fin veo  
 Tras de todos venir la Archidruidesa,  
 Y del lago conozco la Galesa.

## XXXIV.

«En tal órden la pompa se encamina  
 Al árbol que da el muérdago sagrado,  
 Planta entre aquellos bárbaros divina.  
 Allí un altar de césped es formado,  
 Y subiendo un Senánis á la encina,  
 Mientras el toro blanco es inmolado,  
 Corta la yerba santa con la hoz de oro,  
 Cantando un himno sacro en tanto el coro.

## XXXV.

»La ceremonia apenas acabada,  
 En igual forma y orden vuelve el Galo  
 Al sitio de las peñas: una espada  
 De la asamblea allí les marca el Malo (12).  
 A una tribuna al tóculo arrimada  
 La Druidesa subió: corto intervalo  
 Se queda silenciosa y pensativa,  
 Luego en discurso tal rompe expresiva:

## XXXVI.

»¿En dónde estan, ó Galos, los combates  
 »En que tanto otro tiempo se ilustrarán  
 »Los fieles descendientes de Teutates?  
 »¿Dónde están los consejos que formáran  
 »Vuestras hijas que en todos los debates  
 »La verdad y justicia señaláran? (13)  
 »¿En dónde aquellos Druidas afamados  
 »Cuya ciencia os ha hecho tan nombrados?

## XXXVII.

»Proscriptos del tirano, apenas qued  
 »Alguno en esos antros escondido,  
 »Que pronto no tendrá quien le suceda:  
 »Y vuestras sacras Virgenes ¿que ha sido?  
 »Teutates solo tiene ya á Velleda  
 »Para encender el fuego: á entero olvido  
 »Será dado su culto respetable  
 »En la isla de Sáina venerable.



## XXXVIII.

»Mas ¿porqué perderemos la esperanza?  
 »¿Os habéis olvidado por ventura  
 »Del camino que abrió vuestra venganza  
 »Al mismo capitolio? Aun le dura  
 »Al Romano el terror de vuestra lanza.  
 »Guerreros! escuchad la Virgen pura:  
 »Seguid de vuestros padres el ejemplo,  
 »Marchad, herid, venced, quemad el templo.

## XXXIX.

»No es posible explicar lo bastante  
 La impresion de un discurso pronunciado  
 A la luz de las teas ondulante,  
 En medio un matorral, de noche, al lado  
 De un sepulcro, y la sangre aun humeante  
 De la víctima: así es representado  
 El congreso de espíritus impuros  
 Que un májico evocó con sus conjuros.

## XL.

»La junta luego toda acalorada  
 Por la guerra aclamó con grande anhelo,  
 Pensando que en su Virgen inspirada  
 Teutates les hablaba desde el cielo.  
 Una víctima humana es demandada  
 Para aplacar su ira, y ya con zelo  
 Velleda el sacrificio disponia,  
 Cuando el astro se vió que anuncia el día.

## XL.

»Temiendo entonces verse sorprendidos  
Por la luz de la aurora, resolvieron  
Dejar los sacrificios prometidos  
A otra noche. Al instante disolvieron  
El congreso, y con grandes alaridos,  
Apagadas las luces, se esparcieron  
Por los bosques cubiertos de maleza,  
Y yo tambien volví á la fortaleza.

## XLII.

»Seguro de su plan, no estuve incierto  
De lo que hacer al punto convenia.  
Convocando sus jefes de concierto,  
Les declaro saber su rebeldia  
Y el consejo tratado en el desierto.  
Vierais luego cambiarse su osadia  
En temor, y creyéndose perdidos,  
Solo piden la vida arrepentidos.

## XLIII.

»Con gritos y lamentos á este instante  
Por medio de la tropa rompe un bando  
De cristiana muger, el tierno infante,  
Bautizado poco há, en su brazo alzando.  
Cayendo á mis rodillas, suplicante,  
Me pide, ruega, insta sea blando,  
En favor de estos hijos inocentes,  
Con sus padres, esposos y parientes.

## XLIV.

«¿Quién podría negarse á tal instancia  
 Por mugeres cristianas repetida,  
 Interpuesto el favor de tierna infancia?  
 De sus jefes otórgoles la vida.  
 Solamente les mando la observancia  
 De la ley por Tiberio establecida  
 Que de víctima humana el culto veda,  
 Y les pido por rehenes á Velleda.

## XLV.

«¿Cómo podré pintaros la alegría  
 De que estas pobres gentes se llenaron,  
 Y los vivas y aplausos á porfía  
 Con que hasta el cielo mi clemencia alzaron?  
 ¡Grata y fácil clemencia! El mismo día  
 A Velleda y su padre me entregaron,  
 Y así se puso fin á esta aventura;  
 Mas para mí empezo prueba mas dura....

## XLVI.

Eudoro aquí su historia interrumpiera,  
 Y bajando la vista avergonzado,  
 Una mirada oculta dirigiera  
 A la hija de Demódoco. Observado  
 Por el Obispo, á Séfora dijera:  
 «Cuando Eudoro su historia haya acabado,  
 «Con gusto el sacrificio celebrará;  
 «¿Me podríais tener dispuesta el ara?»

## XLVII.

Séfora se levanta con festejos,  
 Y sus hijas la siguen: la doncella,  
 No osando quedar sola con los viejos,  
 No sin algun pesar marcha tras ella.  
 Mirándola Demódoco á lo lejos  
 Correr como una cabra blanca y bella  
 Que en torno del pastor brioza en el prado.  
 Exclama de placer enageando:

## XLVIII.

«¿Qué gloria puede nunca compararse  
 »Con la que tiene un padre que á sus ojos  
 »Ve sus hijos crecer y engalanarse  
 »Cual triunfador ilustre con despojos?  
 »Júpiter inmortal supo alegrarse  
 »Cuando vió salir bien de sus arroyos  
 »A Hércules: y tú, guerrero augusto,  
 »Tú causas á tus padres igual gusto.

## XLIX.

«Prosiguenos tu historia: á mí me encantan  
 »Esos cristianos grandes é invencibles,  
 »Que el trabajo no abate, y se levantan  
 »Como palmas frondosas y flexibles.  
 »Nuestros vates sus héroes así cantan:  
 »Tambien son generosos y sensibles:  
 »¡Que lástima que Júpiter no pueda...  
 »Mas vamos, di: ¿qué hiciste de Velleda?»

## L.

«Con Senégax su padre habitó el fuerte;  
 Eudoro prosiguió: mas el suceso  
 Pasado, agitó al viejo de tal suerte,  
 Que entrándole una fiebre con absceso,  
 Le condujo á las puertas de la muerte.  
 Humano por deber, yó me intereso  
 En su estado, velando en su asistencia;  
 Y yendo á visitarle con frecuencia.

## LI.

«Este trato benéfico y atento,  
 De los mas Comandantes poco usado,  
 Al anciano tornó vida y aliento:  
 La Druidesa que nunca de su lado  
 Se apartaba, mudó su abatimiento  
 En alegría extrema, y ya dejado  
 El padre, en todas partes la encontraba  
 Con semblante que en gozo rebosaba.

## LII.

«De asiento con Senégax la creía,  
 Cuando al punto en la mas distante sala,  
 Cual nocturna vision se aparecía.  
 En el patio del fuerte, en la antesala,  
 Corredor, aposento, galeria,  
 O bien en la espiral y angosta escala,  
 La hallaba sin pensar, cual si gozase  
 De ciencia que á mis pasos la aumentase.



## LIII.

«Confieso que esta jóven me admiraba.  
 Cual todas las Galesas caprichosa,  
 Tenia un atractivo que halagaba:  
 Su boca era algun tanto desdeñosa,  
 Mas su sonrisa dulce: yá la hallaba  
 Altiva y fiera, yá voluptuosa,  
 De modo que ofrecia en sí el conjunto  
 De prendas encontradas en un punto.

## LIV.

«Cierta noche la vela solo hacia  
 En una sala de armas, ancha, oscura,  
 Donde apenas el cielo descubria  
 Por la angosta y múltiple abertura  
 Que sirve de ventana y saetía.  
 Hallábame sin luz, y en la armadura  
 Que en la opuesta pared colgado estaba,  
 La luz de las estrellas reflejaba.

## LV.

«Ved que en las sombras clarear diviso  
 El pálido fulgor de luz lejana,  
 Y á Velleda descubro de improviso,  
 En la mano una lámpara romana,  
 Por traje blanca túnica de viso,  
 El cabello prendido á la Espartana:  
 Jamás hija de Reyes en su corte  
 Tuvo tal magestad, belleza y porte.

## LVI.

»De un escudo la lámpara suspende,  
Y llegando me dice sin rodeo:  
«Mi padre duerme, siéntate y atiende.»  
Yo descolgué de lanzas un trofeo,  
Y sentados en él: «¿No te sorprende  
»Lo que alcanza el poder de mi deseo?  
»Sabe que yo soy Hada, y que me es dado  
»Seguirte y encontrarte en todo lado.

## LVII.

»El viento me obedece, y de repente  
»Excito y calmo tempestad horrible.  
»Si quiero tomar forma diferente,  
»Lo puedo, porque todo me es posible.  
»¿No has oído esta noche hácia la fuente:  
»Como un suspiro el céfiro apacible?  
»Era yo, porque sé que eres contento  
»Del dulce murmurar del agua y viento.

## LVIII.

»¡Te lastimas de mí! prosigue luego:  
»Pues la causa eres tú de mi locura.  
»¿Porqué á turbar viniste mi sosiego?  
»¿Porqué has manifestado tal dulzura  
»Con mi padre y conmigo? No lo niego:  
»De la isla de Sáina Virgen pura,  
»El destino cruel echó mi suerte.  
»Pero sabe que tú me das la muerte.

## LIX.

«Dichas estas palabras, se levanta,  
Toma su luz y marcha con presteza.  
Jamás sentí, Señores, pena tanta  
Como al turbar la paz en la belleza.  
Mas así la Justicia sacrosanta  
Dió justa punición a mi tibieza,  
Disponiendo un castigo pronto y lleno  
En la pasión que adormecí en mi seno.

## LX.

«Claro, el Pastor cristiano, estaba ausente:  
Del castillo sacar fuera inhumano  
A Senégax no bien convaleciente;  
Cruel separar la hija del anciano.  
Así me fué preciso, aunque imprudente,  
Guardar el enemigo á mi cercano,  
Y esponerme á su ataque repetido  
A mis débiles fuerzas reducido.

## LXI.

«En vano mis visitas retardaba,  
Y del encuentro de Velleda huía:  
En todas partes, sin querer, la hallaba.  
Mi corazón, es cierto, no sentía  
Verdadera pasión; pero bastaba  
Que á sus gracias la jóven añadía  
Los inflamados ayes y suspiros  
Que forman del amor los fuertes tiros.

## LXII.

«No lejos del castillo se elevára,  
 En un bosque del Druida venerado,  
 Una encina que el hierro despojára  
 De su corteza: símbolo sagrado  
 En que á Erminul el bárbaro adorára.  
 Colgadas de otros árboles al lado  
 Se veían las armas del guerrero  
 Cuyo ruido instruíra al agorero.

## LXIII.

«Yo iba á visitar frecuentemente  
 Este sacro lugar que recordaba  
 La raza de los Celtas eminente.  
 Allí solo una tarde contemplaba:  
 El Aquilon mugía fuertemente;  
 De las gruesas encinas arrancaba  
 La hiedra y musgo seco: de improviso  
 A Velleda, volviéndome, diviso.

## LXIV.

«Tu huyes de mí, me dice, y cuidadoso  
 «Bascas siempre el lugar mas retirado.  
 «Mas en valde: ¿no ves cuán poderoso  
 «El viento echa á tus piés el musgo ajado?  
 «A Velleda te trae así amoroso.  
 «Cruel! yo ardo en amor, y no me es dado  
 «Hacer que sientas tú mi ardiente llama!  
 «Mas mi alma se enagena en decir que ama.»

## LXV.

«El viento movió entonces la floresta,  
 Y las armas formaron un ruido,  
 Velleda se detiene, el oído apresta,  
 Y mirando al trofeo, suspendido:  
 «Alguna cosa lúgubre y funesta  
 Los escudos me dicen: ¿no has oído?»  
 Un instante se queda pensativa,  
 Y despues continuó mas expresiva:

## LXVI.

«Tú callas, y tu boca silenciosa  
 «Indica que tu seno no arde en fuego,  
 «Tu corazon.... ¡ah! .... sí.... alguna cosa....»  
 Otra vez se interrumpe, piensa y luego,  
 Cual si fuese inspirada, misteriosa:  
 «He aquí, prorrumpió, de tu sosiego  
 «La causa: de tu amor me halles indigna,  
 «Porque no te he ofrecido cosa digna».

## LXVII.

«Acercándose entonces como amante,  
 Posa en mi corazon su blanca mano:  
 «Si eres, dice, al amor indiferente,  
 «No lo serás á un cetro soberano.  
 «¿Lo quieres? Habla, dílo prontamente.  
 «Una Hada lo propuso á Diocleciano; (14)  
 «Yo soy Hada y amante al tiempo mismo,  
 «Y mi poder se extiende hasta el abismo.



## LXVIII.

»Yo armaré mis soldados aguerridos,  
»Y marcharé al combate la primera.  
»Al cielo obligaré con mis gemidos.  
»Mas si una infausta suerte se opusiera,  
»¿No hay antros en las Galias escondidos  
»Donde como otra Epórcina (15) escondiera  
»Mi caro esposo? ¡Ay infortunada!  
»Yo hablo de esposo, y nunca seré amada....»

## LXIX.

»Apenas la doncella tuvo aliento  
Tan tiernas expresiones pronunciando  
Con lastimera voz y triste acento.  
Su mano de mi seno retirando,  
Que sintió largo espacio su ardimiento,  
Inclinó la cabeza, y sollozando  
Quiso apagar su fuego entre torrentes  
De suspiros y lágrimas ardientes.

## LXX.

»Esta escena patética é imprevista  
Mi constancia alteró de tal manera  
Que á otro ataque recelo no resista.  
El peligro eminente resolviera  
Prevenir, alejando de mi vista  
A la jóven: su padre ya estuviera  
Algun tanto del mal restablecido,  
Y á enviarle á su casa me decido.

## LXXI.

»El amor paternal forzó á Velleda  
 A seguir al anciano: así creía  
 Apagar un amor que su ley veda.  
 En vano: yo la ví al siguiente día  
 Delante del castillo, en la arboleda,  
 Acechando si acaso yo salía;  
 De suerte que me hallé necesitado,  
 Por huirla, á vivir siempre encerrado.

## LXXII.

»Así pasó algún tiempo: al fin hallando  
 Ser todo su trabajo infructuoso,  
 Sus pesquisas inútiles dejando,  
 Yo salí de mi encierro fastidioso.  
 Mas la primera tarde, espaciando  
 Mi espíritu en el campo, presuroso  
 Viene un cabo á decirme que á la playa  
 Una flota remando se atalaya.

## LXXIII.

»Corro al fuerte, que el tiempo estaba oscuro,  
 Y el Franco las barrascas escogía  
 Para saltar en tierra mas seguro.  
 La guardia hago doblar, poner vigía  
 Y custodia exterior en torno al muro.  
 En estas maniobras pasó el día;  
 Viene la noche, y la zozobra aumenta  
 La tempestad que rompe violenta.

## LXXIV.

«En un pequeño cabo que formaba  
 La costa que batía el mar airado,  
 Un grupo de peñascos se elevaba  
 De destino y origen ignorado.  
 Mas nunca á estos parages se acercaba  
 El Galo sin sentirse penetrado  
 De profundo terror, y se decía  
 Que la voz del fantasma allí se oía.

## LXXV.

«La soledad del sitio y el supuesto  
 Rumor que entre los bárbaros corriera,  
 Me lo hicieron juzgar el mas expuesto  
 Al ataque del Franco, y resolviera  
 Velar toda la noche en este puesto.  
 Al cuidado en que estoy, aumento diera  
 La ausencia de Velleda, pues sabia  
 El poder que en los Galos ejercia.

## LXXVI.

«De diversas ideas ajitado,  
 Contemplaba la mar tempestuosa,  
 Un poco de la guardia retirado.  
 La noche estaba oscura y borrascosa.  
 De repente oigo un ruido hacia mi lado  
 Y en las sombras vislumbro alguna cosa:  
 Echo mano á la espada y voy corriendo  
 Tras el fantasma que de mí va huyendo.

## LXXVII.

»Pero ¡cuál es mi pasmo y mi sorpresa,  
 Cuando de allí á unos pasos alcanzada,  
 Reconozco á la jóven Druidesa!  
 «Tú sabías, me dice confiada,  
 »Que estaba aquí Velleda, sí, confiesa:  
 »Yo te he atraído aquí, porque no hay nada  
 »Que pueda resistirse á quien adora;  
 »Sígueme, y veras lo que hago ahora.»

## LXXVIII.

»Entonces de la mano me llevará  
 Al peñasco mas alto é inaccesible,  
 A cuyo pié las olas estrellará  
 El espumoso mar con ruido horrible.  
 El viento en remolino las lanzará.  
 Su aspecto parecia mas terrible  
 Con la luna que rompe de soslayo  
 La parda nube con incierto rayo.

## LXXIX.

«Escucha bien, Velleda me dijera:  
 »Un pueblo en esta costa hay ignorado  
 »Que vas á conocer por vez primera.  
 »Apenas media noche haya llegado,  
 »Oirán una voz, y á la ribera  
 »Vendrán aprisa de diverso lado;  
 »Varios bateles hallarán cubiertos,  
 »Cargados con las almas de los muertos.

## LXXX.

«Ellos los llevarán á la lejana  
 «Isla de los Bretones, dirigidos  
 «De aquella misma voz sobrehumana  
 «Que herirá dulcemente sus oídos,  
 «Sin que puedan saber de quien diámana.  
 «Ella nombra las almas y maridos  
 «Al entrar en la isla por un río:  
 «¡Di, cruel, si podrá nombrarse el mio!»

## LXXXI.

«Yo quise refutar estos dislates,  
 Mas ella prosiguió: «Escucha atento:  
 «Cuando esté en la morada de Tentates,  
 «Tu podrás escribirme; este contento  
 «No me debes negar: en los combates  
 «Encontrando algun héroe fin sangriento,  
 «Tu carta arrojarás sobre su hoguera, (16)  
 «Y á mis manos vendrá de esta manera.»

## LXXXII.

«Una fuerte oleada á este momento  
 En la roca se estrella con gran ruido,  
 Conmoviendo hasta el mismo fundamento;  
 El huracan rebienta enloquecido;  
 Las nubes son deshechas por el viento;  
 La ave de los escollos da un silvido:  
 Velleda se estremece, alza los brazos:  
 «¡Adios, grita, me esperan, no hay mas plazos!»



## LXXXIII.

»Y luego iba á lanzarse de la roca;  
 Pero yo la detuve... ¡ó gran Prelado!  
 ¡Cómo tal confesión hará mi boca!  
 Del combate anterior debilitado,  
 Tanto exceso de amor mi razón toca,  
 Dudo, tiemblo, suspiro, arrebatado  
 Al fin de tal pasión en beldad tanta,  
 Me prosterno rendido ante su planta.

## LXXXIV.

»El infierno celebra este himeneo,  
 Y el espíritu impuro se envanece  
 Por haber conseguido tal trofeo.  
 El ángel protector desaparece.  
 Yo me cacuento confuso, solo y reo.  
 ¡O cuánto su memoria me estremece!  
 ¡Qué de males siguieron á porfía  
 A un instante de efímera alegría!

## LXXXV.

»La hija de Senégax consintiera  
 En vivir, ó mas bien ya no encontraba  
 La fuerza de morir. Ella creyera,  
 Cuando tierna en sus brazos me estrechaba,  
 Que una ilusión ó sombra Eudoro fuera.  
 En sus dudas la frente me palpaba,  
 Mi nombre de su boca no caía,  
 Y mas loca que amante parecía.

## LXXXVI.

«Sollozando á la vez y sonriendo  
 La mas triste y contenta criatura,  
 El alba vino luego amaneciendo,  
 A darme con su luz nueva amargura.  
 Mi vista á todas partes dirigiendo,  
 Acusarme creia la natura.  
 No habiendo parecido el enemigo,  
 Al castillo volví y ella conmigo.

## LXXXVII.

«Por dos veces la noche con su manto  
 Cubrió nuestro rubor, tantas el día  
 Trajo nuevo pesar con nuevo espanto.  
 Al tercero Velleda ya queria  
 Ir á enjugar las lágrimas y llanto  
 Que en el padre su ausencia causaria.  
 Ella montó en un carro, y presurosa  
 En busca de Senégax va amorosa.

## LXXXVIII.

«Mas no bien á mis ojos se ha ocultado,  
 En un monte de encinas, cuando luego  
 Distingo por el bosque á todo lado  
 Levantarse columnas de humo y fuego.  
 Entonces un Centurio apresurado  
 Viene á avisar que en gran desasosiego  
 Estan todos los Galos, y se oia  
 El grito que la alarma difundia.

## LXXXIX.

«Juzgando al pronto que los Francos fieros  
 Invadían los sitios comarcanos,  
 Al instante salí con mis guerreros,  
 Mas luego vi una tropa de paisanos  
 Con armas, y correr otros ligeros.  
 Marchando al frente yo de los Romanos,  
 A un tiro de ballesta los detengo,  
 Y avanzando á los Galos les arengo:

## XC.

«¿Qué razon, les pregunto, os ha movido  
 «A juntaros, las armas en las manos?  
 «¿Los Francos por ventura han descendido  
 «A desolar la Armórica inhumanos?  
 «¿Qué rumor en vosotros se ha esparcido?  
 «¿En auxilio venís de los Romanos?  
 «U olvidando del César, los favores,  
 «¿Quereis probar de nuevo sus furores?

## XCI.

«De sus filas se avanza á aquel instante  
 Con marcha y paso tremulo un anciano,  
 Al peso de sus armas vacilante,  
 Blandiendo un hierro inútil en su mano,  
 ¡O pismo! ó confusion! en el semblante  
 A Senégax conozco, y mas cercano,  
 Distingo aquellas armas suspendidas  
 Que viera en la floresta de los Druidas.

## XCII.

«¡O guerreros! esclama: por testigo  
»Os pongo aquestas armas que he llevado  
»En mi jóven edad siempre conmigo,  
»Y del tronco Erminasul he descolgado:  
»Ahí teneis al pérfido enemigo  
»Que la Virgen de Sáina ha profanado,  
»Mancillando su honor con torpe labio:  
»Vengad de nuestros dioses el agravio.»

## XCIII.

»Dice, y su débil mano el dardo lanza  
Que sin fuerza á mis pies cae abatido,  
Luego el Galo da el grito de venganza,  
Y viene á acometerme enfurecido:  
El Romano en mi auxilio se abalanza,  
Y sin oir mi voz, enardecido  
Se arroja sobre el Galo infortunado,  
Y un combate se trava ensangrentado.

## XCIV.

»En vano mitigar su ardor pretendo:  
La sangre que ya corre, la ira agrava.  
Al anciano Senégax solo atiendo  
Que un grupo de guerreros rodeaba.  
De sus manos salvarle consiguiendo,  
Por darle pronto asilo, le llevaba  
A ocultarle en el cóncavo de un roble,  
Cuando pasa su pecho dardo ignoble.

## XCV.

»Un carro rutilante á este momento  
 Al extremo se ve de la llanura  
 Que hiende por el campo turbulento.  
 Una muger furiosa hate, apura  
 Los corceles ligeros como el viento.  
 Velleda supo luego con premura  
 Que su padre los Galos reunia  
 Por vengar el ultraje que creia.

## XCVI.

»Entonces la Vestal considerando  
 La extension de su culpa y desacierto,  
 Tras las buellas de aquel viene volando  
 Para evitar el mal que mira cierto.  
 El campo de batalla atravesando,  
 Llega donde lloraba el padre muerto.  
 Herida de dolor, pára su curso,  
 Y del carro dirige este discurso.

## XCVII.

»Envainad, Galos fuertes, vuestra espada;  
 »No derrameis la sangre inútilmente  
 »Por la Virgen de Sáina desgraciada.  
 »El Capitan romano es inocente;  
 »Vuestra Virgen no ha sido violada;  
 »Ella rompió sus votos libremente.  
 »¡Ojalá que mi muerte sola pueda  
 »Dar la paz á la patria de Velleda!»



## XCVIII.

«Entonces arrancando de su frente  
La sagrada corona de verbena,  
Símbolo de vestal, ligeramente,  
Mientras raro estupor á todos llena,  
Toma la hoz de oro refulgente,  
Y con ledo ademán y faz serena,  
Cual si fuese á inmolár víctima santa,  
Aplica el instrumento á su garganta.

## XCIX.

«Como una segadora que, acabado  
Su trabajo, se acuesta fatigada,  
Sobre el monton de mieses que ha segado,  
Así cayó Velleda infortunada.  
Su cuello se reclina ensangrentado,  
De su mano se escapa la hoz sagrada,  
Su lengua balbuciente á Eudoro nombra,  
Mas ya sus ojos cubre eterna sombra.»



## NOTAS.

### Octava II.

#### Por el país entré de los Secuanos,

(1) Los Secuanos eran los pueblos que habitaban las orillas del río Secuana, hoy Sena: componían parte de la Gallia Belgica, que se extendían desde el Sena y Marne hasta el Oise y el Rín.

### Octava III.

#### Los muros del templo Heso descubriera;

(2) Heso, divinidad de los antiguos Galos, se cree que era el Dios de la guerra; se le representaba armado de una pólvera ó segar, y era honrado con efusiones de sangre humana.

Teutatés ó Tent era el nombre con que se adoraba á Mercurio en las Gaules, en donde se le inmortalaban víctimas humanas. Su culto había comenzado en Egipto, en donde había reinado con el nombre de Atón ó de Thot. Después de su muerte los Egiptios le reverenciaron como á un Dios, y le dieron por símbolo el perro, que en Egipto se llama anubis: de aquí tomó este ídolo el nombre de Anubis. Véase la nota quinta del canto VI.

### Octava V.

#### Por sí el pueblo de Lutes descubría,

(3) Lutes ó Lutecia, hoy París, era la capital de los Parisios, uno de los sesenta y cuatro pueblos que habitaban las Galias. Su nombre viene según unos del latín lutum, lodo: según otros de dos palabras celtas que significan bello piedra, ó piedra blanca. Su sitio era en la isla que llaman de la cité, ciudad, donde están la catedral y el palacio de justicia: la población se fue extendiendo después á una y otra lado del Sena, comprendiendo en su recinto todo lo que antes eran arrabales. Hoy día no ocupa la cité la centésima parte de París, sin contar el nuevo cementerio de extension que le darán las murallas.

### Octava VI.

#### Austral el Lucoticio se ostentará

(4) Lucoticio es la montaña de Santa Genoveva, donde está el magnífico templo de esta Santa, convertida por la impiedad moderna en panteón de Voltaire, Rousseau, y otros hombres fuertemente célebres.

*Idem.*

## Con su circo, anfiteatro y acueducto

(5) He visto las ruinas de este acueducto en el pueblo de Arcueil, á una legua de París, no lejos del moderno, bello y sólido acueducto que se construyó en el siglo diez y siete.

## Octava IX.

## Que Isis corona y el Secuana riega.

(6) El Templo de Isis, que pasó á ser Abadía de San German de los Prados.

## Octava XIV.

## Se había coligado con los Pictos.

(7) Pictos: llamábanse así porque se pintaban el cuerpo, como hacen todavía algunos salvajes de la América; habitaban la Escocia y el norte de la Inglaterra.

## Octava XX.

## Y á la tierra llegué de los Redones.

(8) Redones eran los pueblos de Bretona. La Armorica comprendía la Bretaña, la Normandía, la Sanitonge, y el Poitou.

## Octava XXX.

## Allí una de estas rocas se elevaba.

(9) Estas piedras ó rocas amontonadas que cubrían el sepulcro de un guerrero Gelo, se llamaban Dolmen; se cree que servían de altar en que los Druidas sacrificaban víctimas humanas. Muchos de estos monumentos druidicos subsisten todavía en la Bretaña.

## Octava XXXI.

*Au-gui-Fan-neuf.* Al punto vi inflamada

(10) Al *maerdaga* del año nuevo: el *maerdaga* ó *vino* es la extracción que nace en algunos árboles, á la cual atribuyen los Druidas virtudes maravillosas.

## Octava XXXII.

## Los Eubagos marchaban á su frente,

(11) Los Druidas, ó ministros de la religión de los antiguos Celtas, se di-

vidian en tres clases: primera, la de los *Druidas* propiamente dichos, o sacerdotes, los cuales poseyeron en su origen el poder supremo, pero luego lo cedieron á los *Brenos* ó jefes de los guerreros; segunda, la de los *Euhagor*, que eran los adivinos y sacrificadores; tercera, la de los *Bardos*, que cantaban las alabanzas de los Dioses y las hazañas de los héroes. El culto de los *Druidas* era una mezcla de prácticas supersticiosas; adoraban principalmente á la *Noturolexa*, pero tambien reconocian muchos Dioses, tales como *Heno*, *Tentates* &c. No tenían templos; se reunian en oscuras florestas, y á ciertos dias del año vegian con gran solemnidad el vino, que miraban como sagrado; en las grandes calamidades inmolaban victimas humanas. Los *Druidas* eran á un tiempo médicos, astrónomos y filósofos; no tenían nada escrito; toda su ciencia estaba contenida en varias piezas de versos que aprendían de memoria; creían en la inmortalidad del alma y en la meteméncosis. Habia tambien *Druides*, los cuales predican lo futuro, y consultaban las entrañas de las victimas. Las invenciones sucesivas de los *hércules*, y el establecimiento del Cristianismo en las Gualas acabaron con la religion de los *Druidas*, la cual desapareció enteramente hacia el siglo sexto.

### Octava XXXV.

De la asamblea allí les marca el Malo.

(12) Sitio en donde se reunia el congreso de los tres Estados.

### Octava XXXVI.

«La verdad y justicia señaláran?

(13) La administración de la justicia política y civiles estuvo largo tiempo confiada entre los Galos á un consejo de mujeres: ellas deliberaban acerca de la paz y de la guerra, y juzgaban los pleitos entre ciudad y ciudad. Plutarco cita un artículo del tratado que hizo Asibal con los Galos, el cual decía así: "Habiendo quejo un Galo de un Cartaginés, recuerra al tribunal de Cartago establecido en España; y hallándose un Cartaginés agraviado por un Galo, tumara por juez el consejo supremo de las mujeres Galas."

### Octava LXVII.

«Una Hada la propuso á Diocleciano;

(14) Siendo Diocleciano un simple oficial, encontró en las Galias una Hada que le prometió el imperio si metaba á Apres; oper en latin significa jehol. Entendiendo mal el prometido, Diocleciano se dio á cura de jeholias, y quedó lo que era: pero habiendo convenado el Emperador Numeriano un



prefecto del pretorio llamado Áyvo, Diocleciano mató á este y sucedió en el imperio.

### Octava LXVIII.

»Donde como otra Epónina escondiera

(13) Epónina era la esposa de Julio Sabino, sobse Gelo, el cual tomó el nombre de César á principios del imperio de Vespasiano. Habiendo sido derrotado y puesta en fuga, se retiró á un subterráneo de una casa de campo, de donde, para evitar las pesquisas del xencador, hizo extender la noticia de que habia muerto. Sabedora Epónina del retiro de su esposo, fué á buscarle allí, y dio á luz dos gemelos. Sabino pudo libertarse á todas las investigaciones durante nueve años; pero las frecuentes visitas de su mujer le descubrieron por último, y fué conducido á Roma cargado de cadenas con su mujer é hijos. En vano intentó esta excitar á Vespasiano á la misericordia, echándose á sus pies, y presentándole sus dos hijos nacidos en el subterráneo: El Emperador tuvo la crueldad de hacerlos morir juntamente con el padre.

### Octava LXXXI.

»Tu carta arrojarás sobre su hoguera,

(16) Cuando los Galos quemaban sus muertos, echaban en la hoguera cartas para sus parientes y amigos difuntos.



# LOS MARTIRES.

## CANTO OCTAVO.

### SUMARIO.

*Continuacion de la historia de Eudoro. Su arrepentimiento y penitencia pública. Deja el ejército. Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano. Navegación. Alejandria, el Nilo, el Egipto. Alcanza Eudoro su retiro de Diocleciano. La Tebaida. Vuelve Eudoro á casa de sus padres. Fin de su historia.*

## CANTO VIII.

### I.

**E**STA trágica escena recordando,  
Eudoro rompe en llanto que le obliga  
La historia á interrumpir que va narrando.  
Mas luego que su pena se mitiga,  
Libre curso á sus lágrimas prestando:  
«Perdonad, sigue, que mi llanto os diga  
El pesar que consagra mi memoria  
A la parte mas triste de mi historia.

## II.

»La accion con que Velleda dirigiera  
A su cuello el mortifero instrumento,  
Fué tan pronta y veloz que previniera  
De nuestra parte todo movimiento.  
;Castigo del Señor, leccion severa!  
En mis brazos recibo sin aliento  
Esa víctima que hice, y ver debía  
Solo para poner en tumba fria.

## III.

»De aquí vuelve, ó Cirilo, de mi vida  
La época mas grande y mas notable,  
Hallando mi salud en mi caída.  
Mientras era yo solo el miserable,  
Mi alma se encontraba endurecida;  
Mas cuando fui la causa deplorable  
Que abrió de tantos males el abismo,  
Mi corazon clamó contra mi mismo.

## IV.

»Ya no dudo mas tiempo. Claro llega;  
Y echándome á sus pies arrepentido,  
De todos mis secretos le hago entrega,  
Confesando mis culpas. Poseído  
De dulce caridad, calma y sosiega  
El Pastor santo mi dolor subido,  
Y de esta penitencia parte manda  
Que me veis practicar, fructuosa y blanda.

## V.

«Como el cuerpo el espíritu en sus males  
 Pide mudar de sitios: de mi mando  
 A Constancio remito las señales,  
 Para dejar el siglo, y le demando  
 La gracia de volver á los umbrales  
 Paternos. Vanamente, deseando  
 El César retenerme con su afecto,  
 De las Galias me quiso hacer Prefecto.

## VI.

«Reiterando mi instancia con empeño,  
 Esta carta me escribe de su mano:  
 «De la gracia que pides no soy dueño;  
 «Pertenece á Roma; Diocleciano  
 «Solo puede romper tu antiguo empeño.  
 «Solicítalo de él: si el soberano  
 «No accediese á tu súplica, el abrigo  
 «Vuelve á buscar del César y tu amigo.»

## VII.

«Así dejé el gobierno: atravesando  
 La Galia casi entera, me embarcára  
 En Nîmes, y bien pronto vista dando  
 A la Italia, por Ostia en Roma entrára.  
 Marcelino me acoge dulce y blando,  
 Y las puertas del templo me declara  
 Abiertas me serán si persevero  
 En penitencia humilde un lustro entero.

## VIII.

«Tranquilo de este lado, solo anhelo  
Ver al Emperador; este se hallaba  
A la sazón en 'el egipcio suelo,  
En el muelle de Aurelio en ferro estaba  
Un navio de aquellos que en su zelo,  
Para aliviar los pobres, equipaba  
Cada año el Obispo alejandrino,  
Dispuesto á dar la vuelta á su destino.

## IX.

«La estacion era propia: la ligera  
Nave recoge el ancla, y prontamente  
Se nos huye la Itálica ribera.  
Ah! yo surqué este mar antiguamente  
Cuando á Grecia dejé por vez primera.  
Pero joven entonces é inocente,  
Solo soñaba honor, fortuna y gloria,  
Que una triste experiencia hizo ilusoria.

## X.

«El culto que se daba religioso  
En el batel cristiano, parecia  
Dar mayor magestad al mar undoso.  
Si el marino cristiano no creia  
Ver salir de aquel piélago espumoso  
La deidad del amor, (1) en cambio via  
La mano del Eterno que cavára  
El abismo y sus fines señalara.

## XL

«Sin que oigamos á Alcíon (2) cantar su pena,  
 Como el marino idólatra imagina,  
 Dulce ternura nuestras almas llena:  
 Al ver la fatigada golondrina  
 Posarse sobre el mástil ó la antena,  
 La idea de la patria nos domina,  
 Pensando si quizás su pobre nido  
 Habría á nuestro techo suspendido.

## XII.

«Ved, Demódoco, aquí la interesante  
 Pintura del cristiano, comparable  
 En gusto y sencillez al tierno infante,  
 La noche, en vez de hacer una culpable  
 Y vana invocacion, hacia el brillante  
 Firmamento de estrellas admirable  
 Nuestra vista en silencio dirigamos,  
 Y al Criador de todo bendeciamos.

## XIII.

«Al avistar las ruinas de Cartago,  
 Otro tiempo ciudad tan floreciente,  
 Admiré de los tiempos el estrago  
 Y el furor de los hombres inclemente,  
 La memoria de Dido y fin aciago  
 Me retrató á la idea vivamente  
 La muerte de Velleda infortunada,  
 A aquella infeliz reina asemejada.



## XIV.

«Habiendo el promontorio flanqueado  
 Donde abordar Scipion se propusiera  
 Saludando de Roma el feliz hado,  
 A la Sirta menor nos condujera  
 Contrario viento: desde allí es mirado  
 El castillo á que Anibal se acogiera  
 Cuando vino á embarcarse ocultamente,  
 Huyendo de una patria inconsecuente.

## XV.

«Tan cierto es encontrar, dó quier se vaya,  
 Vestigios de injusticia y desventura,  
 Así imagino ver en la otra playa (3)  
 La víctima infeliz que en la tortura,  
 Invocando de Roma el nombre, ensaya  
 Dar término á su afrenta y pena dura,  
 Pero sin ningun fruto. ¡Ah! el cristiano  
 No invocará su patria tan en vano.

## XVI.

«La duodécima aurora embellecía  
 Un horizonte claro y despejado,  
 Cuando en las mismas ondas parecía  
 Alzarse un obelisco agigantado.  
 Su vista desde lejos dirigia  
 A la ciudad que habia levantado  
 El vencedor de Arbela esclarecido  
 Para tumba de un célebre vencido. (4)

## XVII.

«El navío fué á anclar al occidente  
De aquel Faro que sirve de linterna,  
Allí el Obispo Pedro complaciente  
Fué á recibirme con bondad paternal,  
Ofreciéndome asilo conveniente;  
Pero yo preferí la oferta tierna  
De la bella y piadosa Caterina,  
Que entonces supe ser vuestra sobrina.

## XVIII.

«Antes de encaminarme al alto Egipto,  
Unos días pasé en Alejandria,  
Admirando su inmenso circuito  
Que en espacioso llano se extendia.  
Allí conocí á Didimo erudito  
Que la gran Biblioteca dirigia  
Que contiene en sus anchas cavidades  
Monumentos de todas las edades.

## XIX.

«Yo iba á visitarle con frecuencia  
A este vasto recinto que encerraba  
El remedio del alma y la dolencia,  
Solo allí cierta tarde contemplaba  
De una alta galería la opulencia  
De esta ciudad ilustre que encerraba  
Un millon de habitantes cuya vida  
Será en menos de un siglo concluida.

## XX.

«De una parte á mis ojos se ofrecía  
 La ciudad de los muertos asolada; (5)  
 De la otra el gran desierto se extendía  
 De la Libia arenosa y devastada;  
 El mar al lado opuesto la batía  
 Con furor, de manera que situada  
 Entre tres enemigos, cual mas fuerte,  
 La vida combatía con la muerte.

## XXI.

«Embebido en tan grave pensamiento,  
 Me interno por las salas, y deparo  
 En un salon sin muebles ni ornamento.  
 Solamente al extremo de él reparo  
 En caja de cristal un monumento  
 De mezquina apariencia: el vidrio claro  
 Los fuegos desmayados reflejaba  
 Del sol que entre las ondas se acostaba.

## XXII.

«Acércome á mirar; un féretro era.  
 Por el cristal descubro transparente  
 Un Rey á quien robó la muerte fiera;  
 En la flor de la edad; mas en su frente  
 Un rastro de grandeza persevera.  
 Dormir parece el sueño del valiente  
 Que herido de mortífera estocada,  
 Hace su cabecera de su espada.

## XXIII.

«Un varon cerca de el yeo ocupado  
 En leer con atencion y reverencia  
 Un volúmen á medias desrollado. (6)  
 Estaba meditando esta sentencia:  
 «Alejandro, Darío subyugado,  
 «Al fin del mundo fué, y á su presencia  
 «La tierra se calló; mas despues de esto,  
 «Conoció que debia morir presto.»

## XXIV.

«Mi vista volví luego apresurado  
 Al fantasma tendido, y me parece  
 Al busto de Alejandro asemejado.  
 ¡Qué pasmo! á quien la tierra se enmudece,  
 En eterno silencio sepultado!  
 ¡Qué pronto la ilusion se desvanece  
 De la grandeza humana.... solo queda  
 Un polvo que atestar su nada pueda!»

## XXV.

«El día que siguió á tan grave escena,  
 Me embarqué para Menfis. Observando  
 La agua roja del Nilo de mar plena,  
 Luego sobre las olas vi flotando  
 La verde palma entre la blanca arena.  
 Con vela desplegada el rio entrando,  
 La chusma le saluda entusiasmada,  
 Y á la boca llevó su onda sagrada.»

## XXVI.

«Un paisaje á flor de agua se extendia  
De su fértil ribera á uno otro lado,  
Donde el bello sicómoro crecía,  
Con la pomposa palma entrelazado.  
A veces el desierto parecia  
Usurpar su terreno al verde prado,  
Dibujando en sus senos abundosos  
De arena estéril meándros tortuosos.

## XXVII.

«Bien pronto á nuestra diestra apercibimos  
La primera raiz de la montaña  
De Libia, y á la izquierda descubrimos  
La cadena que el mar Eritréo baña.  
Por la abertura que hacen, luego vimos,  
Sirviendo de barrera á la campaña,  
Asomar la pirámide arrogante  
Su cumbre, á la de un monte semejante.

## XXVIII.

«A la boca de un valle colocada,  
Dirás guarda la puerta luctuosa  
Que anuncia de la muerte la morada.  
Faraon con su pueblo allí reposa.  
No lejos se ve á Menfis despojada  
De su antiguo esplendor, que silenciosa  
Parece someter su frente erguida  
Al desierto en mortal lucha vencida.



## XXIX.

»Remontando del Nilo la corriente,  
 A Tebas visité de las cien puertas,  
 A Tentira otro tiempo floreciente,  
 Y otras muchas ciudades ya desiertas  
 De aquellas cuatro mil que en su vertiente  
 Regaba antes el Nilo. A las compuertas  
 De la gran catarata al fin llegando,  
 A Diocles con el Nubio hallé tratando.

## XXX.

»Con su innata bondad se dignó Augusto  
 Hablarme de mis honras militares,  
 Mostrando por mi intento algun disgusto.  
 »Mas pues deseas ver los patrios lares,  
 »Mi permiso, añadió, otorgarte es justo.  
 »El primero serás que á sus hogares  
 »Haya vuelto sin dar antes rehenes:  
 »Mas de ello es digno el hijo de Lastenes.»

## XXXI.

»Alegre así por verme en libertad,  
 Dejando los egipcios mausoleos,  
 Quiero otra clase ver de antigüedad  
 Que se acuerda mejor con mis deseos.  
 Frente tengo la vasta soledad  
 Que ilustró el Jehová de los Hebreos:  
 Gustoso recorrerla determino,  
 Y de Siria tomar luego el camino.

## XXXII.

«El río del Egipto descendiendo,  
 Dos jornadas de Menfis, busco un guía  
 Que me conduzca al mar Rojo, debiendo  
 Tomar luego de Arsinoë la vía,  
 La dirección de Gaza prosiguiendo  
 Del Sirio mercader en compañía.  
 Unos dátiles y utres de agua y vino  
 Son nuestra provision para el camino.

## XXXIII.

«El guía caminaba delantero  
 Encima un dromedario; yo montaba  
 Un arabe corcel fuerte y ligero.  
 Traspuesto el monte que al oriente orlaba  
 Con verde alfombra al Nilo placentero,  
 El yermo empieza y la campiña acaba.  
 Nada os puede pintar de mejor suerte  
 El paso de la vida hácia la muerte.

## XXXIV.

«Figurad esas playas arenosas  
 De las lluvias de invierno trabajadas,  
 Que abrasa con sus llamas ardorosas  
 Un sol de estio, ardientes, desoladas.  
 Algunas tunas secas y espinosas  
 Se descubren acá y allá plantadas,  
 O el resto de un bajel petrificado  
 Que el Nilo en sus crecientes ha arrojado.

## XXXV.

Todo un día marchamos de continuo  
 Por el llano, sirviéndonos de guía  
 Varias piedras que marcan el camino.  
 Costeando otro monte, se extendía  
 Otro arenal mayor. La noche vino:  
 El desierto la luna esclarecía,  
 Sin otra sombra ver que la ondulante  
 Del dromedario ó la gazela errante.

## XXXVI.

«Alto silencio sepulcral reinaba  
 En toda la estension de la llanura.  
 Ningun otro ruido lo alteraba  
 Sino el que hace royendo en raíz dura  
 El javali, ó el grillo que cantaba  
 Buscando en aquel yermo sin cultura  
 En vano del colono los hogares  
 O del Arabe errante los aduare.

## XXXVII.

«Descansando en el páramo un momento  
 Seguimos nuestra marcha con la aurora:  
 Un sol se eleva luego macilento  
 Que apenas con su luz tenue colora  
 La arena: sin embargo vá en aumento  
 El calor, y sería tertia hora,  
 Cuando empezó á mostrar el dromedario  
 Señal de desosiego extraordinario.

## XXXVIII.

«Al suelo la nariz clavando, suena,  
 Y un polvo se levanta enardecido;  
 El enorme avestruz el aire llena  
 De su lúgubre y áspero graznido:  
 La sierpe, el camaleón entre la arena  
 Un agujero buscan escondido.  
 El guía mira al cielo, y temeroso:  
 «¡Huyamos, grita, el viento vorticoso!»

## XXXIX.

«Luego se da á correr con paso incierto,  
 Y yo sigo tras él ligero, cuando  
 De hácia la plaga austral venir advierto  
 Un ardiente huracan que arrebatando  
 En columnas la arena del desierto,  
 Cae sobre nosotros, y arrancando  
 El suelo á nuestros piés en torbellino,  
 Lo levanta en confuso remolino.

## XL.

«Borradas del camino las señales,  
 Corremos por el páramo sin tiento.  
 Los utres para colmo de los males  
 Se derraman. Sudando, sin aliento,  
 Sintiendo de la sed ansias mortales,  
 El huracan redobla su ardimiento  
 Que arrancar parecía de la tierra  
 Las ardientes entrañas que en sí encierra.

## XLI.

«De las nubes de arena casi ciego,  
Pierdo de vista al guía: un alarido  
Escucho de repente.... corro luego....  
El infeliz había sido herido  
Del viento cual si fuera ardiente fuego;  
Entre el polvo le hallé muerto tendido.  
La bestia fué en el aire arrebatada  
Y en los montes de arena sepultada»

## XLII.

«Yo quise reanimar mi compañero,  
Mas en vano; ya estaba sin aliento.  
Mi fin llegado entonces considero.  
Un poco separado de él me siento,  
Y solo en la bondad de aquel espero  
Que á Azarias llevó suave viento  
En el horno. Una acacia que allí crece,  
Un abrigo aunque misero me ofrece.

## XLIII.

«Allí estuve esperando que pasára  
La tormenta; por fin tuve el consuelo  
Que al caer de la tarde refrescára  
Viento norte la atmósfera. Del cielo  
Cayó entonces la arena, y su luz clara  
Envianlome los astros, ví en el suelo  
Las señas del camino disipadas,  
Y todas las veredas trastornadas.



## XLIV.

«La noche pasé errando en el desierto.  
De fatiga, de sed y hambre rendido,  
El caballo á mis piés se caé muerto.  
Un sol parece luego enardecido  
Que me acaba las fuerzas; ya no acierto  
A dar un paso mas; desfallecido  
Me arrojo en un zarzal donde la muerte  
De angustia tanta espero me liberte.

## XLV.

«Mediado habria el astro su camino  
Cuando cerca de mí el rugido oyendo  
De un leon, á mirarle me reclinó:  
A través de la arena iba corriendo;  
Luego la idea rápida me vino  
Que acaso alguna fuente iba siguiendo:  
Sabida de las bestias, é invocando  
Al Dios de Daniel, voy tras él llegando.

## XLVI.

«A poco entré en un valle, donde viera  
Un pozo de agua fresca, rodeado  
De musgo verde, y cerca una palmera  
De dátiles cargada. Este impensado  
Socorro me animó. Cuando la fiera  
Su abrasadora sed hubo apagado,  
Me mira mansamente, y se separa  
Como por dar lugar que yo llegara.

## XLVII.

«Así vi renacer para mí el día  
De la cuna del mundo, cuando exento  
De culpa el primer hombre, apareció  
En medio del león, tigre sangriento  
Y demás animales que á porfía  
Le daban su obediencia y rendimiento,  
Pidiéndole que un nombre les pusiera  
Que con sus propias dotes conviniera.

## XLVIII.

«Un monte de este valle se avistaba  
Hacia el oriente, á un faro asemejado  
Que en este nuevo océano guiaba.  
Hacia él me dirijo, confiado  
De hallar seguro puerto; ya trepaba  
Por un peñasco negro y calcinado,  
Cuando la noche oscura sobrevino,  
Y me encuentro sin senda ni camino.

## XLIX.

«Todo estaba en silencio: solo advierto  
Marchar delante mí alguna fiera,  
Y el león reconozco del desierto.  
De repente un rugido fuerte dió,  
Que el eco de estos montes casi muerto  
Pareció repetir por vez primera.  
La bestia se paró junto á la puerta  
De una cueva en la viva roca abierta.

## L.

»Acercándome á ella sin recelo,  
De una peña la gruta ví tapada.  
Miro por la hendidura.... ¡que consuelo!  
La cueva está por dentro iluminada;  
Y aplicando mi oído con anhelo,  
Creo oír una voz acompasada  
Que cánticos y salmos repetía  
Con grave pausa y dulce melodía.

## LI.

»Abrid la puerta, grito, á vuestro hermano,  
»Solitario dichoso.» Luego viera  
Asomar á la puerta un grave anciano  
Que en edad á Jacob se pareciera.  
«¡Bien venido seais, dice, ó cristiano!  
»Aquí veis un mortal que pronto espera  
»De la vida tomar diversa ruta:  
»De Pablo en tanto aquí teneis la gruta.»

## LII.

»De pasmo á nombre tal sobrecogido,  
Sigo temblando al Santo que llevára  
La cruz á este rincon tan escondido.  
En el fondo del antro se elevára  
Una palma, y su ramo entretejido  
En forma de vestíbulo colgára.  
Allí junto manaba un arroyuelo  
Que cerca de su origen vuelve al suelo.

## LIII.

«Al lado del raudal Pablo me lleva,  
 Donde veo el leon que mansamente  
 Viene á echarse á sus piés. «Vamos ¿qué nueva  
 (Pablo me preguntó sencillamente)  
 «Corre por ese mundo? En esta cueva  
 «Cien años ha que habito, y solamente  
 «Antonio vino ayer á visitarme  
 «Para volver mañana á sepultarme.»

## LIV.

Levantándose entonces, me presenta  
 Un pan de blanca arina floreado.  
 «De vos, me dice, el cielo tuvo cuenta,  
 «Supuesto que la dosis ha doblado  
 «Con que á su siervo pródigo alimenta.»  
 Luego á romper me invita el don sagrado  
 Que cominos en paz tranquilamente,  
 Bebiendo el agua de la clara fuente. (7)

## LV.

«Dado fin al convite, el eremita  
 Me pregunta que caso me trajera  
 A hacerle en su retiro tal visita.  
 De mí vida le doy razon entera.  
 «Grave, dice, es el yerro que os acuita;  
 «Mas todo borra lágrima sincera:  
 «Confiad, que no en vano os ha traído  
 «El cielo á este rincon tan escondido.»

## LVI.

«¡O Dios! prosigue, qué alto es el camino  
 »De vuestra ciencia! Vos le habeis guiado  
 »Porque el velo le corra del destino.  
 »Reposad esta noche descuidado;  
 »Al romper el destello matutino  
 »Mañana os llevaré sobre un collado,  
 »Donde orando al Señor benigno y fuerte,  
 »Podré hablaros aun antes de mi muerte.»

## LVII.

«El Santo me entretuvo todavía  
 Con diversos coloquios. ¡Caso raro!  
 A veces un infante parecía  
 Que ignora lo mas simple y lo mas claro:  
 Mas cuando Dios en su alma descendía,  
 Repentina mudanza en él reparo,  
 Hablando como lleno de experiencia,  
 O que del porvenir tenía ciencia.

## LVIII.

«Despues que así algun tiempo conversára  
 Con celestial saber y amor paterno  
 A hacer el sacrificio me invitara  
 De nuestras alabanzas al Eterno.  
 De pie bajo la palma derramára  
 Su espíritu en loor y afecto tierno,  
 Y agitado de un estro repentino  
 Improvisó este cántico divino.



## LIX.

«¡Bendito seas mi Dios, Dios amoroso,  
 «Que no habeis mi bajeza despreciado!  
 «Soledad, ¡ó mi esposa! en tí el reposo  
 «Y el mas puro placer siempre he gozado.  
 «Ya te voy á dejar, antro dichoso,  
 «Porque á otro feliz antro soy llamado.  
 «Posécete, alma mía, de contento,  
 «Que á oír vas de Sion el dulce acento.»

## LX.

«Así rogaba el Santo enternecido,  
 Y el sueño mas suave me cogia  
 Sobre la cama de bano removido  
 Que Pablo á un lecho real anteponia.  
 Mas no bien rayó el alba que á mi oído  
 Llegó la voz del Santo que decía:  
 «Lavantaos, orad, tomad sustento,  
 «A la montaña vamos al momento.»

## LXI.

«Yo le sigo. Seis horas caminamos  
 Por rocas eminentes y escarpadas;  
 Al fin á la alta cima remontamos  
 Del Calzim, y las fuerzas fatigadas  
 Sentados un instante recobramos.  
 La vista dirigía sus miradas  
 Por todos los contornos de aquel monte  
 En un inmenso y lúcido horizonte.

## LXII.

«Al oriente la cumbre aparecía  
 Del Orch y Siná y la roja arena  
 Del Sur que hasta el Eritrèo se extendía;  
 Al austro se alargaba la cadena  
 De la Tebaida; al norte se veía  
 La soledad testigo de la pena  
 De Faraon, y el yermo finalmente  
 Donde anduve perdido al occidente.

## LXIII.

«El sol en la mitad de su carrera  
 Con luz ardiente é igual iluminaba  
 De los dos continentes la frontera.  
 La cumbre solo del Siná ocultaba  
 Arrebolada nube, á la manera  
 Como cuando á Moïs Jehova hablaba  
 Envuelto entre relámpagos y fuego.  
 El solitario así me dijo luego:

## LXIV.

«Confesor de la fé, tended la vista  
 «En torno de vos. Ved aquí el Oriente  
 «Que de la tierra toda hizo conquista,  
 «En ritos vano, en leyes eminente.  
 «Ved el Egipto allá en aquella lista  
 «Que á lo lejos se extiende hácia el poniente:  
 «Su cuna tuvo en él la idolatría  
 «Que los pueblos tomaron á porfía.

## LXV.

- »Mas mirad el desierto á este otro lado  
»Dó recibió Moís las leyes santas.  
»Mas lejos se dilata el suelo amado  
»Que consagró el Mesías con sus plantas.  
»Un día el hijo de Ismael osado, (8)  
»Hollando las doctrinas sacrosantas,  
»De nuevo extenderá bajo la tienda  
»Del Arabe el error con secta horrenda.

## LXVI.

- »De este suelo fecundo es igualmente  
»Un fruto la moral que el cielo envía. (9)  
»Mas notad que á los pueblos del Oriente,  
»Como en pena de alguna rebeldía  
»Que intentáran sus padres, duramente  
»Casi siempre oprimió la tiranía.  
»El culto y la moral ¡raro suceso!  
»Del dolor han formado el contrapeso.

## LXVII.

- »Esta arena han trillado las armadas  
»De Alejandro, Sesostris y Cambises;  
»Huestes no menos grandes y afamadas  
»Adelante vendrán con blancas lises. (10)  
»Así en estas regiones tus miradas  
»No podrás dirigir sin que divises  
»Un rastro de esplendor que te designe  
»Que ellas fueron del hombre cuna insigne.

## LXVIII.

- »Pródigio mas estraño y estupendo  
 »En poco ofrecerá este mismo Oriente:  
 »Una milicia nueva está naciendo  
 »De Tebaida y Sceté en la arena ardiente  
 »De ancianos venerables que vistiendo  
 »Las armas del candor, osadamente  
 »A combatir se aprestan en su cuna  
 »Al monstruo del error con fiera pugna.

## LXIX.

- »El dragon del Egipto recostado  
 »En la corriente plácida del Nilo:  
 »*Mias sus aguas son!* (11) clama indignado.  
 »El piensa que el horrible cocodrilo  
 »De los hombres será siempre acatado.  
 »Mas ya abanza el ejército tranquilo  
 »De castos é inocentes solitarios,  
 »De Pacomios, Antonios y Macarios.

## LXX.

- »La victoria es por ellos... ¡loor santo!  
 »Del Egipto el Señor se ha revestido  
 »Como un pastor se cubre con su manto.  
 »El idolo enmudece confundido.  
 »Donde hablaba el error, resuena el canto  
 »De alabanza al Señor... ¡ah! y el vencido  
 »Se estrecha al vencedor con brazo tierno,  
 »Y mezcla sus loores al Eterno!

## LXXI.

«Su discurso cortó Pablo un instante,  
 Y luego prorrumpió: «¡Oh! que gloriosa  
 «Corona se os prepara y que brillante!  
 «¿Quién es aquella jóven amorosa,  
 «A una tierna paloma semejante,  
 «Que al monte de la mirra presurosa  
 «Va siguiendo al esposo? ¿Cómo sube  
 «Cubierta de esplendor en sacra nube!»

## LXXII.

«El Santo se interrumpe nuevamente,  
 Mas tendiendo los brazos á la cima,  
 De Oreb, sus ojos brillan de repente;  
 Celeste juventud su rostro anima,  
 Y allana las arrugas de su frente:  
 En forma de columna baja encima  
 De su blanca cabeza viva llama.  
 Este segundo Elías luego exclama:

## LXXIII.

«¿De dónde estas familias que á porfía  
 «Buscan del solitario las banderas? (12)  
 «¿No veis aquella tropa fiera, impía,  
 «Parto inmundo de hediondas hechiceras? (13)  
 «El azote de Dios (14) traen por guía;  
 «Cual leopardos sus huestes son lijeras;  
 «Como el viento la arena alza en acervos,  
 «Las tropas amontona así de siervos. (15)



## LXXIV.

»¿Qué pretende aquel Rey (16) de piel vestido,  
 »Y en la cabeza un bárbaro sombrero?  
 »¿O el rostro de color verde teñido? (17)  
 »¿Porqué degüella aquel (18) al prisionero?  
 »Detén.... ¡qué horror! la sangre del vencido  
 »Bebe aquel inhumano monstruo fiero! (19)  
 »Mas todos.... ¡ah! una voz á todos lleva  
 »A la impía ciudad, la Babel nueva....

## LXXV.

»¡Cayó, cayó Babel! ¡yace cubierta  
 »De polvo, el capitolio yace en ruina!  
 »¡Qué soledad....! ¡qué espanto....! mas su puerta  
 »Se levanta de nuevo: ella se inclina  
 »Como quien del letargo se despierta.  
 »La Cruz tremola en ella... ¡oh! qué divina  
 »Renace de entre el polvo y el escombros  
 »Esa nueva Salen.... mirad que asombro!

## LXXVI.

»Sus manos dejó caer Pablo á su lado,  
 Y el fuego se extinguió que le animara.  
 Vuelto mortal, tomó el lenguaje usado.  
 »De vos, dijo, la muerte me separa;  
 »El que me ha de enterrar, es ya llegado;  
 »En tanto que el sepulcro me prepara,  
 »Ahajo esperareis, porque el camino  
 »Os señale: seguid vuestro destino.»

## LXXVII.

«Así me separe de este pasmoso  
Y venerable anciano. Ya bajaba  
El monte pensativo y silencioso,  
Cuando oí la voz de Pablo que entonaba  
Su cántico postrero melodioso.  
Este divino fénix saludaba,  
Pronto á arder en pacífico holocausto,  
De su renacimiento el día fausto.

## LXXVIII.

«En la falda del monte hallé otro anciano  
Que caminaba aprisa: Antonio era,  
En pugnas infernales veterano.  
Yo quise detenerle en su carrera,  
Mas él me hizo una seña con la mano,  
Y al paso, sin parar, decirle oyera:  
«A Elías ví, á Juan ví en el desierto,  
«A Pablo ví subir al cielo abierto.» (20)

## LXXIX.

«Allí esperé su vuelta todo el día;  
Pero él no descendió hasta el siguiente.  
Sus mejillas el llanto humedecía.  
«¡Hijo mío, me dice, el eminente  
«Serafin ya no es! Ayer subía,  
«Cuando te hallé, su alma entre esplendente  
«Coro de Santos y Angeles al cielo,  
«Mientras su cuerpo oraba sobre el suelo.»

## LXXX.

«El me mostró la túnica sagrada  
De que el gran Pablo le dejó heredero,  
De hojas de palma. Luego á la morada  
Me lleva donde veo el semillero  
De la milicia santa y esforzada.  
Que me predijo Pablo. Placentero  
Hasta Arsínóe me dió un monje por guia,  
Dó hallé hasta Tolemaida compañía.

## LXXXI.

«De paso por Salen, á Elena viera,  
Esposa del gran Cesar: en seguida  
Visitó las Iglesias que instruyera  
El profeta de Patmos: (21) la sufrida  
Efeso, en la fé Pérgamo sincera,  
Tiatira en bondad, Smirna afligida,  
Laodicia impura, Sardes reprobada,  
Y Filadelfia en fin del cielo amada.

## LXXXII.

«Tambien á Constantino hallé en Bizancio,  
Quien me estrechó en sus brazos siempre tierno,  
Y me dijo los planes de Constancio.  
Finalmente gané el hogar paterno,  
Donde el reposo hallé de mi cansancio.  
Oh! si oyese mis votos el eterno,  
En este asilo correrán mis años.  
Ocupado en llorar mis desengaños.»

## LXXXIII.

De Eudoro estas palabras terminaron  
 La relacion. Los viejos que le oian,  
 Algun tiempo en silencio continuaron.  
 Altas ideas todos revolvian.  
 Los tres viejos despues se levantaron  
 Con magestad, cual tres Reyes, y guian  
 Al hogar de Lastenes donde estaban  
 Las mugeres que ya les aguardaban.

## LXXXIV.

Girilo, el sacrificio celebrado,  
 Sin oir de sus huéspedes el ruego,  
 Se vuelve á Esparta, del deber llamado.  
 Retírase á su gruta Eudoro luego.  
 Demódoco á Címódoco abrazado,  
 Sentia cierta pena y desosiego,  
 Que un mal su corazon le presajaba.  
 En tanto cariñoso así la hablaba:

## LXXXV.

«Tal vez en la desgracia, hija querida,  
 »Vas á imitar á ese héroe divino.  
 »Mas la virtud se aumenta perseguida.  
 »Júpiter regló así nuestro destino.  
 »La carga que al sol queda, retorcida  
 »Por diestro viñador, da el mejor vino  
 »Que producen los valles del Alfeo  
 »Y las cuestas del fértil Melenco.»



## NOTAS.

~~~~~

Octava X.

La deidad del amor, en cambio via

(1) *Venus*, que segun la mitología fué formada de la espuma del mar, y arrebatada al cielo por las Horas.

Octava XI.

Sin que oigamos á Alción cantar su pena,

(2) Alción, muger de Ceix, habiendo hallado en la ribera del mar el cuerpo de su marido que había perecido en un naufragio, se arrojó sobre él, y le lloró tan amargamente, que los dos fueron convertidos en alciones. Eolo, padre de Alción, quiso que el mar estuviese tranquilo mientras estas pájaros hicieran sus nidos sobre el agua, en donde se dice que los hacen ordinariamente.

Octava XV.

Así imagino ver en la otra playa

(3) En Sicilis, en donde Verres hizo andar con varas á ciudadanos Romanos, los cuales, al recibir los golpes, exclamaban: *Civis Romanus sum*.

Octava XVI.

Para tumba de un célebre vencido.

(4) Este vencedor fué Alejandro, que edificó y dió su nombre á la ciudad de Alejandria; el vencido á quien sirvió de sepultura, es Pompeyo, degollado por órden del Rey Tolomeo XII casado, despues de la derrota de Farosia, huyó al Egipto.

Octava XX.

La ciudad de los muertos asolada;

(5) *Neerópolis*, ó ciudad de los muertos, se llamaba la parte de la ciudad que servia de cementerio, y ocupaba tanta extension como la ciudad de los vivos.

Octava XXIII.

Un volúmen á medias desrrollado.

(6) Los libros se escribian, antes de la invencion del papel, en membranas

de púls, que se enrollaban en cilindros de madera: por esto se llamaron volúmenes, del verbo latino *volvere* envolver. En Hebreo se les llamaba megalab, que significa lo mismo.

Octava LIV.

Bebiendo el agua de la clara fuente.

(7) Pablo preguntó en seguida á Antonio si las hambres se entregaban todavía á los embarrasos del siglo y á las supersticiones del paganismo. Acabada la conversacion, un cuervo vino volando á ellos, y dejó caer un pan entero. "He aquí, dijo Pablo, lo que Dios envía para nuestro alimento. Hace muchos años que recibo cada dia la señal de un pan; pero con la llegada de uno de sus soldados Jesucristo ha debilitado la provision." Inmediatamente dan gracias al Señor, y se sientan á orillas de la fuente para tomar su alimento. (Vida de San Pablo.)

Octava LXV.

»Un dia el hijo de Ismael osado,

(8) Mahom, descendiente de Ismael, hijo de Agar, de la que tomaron el nombre los Árabes.

Octava LXVI.

»Un fruto la moral que el cielo envía.

(9) La moral que fué revelada á Moises sobre el monte Sinai.

Octava LXVII.

»Adelante vendrán con blancas lises.

(10) Las cruzadas, mucha parte de las cuales componian los esbelleres franceses.

Octava LXIX.

»¡ Mias sus aguas son! clama indignado.

(11) Ecco ego ad te, Pharo rex Egypti, draco magne qui cabes in medio fluminum tuorum, et dicis: Mens est Egiptus! (Ezequiel 29.)

Octava LXXIII.

»Buscan del solitario las banderas?

(12) Despues del saqueo de Roma por Alarico, muchos familias romanas vinieron á buscar un asilo en la Judea, estando San Gerónimo en su gruta de Belén.

Ibidem.

»Parto inmundo de hediondas hechiceras?

(15) Según una tradición del Norte referida por el godo Fernowles, habiendo entrado el Rey de los godos Filimer por las tierras géticas, halló una turba de mujeres hechiceras que arrojó delante de su ejército: ellas andaban errantes por los desiertos, en donde tuvieron comercio con demonios invisibles, y de aquí vino la nación de los Hunos; *gens ferocissimam, quod fuit primum inter paludes, acinacem, tetrum atque exile, nec alia eorum notum, nisi quæ humentis sermonis vocem assignabat.*

Ibidem.

»El azote de Dios traen por guía;

(14) Atila.

Ibidem.

»Las tropas amontona así de siervos.

(13) *Leviros parvis equi ejus...* El congregabit quasi arenas captivitatem. (Isaías: cap. 4.)

Octava LXXIV.

»¿Qué pretende aquel Rey de piel vestido,

(16) Los Godos. (17) Los Lombardos. (18) Los Franceses y los Vandalos. (19) Los Sarracenos.

Octava LXXVIII.

»A Pablo vi subir al cielo abierto.»

(20) Despedido de San Pablo, tomó San Antonio el camino de su monasterio para buscar el monte de San Atanasio que le había pedido para morada. Entrando en el monasterio: «ya no soy mas que un miserable pecador», dijo Antonio á su mujer: «yo soy indigno de ser llamado siervo de Dios. Vi á Elias, vi á San Juan en el desierto; en una palabra, vi á Pablo en un Paraiso... El temor en que estaba de que el santo crucifixa muriese durante su ausencia, le hizo volver prontamente, y no hizo otra cosa mas que entrar en su celdilla para tomar el monte. El mismo mostró que su temor era fundado, porque en el mismo camino vió el alma del bienaventurado Pablo que subia al cielo en medio de los Angeles, de los Profetas y de los Apóstoles. (Vida de San Pablo.)

*Octava LXXXI.***El Profeta de Patmos: la sufrida**

(21) San Juan Evangelista habla de estas siete Iglesias en el libro del Apocalipsis, que compuso en la isla de Patmos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS DEL TOMO I.

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
40	40	ofrecen	Ofrecen
24	41	Demódoco	Demódoco
25	44	Alente	Alente. (44)
54	45	se portia.	se portia,
58	5	Atalanta,	Atalanta.
60	7	Sa Vinda	La Vinda
84	25	revelan	rebelian
97	49	imponente	indolente
149	6	revelaron	rebelaron
151	5	braba.	brava
16	42	en le	en la
140	24	sangrienta	asagriento
142	42	estendiza	extrudian
159	49	Brava	Brava
169	7	su	un
174	45	indiana	infamia.
185	25	Oriente	Orento
187	4	Armónico	Armérica
198	42	caduco	caduco.
200	41	ondulante.	ondulante,
218	24	ignoble	innoble

LOWOT THE NATANEN

MARTIRES.

DEL VIZCONDE DE MATEAUBRIAND.

MARTIRES,

O EL TRIUNFO

DE LA RELIGION CRISTIANA,

POEMA.



IMPRESA DE DON SANCIO DE VILLANUEVA.
(Zaragoza)

LOS

Esta obra es propiedad del Traductor.

Y EL TITULO

DE LA RELIGION CRISTIANA

POESIA

LOS
MÁRTIRES.

POEMA

DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

PUESTO EN VERSO

POR EL D. D. JUSTO BARBACERO.

Tomo segundo.



BURGOS: 1845.

IMPRESA DE DON SERGIO DE VILLANUEVA.

(Editor)

SYSTEM.

DEL VISCONDE DE CHATEAUBRIAND.

QUEST VS. GROUPS

CHANDLER, JAMES W. JR., JR. 1907

Johnston et al.



• 蒸氣機：粉體處理技術

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

["vol:31"]

LOS MARTIRES.

CANTO NOVENO.

SUMARIO.

Invocacion al Espíritu Santo. Conjuracion de los demonios contra la Iglesia. Diocleciano ordena hacer el censo de los cristianos. Parte Hierocles para la Acaya. Amor de Eudoro y de Cimodocia. Declara esta á su padre que quiere abrazar la religion de los cristianos para ser esposa de Eudoro. Irresolucion de Demódoco. Se extiende la noticia de haber llegado Hierocles á la Acaya. Demódoco consiente en dar su hija á Eudoro para evitar las persecuciones de Hierocles. Censo de los cristianos en Arcadia. Hierocles acusa á Eudoro á Diocleciano. Cimodocia y Demódoco vuelven á Mesenia para cerrar el templo de Homero.

CANTO IX.

I.

ESPÍRITU divino que extendiendo
Tus alas, el abismo fecundáras
Los gérmenes de vida difundiendo;
La luz de las tinieblas separáras
Un fiat de tu voz solo diciendo;
Mi mente ilustra con tus luces claras,
Con nueva inspiracion haz que concluya
Obra que envidia ó tiempo no destruya.

II.

Obligado á cantar en tierra agena
Los himnos de Sion, tengo temido
Me los deje acabar tan dura pena.
¡Cuántas veces del sauce he suspendido
Mi laud, de tristeza el alma llena!
Mas de Vos la alegría ha descendido
Que alentando mi Musa, nuevo vuelo
Le habeis dado, y con él nuevo consuelo.

III.

En pobreza vivió el cantor divino
Que los héroes de Troya immortaliza;
En la desgracia el Luso peregrino
Mas que á Gama su nombre diviniza;
Y el vate de Albion se abrió el camino
Al templo de la gloria, y se eterniza
Del seno del dolor: ¡raro portento!
La desgracia premió siempre el talento.

IV.

Mas comparar mi númen no pretendo
Ni al Luso, ni al Britano, ni Helenista,
Que en arte y ciencia aventajarme entiendo
Cuanto en sublimidad mi canto dista.
Solo Vos, sacro Espíritu, diciendo
Por boca del Profeta y real Salmista
Que el loor mas perfecto dió el infante,
Mi canto proseguir quiero adelante.

V.

El bando tenebroso colocado
 Por Satan contra el sacro baluarte
 En el puesto á cada uno señalado,
 Sopla la ira y furor de toda parte.
 En Roma cada jefe es agitado
 De una negra pasion: presenta Astarte
 A Hierocles con nuevos atractivos
 La hija del cantor de los Argivos.

VI.

Galerio que al poder supremo aspira,
 Arde en indignacion contra el cristiano
 Que el mas firme sosten del trono mira:
 En su ambicion y en su furor insano
 Le estimula Hierócles; nueva ira
 Le da su vieja madre, el culto vano
 Que á deidades campestres ofrecia,
 Viendo disminuirse cada dia.

VII.

Cual carnívoro buitre que mirando
 Beber mansa paloma en la corriente
 De las aguas, sus alas agitando,
 Corta los aires rápido, y pendiente
 De la roca un voraz y negro bando
 Le incita con sus gritos inclemente;
 Así excitan los dos á la matanza
 A Galerio dispuesto á la venganza.

VIII.

«¿A qué esperais, dice este á Diocleciano,
 «Que no acabais con esa raza odiosa,
 «Al cielo impía, infiel al soberano?
 «¿Es poco que perviertan vuestra esposa?
 «Ser clemente, será ser inhumano.
 «La riqueza que tienen prodigiosa,
 «Harcéis de nuestros dioses el agrado
 «Empleándola en servicio del estado.»

IX.

La prudencia de Diocles es vencida
 Por el cebo que ofrece la codicia,
 Que el alma del anciano, aunque abatida,
 Arde al fuego fatal de la avaricia.
 Al instante la orden fué expedida
 Al que rige la curia pontificia
 De entregar las alhajas que tuviere,
 Y el mismo Emperador al templo ir quiere.

X.

El pontífice augusto Marcelino,
 Viendo llegar al templo al soberano,
 Manda se abran las puertas: de continuo
 Sale en tropel el huérfano, el anciano,
 Y otros pobres que cierran el camino.
 «Príncipe! dice el Santo á Diocleciano,
 «Ved aquí de Jesus todo el tesoro,
 «De su Iglesia la joya y collar de oro.» (1)

XL

Leccion austera, que á la regia frente
 Subir hizo el rubor. Cuando en grandeza
 Vencido de otro un Príncipe se siente,
 Terrible es su furor: Como en belleza
 Quiere la juventud ser eminente,
 Así á los Reyes dió naturaleza
 Instinto á la virtud que el trono esmalta:
 ¡Infeliz quien mostrar ose su falta!

XII.

En tanto Satanas con soplo oculto
 Atiza la venganza en Diocleciano,
 La santa libertad tomando á insulto.
 Su alma aterra tambien con signo vano:
 Cesan los sacrificios, cesa el culto;
 Los ministros declaran que el cristiano
 Provoca á la Deidad con su presencia,
 Y que esta amenazaba con su ausencia.

XIII.

Tan pronto de la víctima inmolada
 Sin la cabeza el hígado aparece,
 Y la entraña con pintas señalada;
 Tan pronto ruido lúgubre estremece
 Los antros, y por sí misma cerrada
 La puerta de los templos amanece;
 La fama á cada instante á Roma lleva
 De algun signo fatal la triste nueva.

XIV.

El Nilo de sus aguas ha negado
 El tributo anual; tiembla la tierra;
 Surca el cielo relámpago inflamado;
 Llamas lanza el volcan en la alta sierra;
 El Oriente del hambre es asolado;
 Devasta el Occidente cruda guerra;
 Mil familias la peste fiera enluta:
 Al cristiano el gentil todo esto imputa.

XV.

En medio de las Termas se elevaba
 Un ciprés, á la orilla de una fuente,
 Que una estatua de Rómulo sombreaba.
 Debajo la columna de repente
 Un dragon, cuyo lomo señalaba
 Mancha sangrienta, sale fieramente,
 Llenando el aire con su silvo horrendo,
 Y el tronco del ciprés sube corriendo.

XVI.

En el ramo mas alto, dentro un nido,
 Dos gorriones habia; el monstruo infando
 Los devora; la madre á su chillido
 Acude al rededor revoloteando:
 Bien pronto de las alas la ha cogido
 El horrible reptil, fin de ella dando. (2)
 Este hecho casual contado á Augusto,
 Grande pasmo le causa y grande susto.

XVII.

A Tages llama luego; este le explica
 De antemano advertido por Galerio:
 «La sierpe el nuevo culto significa,
 »Pronto á tragar al jefe del imperio
 »Con uno y otro César; esto indica
 »De ese arcano recóndito el misterio.
 »Evitad de los Dioses el castigo
 »Del suelo esterminando á su enemigo.»

XVIII.

El principal arúspice así hablara:
 Entonces la balanza del destino
 El Eterno tomó; leve se hallára
 La suerte de Diocles. (3) Repentino
 Cambio el Emperador en sí repara;
 De la vida acortar siente el camino,
 Y al rigor y crueza más propenso,
 De los fieles ordena hacer el censo.

XIX.

Galerio se transporta de alegría
 La sangre correr viendo por torrente
 Del cristiano que en la alma aborrecia.
 El Prefecto y Procónsul diligente
 Marchan á sus gobiernos á porfía.
 Hierocles, mas que todos impaciente,
 A llegar á la Acaya se apresura
 Ardiendo en crueldad y en llama impura.

XX.

Embarcado en el puerto de Tarento,
 Rápido va este mar atravesando
 Que Alcibiades surcó: próspero viento
 Le envían los demonios, descando
 De la guerra fatal llegue el momento:
 El golfo de Mesenia navegando,
 Su carrera detiene finalmente
 Del Pamiso en la plácida corriente,

XXI.

En tanto que á una nube parecido
 Que forma de la mar negros vapores,
 Hierocles llega al país favorecido
 De los Héroes, envuelto entre furores,
 A la gruta de Eudoro ha descendido
 El ángel de los cándidos amores,
 Como el hijo supuesto de Ananías (4).
 Por guía se ofreció al jóven Tobías.

XXII.

Cuando quiere el Señor omnipotente
 De amor puro inflamar el pecho humano,
 Al Serafín mas bello y eminente
 Confía este cuidado soberano.
 Su nombre es Uriel; un dardo ardiente
 Del carcax del Señor en una mano,
 La otra blande una antorcha que el Eterno
 En la llama encendió de su amor tierno.

XXIII.

Al mundo no precede su existencia,
 Pues con Eva nació, en el mismo instante
 Que esta mitad del hombre hizo advertencia
 De su ser al mirar la luz radiante.
 En este Serafín la Omnipotencia
 De las gracias dispuso el mas brillante
 Conjunto; la sonrisa delicada
 Del pudor, y del genio la mirada.

XXIV.

Aquel que de su arpon es traspasado,
 O le toca del fuego una pavesa,
 Abrazas con transporte enajenado
 La mas heroica accion y árdua empresa:
 La llama de este Espiritu sagrado
 Abraza el corazon, dejando ílesa
 La razon, á aquel fuego parecida
 Que á seres inmortales da la vida.

XXV.

El ángel del amor su dardo ardiente
 Arroja sobre Eudoro: sus ardores
 Sintió luego en su seno el penitente,
 Mas viénenle á la idea sus errores;
 El pasado extravío está reciente;
 Su corazon se llena de temores,
 Y su virtud creyendo combatida,
 Salvar quiere el peligro con la huida.

XXVI.

Tal, antes de estallar tormenta cruda,
 Cuando todo está en calma hacia la orilla,
 El imprudente bajel al mar no duda,
 Sueltas las velas, entregar su quilla,
 Experto pescador la red anuda,
 Viéndose en plena mar en su barquilla,
 Y su mano robusta al remo dando,
 De la roca el abrigo va buscando.

XXVII.

Mas la llama que Eudoro percibía
 Era de casto amor; él se admiraba
 De ver la timidez que en sí advertía:
 Cuán grave sentimiento le animaba;
 Qué distinto su afecto y alegría
 Del criminal amor. ¡Ay! exclamaba,
 Si pudiera ganar una alma al cielo,
 Qué ventura mayor y qué consuelo!

XXVIII.

Inclinábase el sol al mar de Atlante,
 Alumbrando las islas Fortunadas: (5)
 Demódoco se quiso á aquel instante
 Despedir de Lastenes. Con fundadas
 Razones le presenta este delante
 Que la noche está llena de emboscadas,
 Y el Antiste consiente en la demora
 Mientras su clara luz vuelve la aurora.

XXIX.

Cimódoce, en su cuarto retirada,
 La relacion de Eudoro recorría:
 En fuego su mejilla es inflamada,
 Sus ojos el insomnio poseía;
 Por fin salta del lecho acalorada,
 Y abandonando el cuarto, al jardín guía
 Por gozar de la noche el fresco ambiente:
 Del monte llega luego á la pendiente.

XXX.

En el cielo de Arcadia suspendida,
 La luna majestuosa caminaba,
 Ofuscando su luz esclarecida
 Las estrellas: apenas se avistaba
 alguna que otra acá y allá esparcida
 En la bóveda azul que asemejaba
 A la vista que ofrece un valle umbrío
 Cargado con las perlas del rocío.

XXXI.

Las cumbres del Cileno y del Telfuso,
 Los bosques de Falante y Anemoso,
 Con las crestas del Fólóe difuso,
 Un horizonte hacían vaporoso.
 Sentíase á lo lejos en confuso
 El ruido del torrente estrepitoso,
 Y el Alfeo en la vega parecía
 Que á la ninfa Aretusa perseguía.

XXXII.

Esta noche á Cimódoce acordára
 Aquella en que se halló junto á la fuente
 Al jóven que Endimion se figurára.
 Late su corazon; mas vivamente
 La nobleza y valor se retratára.
 Del hijo de Lasten, y juntamente
 Se recuerda que de él su padre hablando,
 De esposo ha proferido el nombre blando.

XXXIII.

Distraida en su idea, al sitio viene
 En que habia su historia aquel contado:
 Así cuando una cabra del Pirene
 Con el pastor el día ha sestendo
 En el valle, si luego sobreviene
 Que el aprisco en la noche ha abandonado,
 Al mismo valle va el pastor seguro
 Que está pastando el citiso maduro.

XXXIV.

Poco á poco á la gruta iba llegando
 Del cazador Arcadio: una ondulante
 Sombra mira á la entrada, y reparando,
 Ver se figura á Eudoro; en el instante
 Se para, se estremece, y vacilando,
 Ni puede huir, ni puede ir adelante.
 Eudoro es en efecto que en su gruta
 El feudo del dolor á Dios tributa.

XXXV.

Mas luego que á Cimódoco percibe,
Y ve que va á caer, corre ligero
Y en sus brazos abiertos la recibe.
Apenas el cristiano grave, austero,
Estrecharla en su seno se prohíbe,
Que herido el corazon de amor sincero,
Solo ganar una alma deseára,
Y del cielo obtener esposa cara.

XXXVI.

Cual cordero de espina lacerado
Que un pastor lleva en brazo á la majada,
Así Eudoro á Cimódoco abrazado,
La introduce en la gruta. Recobrada:
«Perdóname, le dice, si he turbado
»Otra vez tus misterios, que extraviada
»Como la vez primera he sido ahora
»Por oculta Deidad que mi alma ignora.»

XXXVII.

«Ese Dios es mi Dios, responde Eudoro,
»Que te busca, y quizás que seas mía.
»Dispone en su bondad que humilde adoro.»
«Ah! contesta la virgen, quién podría
»Semejante ilusion!... tu fe, no ignoro,
»De las hijas los jóvenes desvía,
»Prohibiendo el amor: tu no has querido
»Sino cuando á tu Dios infiel has sido.»

XXXVIII.

«Yo no amé con verdad, Eudoro exclama,
 »En tanto que mi ley he quebrantado:
 »Bien lo conozco ahora, ahora que en llama
 »De amor puro mi pecho es abrasado.»
 Bálsamo que en la herida se derrama,
 O el agua que refresca al fatigado
 Caminante, mas gozo no destella
 Que el que da este discurso á la doncella.

XXXIX.

Como se alzan dos álamos frondosos
 Sobre fuente que claro raudal lleva,
 En noche estiva, quietos, silenciosos,
 Sin que el aire sus anchas ojas mueva;
 De esta suerte los Mártires esposos:
 Estaban á la entrada de la cueva
 Inmóviles y mudos en sosiego.
 La doncella rompió el silencio luego:

XL.

«Perdona la pregunta inoportuna
 »De una jóven que en nada ciencia tiene.
 »La doncella no sabe cosa alguna
 »Del mundo, si á bordar velos no viene
 »A casa de la amiga, ó en la tribuna
 »Del templo y los teatros se entretiene:
 »Mas yo nunca dejé á mi padre amado,
 »De Inmortales pontífice sagrado.

XLI.

- «Dime, (pues tu doctrina amar consiente)
 »¿Venus cristiana hay? ¿Tambien tiene ella
 »Su carro y sus palomas igualmente?
 »¿El deseo, el desden, tierna querella,
 »Un furtivo mirar, ebanza inocente,
 »La sonrisa que agracia á la doncella, (6)
 »Esconde en su cintura bajo el velo,
 »Segun lo canta mi divino abuelo?

XLII.

- «¿La ira de esa Venus es tan viva
 »Que fuerce á andar en busca del amante,
 »Y entrarle al paternal techo furtiva?
 »¿Es en el tierno amor siempre constante?
 »¿Es desdeñosa á veces? ¿Quizá esquiva
 »Al filtro recurrir fuerza inconstante,
 »Cantar la luna, conjurar la puerta,
 »Para ver si el amor frio despierta?

XLIII.

- «Cristiano, acaso ignoras que á Cupido,
 »Hijo suyo nutrió leche de hiena;
 »Que su arco es de fresno endurecido,
 »Y de ciprés la flecha que envenena;
 »Que encima del leon se sienta erguido,
 »Doma el centauro, Hércules enfrena,
 »Tiene alas, y sigue á toda parte
 »La elocuencia y valor, Mercurio y Marte.»

XLIV.

«Infel! responde Eudoro, mi doctrina
 «Pasiones tan funestas no entretiene:
 «Ella da al corazon fuerza divina
 «Que á vuestra impura Venus no conviene:
 «Eleva el pensamiento, la alma inclina
 «A una pura afeccion, y la sostiene
 «Con ideas sublimes, amor casto,
 «Del alma y corazon sabroso pasto.

XLV.

«Así que el Hacedor formó del cieno
 «Al mortal primitivo, y le llevó
 «A un jardín mas frondoso y mas ameno
 «Que estos valles de Arcadia, luego hallára
 «Que el deseo de amar sintió en su seno:
 «Entonces un letargo le enviára,
 «Y una muger formó de su costilla (7)
 «En la que su perfecta imágen brilla.

XLVI.

«Así en su carne y sangre le dió esposa,
 «Uniéndolos con lazo inseparable.
 «Mas la virtud en el varon reposa,
 «En la muger bondad, pudor amable.
 «Su forma es mas flexible y mas graciosa,
 «La de aquel mas robusta y admirable.
 «El hombre tiene el mando y el gobierno,
 «Impera la muger con amor tierno.

XLVII.

»Ved de muger cristiana la pintura.
 »Si formaros quereis á su modelo,
 »Yo os haré mi esposa bella y pura;
 »Vos seréis mis delicias y consuelo;
 »Yo corresponderé á vuestra ternura;
 »Y ejerciendo el poder que nos da el cielo,
 »Yo os amára.... ¡ah! cual fresca fuente
 »Que se halla el caminante en yermo ardiente.

XLVIII.

»Siguiendo del Patriarca recta senda,
 »Uniéranos amor los corazones
 »Solo para obtener sagrada prenda
 »Que herede de Jacob las bendiciones.
 »Así recibió Isac bajo su tienda
 »La hija de Batuel sin otros dones,
 »Y el gozo que le cupo, fué de suerte
 »Que de Sara olvido luego la muerte.» (8)

XLIX.

Cimodocca en lágrimas deshecha:
 «Tu discurso, ó guerrero, es tan suave
 »Como miel, y punzante como flecha.
 »Ahora veo que el fiel la lengua sabe
 »Que entiende el corazón, y á él va derecha
 »Hiriendo del amor la dulce clave.
 »Todo eso en mi alma yo tenía;
 »Que tu sagrada ley sea la mia.»

L.

«Cómo! (exclama el cristiano con anhelo
 Su fe solo y su amor puro escuchando)
 »¿Es posible me des tanto consuelo
 »Mi religion y ley santa abrazando?
 »Un ángel como tú daré yo al cielo!»
 Despues, sus blancas manos estrechando:
 «¡Y me prometes ser mi esposa bella!»
 «¡Y ser tu esposa!» dice la doncella.

LI.

Entonces en el monte resonára
 El canto de las fiestas Lupercales
 Que al caprípede (9) Númen entonára
 Un coro de solícitos zagales.
 Este matutinal canto indicára,
 Que el alba habia abierto los umbrales
 Del dorado palacio: los esposos
 Vuelven á la morada presurosos.

LII.

Demódoco á este tiempo preparaba
 Sagrada libacion al sol radiante
 Que salia de la onda, y saludaba
 La luz que el paso guía al caminante.
 El techo hospitalario se aprestaba
 A dejarlo de veras; á este instante
 Su hija, á quien el rostro amor sonroja,
 Temblando entre los brazos se le arroja.

LIII.

El anciano adivina desde luego
 La causa que perturba la doncella;
 E ignorando que Eudoro arda en su fuego,
 Con razones trató de convencella.
 «Hija mía, ¿qué Dios turbó el sosiego
 »De tu alma virginal? tu boca bella
 »Abrió solo hasta aquí risa sencilla,
 »Y ahora el llanto inunda tu mejilla!

LIV.

«¿Alguna pena habrá en tu seno entrado?
 »Recurramos al cielo: él suaviza
 »Los mas duros pesares, como el lado
 »Del sabio nuestras almas tranquiliza.
 »El templo que á Lacinia (10) es consagrado,
 »Está abierto, y no obstante la ceniza
 »El viento no dispersa: así nuestra alma
 »Debiera en la pasión guardar la calma.»

LV.

«Padre mio! la jóven respondiera,
 »No sabéis nuestra dicha: Eudoro me ama,
 »Y dice que de Himén colgar quisiera
 »La corona á mi puerta.»—«Cómo! exclama,
 »Deidad de la mentira lisonjera,
 »¿La habrás hecho ilusión? ¿Quizás la llama
 »Su sencillez burló que engaña al sabio?
 »¿O de velar cesó Verdad su labio?»

LVI.

«Mas ¿por qué he de extrañar que tu nobleza
 «Haga querer á un héroe tu himeneo?
 «Tú vences á la Ninfá en gentileza
 «Del Ménalo, y el Dios del caduceo
 «Hubiese preferido tu belleza.
 «Satisfaz, hija mía, mi deseo:
 «Muéstrame como Eudoro te ha instruido
 «Que del hijo de Venus se halla herido.»

LVII.

«Esta noche, responde, cierta pena
 «Quería consolar himnos cantando
 «A las Musas; mas ved qué cual serena
 «Sombra que en el Eliseo va volando,
 «Vi aparecerse Eudoro bien ajena.
 «Virgen, dice, mis manos estrechando,
 «Yo quiero que tus hijos y mis hijos
 «Abracen á tu padre años prolijos.»

LVIII.

«Mas él dijo todo esto en su cristiano
 «Discurso, que esplicarte mi alma ignora.
 «El me habló de su Dios, de un Dios humano,
 «Que se apiada del triste, del que llora,
 «Y enseña á respetar al padre anciano.
 «¡Qué doctrina tan bella y seductora!
 «Preciso es que en su culto yo me instruya,
 «Porque solo así, dice, seré suya.»

LIX.

Cuando Bóreas sereno y Austro airado
 Se disputan del mar el señorío,
 De un bordo á otro el nauta fatigado
 Cambia la vela oblicua del navío:
 Así el anciano Homérída agitado
 De varia sensacion, en su estravío,
 Ya parece inclinarse á un pensamiento,
 Ya le agita otra idea y sentimiento.

LX.

El ramo de Vestal de Himen en la ara
 Deponiendo la jóven, del sagrado
 Vate ve renacer la estirpe clara.
 En Eudoro tambien contra el malvado
 Reconoce un amparo á su hija cara.
 Pero tiembla al pensar que el culto amado
 Dejará del abuelo, sus altares,
 Las nueve hermanas, los paternos lares.

LXI.

»¡O hija mia! la dice titubeante,
 »¿Qué mezcla de ventura y triste llanto!
 »¿Qué me has dicho!... ¿Podré á tu pecho amante
 »Un amor rehusar de valor tanto?
 »¿Consentiré que olvides un instante
 »Del divinal abuelo el culto santo,
 »Y teniendo otro rito, al cielo adores
 »De otro modo que el padre y sus mayores?»

LXII.

Entonces de sus brazos se desprende,
 Y va á consultar, fuera la morada,
 Los Dioses de los montes. Así aprende
 La águila de los Alpes coronada
 Los augurios de Roma cuando hiende
 La nube del relámpago inflamada
 Y en la region del éter para el vuelo,
 Los arcanos robando allí del ciclo.

LXIII.

A vista de estas cumbres elevadas,
 Cuyos nombres cantára sacro vate,
 Al culto de algun Númen consagradas,
 Al triste anciano el corazon le late;
 Las lágrimas le saltan inflamadas;
 En su seno se libra cruel combate;
 Ya la falsa piedad é idolatría
 La victoria en su pecho conseguía.

LXIV.

Mas Dios que el corazon tiene en su mano
 Del hombre, y á dó quiere le encamina,
 Las dudas desvanece del anciano.
 El paternal afecto predomina;
 El temor y aversion contra el tirano;
 Por el fausto himeneo al fin se inclina,
 Y al hogar de Lastenes da la vuelta,
 Donde halla á su hija en llanto envuelta.

LXV.

«No llores, hija mia, el padre exclama,
 «Que una lágrima sola no te cueste,
 «O virgen venturosa, el que te ama
 «Mas que á la pura luz de albor celeste,
 «Mas que de claro sol ardiente llama.
 «Sé la esposa de Eudoro: solo reste
 «Que no pierdas jamás de tu memoria
 «A quien hace de tí toda su gloria.»

LXVI.

Eudoro al mismo tiempo revelaba
 De su alma á Lastenes el arcano,
 Y el paternal permiso demandaba.
 «Hijo mio, decía el grave anciano,
 «Sea fiel; la virtud en ella graba;
 «Que el reino de los cielos de tu mano
 «Reciba en don nupcial, y ten por norte
 «De agradar en lo justo á tu consorte.»

LXVII.

Del ángel del amor estimulado
 Eudoro en busca del Aníste vuela,
 Y le halla con Cimódoce abrazado.
 Detiénese al entrar, duda, recela,
 Teme que su decreto esté ya dado,
 Y quiere retirarse con cautela,
 Adviértelo el Homérica, le llama:
 «¡Hé aquí vuestra esposa!» luego exclama.

LXVIII.

No habló mas, la ternura le sofoca.
 Cae Eudoro á sus piés; la mano tiené
 De la jóven, y aplica á ella su boca,
 Lastenes con su esposa sobreviene,
 Vienen sus hijas, cada cual invoca
 El título de hermana que conviene
 Dos veces á la vírgen venturosa,
 Por sierva de Jesús, de Eudoro esposa.

LXIX.

Y mil besos estampan en su frente.
 Para el gérmen sembrar de fe divina
 En la alma de la jóven inocente,
 Que del Hímen de Eudoro la haga digna,
 Fué nombrado Cirilo; juntamente
 Una y otra familia determina
 A Esparta trasladarse, en el deseo
 De apresurar cuanto antes su himeneo.

LXX.

Este comun acuerdo era tomado,
 Cuando el paso se oyó de un mensajero:
 Las puertas se abren, entra apresurado
 Un siervo del pontífice de Homero,
 Que el templo la noche antes ha dejado;
 Para abrirse en los bosques un sendero
 En la izquierda un broquel roto traía;
 El sudor de la frente le corría.

LXXI.

«¡O Demódoco! dice titubeando,
 «Al templo vino Hiérocles, deshecho
 «En cólera y venganza respirando.
 «En sus furores jura por el lecho
 «Férreo de las Euménides infando
 «Que tu hija ha de lograr a tu despecho;
 «Deba el negro Pesar á tus umbrales
 «Sentarse con las Parcas infernales.»

LXXII.

El rostro del anciano de repente
 Mortal palidez cubre; su rodilla
 Apenas le sostiene débilmente;
 Las lágrimas inundan su mejilla;
 A su hija en sus brazos tiernamente
 Estrecha, como tímida avecilla
 Con sus alas oculta el pollo amado
 Que de fiero alcotan ve amenazado.

LXXIII.

Mas recobrado un poco, luego piensa
 Que el apoyo de un célebre guerrero
 A su hija será sólida defensa.
 Esta idea le alivia el dolor fiero,
 Y bendice el favor que le dispensa
 El cielo en su bondad. La ara de Homero
 Resuelve ir á cerrar, y de continuo
 De Laconia tomar luego el camino.

LXXIV.

Por huir el encuentro del malvado,
Busca de las montañas el rodeo.
Mas en esto el tirano habia llegado
A su palacio á orillas del Alfeo
Alcazar por él mismo levantado,
Cuando ardiendo otro tiempo en el deseo
De robar á su padre la doncella,
Quería en su recinto gozar de ella.

LXXV.

Mas veloz que el relámpago la Fama
Del cabo Máleo al monte de Apesante
La venida de Hiérocles derrama,
Consternando al pacífico habitante.
El edicto imperial aquel proclama,
Y envía los lictores al instante
Que conduzcan ante él al indefenso
Gristiano para hacer el fatal censo.

LXXVI.

Cuando ronda un aprisco el lobo hambriento,
A vista del rebaño numeroso
Se inflama su ojo, y de un color sangriento
La lengua de las fauces saca ansioso:
Así el feroz tirano, al pensamiento
De ver al tribunal llegar medroso
El cristiano que arrastran los lictores,
Siente de sed rabiosa los ardores.

LXXVII.

En una ancha pradera que bañaba
 El Ladon con sus lípidos cristales,
 El tribunal temible se elevaba.
 Sentado en su curul con sus feciales,
 Los nombres el tirano preguntaba
 Que las listas llenar deben fatales,
 Acudiendo en tropel niños, ancianos,
 Mujeres, siervos y demás cristianos.

LXXVIII.

De repente en la turba se levanta
 Un confuso rumor: entre lictores,
 Con su familia Eudoro se adelanta;
 Esto excita el murmullo y los clamores.
 Mas su vista al cruel ministro encanta,
 Sintiendo renovarse los furores,
 De la antigua venganza que siempre arde
 En su vil corazón bajo y cobarde.

LXXIX.

Pero á este mismo tiempo los soldados,
 Su antiguo general reconociendo,
 Corren á rodearle entusiasmados,
 Sus triunfos y proezas aplaudiendo.
 Uno cuenta los hechos celebrados
 Cuando Eudoro batió al Sicambro borrendo;
 Otro de los Bretones la victoria
 Que alcanzó con eterna prez y gloria.

LXXX.

«Este, decian, es el distinguido
 »Campeon que venció á Carrausio fiero,
 »Y al Franco y al Breton ha combatido.
 »Este es aquel impávido guerrero,
 »Tribuno, general esclarecido,
 »Prefecto de las Gaulas, compañero
 »De Constantino principe glorioso,
 »Y amigo del gran César victorioso.»

LXXXI.

Al cobarde Pretor hace en su trono
 Temblar este discurso: apaciguando
 El tumulto con falsa risa y tono,
 Despide la asamblea, y ocultando
 Dentro su corazon todo su encono,
 Se encierra en el alcázar: allí dando
 Lugar al miedo, en su desaire piensa
 Y en cómo vengará la nueva ofensa.

LXXXII.

Ya resuelve prender en el momento
 A Eudoro, y condenarle por cristiano,
 Ya teme su favor. Medio mas lento
 Determina tomar: á Diocleciano
 Escribe que el Arcadio turbulento
 Se rehusa al edicto soberano
 Y á la revuelta indómito propende,
 Y que entre ellos Eudoro el fuego enciende.

LXXXIII.

Como el Pretor de su curul bajaba
Violentas ideas revolviendo,
Con su hija Demódoco llegaba
Al techo paternal. Luego subiendo
Al templo, ve que el fuego se apagaba;
Lo reanima de nuevo, y conduciendo
Una becerra cándida y sin vicio,
Se prepara á ofrecerla en sacrificio.

LXXXIV.

De plata un bello cáliz cincelado,
De que otro tiempo Dánao se sirviera,
Al antiste de Homero es presentado:
En el artista célebre esculpiera
A Ganimede al cielo arrebatado;
Su compañero triste allí se viera,
Y la muta de perros condolida
Que hace ladrando resonar el Ida.

LXXXV.

Este cáliz llenó de dulce vino,
Y vistiendo la túnica sagrada,
Lo vierte en libacion ante el divino
Abuelo; la becerra es inmolada,
Cimodocea llega de continuo,
Su lira pone del altar colgada,
Y en medio de esta sacra ceremonia,
Se despidе del cisne de Meonia.

LXXXVI.

«Vate inmortal, la lira melodiosa
 »Que á veces afinarme te dignáras,
 »Tu hija te consagra cariñosa.
 »Venus é Hímen me llevan á otras aras:
 »¿Quién es contra su fuerza poderosa?
 »Andrómaca en Ilion, tú lo cantáras,
 »A Hector solo y á Astianax veía:
 »Sin hijos, á mi esposo Amor me guía.

LXXXVII.

Así se despidiera la Vestal
 Del cantor de Penélope divino.
 Sus lágrimas corrían en raudal.
 Ella siente la fuerza del destino
 Que la arranca á este culto paternal,
 Donde reina un encanto peregrino,
 En las bellas ficciones estampado
 El respeto al abuelo venerado.



NOTAS.

Octava X.

De su Iglesia la joya y collar de oro.

(1) Este pasaje está imitado de las actas de San Lorenzo, el cual, habiendo recibido la promesa del Papa San Sixto de que dentro de tres días le seguiría al martirio, se apresuró á repartir á los pobres todo el dinero que tenía entre manos, y aun vendió los vasos sagrados para distribuir su producto. Informado el Prefecto de Roma de las riquezas de la Iglesia, hizo llamar á Lorenzo para que le enseñara los tesoros que suponía tener ocultos, y los entregara al príncipe. Lorenzo respondió que la Iglesia era verdaderamente rica, y que el emperador no tenía tesoros tan preciosos como ella; pero que le diese algún tiempo para arreglar y poner los cosas en orden. El prefecto que no entendía de que tesoros hablaba Lorenzo, le concedió tres días de término; en los cuales recorrió esta toda la ciudad para buscar los pobres, que eran alimentados á expensas de la Iglesia. Al tercer día, habiendo reunido un gran número de ellos á las puertas del templo, fué á decir al prefecto que viniera á ver los tesoros de que le había hablado. ¡Cuál fué la admiración de este cuando vio una multitud de miserables, de viejos, huérfanos, ciegos, mudos, estropeados y leprosos. "Ved aquí," le dijo el santo Diácono en las personas de estos pobres los tesoros que había prometido enseñaros: á voto añado las perlas y piedras preciosas de estas viudas y vírgenes consagradas á Dios; ellas son el collar de la Iglesia, con el que agrada á su esposo Jesucristo.

Nunc addo gemmas nobiles,

Gemmas cernui laniatas...

Cernui Sacratas Virgines...

Hec est monile Ecclesie,

Statuta sine Christo placet.

(S. Prudent. Hymn. 2. v. 297.)

Octava XVI.

El horrible reptil fin de ella dando.

(2) De un plátano frondoso, de donde mana una cristalina, nace un grande prodigio. Una horrible serpiente, el lomo manchado en sangre, que fué

criada por el omnipotente Olimpio, saliendo de la hese del era, se enroscó en el platano. En él tuían su nido ocho pajarillos sin pluma, acostados entre los ramos pomposos; y la madre que los procreó los anidaba. Allí era ver á los pajarillos debatirse cuando los trago la serpiente, y á la madre piar y revolotear en torno de ellos, hasta que la serpiente la cogió del ala, y la devoró en el instante. (Homer. *Iliad.* 2. v. 507.)

Octava XVIII.

La suerte de Diocles. Repentino

(5) *Appereus est in statera, et inventus es minus habens.* (Dan. cap. 5.)

Octava XXI.

Como el hijo supuesto de Ananías

[4] El arcángel San Rafael que acompañó al jóven Tobias en el camino de Rajes: llamándose hijo de Ananías, no hizo mas que disimular su clase para que le tuviesen por hombre; así convenia para que se cumpliese la misión á que había sido enviado. Ananías significa en Hebreo gracia de Dios, por lo que pudo San Rafael tomar con toda verdad este nombre.

Octava XXVIII.

Alumbrando las islas Fortunadas:

(5) Las islas Canarias, á las cuales dieron los antiguos el nombre de islas Fortunadas.

Octava XLI.

El desco, el desden, dulce querella

(6) *Tenri alegri, e placide o tranquillo
Repulse, vari verzi; e lieto paci,
Sorrisi, pazzolte, e dolci stille
Di piandó, e sospir trenchi, e molli haci,*
(Zerzaut. *canf.* 46. *str.* 25.)

Octava XLV.

Y una muger formó de su costilla

(7) *Et edificavit Dominus Deus costam, quam tolerat de Adam, la mulierem.* (Gén.)

Octava XLVIII.

Que de Sara olvidó luego la muerte.

(8) Qui introduxit eam in tabernaculo. Sicut matris eam, et accepit eam uterum; et intantum dilexit eam, ut dolorem qui ex morte matris ejus acciderat, temperaret. (Gen. cap. 21)

Octava LI.

Que al capripede Námén entonára

(9) El día Pan que era representado con los pies de cabra; los Arcades le honraban con esta particular. Las fiestas lúpercales eran unas fiestas consagradas en honor suyo.

Octava LIV.

El templo que á Lacinia es consagrado,

(10) Sobrenombre de Juno, tomado de un templo calábico que tenía en el promontorio de Lacinio en la Calabria.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. II.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. III.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. IV.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. V.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. VI.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

CHAP. VII.

Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu
 Que de leur état, j'en ai vu

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO

SUMARIO.

Descripcion de la Laconia. Llegada de Demódoco á casa de Cirilo. Instruccion de Cimodocce. Astarte envia á Hierocles el Demonio de los celos. Cimodocce va á la Iglesia para ser desposada con Eudoro. Ceremonias de la Iglesia primitiva. Los soldados dispersan á los fieles por orden de Hierocles. Eudoro salva á Cimodocce, y la defiende en el monumento de Leónidas. Recibe orden de marchar á Roma. Resuelven las dos familias enviar á Cimodocce á Jerusalem, para ponerla bajo la proteccion de la madre de Constantino. Eudoro y Cimodocce se ponen en camino para embarcarse en Atenas.

CANTO X.

I.



A ara sacra Demódoco cerrando,
Con Cimódoco emprende su carrera.

De nuevo la Mesenia atravesando,

A la entrada del Hérmeo luego viera

La estatua de Mercurio; y penetrando

Del Taigetes la larga cordillera,

Sigue el carro un camino pedregoso

Por un desfiladero tortuoso.

II.

«Este es, dice Demódoco, el camino
 »Que Licisco tomó con su hija cara,
 »Cuando, huyendo, el oráculo previno
 »Que la vida a Aristómenes costara. (1)
 »¡Qué de siglos pasaron! El destino
 »A nuestro turno igual caso nos para.
 »¡Quiera darme el gran Jove un signo fausto,
 »Y el hado detener que temo infausto!»

III.

Estas palabras dijo: en el instante
 Un fronti-calvo buitre rauda hiende
 Sobre una mansa paloma; una brillante
 Aguila va sobre él, y lo suspende
 En el cielo en su garra tan pujante:
 El relámpago el aire en fuego enciende;
 Parte el rayo, y por tierra cae herido
 El vencedor, la víctima, el vencido.

IV.

Vanamente Demódoco temblando
 Quiere hallar un arcano en este juego
 Del acaso. La cumbre flanqueando
 Del Hérmeo, hácia el Pillánc, baja juego.
 Las aguas del Eurotas saludando,
 Ve la ara del Pudor que elevó el Griego
 Donde, al seguir Penélope amorosa
 A Ulises, se echó el velo ruborosa.

V.

Ya el monumento célebre ha pasado
 De Diana Misis, bosque de Carnéo,
 Sepulcro del corcel, y deja al lado
 De las siete columnas el trofeo:
 Rápido sube el monte coronado
 Con un templo del hijo de Peleo,
 Y en el valle penetra de Laconia,
 Dando vista de allí á Lacedemonia.

VI.

La sierra del Taigetes blanqueada
 De la nieve al poniente aparecía;
 Otra cadena menos elevada,
 Paralela al Taigetes se extendía,
 Del rojo Menelayos terminada;
 Varios montes de norte á medio día
 Se corren por el valle en decremento,
 Y en el último Esparta tiene asiento.

VII.

Desde Esparta hasta el mar una llanura
 Se dilata, cubierta de oliveras,
 De sicónoros, viñas y verdura,
 Doradas mieses, húmedas praderas.
 El Eurotas rodaba su onda pura
 Por este valle ameno, y sus riberas
 Los laureles y plátanos cubrían
 Que los cisnes de Leda embellecían.

VIII.

El antiste de Homero no acababa
De admirar este cuadro tan brillante
Que la aurora naciente coloraba.
La patria de Licurgo ve delante.
Absorto el augural cetro agitaba,
Cuando el carro ligero y rutilante
Rodando por un vasto peristilo
Penetra en la morada de Cirilo.

IX.

La familia cristiana previniera
Su llegada á la casa del Prelado
Que ya todos los hechos conociera.
Para librar la jóven del malvado,
El Pontífice angusto resolviera,
Luego que en catequesis haya entrado,
A Eudoro en esponsales obligarla
Que el derecho le presten de ampararla.

X.

La misma tarde su instruccion empieza:
La jóven Profetisa le escuchaba
Con ingenuo candor y sencillez;
La caridad cristiana la encantaba;
De su moral admira la pureza.
El Espíritu Santo en ella obraba,
Como previno el corazon de Lida (2)
Cuando del grande Pablo era instruida.

XI.

Si el Dios de los cristianos la estremece
 Su altura y mejeztad considerando,
 Al manto de María se guarece,
 Su proteccion y auxilio demandando.
 Madre la llama, y su esperanza crece.
 ¡Qué gozo el alma le inundaba cuando
 En voz baja á sus solas repetía:
 «Ave, de gracia llena, ave ó María.»

XII.

¡Y con cuánto placer luego explicaba
 A su padre, sentada en sus rodillas,
 La leccion que al Pontífice escuchaba!
 Las lágrimas bañaban sus mejillas.
 Yá de los patriarcas le contaba
 Las vidas y costumbres tan sencillas,
 El respeto debido á los ancianos,
 Y la sagrada ley de los cristianos.

XIII.

«¿Crees tú, preguntaba enternecida,
 »Que ese Dios que me manda respetarte
 »Por gozar en la tierra larga vida,
 »No vale mas que Júpiter ó Marte
 »Que de hablarme de ti ninguno cuida?»
 La jóven catecúmena de este arte,
 De un anciano instruida, á otro instruyera,
 Siendo de nueva especie misionera.

XIV.

Mas en tanto el infierno que miraba
 Huírsele esta virgen que tenia
 En su poder, de cólera bramaba,
 A Astarte Satanás un cargo hacia.
 »¿Qué estás aquí llorando, le clamaba,
 »Angel flojo y cobarde? Tu apatia
 »Provoca mi furor, viendo que en tanto
 »Dejas triunfar al ángel de amor santo.»

XV.

«Calma la ira, Satán, Astarte exclama:
 »Jamás me fué posible resistirme
 »Contra el ángel que el santo amor inflama.
 »Mas su misma victoria va áservirme
 »Para vengarme de él: á mi hijo llama,
 »El ángel de los zelos, que á seguirme
 »Venga junto á Hierócles, y en su pecho
 »Arda el amor, los zelos, el despecho.»

XVI.

Esto dice, y Satán parte iracundo
 Al fondo del abismo: Al otro lado
 De un lago de betun y azufre inundo,
 De llamas pestilentes inflamado,
 Se abre el calabozo mas profundo,
 En donde, entre cadenas aberrojado,
 El monstruo mas horrible del infierno
 Hace oír su alarido y llanto eterno.

XVII.

Las víboras y sierpes son su lecho;
Jamás el sueño se acercó á sus ojos;
La inquietud, la venganza, cruel despecho,
De un amor violento los enojos
Agitan sus miradas; en acecho
Tiene siempre su oído á los cerrojos,
Rumores misteriosos oir creyendo,
O en las sombras vagar fantasma horrendo.

XVIII.

Para apagar su sed y sus ardores
Bebe en copa de bronce acre bebida
De lágrimas compuesta y de sudores,
Su boca ensangrentada y denegrida
Solo respira muertes y furores;
Y olvidando que tiene inmortal vida,
A falta de otra víctima, inhumano
En su pecho el puñal se clava insano.

XIX.

Satán baja á este monstruo, y detenido
Al umbral de la lóbrega caverna:
«Angel fuerte, le dice, bien sabido
«Te fué siempre mi amor y bondad tierna,
«Llevándote á mi lado cuando erguido
«Me lancé á combatir la hueste eterna:
«La sazón es llegada de que pruebes
«La gratitud y aprecio que me debes.

XX.

«Preciso es encender la llama ardiente
 «Que otro tiempo en Herodes inflamáras.
 «La Cruz osa insultarme abiertamente,
 «Y usurpa mis honores y mis aras.
 «¿La dejaré que triunfe impunemente?
 «Mis pérdidas y ruinas no probáras?
 «La obra es digna de ti: ven, hijo afecto,
 «Ayuda á tu monarca en su proyecto.»

XXI.

El ángel de los celos retirando
 De su boca la taza emponzoñada,
 Y sus labios impuros enjugando
 Con la sierpe y la víbora enroscada:
 «O Satán! le responde suspirando,
 «¿El dolor no abatió tu frente osada?
 «Aun quieres que me esponga al rayo eterno
 «Que me ha precipitado en el infierno?»

XXII.

«¿Qué quieres con la Cruz? ¿Esa orgullosa
 «Cabeza una mujer no ha conculcado?
 «Anda, que para mí ya es enojosa
 «La luz del cielo desde que arrojado
 «Fui por tu culpa á esta mansion odiosa.
 «Anda tú, si no estas desengañado,
 «A recobrar, si puedes, tus altares,
 «Y déjame en paz aquí con mis pesares.»

XXIII.

Dice, y con una mano arranca airado
 Las sierpes que destroza con su boca,
 De cólera Satán arrebatado:
 «Angel débil! ¿Hablar así te toca
 »Delante de tu rey? ¿Tu seno ha dado
 »Cabida á la pasión que el genio apoca?
 »Dirige en torno tuyo tus miradas,
 »Mira aquí para siempre tus moradas.

XXIV.

«A mal sin fin opón eterno encono,
 »Desecha esos inútiles temores;
 »Ven conmigo, y verás como destrono
 »Al ángel de los tímidos amores,
 »Y en la tierra otra vez alzo tu trono.
 »Mas no esperes que mi ira y mis furores
 »Te hagan cumplir por fuerza y de mal grado
 »Lo que haber de tu zelo he confiado.»

XXV.

A esta nueva esperanza el monstruo horrible
 Se deja seducir. Satán contento
 Le monta en su carroza, é invisible
 La región atraviesa del tormento,
 Instruyéndole al paso del terrible
 Proyecto que medita; en un momento
 Llega así á descubrir nuestro horizonte;
 Y descendiendo en el valle del Ladonte,

XXVI.

De su fatal amor preocupado
 Hierocles se agitaba en este instante
 Con ensueño penoso. El Genio ossido
 Toma luego la forma semejante
 De un Augur viejo, amigo del malvado;
 Figurando la arruga del semblante
 Voz bronca, gesto adusto, calva frente,
 Y el pálido color del penitente.

XXVII.

Y acercándose al lecho del tirano
 Como un sueño funesto: «¡Así reposa
 »El sabio mientras triunfa el vil cristiano!
 »Cimódoce bien pronto será esposa
 »Del hijo de Lastén. ¡Despierta, insano!
 »Corre á Esparta; tu presa cobrar osa;
 »Quitala á tu enemigo, ni te asombre
 »Quien de cristiano lleva el bajo nombre.»

XXVIII.

Estas fieras palabras acabando,
 De su disfraz el monstruo se despoja,
 Y su horrible figura recobrando,
 Al Pretor en los brazos se le arroja,
 Sangre impura en su seno destilando.
 A su peso el impio se acongoja,
 Da vueltas, se debate estremecido,
 Y despierta arrojando un alarido.

XXIX.

Así el hombre que en vida fué enterrado,
 Del fondo del sepulcro un grito lanza
 Al salir del letargo acongojado,
 Cuantos venenos há, cuanta venganza
 Encierra el monstruo, en su alma ha derramado!
 Salta del lecho, y quiere sin tardanza
 Que á prender los cristianos se proceda,
 Porque á su ira ninguno escapar pueda.

XXX.

Un delator de Esparta viene luego,
 Y los hechos confirma que sonáran.
 De celos y de rabia el Pretor ciego:
 «¡La sangre corra á rios! exclamára:
 «Cuando en los pechos arde voraz fuego,
 «¿Qué sirve consultar víctima ni ara?
 «Las súplicas y votos son en vano:
 «¡Guerra al nombre fatal, muerte al cristiano!»

XXXI.

Eudoro, resignado á los divinos
 Decretos, no tan próximos creía
 De ruda tempestad los torbellinos.
 En tanto con desvelo proseguía
 En disponer su alma á los destinos
 Que Pablo le anunciára en profecía,
 Y á la vez merecer la esposa cara
 Que el cielo en su clemencia le prepara.

XXXII.

En tierra cuyo dueño se ha alejado,
 Se ve estéril volver árbol frondoso
 De una rica esperanza; ya pasado
 Algun tiempo de ausencia, á su reposo
 Da la vuelta el señor; apresurado
 Va á ver su árbol querido, é industrioso
 Lo riega, poda, limpia la maleza,
 Y el árbol cobra su primer belleza.

XXXIII.

Así Eudoro á sus fuerzas reducido,
 Desfalleció por falta de cultura;
 Mas cuando á su heredad santa ha venido
 El padre de familias, se apresura
 A cuidar esta planta que ha querido,
 Regándola con agua de amor pura,
 Y el hijo de Lastén dá la fragancia
 De las virtudes que ofreció en su infancia.

XXXIV.

Cimódoce en su fe y amor constante,
 Su instruccion con anhelo continuaba,
 Y de Oyente pasára á Postulante. (3)
 La fiesta de María se acercaba,
 Epoca señalada en que la amante
 Primera ver al templo ir esperaba,
 Para ser iniciada en el bautismo,
 Y desposarse á Eudoro al tiempo mismo.

XXXV.

La Iglesia Primitiva prefería
De la noche el silencio majestuoso
Para los ritos sacros. Todo el día
Lo pasó la doncella en el reposo,
La protección pidiendo de María,
Y anhelando el instante venturoso:
Hacia la tarde Séfora amorosa
Con sus hijas entró á vestir la esposa.

XXXVI.

Por deponer la virgen principiára
Los signos de Vestal y Profetisa,
Sobre un altar doméstico dejára,
Las franjas, cetro, velo y mas divisa.
Su lira en el altar patrio quedára.
No sin llanto la jóven Poetisa
Abandona estos sacros distintivos
Del culto del cantor de los Argivos.

XXXVII.

Luego una blanca túnica vistiera,
Símbolo de candor, y su alba frente
Con guirnalda de lirio embelleciera,
De la esposa cristiana antiguamente
Estas las perlas, este el collar era,
Mas un pudor angélico, inocente,
Ocupaba sus labios virginales.
Encantos derramando celestiales.

XXXVIII.

A la segunda vela, entre brillante
 Cortejo de Levita, Diaconisa,
 Una antorcha en las manos ondulante,
 Para el templo salió la Profetisa.
 La multitud curiosa por delante
 La esperaba, y así que la divisa,
 En cánticos de gozo se derrama.
 El coro de paganos así clama:

XXXIX.

«Esta es la hija de Tindaro divina, (4)
 »De flor del platanista coronada,
 »Que al tálamo de Ménalo camina.
 »¡Qué dulce, y qué amorosa es su mirada!
 »Licurgo no miró tan peregrina.
 »A Venus de Minerva disfrazada.
 »A sus huellas Amor siembra el deseo:
 »¡Feliz mil años dure su himeneo!»

XL.

El coro fiel en tanto así decía:
 »Dejad pasar á esta segunda Eva,
 »Pura como el albor del claro día.
 »¡Cómo en su fresco labio el pudor lleva!
 »¡Cómo reina en su frente la alegría!
 »Es la casta Susana, es Raquel nueva,
 »Es la segunda Ester....» Bello renombre,
 Que á la novia quedó luego por nombre.

XLI.

De este modo la pompa se encamina
Al templo del Señor, edificado
No lejos de Leché, en una colina,
De la turba y del ruido separado.
Diversas fuentes de agua cristalina
Ornan el peristilo (5) dilatado,
Donde antes de empezar sus oraciones
Hacia todo fiel sus lustraciones.

XLII.

Atravesado este atrio, se llegaba
A la puerta que un pórtico cubría,
En donde el penitente (6) se humillaba
A todo el que á adorar á Dios venia:
A un lado el Baptisterio sacro estaba;
En entrando la Férula se via:
Aquí con el Oyente y el Postrado
Oraba el Catecúmeno humillado.

XLIII.

Una berja de hierro dividia
La nave que ocupaban solamente:
Los santos, y hasta el Absis se extendia.
El altar se elevaba hacia el oriente,
De oro puro, y brillante podreria,
Cubierto de una cúpula eminente:
Detrás estaba el trono del Prelado,
De sillas para el clero rodeado.

XLIV.

A la puerta del templo, en órden puestas,
 La nueva catecúmena esperaban,
 Las Espartanas Virgenes honestas,
 Que á Elena en hermosura no envidiaban,
 Mucho mas puras que ella y mas modestas.
 Todas recientes palmas tremolaban,
 Las lámparas teniendo prevenidas,
 A las Virgenes sabias parecidas.

XLV.

Luego que al lugar sacro hubo llegado
 La nupcial comitiva, de repente
 El mas alto silencio fué observado.
 Con su clero el Pontifice eminente
 Sube al trono en el Absis levantado;
 Con paso mesurado y reverente
 Va la turba á sus puestos señalados,
 Los hombres y mugeres separados.

XLVI.

Un coro de cantores, mientras tanto
 Que el pueblo se coloca silencioso,
 Del introito (7) entona el sacro canto.
 Cada uno despues oró en reposo.
 En seguida pronuncia el Pastor santo
 La oracion de la fiesta fervoroso;
 Luego leyó un Lector con gravé acento
 En el antiguo y nuevo testamento.

XLVII.

¡Qué contraste á la jóven presentaba
Cereemonia tan grave y magestuosa
Con el ruido y tumulto que reinaba
En la fiesta pagana bulliciosa!
En medio de las Vírgenes se hallaba
Poseida de pasmo, silenciosa,
Sin atreverse á levantar del suelo
Sus ojos en que brilla luz del cielo.

XLVIII.

Descendiendo el Lector, sube en seguida
Al púlpito el Pontífice, y declara
La doctrina en el texto contenida.
El anuncia la dicha que prepara
El cielo á una doncella, antes que unida
Sea á cristiano esposo; y terminára
Animado de espíritu profético,
Su discurso del modo mas patético:

XLIX.

«Habitantes de Esparta! ved llegado
»De nuestra libertad el santo día,
»Por todos tanto tiempo desendo,
»El cielo en su clemencia nos lo envía.
»Dichoso aquel mortal que siendo hallado
»Digno de combatir con osadía
»Por la fe de su Dios, audaz y fuerte,
»Permanezca constante hasta la muerte.

L. III

»Pueblo fiel, gente santa, en vos contemplo
 »De Mártires los dignos descendientes,
 »Que de constancia dieron claro ejemplo,
 »Imitad sus virtudes eminentes.
 »Quizá la última vez en este templo
 »Mis palabras oís: ¡oh cuán ardientes
 »Mis súplicas dirijo al alto cielo,
 »Porque veros en él tenga el consuelo!»

L. IV

Del púlpito Cirilo descendiera,
 Y un Diácono exclama: «Orad hermanos!»
 La asamblea al instante se pusiera
 De pie, vuelta al oriente, y con las manos
 Levantadas al cielo, dirigiera
 Sus preces por los fieles y paganos,
 Los tiranos, enfermos, afligidos,
 Los débiles de amparo destituidos.

L. V

»¡Fuera gentiles, fuera el penitente!»
 Exclama otro Diácono: en seguida
 Todos salen del templo humildemente,
 Séfora de dos viudas asistida
 Viene á buscar la Virgen inocente,
 Que á los piés de Cirilo es conducida.
 El silencio mayor guarda la junta;
 El Pontífice entonces la pregunta:

LIII.

«¿Quién sois?—Yo soy Cimódoco, contesta.
 «¿Qué pedis á la Iglesia?—La fe santa.—
 «De qué sirve la fe? ¿Qué es lo que os presta?—
 «Presta la vida eterna sacrosanta.—
 «¿Habeis mirado bien vuestra respuesta?
 «¿La cárcel ó la muerte no os espanta?—
 «Yo no temo la cárcel ni la muerte
 «Yo espero en el Señor benigno y fuerte.»

LIV.

Entonces el Obispo la impusiera
 Las manos; con la cruz marcó su frente,
 Y una palma un Diácono la diera.
 Su rostro con luz brilla tan fulgente
 Como el rostro de un Mártir que á la esfera
 Se remonta de gloria esclareciente.
 Mil coronas le arrojan las doncellas
 Y á su sitio volvió luego con ellas.

LV.

El sacrificio empieza sacrosanto.
 Un Levita proclama desde el ara:
 «Daos todos de paz ósculo santo.»
 Y el pueblo con afecto se abrazara,
 Recibiendo un Presbítero entre tanto
 Del fiel que á los misterios se acercara
 Los panes, las oblatas, y otros dones
 Que el Obispo colmó de bendiciones.

LVI.

Las lámparas se encienden: el incienso
 Del mas suave aroma se levanta,
 Ocultando el altar entre humo denso.
 El misterio se cumple: la hostia santa
 Se reparte á los fieles con intenso
 Fervor, mientras el coro un himno canta.
 Los ágapes suceden fraternales,
 En que pobres y ricos son iguales.

LVII.

A Cimódoce entonces se declara
 Que es tiempo de que jure su promesa.
 Mas ¿quién podrá decir donde se hallara
 El esposo? ¿Porqué tan poca prisa
 Se da para buscar la esposa cara?
 ¿Dónde puede ocultarse? ¡O sorpresa!
 Ved que se abren las puertas de repente,
 Y la voz se hace oír de un penitente:

LVIII.

«Contra Dios y los hombres he pecado;
 »Por mi conducta en Roma he merecido
 »Del gremio de la Iglesia ser lanzado;
 »En las Galias despues he pervertido
 »La inocencia, y la muerte la he causado;
 »Mi santa Religion puse en olvido;
 »Ignorancia ni error no me disculpa,
 »Plegue al cielo apiadarse de mi culpa.»

LIX.

Esta voz es de Eudoro: el descendiente
 De Polibio, cubierto de cilicio,
 Hace su confesión públicamente.
 El Prelado ofreciera el sacrificio
 En favor del humilde penitente;
 Mas asistir no puede al sacrificio,
 Que un Otiario la entrada le rehusa.
 Su voz oyó la Homérica confusa.

LX.

Otra vez va al altar Cimodocca,
 Y ante el sacro Pastor su fe pronuncia;
 Un ministro atraviesa la asamblea,
 Y á Eudoro en el vestibulo la anuncia;
 Mutua promesa entre ambos se cangea;
 El Pontífice al pueblo la denuncia
 Lleno su corazon de gozo santo.
 El coro virginal entona el canto:

LXI.

«Como el lirio florece entre la espina,
 «Tal es entre las Virgenes mi amada.
 «¡Qué hermosa eres, mi amiga, y que divina!
 «Tu boca es parecida á una granada;
 «A la palma que crece en la colina,
 «Tu rubia cabellera es comparada.
 «La esposa como el alba se adelanta,
 «Y cual humo de incienso se levanta.

LXII.

»O hijas de Salen! yo os conjuro ,
 »Cercadme de manzanas y de flores,
 »Porque mi alma fallece de amor puro. (8)
 »El aura meridiana sus olores
 »Blandos y suaves vierta en torno al muro
 »Dó se alberga la que hace mis amores.
 »Abreme tus postigos, que el destello
 »De la noche ha mojado mi cabello.

LXIII.

»La mirra y aloé cubran tu lecho:
 »Mi alma , amada mia , habeis herido;
 »De amor mi corazon está deshecho.
 »Mi seno sostened desfallecido;
 »Ponedme como sello en vuestro pecho;
 »Reciba algun vigor con el latido
 »De vuestro corazon... ah! que es mas fuerte
 »El amor y mas duro que la muerte!»

LXIV.

El himno epitalámico ha acabado
 El coro virginal, cuando de afuera
 Otra voz y concierto fué escuchado.
 De parientes y amigos reuniera
 Una tropa Demódoco , y llegado
 A las puertas del templo, á su manera
 Hacia celebrar el gentil coro
 El enlace de su hija con Eudoro.

LXV.

«De la noche brilló la clara estrella;
 «Las mesas del festín dejad, mancebos,
 «Ya la Virgen parece pura y bella:
 «Cantemos del Himén cánticos nuevos.
 «Llevad, hijo de Urania, (9) la doncella
 «Al tálamo nupcial; años longeos
 «Tu auri-comada antorcha resplandezca,
 «Y el amor en su seno se adormezca.

LXVI.

«La jóven se adelanta rubicunda;
 «El pudor, ved, sus pasos aligera,
 «Camina, esposa bella, virgen munda,
 «De un esposo el amor tierno te espera,
 «De un venturoso Himén prole fecunda.
 «La esperanza renace lisongera
 «Que colma de Demódoco el deseo:
 «Cantad á Himén, cantemos á Himenco.»

LXVII.

Así uno y otro culto celebraba
 Al venturoso par que no sabía
 La fiera tempestad que amenazaba.
 Apenas cesó el canto de alegría,
 Cuando se sintió el ruido que causaba
 Una tropa que al templo fiel venia:
 El asilo de paz bien pronto llena,
 Y un confuso tumulto en él resuenó.

LXVIII.

La turba poseída del espanto
 Se atropella buscando la salida.
 De niños y mugeres se oye el llanto;
 Todo es gritos, lamentos, todo es huida.
 Ante el allar es preso el Pastor santo.
 En medio de la turba confundida
 Descubre el Centurion la esposa pura,
 Y sobre ella va á echar su mano impura.

LXIX.

Mas Eudoro, de tímido cordero
 Convertido en leon, sobre él se lanza;
 Le arranca y hace piezas el acero;
 Su esposa entre sus brazos afianza,
 Y por medio el tropel corta ligero
 A poner en seguro su esperanza.
 El Centurio á la tropa airado grita,
 Y en su persecucion se precipita.

LXX.

Eudoro caminando apresurado
 La tumba de Leónidas tocaba,
 Cuando advierte al satélite malvado.
 Sintiendo que la fuerza se le acaba,
 Lleva su esposa al túmulo sagrado
 Donde un trofeo de armas se elevaba,
 Y desprendiendo de ellas una lanza,
 A recibir la tropa se abalanza.

LXXI.

Esta llega: el soldado se detiene,
 Y á la luz de las hachas ondulante
 Pienso ver á Leónidas que tiene
 Su lanza en una mano fulgurante,
 Y con la otra en su tumba se sostiene.
 No apareció aquel héroe tan pujante
 La noche que en la tienda entró del Persa,
 Y el campo de los Bárbaros dispersa.

LXXII.

Nuevo asombro: á su jefe los soldados
 Reconocen. «Romanos! grita Eudoro,
 »Si á robarme la esposa sois llegados,
 »Mi vida llevareis, no mi tesoro.
 »Al combate otra vez por mi guiados,
 »¿Mancharéis vuestro honor con tal desdoro?»
 A esta voz quedan todos confundidos,
 De respeto y temor sobrecogidos.

LXXIII.

Quando una tropa rustica ha entrado
 A segar en un campo de mies nueva,
 La espiga débil cae á todo lado
 Al golpe de la hoz que todo lleva
 Sin resistencia alguna; mas llegado
 Al pié de un roble que en la mies se eleva,
 El segador admira el tronco estable
 Solo al rayo ó la cuña vulnerable.

LXXIV.

Así, disperso el tímido cristiano,
 Ante Eudoro el soldado se detiene.
 El Centurio avanzar ordena en vano.
 Pegados en el suelo sus piés tiene:
 Un oculto temor que con su mano
 Le infunde Dios. Del hijo de Lastene
 Al ángel protector manda del cielo
 Que junto á él de su gloria corra el velo.

LXXV.

El trueno se oye: ved que en el instante
 El ángel á su lado se aparece
 En forma de un guerrero centellante
 Cuya armadura en llamas resplandece.
 El soldado á su aspecto fulminante
 Se espanta, se confunde, se estremece,
 Y en medio del relámpago y del fuego
 Arrojando sus armas huye luego.

LXXVI.

Eudoro de este instante se aprovecha
 Para en salvo poner su cara esposa,
 Y en los brazos segunda vez la estrecha.
 Ella cruza los suyos temerosa.
 Así la vela en tempestad deshecha
 Al mástil se replega, y la frondosa
 Cepa cruza sus vastagos recientes
 Con las ramas del olmo consistentes.

LXXVII.

Para dar á su amante pronto asilo,
 Eudoro entre las sombras marcha á priesa,
 Y llega á la morada de Cirilo.
 Al monstruo infernal Hiérocles en presa
 La asamblea turbó del fiel tranquilo
 Para impedir de aquellos la promesa:
 La tropa llegó tarde, y la inocente
 Doncella salvó Eudoro felizmente.

LXXVIII.

De Constantino entonces tuvo aviso
 Por nuncio que de Roma le mandara,
 Sobre el nuevo peligro y compromiso
 En que el Pretor astuto al fiel lanzara
 Con su carta falaz; mas que indeciso
 Diocleciano hasta allí solo ordenara
 Dispersar las secretas reuniones
 Y poner los Ministros en prisiones.

LXXIX.

«Caro amigo, la carta concluía,
 »Ven á mi lado, ven: ¡cuánto deseo
 »Gozar de tu apacible compañía!
 »Tus luces me hacen falta. Doroteo
 »Te dirá bien de cosas que no fia
 »La prudencia á la pluma. En el Pireo
 »Le puedes encontrar: de allí camina
 »A prevenir mi madre en Palestina.»

LXXX.

Doroteo en efecto habia llegado
Al puerto de Falero. Eudoro toma
Luego el medio mas propio y acertado,
No pudiendo llevar su amante a Roma,
Con ella solamente desposado,
Ni dejar esta tímida paloma
A merced de Hierócles, al abrigo
De Elena quiere enviarla con su amigo.

LXXXI.

De una y otra familia fué aprobada
Resolucion tan sabia y tan prudente,
Que á todos pareció como inspirada.
Para no perder tiempo, al dia siguiente
La marcha para Atenas fué fijada,
Cada uno por camino diferente;
Mas antes de dejar Eudoro á Esparta,
A Cirilo escribir quiso una carta.

LXXXII.

Del fondo de la carcel les envía
Su sacra bendicion el Mártir santo;
¡O jóvenes esposos! la alegría
Esperais en la tierra, mientras tanto
Que en los celestes pórticos se oia
De Virgenes y Mártires el canto,
Una union celebrando mas durable,
Un gozo y una gloria interminable.

NOTAS.

Octava II.

Que la vida á Aristómenes costára.

(1) En la primera guerra de Mesenia prometió el oráculo la victoria á los Mesenios con tal que sacrificasen una doncella de la descendencia de Egea. Entre las muchas que había, tuvo la suerte á la hija de Licteo, quien profiriendo su hijo á su padre, la llevó fugitiva á Esparta. Aristodemo ofreció la hija, pero el novio que la quiso salvar, alzó Jorches automotricionalmente, los que el viento de la novia duría á conocer. El padre se lo echó con un cuchillo, y la mostró digna de dar la victoria á los Mesenios.

Octava X.

Cómo previno el corazón de Lida

(2) Domineo spernit cor Lyda interduco his quod dicitur á Paulo. (Act.)

Octava XXXIV.

Y de Oyente pasara á Postulante.

(3) En los primeros siglos de la Iglesia cuando algun gentil adulto queria recibir el bautismo, era necesario que pasase por los diferentes grados del catecumenado: estos eran tres: el de los oyentes, el de los competentes á postulantes, y el de los electos. En el primer grado, estaban los que recibían las primeras instrucciones de la religión, que regularmente versaban sobre la moral y los dogmas mas sencillos de nuestra fe; los competentes, ó postulantes, llamados así porque podían públicamente el bautismo, eran instruidos mas á fondo, y se les explicaba particularmente el misterio de la Trinidad, y el de la Encarnación; los electos ó elegidos eran aquellos á quienes, después de haber pasado por todos los grados precedentes, se les juzgaba dignos del bautismo. Este se les conferia solemnemente en la vigilia de Pascua, á fin de que remitiesen con inocuidad, á en la de Pentecostes á los de que recibiesen el Espíritu Santo con los apóstoles. Fuera de estas fiestas se celebraba regularmente el bautismo sólo en caso de necesidad. El tiempo del catecumenado era ordinariamente de dos años; pero podia alargarse ó abreviarse segun los progresos del catecúmeno. El grado de postulante era el de mayor

duracion, porque en él se daban las mas principales instrucciones; así era el mas importante, y el catecúmeno era admitido á él con la imposición de las manos hecha por el obispo, ó por un presbítero cometido de su parte; tambien se le marcaba la frente con el signo de la cruz, y se oraba á Dios para que le diese inteligencia en los misterios y lo hiciese digno de llegar al santo bautismo.

Octava XXXIX.

Esta es la hija de Tindaro divina,

(4) Elena, hija de Tindaro y de Leda, y esposa de Menelao rey de Esparta, cuyo robo por Paris dió origen á la guerra de Troya.

Octava XLL

Ornan el peristilo dilatado,

(5) Espacio de claustro como el de los monasterios. Véase la descripción que hace Fleury de los diferentes edificios que componian las Iglesias antiguas, y de su division interior. (*Costumbres de los Cristianos*.)

Octava XLII.

En donde el penitente se humillaba

(6) Había una clase de penitentes, llamados *biementes*, los cuales no eran admitidos dentro de la Iglesia, sino que postrados á sus puertas pedian á los fieles rogasen á Dios por ellos, ó intercediesen con el obispo para que los admitiese á la penitencia. Esparcían cenizas sobre su cabeza, y llevaban por vestido un saco hendido, de cuyo nombre se derivó por corrupcion la palabra *sambenito*.

Octava XLVI.

Del introito entona el sacro canto.

(7) Léase en las *Costumbres de los Cristianos de Fleury* la descripción de los *introitos* antiguos.

Octava LXII.

Porque mi alma fallece de amor puro.

(8) *Fulcite me fucillas, stipate me mellis, quia amore languo.* (*Cant.*)

Octava LXV.

Llebad, hijo de Urania, la doncella

(9) Urania es el nombre de una de las nueve Muses, pero tambien se le

solennemente de Venus. Con el nombre de Urania, es decir, celeste se adoraba á Venus como la diosa de los placeres del espíritu; y por oposicion se la daba el nombre de Venus *terrestre*, cuando era objeto de un culto infame y grosero. Himene, á Himeneo, como divinidad que presidia á los casos amores, era hijo de Venus y de Urania; se le representaba bajo la figura de un joven, coronado de rosas, y con una antorcha en la mano.

ANUARIO.

Ajunt. Dignidad de Comodoro, de Embarco y de Donatario. Comodoro se confiere con Dignidad para Jefe y Embarco para Dama. En Madrid del Secretario se da á Gerente al cargo de los negocios. Luego Embaja á Roma; hasta convencer al Senado para juzgar la causa de los apóstolos, y entre los apóstolos por su causa. Luego Embaja á Roma á Hircania, y los apóstolos Nemesio por la defensa en la corte y acudir á los cristianos. Nemesio, pontífice de Júpiter, daba batalla al Senado en favor de los Apóstolos. Hircania de la patria. Dignidad de Comodoro, de Hircania y de Embaja. Dignidad de Comodoro se da al cargo de gerenciar, pero quiere que se encuentre más á la cabeza de Comodoro.

CANTO XI.

En un valle Teófilo leíste un poema de un
hijo de Ladinos cantado con la voz de un
hijo de Teófilo por muchos montañas.
La lejana el amor de Teófilo cantado en la voz de
los apóstolos más y por los apóstolos de Teófilo
y el hijo que cantaba en la voz de Teófilo
por los apóstolos más y por los apóstolos de Teófilo
de la vida del hombre más grande, y por los apóstolos de Teófilo

LOS MÁRTIRES.

CANTO UNDECIMO.

SUMARIO.

Atenas. Despedida de Cimodocea, de Eudoro y de Demócoco. Cimodocea se embarca con Doroteo para Jope, y Eudoro para Ostia. La Madre del Salvador envia á Gabriel al ángel de los mares. Llega Eudoro á Roma; halla convocado el Senado para juzgar la causa de los cristianos, y estos le eligen por su orador. Llega tambien á Roma Hierocles, y los sofistas le nombran para defender su secta y acusar á los cristianos. Simaco, pontífice de Júpiter, debe hablar al Senado en favor de los antiguos dioses de la patria. Discursos de Simaco, de Hierocles y de Eudoro. Diocleciano consiente en dar el edicto de persecucion, pero quiere que se consulte antes á la Sibila de Cumas.

CANTO XI.

I.

SOBRE un caballo Tésalo brioso
El hijo de Lastenes caminaba
Hacia Argos por camino montañoso.
La fe con el amor su alma llenaba
De sentimiento noble y generoso;
Y el Señor que ensalzarse meditaba,
Por los sitios mas célebres le lleva,
De la nada del hombre triste prueba.

II.

Por altas cumbres áridas errante,
 Del grande Rey (1) la herencia antigua hollára,
 Y oprimiendo tres soles del pujante
 Corcel los lomos, fatigado entrára
 A reposarse en Argos breve instante.
 Estos sitios en que antes resonára
 El nombre de los héroes mas famosos,
 Ahora pueblan escombros silenciosos.

III.

Las puertas solitarias vió en seguida
 De Micenas, y el túmulo ignorado
 De Agamenon; solo en Corinto cuida
 De ver el monumento celebrado
 En que la voz de Pablo fuera oída.
 Atravesando el istmo despoblado,
 Los atléticos juegos se recuerda
 Que Píndaro (2) cantó con suave cuerda.

IV.

De la pia muger que recibiera
 Los huesos de Focion, buscó en Megara
 El hogar; en Eléusis todo viera
 Desierto; en Salamina solo hallára
 Una pequeña barca en la ribera.
 Mas cuando al monte Pécilo llegára
 Y de Atenas avista el valle ameno,
 De pavor se sintió y sorpresa lleno.

V.

La hermosa ciudadela levantando
 Sus torres á las nubes, parecia
 Servir de base al templo venerando
 De Minerva; en su falda se extendia
 Atenas mil columnas ostentando;
 De este cuadro el Himeto el fondo hacia,
 Y el olivo á Minerva consagrado
 Ceñia su ciudad á todo lado.

VI.

Atravesando Eudoro el cristalino
 Céfiso, preguntó por el paseo
 Del jardín de Academo: su camino
 Le trazan varia tumba y mansoleo;
 Allí ve los sepulcros del divino
 Trasíbulo, Canon y Timoteo,
 Jóvenes en temprana edad segados,
 En los patrios altares inmolados.

VII.

La estatua del Amor á Eudoro indica
 Del jardín de Platon la entrada: Adriano,
 En lugar de aquel sabio, ahora explica
 De un hombre delirante el sueño vano.
 Cubierto con su escuálida pellica,
 La alforja al hombro, y el hasten en mano,
 El Cínico al Platónico insultaba
 Que gran manto de púrpura arrastraba.

VIII.

De otro lado el Estoico revestido
 De negro balandran, la guerra hacia
 Al sectario Epicúreo ceñido
 De guirnaldas. La escuela reteñía
 Con disputas, clamores y ruido,
 Con voces y confusa algarabía,
 Que á esto entonces llamaban en Atenas
 El canto de los Cisnes y Sirenas.

IX.

Eudoro este retiro atravesaba,
 Su amigo Doroteo en él buscando:
 La turba de sofistas le rodeaba
 Greyéndole un adepto, y deseando
 Atraerle á su secta, le llenaba
 De términos ignotos, presentando
 La ciencia en el lenguaje de los necios;
 Mas de Eudoro atrajeron los desprecios.

X.

Por fin con Doroteo se encontrára
 En un bosque de plátanos regado
 Por un manso raudal; allí se hallára
 Con diversos amigos. A su lado
 Gregorio de Nazianzo se repara
 De poético númen animado, (3)
 Y Juan por su elocuencia y el sonoro
 Tono de voz llamado *Boca de oro*. (4)

XI.

En sus dulces modales daba muestra
 Con su hermano, Basilio (5) que heredaba
 La piedad de sus padres; á su diestra
 El sobrino del Cesar paseaba,
 Juliano, de semblante y faz siniestra,
 Y un andar convulsivo que indicaba
 La inquietud de su alma corrompida, (6)
 De Lampridio en las máximas imbuida.

XII.

Así que Doroteo ve á su amigo,
 Dejando á los demás, luego le lleva
 A donde pueda hablarle sin testigo.
 «Nada alegre, le dice, te es la nueva
 »Que traigo de la corte: tu enemigo
 »De un triunfo anticipado el gozo prueba.
 »Tarde ó temprano abdicará Dioclés,
 »Por Galerio excitado y por Hierocles.

XIII.

«Porque su inicua trama tenga efecto,
 »La ruina del cristiano está dispuesta:
 »Tal fué de aquel apóstata el proyecto.
 »El censo practicado manifiesta
 »Su número crecido, y el Prefecto
 »No cesa de escribir que una funesta
 »Revolucion fermenta en el imperio;
 »Si pronto no se toma un medio serio.

XIV.

«Constantino hasta aquí con su influencia
 »Ha podido frustrar su plan infando,
 »Mas ya triunfa Galerio. Tu presencia
 »Desea con anhelo, confiando
 »Le ayudes con tu brazo y tu prudencia;
 »Marcelino también te está aguardando;
 »De los fieles poniendo la esperanza
 »En tu fama, servicios y privanza.»

XV.

Eudoro da á su vez cuenta á su amigo
 De todo lo que en Grecia habia pasado;
 Y este le prometió llevar consigo
 Su esposa, por librarla del malvado,
 Y buscarla de Elena el alto abrigo.
 Un baje en el puerto habia anclado:
 La partida señala Doroteo.
 Al tercer día del Panateneo;

XVI.

Para esta fatal época viniera
 Demódoco con su hija tristemente,
 Y en el templo Minérvico le diera
 Hospedaje un Pritano su pariente.
 A Eudoro el docto Pisto recibiera,
 Pontífice de Atenas eminente,
 Cuya ciencia despues brilló en Nicea,
 La mas santa y magnífica asamblea.

XVII.

A su esposa en la víspera previno,
 Eudoro de la marcha el día aciago,
 Porque todo esté pronto. La hora vino,
 Atrevesando Eudoro el Arcopago,
 Donde anunció el Apóstol el Dios trino,
 Que el Ateniense conocia en vago. (7)
 Sube á la ciudadela, al espaciado
 Pórtico del templo mas suntuoso.

XVIII.

Nunca puso sus ojos en escena
 Tan grandiosa. Delante se ofrecia
 Con sus pompas y mármoles Atena,
 El monte Himeto hacia el oriente erguia
 Su cúspide radiante en luz serena;
 El Ycaro al poniente se abatía,
 Dejando aparecer á sus espaldas
 Del sacro Citeron las verdes faldas.

XIX.

Del Pentélico al norte la colina
 Se abraza con el Périmeto eminente;
 Al sud el mar, Pirco, playa Egina,
 Y costas de Epidauro. En su poniente
 Febo con su luz fúlgida ilumina
 Este horizonte claro y esplendente
 Que la patria rodea á todas partes
 De los dioses, los heroes y las artes.

XX.

Atenas en el centro reposaba
 De este valle soberbio, presentando
 Sus columnas que el tiempo respetaba.
 El sol hacía las olas caminando
 El templo de Minerva iluminaba
 En los escudos persas reflejando,
 Pareciendo animar sus luces puras
 Los relieves de Fidias y esculturas.

XXI.

Añadid el bullicio que la fiesta
 Por la ciudad y campo difundía;
 La Canéfora (8) allí va á la floresta;
 El carro hacía el estadio allá corría;
 Aquí la virgen tímida y modesta
 Un coro de doncellas dirigía;
 Allí el pueblo en tumulto se adelanta,
 Y de Aristogiton el himno canta.

XXII.

Del templo en el umbral se presentara
 Con su padre Cimódoce á este instante.
 En su túnica blanca, beldad rara,
 Los ojos garzos, virginal semblante,
 El Griego por Minerva la tomara
 Que envuelta en esplendor y luz radiante
 Al alto olimpo remontaba el vuelo
 Despues que el culto recibió en el suelo.

XXIII.

De pastro Eudoro mismo no podia
 Espresar de su alma el sentimiento,
 Y con vivo dolor llegar veia
 De los tristes adioses el momento.
 Mas ya en el horizonte aparecia
 La luna, hora en que el nauta espera el viento
 Para salir del puerto, y silenciosos
 A la playa caminan los esposos.

XXIV.

Las velas el navio estaba izando,
 Y de la chusma se oía el clamoreo
 Con grande esfuerzo y brio el ancla alzando,
 En el mar aguardaba Doroteo.
 A su hija Demódoco abrazando:
 «Este puerto, exclamó, como á Teseo
 »A su padre, á mis brazos te me arranca:
 »Yo no veré volver tu vela blanca!

XXV.

El par amante entonces le pidiera
 Les diese su postrera bendición:
 Un pié en la mar, el otro en la ribera,
 Ofrecer parecian libación.
 Demódoco á sus hijos bendijera
 Estrechado de pena el corazón,
 Que embargando su voz hablar le impide,
 Y de ellos con sollozos se despide.

XXVI.

A Cimódoce Eudoro sosteniendo
 Una carta la entrega para Elena,
 Y en su frente el beso último imprimiendo:
 «Sé cristiana, exclamó: mi gozo llena
 «Con mi amor mi ley santa recibiendo;
 «Y en la torre Gregaria, en la alta almena:
 «Alguna vez dirige una mirada
 «Al mar que me separa de mi amada.»

XXVII.

A la Homérica lleva el marinero,
 Y Eudoro a su bajel es trasportado.
 La flota sale al punto de Falero.
 El marino, de flores coronado,
 Bate el remo en grito placentero,
 Invocando á Palémon venerado,
 Las Nereidas y Tetis al poniente
 Toma Eudoro, y Cimódoce al oriente.

XXVIII.

La Madre de Jesús que protegía
 A la jóven doncella, esto mirando,
 Al ángel de la mar Gabriel envía,
 Para que solo sople un viento blando.
 El arcángel oyó con alegría
 Su orden, y las alas desplegando,
 Mas veloz que la luz del cielo hiende,
 Y al fondo del océano descende.

XXIX.

En las fuentes del píelago profundo;
 En el seno de la onda vírticosa,
 El Ángel de los mares trémebundo
 En un antro de pórvido reposa;
 Cuando el alto Hacedor criara el mundo
 Y el límite fijó de la agua undosa,
 Consigo lo llevó, y le fué mostrando
 El imperio que luego dió á su mando.

XXX.

El fué el que en el horrible cataclismo (9)
 Que en océano el orbe convirtiera,
 Abrió las cataratas del abismo
 A la orden que el Señor le dirigiera;
 El las cerró á su mando al punto mismo.
 Segunda vez, al fin del mundo, espera
 Que la luna y el sol no den su lumbré,
 Para hacer rodar la onda en la alta cumbre.

XXXI.

Sentado en el origen de los rios,
 Regla su curso, y su caudal aumenta
 Cuando dejan sus márgenes bravios;
 El dirige la nube y la tormenta;
 Conoce los escollos y bajos;
 Dos veces cada día el mar fermenta,
 Y otras tantas al año lo equilibra
 Hacia el astro que luz fulgente vibra.

XXXII.

Gabriel entra en sus senos escondidos:
 Naciones nuevas, nuevos continentes
 Duermen en el abismo sumergidos.
 ¡Cuántos monstruos de razas diferentes
 Jamás de los mortales conocidos!
 ¡Qué ráfaga de vida las simientes
 Anima en las tinieblas! ¡Qué de restos:
 De naufragios también se hallan funestos!

XXXIII.

La grandeza y poder Gabriel admira
 De Dios, y se lastima del humano.
 Bien pronto al Ángel de las ondas mira
 Sentado sobre el solio, en una mano
 El cetro con que el mar calma su ira,
 Y los vientos reprime soberano:
 La verde cabellera de esmeralda
 Le cubria los hombros y la espalda.

XXXIV.

Un saludo Gabriel le hace fraterno:
 «Ángel temible! el manda que confía
 «A tu poder y luces el Eterno,
 «Muestra bien tu elevada jerarquía.
 «¡Qué mundo tan distinto! ¡Qué gobierno
 «Fundó en él la eternal Sabiduría!
 «Dichoso tú que sabes los misterios
 «De estos vastos y lóbregos imperios.»

XXXV.

- »Divino mensajero! respondiera,
 »El Ángel de los mares: tu llegada
 »Me llena de placer, sea el que quiera,
 »El objeto y razon de tu embajada.
 »Para admirar la ciencia del que impera
 »Por mi mano en esta húmeda morada,
 »Preciso fuera verle en el momento
 »Que puso de este imperio el fundamento.

XXXVI.

- »Cuando la onda en dos partes dividia,
 »Y el abismo cavó que el mar encierra,
 »A todos sus consejos asistia.
 »El calma el buracan, los vientos cierra,
 »Del océano enfrena la osadía,
 »Y al quererse lanzar sobre la tierra,
 »Le hace oir esta voz omnipotente:
 »No pases adelante: aquí detente!

XXXVII.

- »Florestas de coral plantó en las peñas,
 »Y del seno de un túbido elemento
 »Ha hecho aparecer islas risueñas;
 »En su fondo inspiró vital aliento;
 »Vivientes de mil clases y mil señas
 »Pueblan sus ondas; él cubrió al sangriento
 »Leviatan (10) de una férrea loriga,
 »Y en su fondo á jugar con él le obliga.

XXXVIII.

«Apresúrate, ó siervo de María,
 «Dí qué orden de esa Reina bella y pura
 «A estas cavernas móviles te guía.
 «¿ Los tiempos se han cumplido por ventura?
 «¿ De amontonar las nubes llegó el día?
 «¿ A los vientos daré nueva bravura?
 «¿ O abriendo las esclusas del abismo,
 «Causar debo otro nuevo cataclismo?»

XXXIX.

«Nuevas traigo de paz y no de guerra;
 «Dice Gabriel: al hombre ama el Eterno,
 «La Cruz va á tremolar sobre la tierra,
 «Y Lucifer á entrar en el infierno.
 «Entre los vientos que tu gruta encierra,
 «Quiere María envíes el más tierno,
 «Que conduzca á los puertos los esposos
 «Que ves dejan la Grecia presurosos.»

XL.

«De la estrella del mar se cumpla el mando,
 (Dice el Ángel que rige mar y viento)
 Inclinándose al nombre venerando)
 «Al lugar baje luego del tormento
 «Satanás con su horrible y negro bando,
 «Ya que á veces con grande atrevimiento
 «Me suelta á mi pesar los huracanes
 «Que tengo que encerrar con mil afanes.»

XLI.

Dice, y abriendo luego con su llave
La caverna en que el viento tiene atado,
Solo suelta el mas blando y mas suave,
El Favonio de aromas perfumado,
Que dirige sobre una y otra nave,
Y con un horizonte despejado,
Las dos siguiendo rumbo diferente,
Hacia el puerto caminan igualmente.

XLII.

Con tan benigno influjo la ribera
Toca Eudoro de Italia, y el camino
Toma de la ciudad donde le espera
Con desco impaciente Constantino.
En solemne sesion la curia entera
Iba á tratar la suerte y el destino
De la Iglesia: Diocles otorgára
Quien por esta en la junta perorára.

XLIII.

El concilio cristiano reunido
Suplicaba al Señor con vehemencia
Que un defensor les diese distinguido
Que contrastar pudiese la elocuencia
De Simaco, orador esclarecido.
Mas luego que supieron la presencia
De Eudoro, al Señor todos bendigieron,
Y de comun acuerdo le eligieron.

XLIV.

Entre los oradores eminentes
 Que en aquella sazón en Roma había,
 Sínaco (11) era el mas sabio y afuente.
 Su facundia triunfante parecía
 A un río que arrebatara en su corriente
 Cuanto obstáculo encuentra su ufania.
 Pontífice de Jove, fué nombrado
 Para abogar su causa en el Senado.

XLV.

En tanto que llegaba este momento
 Que decidir debía del cristiano,
 A Roma vino Hiérocles sangriento,
 Sabiendo que su empresa fuera en vano
 Para robar á Eudoro su contento
 Que salvar consiguió con fuerte mano,
 Supo tambien que á Roma habia ido,
 Y en pos suya partiera enfurecido.

XLVI.

El bando de sofistas arrogante
 Que en materias de culto presumia,
 Corresponderle un voto relevante,
 Ser oído en la junta pretendia.
 Diocles les otorgó un representante.
 Así se poseyeron de alegría
 Al saber que el Prefecto era llegado,
 Y el cargo de orador le fué acordado.

XLVII.

El día que juzgar debe la suerte
De la mitad del orbe conocido;
Día de asolacion, día de muerte,
Del cielo, infierno y tierra tan temido
Amaneció por fin: no bien se advierte
Del alba el primer rayo esclarecido,
Y ya del Capitolio las entradas
Por la guardia Pretoria están tomadas.

XLVIII.

De tan grande espectáculo curioso
Un pueblo inmenso se halla derramado
A lo largo del Tíber caudaloso,
Teatro de Marcelo dilatado,
El templo de Estatór, Foro espacioso,
Corriendo á toda parte apresurado
Para ver el magnífico cortejo
Al pasar á la sala del consejo.

XLIX.

Saliendo de las Termas Diocleciano
Se avanza al Capitolio cual si fuera
A triunfar del Egipto ó Marcomano:
Extrema languidez su rostro altera,
Signo de muerte próxima, y en vano
Color postizo á su semblante diera;
A través de esta máscara prestada
Se traslucen los rasgos de la nada.

L.

En un carro soberbio, rodeado
De todo el fausto de Asia, le seguía
Galerio, en estatura agigantado.
Sobre un bello corcel luego venia
Constantino, del pueblo idolatrado,
Y todas sus miradas atraía.
El orador despues con aire serio
Seguia á estos tres dueños del imperio.

LI.

El antiste de Jove, á quien llevaba
El cuerpo de Flaminés, precedido
De Augures y Vestales, saludaba
De paso al pueblo. Hiérocles erguido
En litera despues de aquel marchaba
Con Porfirio y con Jámblico, seguido
De un tropel de sofistas, como él necios,
Y del pueblo atraían los desprecios.

LII.

Eudoro en fin el último venia,
A pié, solo, talante mesurado,
Como quien en sus hombros sostenia
El peso del cristiano infortunado.
El pueblo en su semblante conocia
Al que habia en estatuas celebrado;
El fiel su defensor en él miraba,
Y de mil bendiciones le colmaba.

LIII.

En medio el Capitolio se repara
 La sala circular que á la memoria
 Del gran César Augusto dedicára.
 En ella está el altar de la Victoria,
 La militar columna que declara
 Con símbolos de Roma la alta gloria,
 De Rómulo la célebre armadura,
 Y de una loba broncea la figura.

LIV.

En torno de los muros suspendido
 Se veía del Cónsul el retrato;
 De Publícola el justo, el distinguido
 Fabricio, del sencillo Cincinato,
 De Emilio y Ciceron esclarecido,
 De Marcelo, Caton, Fabio sensato;
 Nombres grandes que Roma veneraba
 Cuanto de sus virtudes se alejaba.

LV.

Esta sala famosa la palestra
 Va á ser de fiera pugna. Diocleciano
 Sube al trono, y Galerio va á su diestra
 Con feroz continente y aire ufano;
 Constantino se sienta á la siniestra;
 Por su orden, de frente al soberano,
 Se colocan despues los senadores,
 Y en el medio se ven los oradores.

LVI.

El atrio y el vestibulo llenára
 De tropa y pueblo inmensa concurrencia.
 Al demonio y al ángel acordára
 El Señor tomar parte en la pendencia.
 Al instante en la turba se mezclára
 Aquel para excitar la efervescencia,
 Sublevar la pasión, cegar el alma,
 Este para ilustrar y poner calma.

LVII.

Un toro blanco fué primeramente
 Sacrificado á Jove. Diocleciano
 Dirige una señal, y el elocuente
 Símaco está de pié: el pueblo Romano
 Aplande al orador sabio, afluyente;
 El impone silencio con la mano,
 Y dando á su elocuencia vasto curso,
 Principia de este modo su discurso:

LVIII.

«Clemente Emperador, César triunfante,
 »Si jamás habeis dado clara prueba
 »Que el corazón de un Príncipe reinante
 »El gérmen de los Dioses en sí lleva,
 »Es en este negocio interesante:
 »¿Debemos proscribir la secta nueva?
 »¿Dejaremos que en paz su culto siga?
 »Esta la gran cuestion que se litiga.

LIX.

»Que el gran Jove me libre en su clemencia,
»De arrancar una lágrima á un humano,
»Mucho mas de aclamar la violencia!
»¿Por qué perseguiremos al Cristiano?
»El cultiva las artes y la ciencia,
»Es guerrero leal, buen ciudadano,
»Útil á la nacion, justo, industrioso,
»Buen padre, fiel amigo, casto esposo.

LX.

»Por otra parte, el medio violento
»Lejos de convertirlos ó acabarlos,
»No hace mas que prestarles nuevo aumento.
»¿A nuestro patrio altar quereis ganarlos?
»Desterrad el verdugo y el tormento,
»Abrirles nuestros templos, exhortarlos,
»Traedlos al altar de la concordia,
»No al de la crueldad y la discordia.

LXI.

»La justicia y razon, ved, no lo oculto,
»Nos mandan ser humanos y clementes.
»Mas la piedad nos liga á nuestro culto.
»No todos los cristianos son prudentes:
»Algunos se permiten el insulto.
»A nuestros Dioses patrios eminentes;
»Otros con su doctrina y sus ejemplos
»Hacen dejar á muchos nuestros templos.

LXII.

- »He aquí el solo cargo que en justicia
 »Puedo hacerles, fundado en la experiencia.
 »Mas antes de acudir á la sevicia,
 »Mostrémosles de Jove la clemencia:
 »Reconozcan su falta y su injusticia
 »En provocar un culto cuya erència
 »Ha hecho á nuestra patria poderosa,
 »Adquiriéndola el nombre de piadosa.

LXIII.

- »Verdad fué en todas épocas notoria
 »Que el culto de los Dioses elevára
 »A Roma al apogeo de su gloria.
 »Todo genio benéfico su ara
 »Tuvo en ella: la Paz y la victoria,
 »Astrea, Amor filial, Libertad cara,
 »Dios Término que solo en el senado
 »Del olimpo ante Jove está sentado.

LXIV.

- »Si quereis remontar al nacimiento
 »De nuestra ilustre patria, ved su historia
 »En esa ancha campiña de Laurento.
 »¿Olvidaréis jamás de la memoria
 »Que una Deidad en ella tuvo asiento?
 »El Lacio.... ¡ah! su nombre hace su gloria, (12)
 »Y dando asilo al Númen el Romano
 »Heredó un corazon noble y humano.

LXV.

»¿Quién no admira de Jove el poderío
 »Al ver la rapidez con que elevára
 »Nuestra patria á tan alto señorío?
 »De tres pequeñas fuentes se formára
 »Del imperio Romano el ancho río:
 »Alva, de los Curiaños patria cara,
 »Los Arcadios traídos por Evandro,
 »Y Eneas fugitivo de Scamandro.

LXVI.

»Y este Dios que operó tanto portento;
 »Y siempre á nuestros padres fué propicio;
 »Este Dios que inspiró con sacro aliento
 »Al divino Catón, Numa, Fabricio;
 »Que en este Capitolio tiene asiento,
 »Del esplendor de Roma grato auspicio;
 »Este Dios que mostró tanta grandeza,
 »¿Será un Dios sin poder ni fortaleza?

LXVII.

»Romano al nuevo culto seducido,
 »¿Cómo olvidar pudiste en un instante
 »Esta santa creencia en que has nacido?
 »¿Cómo dejar su culto tan brillante
 »Por adorar á un Dios desconocido?
 »Mira que abandonando al gran Tonante,
 »Y dejando sus templos y sus aras,
 »De tus padres, de Roma te separas.

LXVIII.

» Yo no pido por fin, Príncipe augusto,
 » Que ese pueblo en su ley sea forzado.
 » Su Dios dicen que es Dios clemente y justo:
 » Con Jove en el Panteon sea adorado.
 » Mas no sea con Júpiter injusto.
 » Príncipe, César, inclito Senado,
 » Sed con ellos clementes y piadosos,
 » Sean ellos con Jove religiosos.»

LXIX.

Simaco su oracion así acabára;
 La Victoria acató con reverencia,
 Y en medio del senado se sentára.
 Diversos pareceres su elocuencia
 En toda la asamblea provocára.
 Los unos, admirando su afluencia,
 A Hortensio ó Ciceron oír creían;
 Otros de humano y débil le argüían.

LXX.

Todo era movimiento: allí el guerrero
 Su casco y sus penachos agitaba;
 El senador su toga, el agorero
 Su cetro: en todas partes se escuchaba
 Un confuso rumor: con aire fiero
 De indignacion Galerio muestras daba,
 Constantino al contrario de alegría,
 Solo Augusto impasible parecia.

LXXI.]

Los ángeles de luz, aprovechando
 Del discurso de Simaco é indulgencia,
 Por medio de la junta iban volando
 Para excitar la paz y la clemencia.
 De su triunfo Satán desesperando,
 Viendo serle contraria la elocuencia
 Del antiste de Jove, en la osadía
 Del sofista su causa solo fia.

LXXII.]

Hierocles se levanta: breve instante
 Cubierto con su manto está callado.
 Con gesto pensativo y arrogante,
 En todas las argucias iniciado
 De una falsa elocuencia; petulante,
 Astuto al mismo tiempo y solapado,
 Doble, mordaz, hipócrita, sofista,
 Tal era el temerario antagonista.

LXXIII.]

El Genio del error, aparentando
 La figura de un sabio, se le llega
 Al lado, su discurso autorizando,
 Sus brazos de repente aquel despliega;
 Echa el manto á la espalda; saludando
 A Augusto y á Galerio, al suelo pega
 Con su frente, las manos sobre el pecho:
 En seguida comienza á hablar derecho.

LXXIV.

«Prole eterna de Jove, Diocleciano,
 «Augusto, octavo Cónsul, muy clemente ;
 «Muy divino y muy sabio soberano ;
 «Maximiano Galerio, descendiente
 «De Alcides, Triunfador, César, Humano,
 «Sabio ilustre, Filósofo eminente ;
 «Senado venerable, en ciencia lleno,
 «Mi voz permitis se oiga en vuestro seno

LXXV.

«Con tanto honor turbado, de otra parte
 «Escaso en el saber, de corta ciencia ;
 «Faltárame el aliento si un baluarte
 «No fuese á mi humillad vuestra clemencia.
 «Mas en mi la verdad suplirá al arte.
 «Desnuda del disfraz de la elocuencia
 «Trataré de ponerla en claro día,
 «Llevando la razon solo por guía.

LXXVI.

«Apenas el acaso produjera
 «Los hombres, principió la sociedad.
 «Un instinto comun los reuniera.
 «La guerra sucedió á la propiedad.
 «El hombre inventó el Dios que comprimiera
 «Las pasiones agenas y maldad.
 «La religion hallada, los tiranos
 «Supieron añadirla sueños vanos.

LXXVII.

»Luego olvidando el hombre el nacimiento;
 »De los Dioses, creyendo en su existencia;
 »Tomó por general consentimiento
 »Ese unánime error. La fraudulencia
 »Del tirano al engaño da fomento,
 »Levantando su altar á la Clemencia;
 »A fin que el pueblo esclavo é infelice
 »Sus penas con el cielo suavice.

LXXVIII.

»Primero engañador, luego engañado;
 »De su ídolo el Pontífice se prenda;
 »El jóven de las gracias que ha adorado,
 »Forma nueva Deidad; también su ofrenda
 »Presenta á su dolor el desgraciado.
 »Los ánimos ajita la contienda,
 »Y de aquí el fanatismo tiene origen,
 »El mayor mal de los que al hombre afligen.

LXXIX.

»Qué de ruinas causaron, y qué de estragos,
 »Tan solo numerarlos podré apenas.
 »El incendió por medio de los Magos
 »Los altares de Menfis y de Atenas.
 »Días mas tristes, dias mas aciagos
 »Dió á la Grecia labrando sus cadenas.
 »Quizá á Roma igual suerte se destina
 »Si se deja extender esa doctrina.

LXXX.

»Porque ya es tiempo, ó César, que á los ojos
 »Os ponga de esa secta el grande riesgo
 »Que pretende cargar con los despojos
 »De las otras. Bien sé cuanto me arriesgo
 »Concitando su ira y sus enojos.
 »¿Mas podré tomar yo distinto sesgo?
 »¿Aquel que de filósofo hace alarde,
 »En decir la verdad será cobarde?

LXXXI.

»Un pueblo conoceis que separára
 »De los demás su lepra y su desierto;
 »Y que el divino Tito esterminára.
 »En el engaño y fraude un Moisés experto
 »Con robos y con muertes lo sacára
 »Del Egipto, y obrando de concierto
 »Con su hermano Aaron, le prometierá
 »Una tierra que leche y miel fluyera.

LXXXII.

»Mas despues de cuarenta años de errantes,
 »A un misero pais sus tribus guía
 »Donde hace degollar los habitantes.
 »Allí esta gente páfida vivía
 »De robos, muertes, crímenes constantes,
 »Estupros y adulterios. ¡Quién diría!
 »De esta raza feroz, abominanda,
 »Nace otra mas diabólica y nefanda.

LXXXIII

»Aquel pueblo fanático y grosero
 »Vivia en el error que un Rey potente
 »Debia someterle el mundo entero.
 »El rumor se difunde de repente
 »Que la pobre muger de un carpintero
 »Diera á luz á este Rey; mas solamente
 »Unos simples pastores lo creyeron,
 »Y á adorar su Mesías acudieron.

LXXXIV.

»Este Cristo vivió oculto treinta años
 »De pobreza sufriendo los rigores;
 »Luego empezó á clamar, y con engaños
 »Pudo atraerse doce pescadores.
 »Sus fraudes sin embargo y sus amaños
 »No pudieron hacer que á sus errores
 »No siguiese un castigo ignominioso,
 »Condenado á morir por sedicioso.

LXXXV.

»Habiendo sus Apóstoles robado
 »Su cadáver, proclamán á la plebe
 »Que habia su Jesús resucitado.
 »Siempre crédulo el pueblo; siempre leve,
 »Recibe esta mentira entusiasmado;
 »El error se difunde, y vez que en breve
 »Se forma y se propaga en todo el mundo
 »Esa secta de origen tan inmundo.

LXXXVI.

»Con principio tan bajo corresponde
 »Su culto, y esas prácticas nefandas
 »Que en las tinieblas de la noche esconde. (13)
 »Ellos tienen sus juntas execrandas
 »En subterráneos lógobres, en donde
 »Celebran un festín cuyas viandas
 »Son las carnes de un niño, y la bebida
 »La sangre de un anciano allí vertida.

LXXXVII.

»Acabado el festín, abren la puerta,
 »Y unos perros las luces derribando,
 »Principian los horrores que no acierta
 »Mi lengua á pronunciar. ¡Caso nefando!
 »Ardiendo en torpe amor, con marcha incierta
 »Padres hijas, hermanas van buscando,
 »Poniendo la virtud de sus misterios
 »En variar los incestos y adulterios.

LXXXVIII.

»Mas la moral no solo se resiente
 »De sus torpes costumbres; el Estado
 »De su prava influencia el peso siente.
 »La familia donde ellos han entrado
 »Luego arde en discusiones. Su insolente
 »Orgullo, al verse impunes, ha llegado
 »A insultar nuestros Dioses, nuestros lares,
 »Y á querer derribar nuestros altares.

LXXXIX.

»No se piense de aquí que yo defiendo
 »Deidades que crearon en su infancia
 »Los pueblos; mas un culto haber debiendo,
 »El de Jove merece la observancia.
 »Guerra pues á ese bando torpe, horrendo,
 »Y pues con él no sirve tolerancia,
 »La sangre correrá, que en la tortura
 »El remedio hallarán de su locura.

XC.

Apenas el Sofista ha concluido,
 Galerio hace la seña con su mano
 De aplauso: de cólera encendido,
 Ya parece dictar contra el cristiano
 La sentencia de muerte. Estremecido
 Su palma eleva al cielo el cortesano;
 Su guardia tiembla cual si ya mirára
 La Victoria caída de su ara.

XCI.

El pueblo con espanto repetía
 Los incestos nocturnos, y el nefando
 Festin de humanas víctimas. La impía
 Caterva de sofistas rodeando
 Su digno defensor, le encaecía
 Hasta el cielo su mérito ensalzando:
 «Este es, dicen, el sabio verdadero,
 »Después del grande Sócrates primero.»

XCH.

Agitando Satán la infernal tea,
 El furor y la cólera inflamaba
 Discurriendo por toda la asamblea:
 Solo Diocles inmóvil continuaba,
 Como un bajel anclado en la marea
 Se resiste al vaiven de la onda brava
 Con el peso del ancla y grueso cable,
 Así Augusto pareco imperturbable.

XCHL.

En medio de tumulto semejante,
 Sin dar muestras de miedo ó cobardia,
 Eudoro se levanta: en el instante
 Sus ojos vuelven todos á porfia,
 Vanamente buscando en su semblante
 Que una santa tristeza embellecia,
 La expresion de los crímenes é incestos
 Al cristiano por Hidrocles supuestos.

XCIV.

Cuando unos cazadores van siguiendo
 Por la márgen del río buitre errante,
 En su lugar un cisne descubriendo
 Que se baña en las olas ondulante,
 Sorprendidos su curso deteniendo,
 Admiran la blancura deslumbrante
 Del pájaro á las Musas ofrecido,
 Y paran á su canto atento oído.

XCV.

El cisne del Alfeo melodioso
 No tarda en dar á oír su dulce acento.
 En torno suyo el ángel luminoso
 Forma un cerco invisible, y le da aliento.
 Luego haciendo un saludo respetoso
 A Augusto y César, sin buscar de intento
 Captarse los aplausos del concurso,
 Principia con llaneza su discurso.

XCVI.

«Augusto, César, inclito Senado,
 »Habiendo de invocar vuestra justicia
 »Por un pueblo inocente y desgraciado,
 »No escusaré mi falta de pericia.
 »Mas hecho á los peligros de soldado,
 »Que á disfrazar con frases la injusticia,
 »No pediré con pérfida oratoria
 »Victimas sin honor, muertes sin gloria.

XCVII.

»Grato á Símaco soy por su indulgencia.
 »El respeto á mis Príncipes debido
 »Me comanda el silencio en su presencia.
 »Sobre el culto á los ídolos rendido,
 »Permitase no obstante la advertencia
 »Que Camilo y Cipión grandes no han sido
 »Por frecuentar de Júpiter los templos,
 »Ni por haber seguido sus ejemplos.

XCVIII.

»Mas tal es la benéfica influencia
 »De toda religion, que un hombre pio,
 »Cual Símaco, da muestras de clemencia;
 »En tanto que un incrédulo, un impío,
 »Que hasta del Ser supremo la existencia
 »Llega á negar con loco desvarío,
 »Se atreve á proclamar con labio inmundo:
 »Que se llene de sangre medio mundo.

XCIX.

»Si es en todas las causas de gran peso
 »El caracter ingenuo del testigo,
 »No dudo del buen éxito y suceso
 »A Símaco teniendo por amigo.
 »¿Podria acaso serle un contrapeso
 »La impiedad de un ateo, un enemigo,
 »Que ofende, como veis, todos los cultos?
 »Permitid que responda á sus insultos.

C.

»No daré, como nuestro antagonista
 »Del origen social tan rara idea,
 »Propia solo del genio de un sofista.
 »Nada de esto interesa á la asamblea
 »Para que en refutarlo ahora insista.
 »¿La moral ó política desea
 »En el culto cristiano alguna cosa?
 »La presente cuestion aqui reposa.

CL.

»La Moral: ¿qué otro culto una doctrina
 »Tan pura nos presenta, y ley mas santa,
 »Con mas sabia y perfecta disciplina?
 »Si ya en sí no tuviese prueba tanta
 »De ser su fundacion obra divina,
 »Su virtud y pureza sacrosanta
 »Forzâran á los débiles mortales
 »A ver aquí del cielo las señales.

CII.

»Por su pasion el hombre al mal propenso;
 »(¡Funesta consecuencia del pecado!)
 »Y envuelta su razon en humo denso,
 »Las verdades mas simples ha olvidado.
 »Sócrates y Epitecto con inmenso
 »Trabajo alguna máxima han hallado;
 »Y nuestra ley ofrece á un solo punto
 »De sentencias sublimes el conjunto.

CIII.

»Ella enseña á los hijos sus deberes
 »Con los padres; da amor al casto esposo,
 »Pudor y lealtad á las mugeres;
 »Refrena al avariento y orgulloso;
 »Condena los ilícitos placeres;
 »Excita á sentimiento generoso,
 »Y, lo que hace la ciencia del cristiano,
 »Su prójimo amar manda como hermano.

CIV.

- »Si su moral es santa é imoluta,
 »El culto aun es mas puro y venerado
 »Con que al único Dios honor tributa.
 »En vez de ese misterio abominando
 »Que el error ó columna nos imputa
 »Con una secta impura (14) equivocando,
 »En el culto cristiano resplandece
 »La santidad del Dios á quien se ofrece.

CV.

- »¡Que no me fuera licito el arcano!
 »Mostrar de sus misterios emulentes!
 »Mas sabed que en sus juntas el cristiano
 »Dirije al cielo súplicas fervientes
 »Por la patria, y salud del soberano:
 »Que todos serle juran obedientes,
 »Prefiriendo la muerte y el tormento
 »Antes que violar su juramento.

CVL

- »Allí aprende el cristiano á ser sufrido;
 »Y ved como se explica el gran misterio,
 »Que su número siendo tan crecido
 »Que llena la mitad de vuestro imperio,
 »Siempre humilde el martirio ha recibido,
 »Siempre sufrió paciente el improperio,
 »Acatando la mano que le oprime,
 »Cuando el hierro mortal sobre él esgrime.

CVII.

»Testigo esas legiones de guerreros
 »Que empuñando unas armas victoriosas,
 »Doblaron su cerviz como corderos;
 »Y cuando jamás fueron poderosas.
 »A hacer retroceder sus pechos fieros.
 »Falanges de enemigos numerosas,
 »Humildes se inclinaron bajo el yugo
 »Sin menester mas guardia que el verdugo.

CVIII.

»Este es el fiel, ó Príncipe glorioso,
 »Que Hierocles os ha representado.
 »Como súbdito infiel y sedicioso.
 »¿Cuándo un cristiano solo ha sido hallado
 »Que turbe de estos reinos el reposo?
 »¿Quién mas bravo jamás ha peleado
 »Por su patria, su Príncipe, su gloria,
 »Y alcanzado mas célebre victoria?

CIX.

»Es verdad, grande Augusto, que el cristiano
 »Resiste dar un culto que no aprueba
 »Su sacrosanta ley; que el soberano
 »Si la imagen de Dios grabada lleva,
 »No prescinde de ser mortal y humano.
 »Todo culto profano Dios reprueba,
 »Mandando venerar solo su nombre:
 »¿Es justo obedecer á Dios ó al hombre?»

CX.

Dice: y al retornar luego á su puesto,
 Se compone la toga, y al descuido
 Las cicatrices pone en manifesto
 De heridas que en la guerra ha recibido.
 ¿Quién podrá referir el contrapuesto
 Dictámen que en la junta ha producido
 El discurso de Eudoro? Todo era
 Admiracion, temor, cólera fiera.

CXI.

Segun el sentimiento diferente
 Que anima á cada uno, así opinaba
 De la arenga de Eudoro variamente.
 Del cristiano acusado este admiraba
 La inocencia y virtud que ve patente;
 Aquel por el contrario solo hallaba
 En la bella pintura de su culto
 A sus Dioses y altares nuevo insulto.

CXII.

Por la primera vez se vió el semblante
 De Augusto conmovido. La elocuencia
 Simple y noble del fiel sale triunfante
 Contra el vano sofista, y la afluencia
 Del antiste de Jove. Breve instante,
 Con el primer impulso, la sentencia
 Se creyó que iba á dar el soberano
 En favor de la Iglesia y del cristiano.

CXIII.

Mas el audaz Galerio, penetrando
La sensacion de su alma, prontamente
Le hace cambiar de idea, amenazando
Sublevar las legiones del oriente.
«¿Consentiré yo, dice, que ese bando
Que ha jurado mi ruina, impunemente
Sus sacrilegas manos en mí ponga,
Y á una muerte misérrima me exponga?

CXIV.

El viejo Emperador, acostumbrado
A ceder al carácter violento
De Galerio, se encuentra embarazado
En su resolucion: á este momento
El escudo de Rómulo colgado
Se corta y viene á dar sobre el asiento
De Eudoro: «Hasta los dioses el castigo
«Quieren, exclama aquel, de su enemigo.»

CXV.

Entonces Diocleciano, desoyendo
La voz de la razon y la prudencia,
El edicto promete dar horrendo.
Mas por calmar un tanto su conciencia,
Soportar sus clamores no pudiendo:
«Quede, dice, en suspenso la sentencia
«Mientras tanto que sea consultado
«De Cumas el oráculo sagrado.»

CXVI.

Diciendo estas palabras, se levanta
 Y deja el Capitolio en su ufanía;
 Hierocles con Galerio el triunfo canta;
 El demonio da un grito de alegría;
 El ángel del Señor con pena santa,
 Cual su estado dichoso permitia,
 Se vuela ante las plantas del Eterno,
 La victoria esta vez dando al infierno.

CXXI.

El vago Esquivador, con rumbo al viento,
 A color al carácter violento
 De Galieno, se resaca en la arena
 En su resaca a la arena se resaca
 El resaca de Hierocles en la arena
 Se resaca y se resaca en la arena
 De Hierocles en la arena se resaca
 En la arena se resaca y se resaca



Hierocles, el vago Esquivador,
 En la arena se resaca y se resaca
 El resaca de Hierocles en la arena
 Se resaca y se resaca en la arena
 De Hierocles en la arena se resaca
 En la arena se resaca y se resaca
 De Hierocles en la arena se resaca
 En la arena se resaca y se resaca

NOTAS.

Octava II.

Del grande Rey la herencia antigua hollára,

(1) Agamenon, Rey de Micenas, llamado el grande Rey, ó Rey de Reyes, porque fué el jefe del ejército griego. A la vuelta del sitio de Troya fue asesinado por Egisto, y enterrado en Micenas.

Octava III.

Que Píndaro cantó con suave cuerda.

(2) Véase á Píndaro, od. Isthm.

Octava X.

De poético númen animado,

(3) El Abate de Billy ha publicado ciento cincuenta y ocho composiciones poéticas de S. Gregorio Nacianceno; Santiago Tallia dió á luz otras veinte, intituladas *Carmena Cyrena*, ya sea por la dulzura de su estilo, ya porque las compuso el santo en su vejez; y el insalvable Muratori, bibliotecario del duque de Modena, publicó en Padua en 1709, doscientos veinte y siete epigramas del mismo santo, de que no había tenido noticia el Abate de Billy.

Ibidem.

Tono de voz llamado Boca de oro.

(4) Esto significa en griego el nombre de *Cristatomo*: apellido que se dió á este santo arzobispo de Constantinopla por las gracias y energía de su elocuencia. Nació S. Juan Crisostomo en el año de 344, y en por lo tanto muy posterior al tiempo en que se supone vivió Eodoro; pero el autor sacrificó este y otros anacronismos al deseo de reunir en su poema los nombres más célebres de la antigüedad.

Octava XI.

Con su hermano, Basilio que heredaba

(5) San Basilio el Grande, y San Gregorio Nuncio hermanos. El autor dice, que estos dos santos mostraban una inclinación decidida hácia la religión que

habían profesado Justino el Filósofo y Denísio el Arcopagita; con lo que parecen suponer que no eran todavía cristianos. Lo fueron desde su infancia, habiendo sido educados en la religión y en la práctica de las virtudes por sus padres San Basilio el antiguo y Santa Eusebia; matrimonio feliz, cuya unión bendijo el cielo con el nacimiento de dos hijas, de los cuales la sobrevivieron nueve, y todos se distinguieron por una santidad eminente.

Ibidem.

La inquietud de su alma corrompida,

(6) Justino, dice San Gregorio Nacianceno en su Oración cuarta, tenía un andar mal asegurado, los hombros que se alzaban y bajaban alternativamente, la cabeza siempre en movimiento, los ojos extraviados é inquietos, hablaba y reía con estrés. Su lengua, aunque expedita, no podía seguir siempre la rapidéz de sus ideas: su discurso era algunas veces entrecortado, y su voz titubeante: muchas veces hacia preguntas y respuestas desconcertadas, ó que no venían al caso. San Gregorio pecógió desde entonces que el Imperio nacia un monstruo en su seno.

Octava XVII.

Que el Ateniese conocia en vago,

(7) Discursando San Pablo por la ciudad de Atenas, halló una ara con esta inscripción: *Deo ignoto*, al Dios desconocido. Algunos expositores creen que con esta título adoraban los Atenienses al Dios de los Judíos, llamado frecuentemente por los gentiles *Dios desconocido*, porque no tenían nombre particular como los ídolos; pero otros opinan que este altar estaba dedicado en general á los Dioses, cuyos nombres no conocían. Sea lo que quiera, San Pablo se sirvió de esto para predicar en el areopago al único Dios verdadero. Véase á Gracia y á Calmet sobre este punto de los hechos de los Apóstoles.

Octava XXI.

La Canéfora allí va á la floresta;

(8) Se daba el nombre de Canéforas á las doncellas de una clase distinguida que llevaban en las procesiones algunas azas exornadas con flores y otras cosas que debían servir para la celebración de ciertos misterios.

Octava XXX.

El fué el que en el horrible cataclismo

(9) Diluvio.

Octava XXXVII.

Leviatan de una férrea loriga,

(19) Leviatan es un animal misterioso de que se hace mención en muchas libros de la Biblia por ejemplo en el libro de Job. Unos creen que sea el escorpión, y otros la ballena. Es un sentido moral se toma tambien por el demonio.

Octava XLIV.

Símaco era el mas sabio y afluente.

(14) En el imperio de Valentiniano I y de sus sucesores, floreció en Roma Q. Aurelio Simaco, que por sus grandes cualidades llegó á ser preter, pontífice, intendente de la Lucania, procónsul de Africa, y en fin prefecto de Roma. Fué pagano muy coloso, como que reclamó varias veces á los emperadores cristianos la conservacion del paganismo, ó al menos el restablecimiento del altar de la Victoria en el Capitolio; pero no lo pudo obtener. Como orador ganó Simaco de la mas grande reputacion; se llegaba á compararlo á Ciceron; mas solo quedan algunos fragmentos de sus arengas, entre los cuales se notan las panegiricos de Maximo y de Teodosio. Tambien se conservan 965 cartas suyas.

Octava LXIV.

El Lacio..... ¡ah! su nombre hace su gloria,

(12) El Lacio fué llamado así á Júpiter Deo, porque en él se ocultó Saturno cuando fué destruido por Júpiter.

Octava LXXXVI.

Que en las tinieblas de la noche esconde.

(15) El secreto con que los primeros cristianos celebraban los sagrados misterios, no dejó de ser un grande objeto de calumnias contra ellos. Es mas frecuente ocultarse para el mal que para el bien; y era bien notorio que los misterios que se ocultaban con tanta cautela en otras religiones, no eran mas que pueras infancias; tales eran las ceremonias de Ceres y de Cibele, y los sacrificios de Baco, que prohibió el Senado en el año 568 de Roma. La prevención que había contra los cristianos, hizo presumir que en sus misterios pasaba alguna cosa semejante, y estas sospechas eran apoyadas con las abominaciones que cometían en sus escuelas los Gnosticos, los Carpocratianos y otros herejes, porque todos llevaban el nombre de cristianos. Exten-

dióse para la fábula de que los cristianos degollaban un niño en sus asambleas nocturnas, le espolvan, le eslaban de arins y lo comían con pan mojado en sangre: esto procedía del misterio de la Eucaristía mal entendida. Decían también que, después del hazorte general, en que comían y bebían con exceso, arreaban un pedazo de pan á un perro hambriento atado á un candeleru, el cual le derribaba al saltar, arrojando así la única luz que los alumbraba; que en seguida, al fayer de las tinieblas, se mezclaban hombres y mugeres indistintamente como las bestias según el azar los reunía. Los Indios fueran los principales autores de estas calumnias, y por absurdos que fuesen, el pueblo se los creía, de manera que los fieles se vieron en la necesidad de justificarse seriamente de ellas. (Fleury)

Octava CIV.

Con una secta impura equivocando,

(14) La de los Guácticos, y Carpoocrasianos, según se dice en la nota precedente.

VIZI. armen.

IXXXI. armen.

LOS MÁRTIRES.

CANTO DUODECIMO.

SUMARIO.

Navegacion de Cimodocia. Desembarca en Jope. Sube á Jerusalem. Elena la recibe como á hija. Semana Santa. Respuesta de la Sibila de Cumas. Envia Hierocles un centurion que reclame á Cimodocia. Pronuncia Diocleciano el edicto de persecucion.

CANTO XII.

I.

Del ángel de la mar el sopro blando
Llevaba velozmente la galera
En donde iba Cimodocia llorando.
La vieja Eurimedusa que siguiera
A la hija de Demódoco, mirando
Se alejaba á su vista la ribera,
Henchia el buque de ayes y gemidos,
Y así lanzaba al aire sus quejidos.

II.

«Tierra santa de Cécrope divino,
 »Dó se habla de los dioses el idioma,
 »¿Me apartará de tí siempre el destino?
 »¿Quién me diera las alas de paloma
 »Por volver á un lugar tan peregrino!
 »Yo parára mi vuelo en la alta loma
 »Del Itomo, y á mi amo le llevara
 »Alegres nuevas de su hija cara.

III.

»Deseos vanos ¡ah!... lejos del puerto,
 »De Neptuno surcando la ola undosa
 »Dó tienen las Nereidas su concierto,
 »De tí me aparta fuerza poderosa;
 »La que á Ariadna llevó al lugar desierto
 »Un amante siguiendo cariñosa,
 »Esta fuerza nos saca de tu seno,
 »Cara patria, país de amores lleno!

IV.

En tanto la galera se acercaba
 Al promontorio Sunio, (1) y ya de lejos
 Su magnífico templo se ostentaba
 Que herian de la luna los reflejos.
 Con suave murmullo acariciaba
 El piélago el lugar que los consejos
 Oyo otro tiempo de Platon divino
 Que de ciencia sublime abrió el camino.

V.

Luego las islas Cieladas (2) dejando
 A su izquierda, y bogando al medio día,
 Las riberas de Chipre van tocando.
 De la Diosa de Pafos se veía
 El templo entre las olas ondulando
 En una punta que la isla hacia;
 A sazón que en la próxima floresta
 De la cipria Deidad era la fiesta.

VI.

Ninfas medio desnudas varia danza
 Formaban discurriendo en la espesura;
 La cipria juventud, en la esperanza
 De desatar de Venus la cintura,
 Haciendo varios coros la alabanza
 Cantaban de la Diosa; la aura pura
 Del céfiro estos cánticos traía
 A la nave que el mar en calma hendía.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
 Ame mañana quien amar ya sabe
 Tierno y suave.

HIMNO.

Alma del orbe, Venus peregrina,
 Tú das al mundo espíritu y aliento;
 Tornas florido el valle y la colina,
 Calmas el viento.
 Tinte purpúreo das al blanco seno

De alba doncella, con suave linfa;
Bosque de mirtos, de perfumes lleno,
Busca la ninfa.
Busca á Cupido, por la sombra errante:
Teme doncella, teme al Dios de Nido;
Lanza su mano sobre el pecho amante
Dardo encendido.
Ah! qué amorosa canta Filomela, (3)
Mil vueltas dando junto al Pafio templo,
Himno armonioso que su amor revela;
Seguid su ejemplo.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
Ame mañana quien amar ya sabe
Tierno y suave.

HIMNO.

Isla dichosa, del amor asiento,
Altos misterios llenan tu retiro,
Céfiros blandos llevan con su aliento
Tierno suspiro.
Nauta cansado de surcar los mares,
Sirtes evita, deja rumbo incierto,
Plega la vela, acaba tus pesares
En nuestro puerto.
Fieros piratas, mar embravecido,
Circes no temas, pérfidas sirenas;
Solo en sus bosques labra el Dios Cupido
Blandas cadenas.
Días serenos, vida placentera
Tejen las Gracias en tan bello asilo

Lleno de amores; solo Atropos fiera
Corta su hilo.

Venus celeste, todo aquí tu imperio
Dulce venera, tu poder y encanto:
Todos celebran de amor el misterio
Con suave canto.

CORO.

Ame mañana quien amar ignora,
Ame mañana quien amar ya sabe
Tierno y suave.

VII.

En el nauta este cántico llevaba
La turbacion. Con ruido armonioso
La bronceada proa el mar cortaba.
Cargado del perfume delicioso
De la flor del naranjo que exhalaba
El templo de Amatonta voluptuoso,
El céfiro la vela ondecando riza
Como el seno de madre primeriza.

VIII.

De la hija de Homero se apodera
Nociva languidez: combate interno
La da Astarte, parando la galera
Con encantos y hechizos del infierno.
Movida de los cánticos que oyera,
Recuerda la Vestal su esposo tierno,
Y turbada no sabe como rija
Su pasión sin que al nuevo culto aflija.

IX.

En lágrimas sus ojos inundados,
Consulta á Doroteo: «orad al cielo!»
La responde, y los dos arrodillados
Oran callando con fervor y anhelo;
El viento se levanta; los costados
Bate el mar del bajel, y en rauda vuelo
Se apartan de la isla voluptuosa
Que respiraba una aura peligrosa.

X.

Aun duraba la súplica ferviente,
Cuando como una sombra apareciera
La cumbre del Carmelo hacía el oriente.
Luego se vió de Siria la ribera,
Y la nave hechó el ancla blandamente
En el puerto de Jope, dó surgiera
La flota en que á David Hiran mandaba
Cedros que para el templo preparaba.

XI.

Devoto peregrino que venia
A visitar el suelo consagrado
Por Jesús, en pisando la bahía,
Besa la tierra santa enajenado.
La inocente cristiana con su guía,
Para llegar al sitio deseado,
Con una caravana se incorpora
Que marchaba á Solima con la aurora.

XII.

Apenas pareció su luz brillante,
 Cuando la voz del Arabe se oyera,
 Conductor de la tropa: en el instante
 El peregrino fiel se dispusiera.
 Curvándose el camello, en su pujante
 Dorso pesados fardos recibiera;
 Yeguas árabes y ónagros lijeros
 Cabalgan los alegres viajeros.

XIII.

En un fuerte camello, con vistosa
 Bandérola y plumaje engalanado,
 Cimodocea va: no tan hermosa
 Se dejó ver de Isac enamorado.
 Rebeca, el velo echando ruborosa;
 Ni tampoco Raquel, abandonado
 El techo paternal, apareciera
 A Jacob tan gallarda y placentera.

XIV.

Dejando á Jope, bosques de granados
 Que perfuman de aromas la aura pura,
 Se extienden del camino á los dos lados.
 Luego entran de Saron en la llanura
 Que disputa en los cánticos sagrados
 Al Libano y Carmelo la hermosura,
 Cubierta de esta flor cuya belleza
 No igualó Salomon en su grandexa.

XV.

Las montañas penetran en seguida
De Judea, y el sitio veneraron
Dó nació el feliz reo que la vida
Halló en la cruz. También te saludaron,
Cuna de Jeremías distinguida
Que aun respiras dolor! Luego pasaron
El claro arroyo que las piedras diera
Con que al fiero Goliat David hiriera.

XVI.

La tierra que hasta entonces aparece
Cubierta de verdor, ya no presenta
Sino un vasto desierto que estremece.
La desnudez y espanto se acrecienta.
Toda vegetacion desaparece.
Una roca de vista macilenta
Costean, y llegados á la cima,
El guía exclama: «ved allí Solima!»

XVII.

A esta voz el cristiano presuroso
Se precipita en tierra: aquel se via
Prosternarse tres veces fervoroso;
Este con devocion su pecho heria;
Aquel otro apostrofa afectuoso
La sagrada ciudad; este seguia
En silencio, de pasmo poseido,
Lágrimas derramando enternecido.

XVIII.

Memorias mil excitan la ternura
 En aquellos piadosos peregrinos,
 Y sus almas se llenan de dulzura
 Contemplando del cielo los destinos.
 ¡Musa sacra! tú sola la pintura
 Podrías dar de sitios tan divinos
 Que de Adonái misterios grandes llenan,
 Y en la voz del Profeta aún resuenan.

XIX.

Entre el río Jordan y la Idumea
 Se prolonga una sierra dilatada
 Que va á unir al Yemén la Galilea;
 En medio de ella yace una ondonada,
 Y el monte desigual que la rodea,
 Solo deja al oriente angosta entrada,
 Por dó ves el abismo del mar Muerto
 Y los montes lejanos del desierto.

XX.

En este árido valle, en un recuesto,
 Con muro del ariete conmovido,
 De una antigua ciudad se mira el resto.
 Algun nopal acá y allá esparcido,
 Con el triste ciprés, signo funesto;
 Algun aduar árabe construido
 Como una sepultura blanquenda,
 Tal es Salen del ciclo reprobada.

XXI.

Y ¿dónde está, ó Sion, tu gentileza,
Y el esplendor antiguo que te hacía
La reina de las gentes en grandeza?
¿Cómo perdiste así tu gallardía?
¿Cómo así se ha eclipsado tu belleza?
¿Qué es de tu antigua gloria y ufania?
¿Qué se hizo el templo? ¡ah!... lección terrible,
Castigo del Señor justo y visible!

XXII.

En estos sitios áridos no obstante
Cierta especie de encanto hay encerrada
Que eleva al viajero: el sol brillante,
El águila en las nubes remontada,
Humilde hisopo, cedro rozagante,
Con toda la poética sagrada,
Allí está, allí habló Dios, y los vestigios
Recientes se ven aun de sus prodijios.

XXIII.

A este suelo sagrado Elena pia
Dirigiera sus pasos, intentando
Libertar de profana idolatría
El sepulcro de Cristo venerando.
De edificios magníficos quería
Rodear estos sitios, excitando
Los cristianos de todas las naciones
A venir á ayudarla con sus dones.

XXIV.

Ya una tropa de aquellos, descendiendo
En las playas de Siria, se encamina,
Los piés desnudos, lágrimas vertiendo,
E himnos sacros cantando, á la colina.
Dó el prodijo se obró mas estupendo,
Doroteo y la bella peregrina.
Van á hallar á este sitio tan divino,
La Madre del gran César Constantino.

XXV.

La piadosa Princesa se Benára
De sobresalto, oyendo la furiosa
Persecucion que en Roma se prepara.
Al cielo alzó sus manos fervorosa.
En seguida acogió la esposa cara
Del amigo de su hijo afectuosa,
De una madre mostrando la ternura
Y el zelo de una santa y bondad pura.

XXVI.

»Ester! la dijo, en vos con alegría
»Contemplo de una jóven el semblante
»Que en sueños ví á la diestra de María.
»Yo seré vuestra madre tierna, amante.
»Dad gracias al Señor que os envía
»A este santo sepulcro: aquí el distante
»Cielo se une á la tierra, todo el brillo
»De su gloria mostrando al fiel sencillo.»

XXVII.

Cimódoce recibe enternecida
Estas dulces palabras. Cual frondosa
Cepa, por viento fuerte sacudida
Del olmo, cae en tierra lastimosa,
Mas si otro con su apoyo la convida,
Luego se abraza á él; así la esposa
De Euloro, separada de su padre.
Un apoyo buscó en la nueva madre.

XXVIII.

Las siete Iglesias de Asia en tanto esta
De los próximos males informára.
Después á los dos fieles manifiesta
Los trabajos inmensos que prepara
En la nueva Sion. Ya la floresta
De Venus sobre el Gólgota cortára,
Y halló la vera Cruz, reconocida
Por dar á un muerto su contacto vida.

XXIX.

También de jaspe y mármol ha construido
Un templo que encerraba el venerado
Sepulcro de Jesús. Esclarecido
Por un bello cimborio, colocado
En medio de la iglesia, y revestido
De jaspe blanco, el túmulo sagrado
En las fiestas mayores sirve de ara,
En donde el santo leño se adorara.

XXX.

Sombra opaca que excita idea grave,
Se extiende en su interior; dulce armonía
Dejándose oír siempre, no se sabe
Quien forma los acuerdos; noche y día
Se respira el incienso mas suave;
Y á través de la sombra se veía
Celebrar el misterio mas sagrado
En el mismo lugar en que fué obrado.

XXXI.

Cimódoce observaba atentamente
Tan soberbia basilica. Nacida
En el país de las artes, juzga y siente
Las bellezas de una obra construida
A impulsos de la fe en desierto ardiente.
Sobre todo se queda suspendida
Mirando los relieves de las puertas
De bronccadas laminas cubiertas.

XXXII.

Un monje del Jordan con luz divina
A artistas Laodicenses dió el diseño.
La ciudad santa en ellas se examina
Coronada de torres, de que es dueño
Un pueblo infiel, que asedia y extermina
La tropa mas brillante con empeño,
En los pechos llevando por veneras
La cruz que tremolaba en sus banderas.

XXXIII.

El traje de estos héroes cristianos
 Era de gente extraña: en su viveza
 Dirías eran Galos y Germanos.
 Sobre sus frentes brilla la braveza,
 Acompañada de aires cortesanos,
 Un genio aventurero, una franqueza
 Y un honor cual Aquiles ignorára
 Y mas héroes que Homero celebrára.

XXXIV.

Allí el campo en tumulto aparecía
 A vista de una joven seductora (4)
 Que el amparo á unos príncipes pedía.
 Allí se ve á esta misma encantadora
 Que encima de las nubes suspendía
 A los primeros rayos de la aurora
 Un héroe (5) de sus gracias amoroso,
 Y le lleva á un jardín voluptuoso.

XXXV.

Mas lejos se divisan congregadas
 Todas las potestades del infierno
 En las salas del tártaro abrasadas.
 Al prolongado son del rauco cuerno
 Se ven correr las sombras azoradas;
 Los negros calabozos del averno
 Se conmueven, y el ruido va aumentando
 De caverna en caverna retumbando.

XXXVI.

¡Con qué atención Cimódoce repara
 Una muger guerrera (6) falleciendo!
 El héroe que su pecho traspasara,
 En lágrimas deshecho, ya corriendo
 A traer en su casco una onda clara
 Para darla el bautismo. Al fin batiendo
 La sagrada ciudad de toda parte,
 Se ondea de la cruz el estandarte.

XXXVII.

Entre tantos prodigios no omitiera
 De diseñar también el sacro artista
 El Vate que dirá en futura era
 Con dulce metro tan feliz conquista.
 En el medio de un campo se le viera,
 Lleno de fe y amor, tender la vista,
 Y no obstante el bullicio y golpe rudo
 Sus versos escribir sobre un escudo.

XXXVIII.

En tanto el tiempo que huye de continuo,
 La víspera del día luctuoso
 En que Cristo murió en la cruz previno.
 En su noche en Salen el fiel piadoso
 De la sagrada Via anda el camino.
 Cimódoce, dejando su reposo,
 Marcha al templo á la luz de las estrellas,
 Un coro dirigiendo de doncellas.

XXXIX.

La noche estaba en medio de su curso,
 Lleno el templo de fieles se veía,
 Y el silencio mayor guarda el concurso.
 El candelabro séptuplo lucía
 Delante del altar. En el discurso
 Del misterio el ministro santo había
 Una hostia en la mañana reservado
 Y puesto sobre el tábulo sagrado.

XL.

Elena se coloca humildemente
 En medio de la turba: ella se quita
 La diadema; ceñirla no consiente
 Donde sufrió el Señor pena inaudita.
 A la hija de Homero, inteligente
 En la arte de los cantos, luego invita
 A entonar las sagradas elegías
 Que dejó á los cristianos Jeremías.

XLI.

La jóven se adelanta al pié del ara,
 Vestida de una túnica elegante
 Que con cinta de seda el talle atára
 A una Virgen hebrea semejante.
 Sus brazos y su cuello engalanára
 Con franjas y collares. Al instante,
 Llena del estro que animó aquel santo,
 Su lamento hace oír con triste canto.

Lamentacion 1.^a

¿Cómo se sienta la ciudad poblada
En triste soledad? ¿Cómo en escoria
Su oro se ha mudado;
Y del templo sagrado
La piedra por dó quiera dispersada
Anuncia el triste fin de antigua gloria?
La dueña de las gentes yace viuda
Y sujeta al tributo;
La Virgen lleva luto;
El Sacerdote llora;
¡Y tú sola en silencio sigues muda,
Solima pecadora!

Lamentacion 2.^a

Linaje de Judá, tratado has sido
Como vaso de argilla mal formado.
Tú viste en un momento
Derrocado el cimiento
De tus torres, Sion, y muro erguido
Dó habías tu esperanza colocado;
Y sus tiendas plantára tu enemigo
En la misma colina
Dó predijo tu ruina
Aquel Profeta santo.
Vuelve á Dios, ó Salen, busca su abrigo
Con saludable llanto.

XLII.

Con triste voz y tono lastimero
Que el Hebreo á los fieles enseñára,
De este modo cantó la hija de Homero.
A veces su son lúgubre mezclára
La tuba de metal. Cuando el lucero
Matutino las sombras clareára,
La pompa se dispuso religiosa
A recorrer la *Via dolorosa*.

XLIII.

El leño de la cruz, á hombros llevado
De cuatro Obispos mártires, rompía
La procesion: en dos alas formado
Un clero numeroso les seguía,
En silencio, con paso mesurado.
Luego el coro de Virgenes venía,
Las Viudas, Catecúmenos pacientes,
Contritos y devotos Penitentes.

XLIV.

La cabeza desnuda, el venerable
Prelado de Solima terminaba
La pompa funeral. Elena amable
Detrás dél con Cimódoce marchaba.
Una turba despues innumerable
De ciegos, cojos, mudos, caminaba,
Su esperanza y alivio colocando
En el signo de vida venerando.

XLV.

En tal orden la pompa se encamina
 Por la puerta Belen, hácia el oriente,
 Bajando á la probática Piscina,
 Y del pozo Nefi sube á la fuente:
 De Siloe: desde ella se examina
 El valle Josafat, dó á la potente
 Voz del ángel los vivos y los muertos
 Saldrán á una eternal vida despiertos.

XLVI.

Al pié del monte Moria luego vienen,
 Y el torrente Cedron atravesando,
 En el huerto Olivete se detienen,
 Donde orára el Señor sangre sudando
 Cuando el caliz gustó que le previenen.
 Un Sacerdote al pueblo iba explicando
 Las palabras, acciones, ó el prodigio
 De que cada estacion lleva el vestigio.

XLVII.

La puerta de las Palmas es abierta:
 La pompa entra por ella, y se encamina
 Por medio la ciudad casi desierta
 Al Pretorio que estaba todo en ruina.
 Apenas el Ministro hablar acierta:
 »Ved donde coronó á Jesús la espina;
 »Aquí fué por Pilatos presentado
 »A la plebe y á muerte condenado.»

XLVIII.

El pueblo á estas palabras prorrumplera
 En llantos y sollozos. Caminando
 Al calvario, el Ministro prosiguiera:
 «Aquí moraba el rico; allí marchando:
 »Debajo de la cruz Jesús cayera;
 »Mas lejos, las mugeres encontrando:
 »No lloreis sobre mí, triste las dijo,
 »Por vosotras llorad y vuestro hijo.»

XLIX.

Llegados al calvario, en su alta cumbre
 El signo se enarbola del consuelo:
 En el instante el sol pierde su lumbré,
 Tiembla la tierra, se desgarrá el velo
 Del nuevo templo: así su pesadumbre
 Nuevamente atestiguan tierra y cielo.
 En torno de la cruz os reunisteis,
 Potencias que de un Dios la pasión visteis.

L.

También bajó María envuelta en pena,
 Con san Juan que por hijo la fué dado;
 La triste y penitente Magdalena;
 San Pedro que lamenta su pecado;
 El ángel que ofreció la copa llena
 A Jesús, y el espíritu encargado
 De la muerte, mostrando aun el espanto
 Del golpe que osó dar al Verbo santo.

LI.

¡Cuán diferente fué el glorioso día
Que á este día siguió de llanto y duelo!
Accensa en nuevo fuego una bujía,
Corrido á las imágenes el velo,
Resuena el templo en cantos de alegría.
» ¡O hijas de Sion! el Rey del cielo
» Resucitó: *aleluya*. Ved á Cristo;
» Feliz el que creyó sin haber visto.»

LII.

Su fervor y su gozo el pueblo exhala
Repitiendo este himno alborozado.
Mas nada el regocijo santo iguala
Del electo que hoy día es bautizado.
Vestido de una túnica de gala,
Con guirnaldas de flores coronado,
Recibe en su cabeza la onda pura
Que da al alma su pristina hermosura.

LIII.

Con una santa envidia contemplaba
De estos fieles Cimódoce el contento;
Mas la hija de Homero no se hallaba
Profunda en la doctrina y documento.
Del bautismo no obstante ya avistaba
El venturoso día: este momento
Le retarda una extrema y fuerte prueba,
Que á su esposo en el culto unirle deba.

LIV.

En tanto que en seguro se creía
Al abrigo de Elena, el enviado
De Diocles hácia Cumas dirigia.
Con él viene un satélite encargado
De obtener favorable profecía,
Y á Siria encaminarse de contado
A reclamar en nombre del tirano
Como esclava la esposa de un cristiano.

LV.

Antes que ellos el jefe del infierno
De Roma á Cumas rápido trasciende
A inspirar la Sibila: el lago Averno (7)
Y la sima que al cócito descende,
Al pasc observa con placer interno.
De la negra mansion por aquí asciende
El demonio á esparcir errores vanos
Con que engaña y seduce á los humanos.

LVI.

Sin embargo estos Genios criminales
A su pesar revelan su tormento,
Sembrando en el camino por señales
El inicuo y feroz Remordimiento,
La Discordia con crines infernales,
Sueños vanos, Espanto trulento
La Tristeza, el Pesar, Muerte espantable
Y el funesto Placer de alma culpable.

LVII.

El Eterno que ve á Satán erguido,
 A la cueva de Cumas ir volando,
 Se opone á que su plan sea cumplido.
 En sus altos designios tolerando
 Que el fiel sea en la tierra perseguido,
 No quiere que el espíritu nefando
 Se atribuya la gloria, y con su acento
 Va á hacerle confesar su vencimiento.

LVIII.

El ángel que su orden recibiera,
 Al punto descendió sobre el collado
 En donde consagró su ala de cera.
 Al Genio de la luz el Griego osado (8)
 Después de remontarse á la alta esfera.
 El Artífice á Cumas enviado
 Ofrecía á este instante el sacrificio
 Para hacerse el oráculo propicio.

LIX.

Cuatro toros primero se inmolára
 En el honor de Hécate: en seguida
 Negra oveja á la Noche se prepara
 Madre de las Euménides temida.
 El fuego es encendido sobre el ara
 De Pluton, y entre sangre se apellida
 Al Cáo, Parcas, Furias, Flegetonte,
 Y toda otra Deidad del Aqueronte.

LX.

Entonces en la tripode aparece:
 La Profetisa, y de ella se apodera
 Salanas: su estatura se engrandece;
 Se erizan sus cabellos; se le altera
 El semblante, y su cuerpo se estremece.
 El Augur á esta vista considera
 El momento oportuno, y su embajada
 Se atreve á proponer con voz turbada.

LXI.

«Potente Apolo, Dios de Esminta y Delo,
 «Vos que sabeis el mas oculto arcano,
 «Y á veces al mortal correis su velo,
 «Descubridnos la suerte del cristiano.
 «¿El pio Emperador debe en su zelo
 «Hacer exterminar un pueblo insano?
 «Que al delito mayor la impiedad junta?
 «Dignaos responder á su pregunta.»

LXII.

Tres veces con impulso violento
 La Sibila se alzó; fuerza invisible
 Tres veces la hizo dar sobre su asiento.
 Las cien puertas del templo con horrible
 Fracaso son abiertas. ¡O portento!
 La Sibila está muda; hecho visible
 El ángel de la voz la priva el uso,
 Y solamente forma un son confuso.

LXIII.

La boca abierta, vista extraviada,
 Esparcido el cabello, con la mano
 Señala la vision de que es turbada.
 Al fin con un esfuerzo sobrehumano,
 Del infernal espíritu agitada,
 Quiere ordenar la muerte del cristiano,
 Y solo esta voz lánguida despide:
El justo de la tierra hablar me impide.

LXIV.

Satán con este oráculo humillado
 Se retira del templo mentiroso,
 De dolor y vergüenza penetrado.
 Un caballero Númida brioso
 De llevar la respuesta es encargado.
 Augusto la recibe: presuroso
 Convocando el consejo, le consulta
 El sentido recóndito que oculta.

LXV.

«Divino Augusto! Hiérocles exclama,
 »Ese *justo* no es otro que el cristiano,
 »Que el celestial oráculo le llama
 »Con el nombre que él mismo se da vano.
 »No dudéis, su impiedad al cielo clama;
 »Y en tanto que respire ese profano
 »Vereis á nuestros Dioses silenciosos:
 »¡Tanto á la tierra y cielo son odiosos!»

LXVI.

Turbado el viejo Augusto interiormente
 Por el dragon antiguo, se alucina
 Con esta explicacion, y ya en su mente
 La muerte de los fieles determina.
 El rumor se difunde de repente
 Que el palacio arde en llamas: con maligna
 Intencion este incendio preparará
 Galerio, y á los fieles lo imputará.

LXVII.

«¿Es tiempo, gritó este, que perplejo
 «Sigais aun, cuando quieren con la llama
 «Destruirnos á todos?» El consejo,
 Iluso ó seducido, á una voz clama
 Por la muerte del fiel: el mismo viejo
 Diocleciano, ignorante de la trama,
 Poseído de espanto, manda luego
 Se proclame el edicto á sangre y fuego.



NOTAS.

Octava IV.

Al promontorio Sunio, y ya de lejos

(1) Hoy es la Columna, forma la extremidad S.E. del Ática; Minerva tenía allí un hermoso templo, del cual se conservan todavía diez y nueve bellas columnas. Platon se entretenía muchas veces con sus discípulos en el cabo Sunio.

Octava V.

Luego las islas Cicladas dejando

(2) Los antiguos dieron el nombre de Cicladas á un grupo considerable de islas del Archipiélago dispuestas en círculo; *cyclos* en griego significa círculo. Las principales eran Naxos, Ánaris, Delos, Paros, Cos, Melos y Estipalea.

Himno.

Ah! qué amorosa canta Filomela,

(3) El ruiseñor. La fábula dice que Filomela, hija de Pandion rey de Atenas, fué transformada en ruiseñor; de aquí tomó esta ave el nombre de Filomela.

Octava XXXIV.

A vista de una jóven seductora

(4) Armida. (Véase el Taso.)

Ibidem.

Un héroe de sus gracias amoroso,

(5) Rinaldo, á quien llevó Armida á un jardín encantado.

Octava XXXVI.

Una muger guerrera falleciendo:

(6) Clorinda, que combatió con Tancreto disfrazada de hombre; herida mortalmente, Tancreto reconoció á su amante; pero no tuvo tiempo mas que para acudirla con el agua del bautismo. (Véase el Taso.)

Octava LV.

A inspirar la Sibila: el lago Averno

(7) Vestibulum ante ipsum, primisque in faucibus Orci.

Luctus et ultrices posuere cubilia curae;

Fallentesque habitant Morbi, tristicque Senectus,

Et Mætas, et maleuada Fames, et turpis Egestas:

Terribiles vix formæ; Letumque, Laborque;

Tum sanguineus Leti Sapor, et mala mentis

Gentia, mortiferumque adverso in limine Bellum;

Fœdique Eneasidæ Thalæni, et Discordia Iovæus,

Viperæum crinem villis inermis eruentia.

(Vir. Eneid. lib. VI.)

Octava LVIII.

Al Genio de la luz el Griego osado

(8) Dédalo, que después de haber escapado del laberinto con el artificio de unas alas de cera, llegó á Cambray en Italia, donde edificó un templo á Apolo y le consagró sus alas.

Nedditus his primæque terræ, tibi, Phæbo, sacrovit

Remigium alarum.

(Eneid. VI. v. 44)

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO TERCIO.

SUMARIO.

Regocijo del infierno. Galerio, aconsejado por Hierocles, precisa á Diocleciano á abdicar el imperio. Preparacion de los cristianos al martirio. Constantino, ayudado por Eudoro, escapa de Roma, y huye donde está Constancio. Eudoro es arrojado en un calabozo. Hierocles primer ministro de Galerio. Persecucion general. El Demonio de la tirania lleva á Jerusalem la noticia de la persecucion. El centurion enviado por Hierocles pone fuego en los Santos Lugares. Doroteo salva á Cimodocea. Encuentro de Jerónimo en la gruta de Belen.

CANTO XIII.

LII

DESDE el día fatal que Eva llevó
A sus labios el fruto prohibido,
Qual gozo Satán nunca probára.
«Abre tu boca, infierno», exclama erguido,
»Y recibe las almas que arrancára
»El Cristo á mi poder! Ahora vencido,
»Su imperio aniquillado enteramente,
»El hombre será mio eternamente.»

II.

Dice, y su voz penetra en la caverna
Del suplicio, y los réprobos creyendo
Oír de nuevo la sentencia eterna,
Dan en medio la llama un grito horrendo.
El mismo Caos negro se consterna.
Un enjambre de espíritus corriendo
A la voz de su Príncipe temido,
Se vió de ellos el aire oscurecido.

III.

El Quernbin que rige la carrera
Del sol, retrogradará horrorizado,
Y á su disco el color de sangre diera.
Son lúgubre en los bosques fué escuchado;
El ídolo en los templos sonriera;
Por todo el mundo el nudo es impulsado
Con aliciente nuevo en sus pasiones
A urdir y promover revoluciones.

IV.

Hierocles sobre todo se sentía
Arder con llama nueva el pecho insano,
Y el momento oportuno ver creía
Para dar á su plan la postrer mano.
Llegándose á Galerio: «Hoy es el día
»Que el imperio os aguarda! Diocleciano
»Acaba de perder un pueblo adicto
»Dando contra los fieles el edicto.

V.

»Su mano tiembla aun de haber firmado
»El decreto: marchad, decidle luego
»Que es tiempo que dejando ya el cuidado
»A un heroe como vos, guste el sosiego,
»Contento con los años que ha reinado:
»Si contra toda regla á vuestro ruego
»Se resiste, el amor que os profesa
»La tropa, dará cabo á nuestra empresa.»

VI.

Galerio aplaude el zelo y el proyecto
Del bajo consejero, y le apellida
Ministro fiel y amigo predilecto.
Los áulicos aprueban tal medida.
Aun Publio, su rival en el afecto
De Galerio, su voto darle cuida,
Y de ganar se encarga por su parte
La guardia y la legion del Campo Marte.

VII.

Galerio ya al palacio en que el anciano
Se hallaba en el lugar mas escondido,
Al punto que firmó contra el cristiano
La sentencia, el Señor ha proferido
Su decreto contra él. Dioclectano
En tristes pensamientos sumergido
A Galerio ve entrar con faz sañuda,
Y con nombre de César le saluda.

VIII.

- «Siempre César! prorrumpe violento:
 »¿Llevaré un mismo nombre eternamente?
 »Vuestro edicto imperial á este momento
 »Ha rasgado ese súbdito insolente.
 »Dejadme castigar su atrevimiento.
 »Los trabajos, la edad, salud doliente,
 »Todo os dice busqueis vuestro reposo,
 »Yo cumpliré un cargo tan penoso.»

IX.

- «Vos sois quien perturbais la vejez mía!
 »Replica Augusto sin mostrar sorpresa:
 »Después de mí, sin vos, dejado habria
 »El reino en calma y mi opinion ilesa:
 »¿Mas mi muerte os parece tan tardía,
 »Y este soplo de vida tanto os pesa,
 »Que en el vil retiro pretendéis acabe
 »Y veinte años de gloria menoscabe?»

X.

- Galerio enfurecido: «Bien! responde;
 »Si vos no renunciáis de vuestro grado,
 »Por mí mismo mirar me corresponde.
 »Ya del postrer lugar estoy cansado,
 »Siendo así que á ninguno se le esconde
 »Que el peso de las armas he llevado,
 »Mientras los otros Césares disfrutan
 »Del mando en las provincias que os disputan.»

XI.

«Sabeis que os hallais en mi presencia?
 »Augusto con teson; tal desacato.
 »Aun puedo castigar en mi dolencia,
 »Y enviaros, pastor vil, á vuestro hato...
 »Pero no: á mi me sobra la experiencia.
 »Para que ahora me admire de un iograto,
 »Y el peso siento bien de mandar hombres.
 »Porque quiera envidiaros vanos nombres.

XII.

«Si, sed emperador: ¡triste Galerio!
 »¿Sabeis la grande carga que os espera?
 »En veinte años que há rijo el imperio,
 »Jamás un sueño plácido durmiera.
 »Las bajezas, intrigas, el misterio,
 »La traicion siempre en torno de mi viera.
 »Así el trono dejándote del mundo,
 »Llevo del un desprecio el mas profundo.

XIII.

«No cedo á tu amenaza: yo me abajo
 »A cierta voz del cielo que me intima
 »Que la gloria pasó: viste ese andrajo
 »De púrpura, pues de él hago la estima.
 »Que de un fúnebre lienzo, y sin trabajo
 »Te le cedo: con él tomad encima,
 »Pues vuestro hombro decís es mas robusto,
 »Tomad el peso del trono y su disgusto.

XIV.

- »Gobernad un imperio que camina
»A su disolucion: de todos lados
»La semilla de muerte en él germina.
»Reprimid los sofistas obstinados
»Que de el mundo social llevan la ruina:
»Concordad esos cultos encontrados,
»Al bárbaro encerrad en su floresta:
»A Roma su incursión sera funesta.

XV.

- »Yo marchó: de mi campo de Salona
»El odio os verá ser del universo.
»Si, hijo ingrato, el cielo no perdona
»La ingratitud, y un hijo mas perverso
»Quitará de tus sienes la corona.
»Date prisa á seguir tu hado adverso:
»Tú eres de aquellos Príncipes que el cielo
»Manda para cambiar la faz del suelo!»

XVI.

- En las Termas así se decidia
La suerte del imperio. El fiel en tanto
Sobre el fatal edicto discurría,
Que al son de las trompetas el espanto
Por las calles de Roma difundia,
Disponiendo quemar el libro santo,
Los templos arruinar, y que de infame,
Cual traidor, al cristiano se proclame.

XVII.

A los jueces prohíbe del imperio
Recibir sus querellas por agravio,
Por robo, muerte, raptó y adulterio;
Admite su denuncia en todo labio;
Castiga con la muerte y el cauterio
Toda profanacion, en desagravio
De sus aras. El pérfido Hierócles
Tal edicto arrancára al débil Diocles.

XVIII.

Segun su aliento el fiel se disponia
Al combate ó la fuga: aquel temiendo
El suplicio, á los bárbaros se huia;
Este otro al desierto mas horrendo.
Mutuamente en las calles se veia
Darse tiernos adioses, bendiciendo
La dicha de sufrir de alguna suerte
Por aquel que en la cruz sufrió la muerte.

XIX.

Viéranse respetables Confesores,
Ya de antes perseguidos, exhortando,
O templando del zelo los ardores.
Mugeres, niños, jóvenes, cercando
A estos santos ancianos y doctores,
Oían el ejemplo memorando
De mártires famosos, cuya audacia
Señaló el poderio de la gracia.

XX.

Lorenzo que al tirano desafia,
 En las brasas; Vicente que en la pena
 Un ángel consolaba y asistía;
 La Emeritense Eulalia; la Antioquena
 Pelagia, que un amor santo por guía
 Al Oronte se hechó; (1) y las que en la arena
 De Cartago salieron victoriosas,
 Perpetua con Felicitas gloriosas.

XXI.

En tanto los Obispos ocultaban
 Los libros en lugares retirados;
 Los ministros en pixides guardaban
 Sacras hostias; los antros ignorados
 Se buscan para iglesia, y se nombraban
 Los diáconos que deben disfrazados
 Al mártir consolar y dar aliento
 En la cárcel, las minas, el tormento.

XXII.

Como para un combate se aprestára
 El bálsamo y las vendas. El insulto
 Se perdona, la injuria se repara,
 Y se pagan las deudas. Sin tumulto
 Al martirio la Iglesia se prepara,
 Como la hija de Jépte á sitio oculto
 Se retiró á llorar su fin temprano
 Sin criticar del padre el voto vano. (2)

XXIII.

En este tiempo Eudoro fué avisado
Por los fieles que el águila seguían,
Del rumor que circula entre el soldado:
Que á nombre de Galerio se esparcían
Larguezas en la tropa, habiendo dado
Orden que al día siguiente convendrían
En el campo de Marte, y con misterio
Se hablaba de renuncia del imperio.

XXIV.

Toma informe mejor, y presuroso
Va al Tiboli á buscar á Constantino.
El Príncipe fijara su reposo
Junto al templo Vestal y Sibilino,
Distanté del tumulto bullicioso.
En la márgen del río cristalino
Se ve el sitio en que Horacio con Propercio
Vivían lejos del social comercio.

XXV.

El risueño Tibór que á la latina
Musa inspiró otra vez vena discreta,
Solo ofrece mausóleos en ruina.
El tiempo á su poder todo sujeta.
En vano se buscaba en la colina
Del Lucretil un signo del poeta,
Cuya Musa juiciosa no se atreve
Cerrar larga esperanza en vida breve. (3)

XXVI.

Al medio de la noche, en el reposo,
Se anuncia á Constantino la llegada
De su amigo : saltando presuroso
Del lecho, le conduce á la esplanada
Junto al templo de Vesta suntuoso.
Del Anio allí se oía la cascada,
Cuyo estrépito en noche tan tranquila
Imitaba la voz de la Sibila.

XXVII.

«No solo, hijo del César, al cristiano,
»Dice Eudoro, amenaza esta tormenta.
»En el Campo de Marte Diocleciano
»En Galerio abdicar mañana intenta.
»Por Césares tendrá el pueblo Romano
»A Daya y á Severo en vuestra afrenta:
»Diocleciano os quería, mas Galerio
»Se resiste á asociaros al imperio.

XXVIII.

«La salud de la Iglesia en vos reposa;
»Evitad este golpe tan funesto.
»Galerio á vuestra vida atentar osa.
»Mañana será todo manifiesto:
»Si llega á ejecutar su trama odiosa,
»Todo para la fuga estará presto:
»Huid á vuestro padre en la esperanza
»Que el cielo tomará por vos venganza.»

XXIX.

Constantino callaba y revolvía
 Violentas ideas: ultrajado,
 Roto el lazo que á Diocles le unía,
 Quizá al brillo del trono deslumbrado,
 (¡Tentacion de almas grandes!) ir quería
 A arengar al ejército acampado
 En el Campo de Marte, y ciego de ira
 Venganzas y combates solo aspira.

XXX.

Así en la arena de la Arabia ardiente
 Generoso corcel yace tendido,
 Que por salvar del sol su lasa frente
 La esconde entre los pechos, y abatido
 Mueve apenas la crin; mas de repente
 Si de tuba marcial oye el sonido,
 Y la traba le es suelta por los amos,
 Se levanta, se cabría y dice: «Vamost (4)»

XXXI.

Eudoro calma el bélico transporte
 Del Principe. «Es inútil, le dijera,
 »Cuanto hagais: la legion y la cohorte
 »Galerio de antemano sedujera.
 »Vos reinareis un día en esta corte.
 »El universo en vos la paz espera;
 »Mas Dios pone en su sien vuestra corona
 »Para probar la Iglesia en su persona.

XXXII.

»Pues ven, responde el Príncipe, conmigo,
 »Y á Roma tornaremos á la frente
 »De la tropa que ya antes fue testigo
 »De tu valor y hazañas: juntamente
 »Triunfaremos así de un enemigo
 »Tan tuyo como mío.» «Es diferente,
 »Eudoro le contesta, el deber nuestro:
 »El mío es el quedar, huir el vuestro.

XXXIII.

»A la tierra os debeis vos por el cielo,
 »Y yo me debo al cielo por la tierra.
 »Mi campo de batalla es este suelo.
 »Cuando al fiel amenaza cruda guerra,
 »Mi vida es suya, y debo con mi zelo
 »Mostrarle que la muerte no me aterra.
 »Yo espero que el Señor me dé propicio
 »La fuerza de cumplir mi sacrificio.»

XXXIV.

A este instante una llama milagrosa
 En la margen del Anio á ilustrar vino
 La tumba de la mártir Sinforosa. (5)
 »Ved (esclama, mostrando á Constantino
 »El túmulo) la fuerza poderosa
 »Que sabe inspirar Dios! De mi destino
 »No me robeis, ó Príncipe, la gloria;
 »Dejad os jure, sí, eterna memoria.»

XXXV.

Y el hijo de Lastenes con profundo
 Respeto se inclinó á besar la mano
 Que el cetro ha de empuñar de todo el mundo.
 Mas el Príncipe abraza tierno y llano
 Tan noble amigo y héroe sin segundo.
 Luego quiere buscar á Diocleciano,
 Y montando los dos sobre su coche
 Van á Roma en las sombras de la noche.

XXXVI.

Junto al túmulo Plotio se separa
 Del hijo de Lastenes Constantino.
 Por un sendero aquel en Roma entró;
 De las Termas siguió este el camino.
 A Diocles pide hablar; luego repara
 El cambio de fortuna repentino,
 Pues le cierran la entrada; y de su parte
 Le ordenan acudir al Campo Marte.

XXXVII.

En este Campo, al pié del Octaviano
 Sepulcro, se elevaba un tribunal,
 Donde al rayar el alba Diocleciano
 Va á deponer la púrpura imperial;
 Suceso extraordinario que el Romano
 Desde el tiempo de Sila no vió igual.
 El pueblo acude en turbas presuroso
 De tan grande espectáculo curioso.

XXXVIII.

El miedo ó la esperanza el alma llena,
Y cada uno en su mente discurría
Cuál fuese el desenlace de esta escena.
Quién Augusto, quién César nombraría.
El cortesano vil se mete en pena
Por descubrir su nombre, y ya temía
Ofender con la idea solamente
Un dudoso poder aun no existente.

XXXIX.

Del Príncipe futuro adivinaba
La pasión dominante, con objeto
De aprestar la hajeza en que cifraba
Con el favor la nota de discreto.
El bueno sus virtudes ocultaba.
Solo estúpido el pueblo se ve quieto
Esperando un Señor de un extranjero
Quien antes los nombraba al mundo entero.

XL.

Bien pronto sube al trono Diocleciano.
Silencio las legiones impusieran,
Y con tranquila voz dice el anciano:
«Soldados! mi salud y edad me imperan
»Que nombrando á Galerio soberano,
»Nuevos Césares dé.» Todos volvieron
Sus ojos á mirar á Constantino
Que en aquel mismo instante al Campo vino.

XLI.

Por Césares nombró luego á la junta
A Severo y á Daya. Confundido
El pueblo: «¿quién es Daya? se pregunta;
»¿Constantino ha tomado otro apellido?»
Galerio con la mano á aquel apunta.
Y le ofrece á la tropa. El abatido
Diocleciano del manto se despoja,
Y al hombre del audaz pastor le arroja.

XLII.

Dale el puñal tambien, signo funesto
De absoluto poder: luego bajando
Del trono, monta el carro que está presto,
Y la ciudad de Roma atravesando,
Sin mostrar de disgusto ningun gesto,
Marcha para Salona, abandonando
El mundo entre el asombro de su imperio
Y el temor del reinado de Galerio.

XLIII.

En tanto que la tropa victoreaba
Al nuevo Emperador, Eudoro viene
Por medio de la turba adonde estaba
Constantino que apenas se contiene
Y entre el pasmo y la ira fluctuaba.
«Vuestra suerte habeis visto, ¿qué os detiene?
»La orden un tribuno ha recibido
»De prenderos: seguidme, ó sois perdido.»

XLIV.

Tómale por la mano, é ir le obliga
 Dó fieles siervos en su espera estaban.
 El Príncipe de nuevo á Eudoro instiga
 Con súplicas (mas poco aprovechaban)
 A salvarse y que á Francia con él siga.
 Los pasos de la tropa ya escuchaban
 Portadora de la orden sanguinaria;
 Eudoro eleva al cielo esta plegaria:

XLV.

«Gran Dios! si á vuestra grey teneis guardado
 »Este nuevo David, huya delante
 »De Saul, y enseñadle el ignorado
 »Desierto de Zeila!» En el instante
 Rebienta el trueno en cielo despejado,
 Hierde el muro de Roma rayo humeante,
 Y un ángel traza un surco resplendente
 De luz que se prolonga al occidente.

XLVI.

Espectáculo grande! Constantino
 Cree reconocer la orden del cielo
 De la fuga indicándole el camino.
 Luego abraza á su amigo con anhelo,
 Monta el corcel, y parte repentino.
 Eudoro grita: «Cuando en este suelo
 »No sea mas, sed Príncipe, el amparo
 »De Cimódoce, sedla padre caro.»

XLVII.

Voto inútil! el Príncipe ha traspuesto,
 Y su voz en el aire se ha perdido.
 Sin proteccion Eudoro queda expuesto
 Al furor de Galerio y su valido,
 Primer ministro ya: luego su arresto
 Pronuncia su rival, habiendo sido
 Como fiel por un siervo delatado,
 Y en negro calabozo es aherrojado.

XLVIII.

Con Astarte Satán lanza iracundo
 Un grito de victoria y de contento,
 Y al Demonio Homicida entrega el mundo.
 Cuando este Genio atroz deja el tormento
 Para afligir la tierra furibundo,
 No lejos de Cartago tiene asiento,
 En las ruinas de su templo cuya ara
 Con víctimas humanas se manchára.

XLIX.

Fieras Hidras, Dragones parecidos
 Al que Caton batiera con su hueste; (6)
 Monstruos cuales en Africa nacidos;
 Las Plagas del Egipto, fea Peste,
 Vientos emponzoñados y encendidos,
 Fiebres pestilenciales, Hambre agreste,
 Tiranía feroz, Muerte temida
 Reptan junto á este Espíritu homicida.

L.

Al grito de Satán el monstruo horrendo
 Se despierta, y sus alas desplegando,
 Los anchos mares raudo trasponiendo,
 Al alto Capitolio va volando,
 Una mano el puñal fiero blandiendo,
 Otra mano la tea: así el nefando
 Genio anunció otro tiempo la matanza
 Que señaló de Herodes la venganza.

LI.

Musa sacra! si tú me sostuvieras
 Con estro celestial, ó la armonía
 Del canto de albo cisne á mi voz dieras,
 Yo cantara con tierna melodía
 De la esposa de Cristo pugnas fieras.
 De mi patria tambien me acordaria,
 Y de Roma pintando los tormentos
 De aquella diseñara los lamentos.

LII.

¡Salud, Iglesia aflicta, mas triunfante!
 Yo tambien os he visto en la tortura
 Y salir de las pruebas mas brillante.
 Vanamente el infierno se conjura.
 No triunfarán sus puertas un instante
 Contra vos: y en la pena, en la amargura
 Luego avistais los piés del sacro nuncio
 Que de la paz y bien os trae anuncio. (7)

LIII.

Ni menester habeis, Salen divina,
Que la luna ó el sol os den su lumbré,
Pues un Dios con su luz os ilumina.
No se oculta ciudad sobre alta cumbre.
Del Basan y Carmelo se termina
La hermosura, y acaba en podredumbre
La flor bella del Libano: vos sola
Brillais siempre con fúlgida aureola.

LIV.

De los bordes del Tiber se proclama
El edicto cruel por todo el mundo.
Desplómanse los templos con la llama
Que arrojan los soldados; furibundo
Satélite en los campos se derrama
En busca del cristiano, que en profundo
Calabozo, de juez tirano espera
Inaudito tormento y muerte fiera.

LV.

Ecúleo, potro, rueda circulante,
Garfio de acero, uña puntiaguda
Destrozan con la madre tierno infante.
Aquí se ve del pie Virgen desnuda
Suspendida de un poste, en infamante
Suplicio perecer; con fuerza ruda
A dos ramas allí el Mártir amarran
Que en dos partes el cuerpo le desgarran.

LVI.

Cada provincia inventa su tormento:

En Capadocia el plomo derretido,
 En el Ponto la rueda, el fuego lento
 Mesopotamia. Yá con nunca oído
 Furor, para alargar el sufrimiento
 Al Mártir se consuela; ya rendido
 El tirano, en su cólera impotente,
 Manda quemarlos todos juntamente.

LVII.

En escenas tan bárbaras ponía

Galerio su placer: enormes osos
 De lejano país venir hacia,
 Conocidos con nombres horrorosos.
 Su diversion, en tanto que comía,
 Era escuchar sus gritos espantosos,
 Con los tristes clamores del cristiano
 Que mandaba arrojarles inhumano.

LVIII.

Avaro al mismo tiempo y corrompido

Da á la persecucion mayor violencia.
 Cada pueblo y ciudad es sometido
 A un Tribuno sin leyes ni otra ciencia
 Que la de dar la muerte, precedido
 De fiero Tabelion que de la herencia
 Y de todos los predios de los fieles
 Toma nota en fatidicos carteles.

LIX.

La inscripcion en sus tablas señalaba
El decreto de muerte: la riqueza
Era un crimen que no se perdonaba.
Ni la humilde extraccion, ni la nobleza,
Ni el sexo, ni la edad se respetaba.
Si ablandada con dones la fiereza
De un Juez, daba un libelo, (8) otro venia
Que nuevos donativos exigia.

LX.

Los pobres que, en su estado lastimoso
No ofreciendo aliciente á la avaricia,
Debieran disfrutar de algun reposo,
No se eximen por eso á la sevicia
De Galerio: fugiéndose piadoso,
(Disfraz que á veces busca la malicia)
Manda en barcas abiertas arrojarlos
Para curar sus males y anegarlos.

LXI.

El malvado ministro de Galerio
Lleva su orgullo impio y desbocado
Hasta escribir dos libros de impropio
Contra la fe que habia abandonado:
El blasfema del culto y del misterio
En medio del Levita degollado
Sobre el cuerpo del Cristo que adorara
Con su madre, y que vil apostatara.

LXII.

Infatigable en su odio, y atrevido,
Esperaba con ansias el momento
En que la hija de Homero haya venido
Para adornar sus triunfos. El tormento
De su rival había suspendido,
Confiando que aquella en el intento
De libertar al hijo de Lastenes,
Sus rigores ablande y sus desdenes.

LXIII.

«Yo emplearé, decía en su despecho,
»Para vencer beldad tan arrogante
»Este postrer recurso. En tal estrecho
»Yo la veré arrojarle suplicante,
»Por salvar mi rival, sobre mi pecho;
»Y ese cristiano vil en el instante
»De sucumbir, sabrá que es deshonrado:
»Doblemente así de él seré vengado.»

LXIV.

Ebrio de su poder el vano impío
No puede á sus pasiones dar gobierno.
Por raro é inconcebible desvarío,
Negando la existencia del Eterno,
Daba asenso á la magia. Un vil Judío
Que sostenia union con el infierno,
Moraba entre las ruinas del palacio
Que á la crueldad de Nero ofreció espacio.

LXV.

Un esclavo á este mágico nefando
 El apóstata envía. En el reposo
 De la noche en su busca va: cortando
 Por la ruina y escombros silencioso,
 Al fin del subterráneo penetrando,
 Percibe un viejo escualido, andrajoso,
 Calentando sus manos á una hoguera
 Que de huesos humanos encendiera.

LXVI.

Poseído de espanto, titubeante:
 «Viejo, pregunta el siervo, ¿os es dado
 »Desde Salen á Roma en este instante
 »Trasladar una fiel que se ha escapado
 »Del poder de Hierócles? El amante
 »Que atrevido á la fuga la ha excitado,
 »En la cárcel está, por nombre Eudoro:
 »Responded sin temor, tomad este oro.

LXVII.

Al nombre de Salen y al grato ruido
 Del oro, una sonrisa corre el ceño
 Del mágico feroz. «Bien conocido
 »Es de mí, le responde, vuestro dueño
 »Y nada á mi poder hay; sometido
 »Que no haga por sacarle de su empeño:
 »Esperad un instante, al punto mismo
 »Voy á hacer que aparezca aquí el abismo.

LXVIII.

Dice, y cabando en tierra, la urna hallára
 Que del cruel Neron guardaba el resto.
 Queja lúgubre de ella se escapára.
 Sobre un altar de hierro el mago ha puesto
 Las cenizas: tres veces se tornára
 Al oriente con fiero y torvo gesto;
 Tantas la Biblia abrió, bate las manos,
 Y el Demonio invocó de los tiranos.

LXIX.

El Señor al infierno concediera
 Responder esta vez: en el momento
 Retiembla el antro, apágase la hoguera
 De mortales despojos; el aliento
 Al esclavo le falta, huir quisiera;
 Mas un fuego percibe macilento,
 Y entre el humo y el ruido que le pasma,
 Ve aparecer un hórrido fantasma.

LXX.

El Hebreo: «¿Porqué tardaste tanto?»
 «¿Una esclava á este instante te es posible
 «Trasladar de Solima con tu encanto?»
 «No puedo, respondió el espectro horrible:
 «Marja la protege con su manto;
 «Mas si quieres que á Siria del temible
 «Hierocles lleve luego el mandamiento,
 «Yo te podré servir en un momento.»

LXXI.

El esclavo consiente en la propuesta
 Del infierno, y al punto se apresura
 A llevar á su dueño la respuesta.
 El fantasma infernal se transfigura
 En correo veloz, con marcha presta
 Llega á Salen, y al centurion apura
 De robar á Címódoce encargado,
 Dándole de Hierócles el mandado.

LXXII.

En la hora en que el sueño á los mortales
 Dulcemente embargando los sentidos,
 Los bienes igualaba con los males,
 Las aves reposaban en sus nidos;
 En el valle la grey con los zagales;
 Los trabajos estaban suspendidos;
 Apenas la matrona fatigada
 Tuercen el uso á la luz medio apagada.

LXXIII.

Címódoce, despues de hacer su prece
 Por el Padre y esposo, se durmiera.
 Demódoco entre sueños la aparecê,
 Desgreñada la barba y cabellera;
 El llanto sus mejillas humedece;
 Su mano el cetro augúreo mal moviera;
 Prolongados suspiros de su pecho
 Salían de dolor y de despecho.

LXXIV.

Cimódoce pensando que á él hablára:
 «¿Cómo, dice, ó mi padre, habeis dejado
 »Por tanto tiempo así vuestra hija cara!
 »¿Dónde está Eudoro? ¿Viene enamorado
 »A reclamar la fe que le jurára?
 »¿Porque en llanto tu rostro está bañado?
 »¿No quieres, padre mio, padre bueno
 »Estrechar tu Cimódoce en tu seno?»

LXXV.

La sombra: «¡Huye, hija mia, huye corriendo!
 »Las llamas te rodean: el malvado
 »Te persigue en venganza fiera atendiéndolo
 »Ofendidos los Dioses que has dejado;
 »Te entregan en poder del monstruo horrendo.
 »Al fin triunfará el Dios que has adeptado;
 »Mas en tanto ¡qué penas tan extrañas
 »Rasgarán de tu padre las entrañas!»

LXXVI.

La vision desaparece arrebatando
 La antorcha que se dió á Cimódoce
 La noche de su enlace. Dispertando,
 Una pálida luz ve que blanquea
 Su aposento, y su lecho abandonando,
 Mira el santo Sepulcro que rodea
 Llama voraz, y siente el sordo estruendo
 De las vigas y mármoles cayendo.

LXXVII.

Este fuego el Centurio puesto habia, sup. orar lo al
 No osando violar de la Princesa. *El fuego que el Centurio puso para salvarla, no osando violar de la Princesa*
 El asilo que á aquella protegía. *El asilo que á aquella protegía*
 Mas para hacerse dueño de su presa. *Mas para hacerse dueño de su presa*
 Esperaba que el viento llevaria. *Esperaba que el viento llevaria*
 El incendio hasta allá, y en la sorpresa, *El incendio hasta allá, y en la sorpresa*
 Queriéndose salvar, caiga en su mano. *Queriéndose salvar, caiga en su mano*
 Tomadas las salidas de antemano. *Tomadas las salidas de antemano*

LXXVIII.

Pero el fiel Doroteo, apercibido *Pero el fiel Doroteo, apercibido*
 Del incendio, y razon que lo causára, *Del incendio, y razon que lo causára*
 Al palacio de Elena va atrevido; *Al palacio de Elena va atrevido*
 Por en medio del fuego atravesára, *Por en medio del fuego atravesára*
 Por salones y muro derruido, *Por salones y muro derruido*
 Y á Cimódace encuentra junto á una ara *Y á Cimódace encuentra junto á una ara*
 Que á su nodriza busca, busca en vano: *Que á su nodriza busca, busca en vano*
 ¡Tu suerte, Eurimedusa, es un arcano! *¡Tu suerte, Eurimedusa, es un arcano!*

LXXIX.

«Huyamos! dice: Elena no podría *«Huyamos! dice: Elena no podría*
 »Daros apoyo alguno en tal tumulto; *»Daros apoyo alguno en tal tumulto*
 »Que de su mismo lado os sacaria *»Que de su mismo lado os sacaria*
 »El rival de su hijo y de su culto. *»El rival de su hijo y de su culto*
 »El es quien los satélites envía. *»El es quien los satélites envía*
 »Yo conozco una puerta y paso oculto *»Yo conozco una puerta y paso oculto*
 »Que fuera de Salen lleva. Marchemos: *»Que fuera de Salen lleva. Marchemos*
 »Al cielo lo demas encomendemos.» *»Al cielo lo demas encomendemos.»*

LXXX.

En el muro que da frente al collado
De Sion, una puerta oculta habia,
Por donde Elena, huyendo el honor dado
A su clase, á adorar la cruz venia.
Doroteo la entreabre con cuidado,
Asómase por ver si un ruido oia,
Da la mano á Cimódoce, y ligero
Toma del monte próximo el sendero.

LXXXI.

Tan pronto por escombros se encamina,
Tan pronto por el llano: al menor ruido
Se detiene y esconde entre la ruina.
Ya queda atrás el templo consumido
Del fuego cuya luz les ilumina;
Aun oyen de la turba el alarido;
La montaña Sion por fin trasponen,
Y del temor un poco se reponen.

LXXXII.

De este monte sagrado en la ladera
Principia un subterráneo, cuya entrada
Salvaje olivo y aloé cubriera.
Doroteo se abre con su espada
Un camino, las venas luego hiriera
Del pedernal, con yesca preparada
De ciprés resinoso un ramo enciende,
Y al antro con Cimódoce descende.

LXXXIII.

Otro tiempo David aquí llorara
 Sus culpas, y en los muros estampado
 El salmo se ve aun que consagrara
 Al inmortal dolor de su pecado
 En el fondo del antro se repara
 Su tumba, en el sarcófago grabado
 Como signo especial y propio emblema,
 El cayado, la harpa y la diadema.

LXXXIV.

Un temor poseia religioso
 A estos fieles, el monte atravesando,
 Donde á su hijo ofreciera Abram piadoso.
 Al fin la senda oscura abandonando,
 Salen al campo Rama silencioso
 Que escuchara á Raquel su hijo llorando
 Sin querer á su pena dar consuelo,
 Y pisan de Belen el sacro suelo.

LXXXV.

Todo estaba desierto: el par cristiano
 Entra en la gruta humilde en que vió el día
 El Señor de Señores soberano.
 Címodoce lloraba de alegría.
 «Aquí Jesús, exclama, vuelto humano
 »Por vez primera sonrió á María.
 »¡Proteged, madre mia, á vuestra sierva
 »En las penas que el mundo la reserva»

LXXXVI.

El sol tocaba al fin de su carrera,
 Doroteo salió por si encontraba
 Un pastor, y la jóven le siguera.
 Por la montaña Engaddi vió bajaba
 Un viejo, por vestido tosca estera,
 Barba y pelo en desórden; agobiaba
 Sus espaldas de arena un grande cesto,
 E iba á entrar á una gruta en el recuesto.

LXXXVII.

Mas vistos los viajeros, dando en tierra
 Con la carga, y volviendo un ojo airado:
 «¡Hasta en el yermo, grita, me dais guerra,
 »Delicias de la corte! pero armado
 »De oracion y cilicio, no me aterra,
 »Infierno, tu poder...» Y apresurado,
 Como aquel que de un tigre huye el encuentro;
 En la cueva se entró y cerró por dentro.

LXXXVIII.

Doroteo conoce un penitente,
 Y acercándose habló por la hendidura.
 «Nosotros somos fieles igualmente,
 »Y hospedaje pedimos.»-«Su hermosura,
 »Exclama el solitario prontamente,
 »Es grande para ser de mortal pura:
 »No, no, esa jóven!...»-«Es la esposa cara
 »De Eudoro que al bautismo se prepara.»

LXXXIX.

Al oír este nombre, el hermitaño
 La puerta luego abrió: «Entre, dijera,
 »La esposa de mi amigo.» ¡Caso extraño!
 Doroteo en el santo conociera
 A Jerónimo. Triste desengaño
 Al yermo le lanzó: una calavera,
 La Biblia y varias hojas traducidas
 En la gruta se hallaban esparcidas.

XC.

Bien pronto quedó todo esclarecido
 Entre los tres cristianos: de su historia
 Lo principal cada uno ha referido.
 Jerónimo recuerda á la memoria
 La tumba de Escipion, y enternecido
 De Eudoro oye contar la nueva gloria.
 En defender la fe. «¿Y qué deseo
 »Tus pasos guía? dice á Doroteo.

XCI.

«Tengo amigos en Jope» respondiera.
 »Amigos, y en desgracia! Un Moabita
 »Bajaba á Jericó en la primavera
 »De esas altas montañas en que habita:
 »El cielo estaba claro, el viento era
 »De norte y el calor su sed no irrita;
 »A cada paso encuentra cristalino
 »Torrente, que torcer le hace el camino.

XCH.

»En la estiva estacion, cuando el bochorno
 »Lánguido deja al caminante, á casa
 »Va el mismo Moabita de retorno.
 »Rabiosa sed al infeliz abrasa.
 »Alguna gota entonces en contorno
 »Busca del agua que en invierno pasa:
 »Todo está seco!...» Dijo, y un momento
 El santo se quedó en arrobamiento.

XCH.

Luego de luz celeste iluminado:
 »¡Qué gloria, esclama, el cielo te destina!
 »¡Qué podré hacer por tí, mi amigo amado!
 Y á Cimódoce vuelto: «Ahora camina
 »Al martirio tu esposo, y á su lado
 »¡No vas tú?... ¡amas, y huyes! ¡serás digna
 »De un Mártir al emíreo trasponiendo
 »Sin corona á sus ojos pareciendo!

XCIV.

»Marcha á Roma: la palma allí te espera
 »Que tu pompa nupcial adornar debe.
 »El Jordan está cerca; en su ribera
 »La onda recibirás que tu alma eleve,
 »Y la fuerza, que faltas, te confiera.
 »Sí; la persecucion es prueba breve
 »Y la mejor escuela del cristiano:
 »El bautismo recibe de mi mano.»

XCV.

Jerónimo habló así como sagrado
 Ministro y doctor santo. La inocente
 Cimódoce: «En mi se haga vuestro agrado:
 »La onda pura verted sobre mi frente.
 »Júnteme yo á mi esposo, y ya que al lado
 »No pueda presentarme dignamente
 »De un Mártir del Señor, sere dichosa
 »Si en sierva cambio el título de esposa.»



[Módico]

[Módico]

Al fin, como el agua en el río,
 Como el viento en el campo,
 Como el fuego en la hoguera,
 Como el sol en el día,
 Como la luna en la noche,
 Como el agua en el río,
 Como el viento en el campo,
 Como el fuego en la hoguera,
 Como el sol en el día,
 Como la luna en la noche,
 Como el agua en el río,
 Como el viento en el campo,
 Como el fuego en la hoguera,
 Como el sol en el día,
 Como la luna en la noche,

NOTAS.

Octava XX.

Al Oronte se echó: y las que en la arena

(1) Santa Pelagia de Antioquia, fue llamada á la gloria del martirio á la edad de quince años. Hallábase sola en la casa, cuando vio entrar los soldados que venian á prenderla: luego conoció su objeto, y temiendo los peligros á que iba á estar expuesta en virginidad, determinó prevenirlos con una resolución extraordinaria. Sin temerse nada á vista de los soldados, les pidió la permission de ir á su cuarto con el pretexto de vestirse y adornarse. Obtenido el permiso, se sube á lo mas alto de la casa, se precipita de allí, y muere en el acto. Sea Juan Crisostomo Dios, hablando de este hecho, que Pelagia tenia en su corazón á Jesucristo, cuya gracia le inspiró salir de aquella mansera. Fuera de este caso de particular inspiracion de la gracia, es un crimen horrible el darse la muerte. El que lo hace con propósitos deliberados, comete una injuria á: 1.^a contra Dios, que es el único dueño de nuestra vida, como autor de ella: 2.^a contra la sociedad, á quien priva de uno de sus miembros: 3.^a contra su familia y amigos, que se ven defraudados de los servicios que podian y debian esperar de él: 4.^a contra si mismo, porque quitándose la vida del cuerpo se precipita en las penas eternas del infierno. El suicidio es ademas una acción de muy indigna y baja, propia solo de animas apocadas, que no saben esbragarse á la desgracia.

Rebus in adversis facile est continere mentem;

Facilius ille facit, qui minor esse potest.

(Marcial.)

Octava XXII.

Sin criticar del padre el voto vano.

(2) Jeftá, juez de Israel, hizo un voto al Señor de sacrificarle el primer ser viviente que viera salir de su casa, volviendo á ella victorioso de los Amonitas. Cuando la batalla se encaminó á su casa, y vio salir de ella á su hija Seila, que venia á darle el parabien por la victoria: esclavo de su juramento, sin examinar si era inválido y aun ilícito, se preparó á ejecutarlo, y Seila le pidió solamente un corto espacio de tiempo para llorar su virginidad con sus compañeras y amigas; porque los Judios no

tealan la virginidad en aprecio; y miraban las hijas como una bendición del cielo por la esperanza de que de ellas podría descender el Mesías. Como el sacrificio de víctimas humanas está prohibido por la ley natural y divina, con razón opinan muchos expositores que el sacrificio de Jéshú consistió solamente en consagrar á su hijo al servicio del Señor.

Octava XXV.

Cerrar larga esperanza en vida breve.

(5) *Vita summa brevis spem totat inchoare longam.* (Horac.)

Octava XXX.

Se levanta, se cabría y dice: «Vámonos»

(4) *Ferreas et frementis, sorbet terram, ubi sedivit luccinum dixit Vah.*

(Job.)

Octava XXXIV.

La tumba de la mártir Sinforosa.

(3) Después de la persecucion de Adriano, en que fué martirizada Santa Sinforosa con sus siete hijas, la Iglesia tuvo diez y ocho meses de reposo. En este intervalo dieron los cristianos á las reliquias de los santos mártires el honor que las correspondia, y las enterraron sobre la via Tiburtina, á la mitad del camino de Roma á Tivoli. Aun se vea los restos de una iglesia que bajo su advocacion fué edificada en un sitio llamado *Sette-Fratre*, los siete hermanas; y está á nueve millas de Roma, en la casa de campo de Maffei. Pero las reliquias sagradas fueron trasladadas á Roma en el pontificado de Estevan á la iglesia de Santi. Angelo, donde fueron halladas en tiempo de Pio IV.

Octava XLIX.

Al que Caton batiera con su hueste

(6) Si hemos de dar crédito á Plutarco y á Lucano, halló Caton en África, á orillas del rio Bagrada, una serpiente tan monstruosa, que detuvo la marcha de su ejército, y fué necesario llevar tralucos de guerra para matarla.

Octava LII.

Que de la paz y bien os trae anuncio

(7) *Quam dilecti sunt pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonam.*

Octava LIX.

De un Juez, daba un libelo, otro venia.

(8) Algunos fieles, temerosos de succumbir á la fuerza de los tormentos, recataban en vida por diácono, comprando una cédula de exención, por la cual se les eximia de comparecer ante los tribunales: esta cédula se llamaba *libelo*: pero mas comunmente se daba este nombre al escrito en que se certificaba haber obedecido á los edictos de los emperadores, especie de apostasía exterior que la Iglesia considera como un crimen, sujetando á penitencia pública á los que se hacían reos, los cuales eran llamados *libelatores*.

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO CUARTO.

SUMARIO.

Vuelta de Demódoco al templo de Homero. Su tristeza y amargura. Recibe la noticia de la persecucion. Parte para Roma, adonde cree que Hierocles ha hecho conducir á Cimodocce. Cimodocce es bautizada en el Jordan por san Jerónimo. Llega á Tolemaida y se embarca para Grecia. Una tempestad suscitada por los órdenes del cielo la arroja en las costas de Italia.

CANTO XIV.

I.

QUién podrá describir las duras penas
Que afligen las entrañas paternas?
Al padre de Cimódoco en Atenas,
Después del triste adiós, siervos leales
Pudieron de la mar llevarlo apenas,
Del templo de Minerva en los umbrales
El afligido anciano esperó el día
Por ver si algún bajel aun descubría.

II.

Deseo vano! el alba amaneciera,
Mas en las ondas planas solamente
Ve el surco que trazó veloz galera.
Ya saliendo del mar un sol fulgente
Refleja en el su luz: nube ligera,
Parada acá y allá en el transparente
Cielo Atico, del sol dora el destello
Como el cuadrante de las Horas bello.

III.

Brillante cuadro, que al dolor da aumento
Del anciano infeliz: del sol veía
Primera vez sin su hija el nacimiento.
Inútiles consuelos le ofrecía
Su huésped, quien mirando un sentimiento
Tan profundo y constante, se aplaudía
De gozar hasta allí vida dichosa
Sin compañía de hijos ni de esposa. (1)

IV.

Tal de un valle el pastor que oye el lejano
Bronce que truena y cubre la campaña
De víctimas, se apiada del humano,
Y bendice sus rocas y cabaña.
Desde el siguiente sol quiso el anciano
A Mesenia volver por la montaña,
Pues su dolor seguir no le tolera
Los sitios que con su hija recorriera.

V.

En Corinto buscó luego la vía
De Olimpia; mas sufrir no pudo el ruido
De la fiesta que entonces se tenía
A orillas del Alfeo: el monte erguido
De la Elide pasó que dividía
La Mesenia, y habiendo apercibido
A lo lejos del Ítomo la cumbre,
En desmayo cayó de pesadumbre.

VI.

Bien pronto fué á la vida recobrado;
Bien pronto, vacilante, la ladera
Del Ítomo subió y en casa ha entrado,
El lintel de las puertas ya cubriera
Hoja seca; el sendero halló borrado
De yerva que brotó; ¡tan pronto altera
El tiempo de los hombres las señales!
Del templo pisó luego los umbrales.

VII.

La lámpara vió estincta; sobre el ara
Las cenizas halló de la becerria
Que por su hija al partir sacrificara.
Ante el sagrado Vate puesto en tierra:
«Cantor del triste Priamo! exclamára,
«Hoy mi familia toda en tí se encierra:
«De tu stirpe con canto lastimero
«Llora conmigo el vástago postrero.»

VIII.

A este instante una cuerda de la lira
De Cínodoce estalla; á su ruido
Volviéndose Demodoco la mira:
«¡Qué he de ver mas! prorrumpe estremecido;
«Mi hija va á morir; la Parca en su ira
«Esta cuerda rompió!» A su alarido
Los esclavos al templo se agolparon
Y á su pesar del ara le arrancaron.

IX.

Su dolor se acrecienta cada día;
Grata memoria su pesar agrava.
Aquí su hija en los cantos instrua:
Allí solo con ella paseaba.
Cuando habemos perdido lo que hacia
Nuestro placer y encanto, nada acaba
Como el ver los lugares habitados
Los días de la dicha afortunados.

X.

El Meseniense pueblo, condolido
De su tristeza y lágrimas, consiente
Suspenda sus funciones. Consumido
De pena el infeliz, visiblemente
Se acerca á la region de eterno olvido.
Las cartas de su hija que impaciente
Espera, ya le son interceptadas,
Yá en los mares de Oriente extraviadas.

XI.

La familia de Eudoro perseguida,
 No le puede ofrecer consuelo alguno:
 La madre goza ya de mejor vida.
 ¿Qué de ofrendas y votos importuno
 Hace al Dios de quien no es su voz oída?
 ¿Y cuántas hecatombes á Neptuno
 Promete si algun día su hija cara
 A la márgen del Pámiso arribára?

XII.

Muere el día, renace, y ve al Antísté,
 La mano en las entrañas palpitantes,
 Preguntar de su suerte el hado triste:
 El consulta los templos más distantes.
 Yá de ropa de duelo se reviste,
 Alza á las Furias manos suplicantes,
 Y con don expiatorio las congracia
 Como si fuera un crimen la desgracia.

XIII.

Yá, de flor coronado y verde espiga,
 Invoca, gesto alegre aparentando,
 La Deidad que del llanto es enemiga.
 Ceremonias antiguas renovando,
 No hay práctica ni rito que no siga,
 Hasta la era de Néstor remontando,
 Los libros él ojea Sibilinos
 Por leer de su hija los destinos.

XIV.

Anciano lamentable! oye el sonido
 Del clarín que retine en la montaña,
 Y el hado de tu hija habrás sabido.
 El pretor de Mesenia ardiendo en saña,
 De tropa y de satélites seguido,
 Recorre la ciudad y la campaña,
 Por Augusto á Galerio proclamando
 Y el edicto sangriento publicando.

XV.

Demódoco al principio no consiente
 En lo que oye, mas todo lo confirma;
 Y un bajel que arribára del Oriente,
 De la hija de Homero el robo afirma.
 ¿Qué hará el padre? La pena vehemente
 Nuevas fuerzas prestó á su edad infirma;
 Marchar quiere á la corte del imperio
 A reclamar su hija de Galerio.

XVI.

Antes que el templo Homereo traspusiera,
 Un cáliz lacrimal al sacro Vate
 Ofrece con ebúrnea galera.
 Alhajas vende, vende su Penate,
 Nupcial velo de Epícaris, su entera
 Fortuna, que prepara por rescate
 De su hija infeliz. ¡Vano desvelo!
 Sus conquistas ceder no quiere el cielo.

XVII.

En ella el mundo parte ya no tiene,
 Que su alma en el bautismo renovando,
 Un sitio en el empero se previene:
 Ya al romper de la aurora abandonando
 La gruta de Belen, al Jordan viene:
 Jerónimo el camino va mostrando,
 De una zona pelicéa cubierto,
 Como se vió á san Juan en el desierto.

XVIII.

Del norte para el austro se corrian
 Dos alas de fragosas cordilleras
 Que sin vueltas ni senos parecian:
 Del lado de Salen tan solo vieras
 Montecillas de groda que ofrecian
 El aspecto de rollos y banderas,
 Armas en pabellon, tiendas alzadas,
 En el confin de un valle colocadas.

XIX.

Hacia la Arabia roca son pendiente
 Macilenta, que al mar Muerto vertia
 De azufre y de betun negro torrente:
 La mas ténue avecilla buscaria
 En vano de una yerva la simiente:
 La patria anunciar todo parecia
 De un pueblo contumaz, y el torpe incesto (2)
 De que nació Moab y Amon funesto.

XX.

El valle entre estos montes comprendido
 Es semejante al suelo árido, adusto,
 De que hace tiempo el mar se ha retraído.
 Acá y allá crecía humilde arbusto,
 Cubierto de la sal de que es nutrido,
 Cuya corteza tiene olor y gusto
 De humo pestilencial. Venise esparcidas,
 Por pueblos, varias torres derruidas.

XXI.

Por medio de este valle lentamente
 Un río sin color sus olas rueda
 Hacia el mar que lo absorbe. Su corriente
 Se confunde á lo lejos con la greda
 Y arena blanquezina. Solamente
 A distancia se ve alguna salceda,
 O mimbral, en que el Árabe ladino
 Acecha al viajante ó peregrino.

XXII.

«Mirad, dice Jerónimo, el aciago
 «Sitio que castigó la ira del cielo:
 «El río es el Jordán, mar Muerto el lago.
 «Brillante lo miráis; mas en su suelo
 «De Sodoma y Gomorra fué el estrago.
 «Ningun pájaro en él emprende el vuelo;
 «Sus ondas son amargas y pesadas,
 «Por buque ni batel nunca surcadas.

XXIII.

«Ved la ruta de Hebron: el sol brillante
 «A la voz de Josué retrogradára.
 «Una tierra pisaís aun humeante,
 «Del furor de Adonay, que consolára
 «Jesucristo despues; Jóven amante,
 «Ves á buscar tu esposo; mas repara
 «Este grande espectáculo, su idea
 «Hará que un puro amor mas grave sea.»

XXIV.

Hablando así, en el valle han descendido.
 Cimódoce de sed atormentada:
 De un árbol coje un fruto parecido
 A la cidra de cáscara dorada;
 Mas llevado á la boca, lo halló henchido
 De una ceniza amarga y calcinada.
 Jerónimo exclamó: «¡Ved la figura
 «Del placer de este mundo y su amargura!»

XXV.

Y el polvo de sus plantas sacudiendo,
 Se encamina hácia un bosque en donde crece
 El tamarindo y bálsamo, venciendo
 Los estorbos que un suelo ingrato ofrece.
 Bajo sus mismos pasos descubriendo
 Un objeto móvil que parece
 Bullir entre la arena delicada:
 «Ved, dice, del Jordan la onda sagrada.

XXVI.

»Ven, hija muy dichosa, en su ribera
 »Saca la onda de vida, al sitio mismo
 »En que al paso de Isráel se dividiera.
 »A Jesus dió san Juan aquí el bautismo.
 »De este monte Abarim Moís descubriera
 »Estos santos lugares: así mismo
 »Las montañas ve allí donde el Mesías
 »En ayuno pasó cuarenta dias.

XXVII.

Jerónimo en el río al punto ha entrado,
 Y la jóven tras él: solo en la arena
 Doroteo quedó, y arrodillado
 Contempla y es testigo de esta escena:
 En torno de la virgen su ola ha alzado
 El Jordan, y del manto el pliegue llena
 La onda que se desliza de su planta:
 Así se abrió otro tiempo á la Arca santa.

XXVIII.

Su frente ante Jerónimo inclinando,
 Con una voz que encanta la ribera
 Del Jordan, á Satán renuncia infando,
 Vanas obras, y pompa lisongera.
 Una concha despues aquel llenando
 De la linfa que el alma regenera,
 La vierte en su cabeza, haciendo el signo
 De la cruz, en el nombre de Dios trino.

XXIX.

Cae rápida la onda sobre el cuello
De la hermosa doncella, desrollando
Con su peso los rizos del cabello.
De primavera así rocío blando
Florecente jazmín con su destello
Humedece, en el tallo resbalando.
¡Qué tierno es un bautismo recibido
En donde por Jesús fué instituido!

XXX.

Y ¡qué hermosa esta virgen inocente
Al salir de las ondas pareciera
De gracia revestida! Solamente
La Hermosura eternal apareciera
Mas bella en este sitio y esplendente,
Cuando abriéndose el cielo se entendiera
La voz del Padre: «Ved mi hijo amado,
«En quien todo mi gozo he colocado»

XXXI.

De las ondas apenas han salido,
No lejos se avisto una caravana
Que Jerónimo luego ha conocido
Por una tribu de Arabes cristiana.
Esta Iglesia naciente ya ha sufrido
De la persecucion; tropa Romana
Los rebaños y yeguas la robára,
Y solo los camellos la dejára.

XXXII.

Así que al Santo vió este pueblo errante
 De quien fuera el Apóstol, con anhelo
 Vinieron á su encuentro en el instante.
 Jerónimo creyó mirar del cielo
 El pródigo poder. «Jóven amante,
 »A Cimódoce dice, emprende el vuelo;
 »A Tolemaida ves con estos fieles,
 »Para Roma tendrás allí bajeles.»

XXXIII.

«Veloz gazela, del mirar sencillo,
 »Virgen mas grata que corriente pura,
 »No temas, dice el Arabe caudillo:
 »Por dó quiera llevarte hemos segura,
 »Mandando nuestro padre.» En un altillo,
 El sol puesto, la tienda se asegura
 Para pasar la noche, y un cordero
 Tierno degüellan y asan todo entero.

XXXIV.

Sírvese sobre un plato de madera:
 Cada uno su parte con robusto
 Brazo rasga, y la leche se hebiera
 Que el camello extraía del arbusto
 Que en esta arena tórrida creciera;
 Y su olor conservaba y grato gusto.
 La noche cierra: siéntanse á la lumbre
 Los hijos de Ismael sin pesadumbre.

XXXV.

Los camellos atados con ramales
 Un círculo exterior en torno hacían
 El caudillo contó entonces los males
 Que en Salen los cristianos padecían.
 A los reflejos de la luz visuales
 Sus gestos expresivos se veían,
 Barba negra y cerrada, blancos dientes,
 Y los pliegues del manto diferentes.

XXXVI.

Con atención profunda le escuchaban
 Sus compañeros, todos inclinados
 Hacia el fuego: tan pronto un grito daban
 De admiración y pavor penetrados;
 Tan pronto sus discursos recontaban
 Con énfasis: á veces á sus lados
 Parecía la sombra del camello
 Que por cima asomaba el largo cuello.

XXXVII.

Cimódoce en silencio contemplaba
 Esta escena, admirando el poderío
 De la gracia que así dulcificaba
 Las costumbres del Arabe bravío,
 Y á amparar la inocencia le inclinaba;
 En tanto que el Romano en su extravío
 Pensando honrar sus númenes sangrientos,
 Sufoca de piedad los sentimientos.

XXXIII.

La aurora amaneció clara y radiante.
 A orillas del Jordan todos alzaron
 Sus manos al Señor, y en el pujante
 Dorso de un dromedario colocaron
 Los sacros signos de esta Iglesia errante.
 En seguida á Jerónimo abrazaron:
 El Santo como á hijos los bendice;
 Vuelto á la nueva Ester, así la dice:

XXXIX.

«Id, hija de Jacob, Reina de Oriente,
 «Que del yermo subís como esta aurora,
 «El peligro arrostrad osadamente.
 «No, la nueva Solima ya no llora
 «Al pié de la palmera tristemente,
 «Puesta en cautividad: (3) triunfante ahora,
 «Sobre esa misma palma coje el signo
 «De su triunfo inmortal de gloria digno.»

XL.

Dice, les da su adiós, y marcha apriesa
 A su antro de Belén. La caravana
 Por montes y por sémita inaccesa
 Los dos fieles guió. La Soberana
 De ángeles y de hombres que no cesa
 De velar por la tímida cristiana,
 La sostiene de un modo milagroso
 En camino tan largo y peligroso.

XLI.

Por esconder su vista á los infieles,
 Los entra en Tolemaida rodeados
 De una nube, y los lleva á los linteles
 Donde estaban los santos congregados.
 En tiempos de aflicción todos los fieles
 Se prestaban de hermanos los cuidados;
 Ocultando aun con riesgo de su vida
 Aquellos cuya fe era combatida.

XLII.

Instruido el Prelado interiormente,
 Baja á abrirles la puerta presuroso:
 «Entre, dice, la esposa del valiente
 »Defensor de la fe: ¡día dichoso!
 »El que á mi albergue os guía! ¡qué esplendente!
 »Corona se prepara á vuestro esposo!
 »Entrad, virgen sencilla, en este asilo:
 »Mientras puedo ofrecéroslo tranquilo.»

XLIII.

El peligro no obstante les confiesa
 Que á Gimódoce en Siria amenazaba;
 Diciendo como Elena estaba presa,
 Y el ministro de Hiérocles buscaba
 A la esposa de Eudoro, con expresa
 Orden de reclamarla como esclava.
 «Mas aun hay medio, añade, de salvaros;
 »¿A qué parte quereis encaminaros?»

XLIV.

Doroteo, en la fe menos ardiente
 Que el santo de Belen, y los arcanos
 Ignorando de Dios, juzga imprudente
 Ir á Roma á entregarse á los tiranos.
 Mas acertado piensa y conveniente,
 Dirigiéndose á la Atica, en las manos
 De su padre dejar la hija querida,
 E ir en busca de Eudoro él en seguida.

XLV.

Pronto á llevar el ancla en Jope había
 Solo un griego bajel: nombres mudando
 Se embarca en él la virgen con su guía,
 Cimódoce infeliz! tu vas buscando
 Tu padre á Grecia, y él te requería
 En la margen del Tíber, confiando
 En Eudoro que puesto en las cadenas
 Ni oír ni consolar puede sus penas.

XLVI.

Al pié del Capitolio se elevaba
 Una antigua prision, cárcel de estado,
 Que al origen de Roma remontaba:
 Secuaz de Catilina aquí ha escuchado
 La voz de Ciceron cuando tronaba
 En la angusta asamblea del Senado.
 Pedro y Pablo pisáran en seguida
 La mansion del infame y homicida.

XLVII.

Eudoro, preso aquí, su juicio espera.
 Cartas de amor y fe á su esposa escribe,
 De que el falso Hierócles se apodera.
 La muerte de su madre allí recibe;
 ¡Penosa libación! Mas nada altera
 Su constancia, y el gozo que percibe
 Padeciendo por Cristo: cada día
 Compañeros de gloria entrar veía.

XLVIII.

Cuando un rico colono hace la siega,
 Amontona en su granja la semilla
 Que sembró en el collado y en la vega:
 La abena y la cebada aquí se trilla;
 Allí se aventá el trigo; allá se hanega
 Y se conduce en carros á la villa,
 En tanto que otros van acarreado
 Nuevas mieses y en garbas colocando.

XLIX.

Galerio así en la cárcel reunía
 Fieles de todo el mundo, trigo electo
 Que el hórreo celestial llenar debía.
 Eudoro abraza allí con tierno afecto
 Amigos que otra vez tratado había,
 Y un amor los reúne mas perfecto:
 Lactancio, Arnobio, Victor, Rogaciano,
 Sebastian con Gervasio é ilustre hermano.

I. 12

De allí á poco el Prelado esclarecido
 De Esparta viene á darles nuevo gozo.
 Cada Mártir que llega, es recibido
 Con ósculo de paz, santo alborozo,
 Y alabanzas al cielo. Convertido
 En iglesia parece el calabozo,
 En donde resonaba noche y día
 De cánticos y salmos la armonía.

II. 12

Sus cadenas el fiel les envidiaba
 Que aun goza libertad: el carcelero,
 Movido de sus pláticas, dejaba
 Las llaves, y se hacia prisionero.
 El órden mas perfecto allí reinaba;
 Y al ver la paz y genio placentero,
 Creyeras ver un pueblo afortunado,
 Y no un pueblo á la muerte condenado.

III. 12

Piadosa fraude al Confesor procura
 En la prision remedio consolante.
 El ministro, el levita se figura
 Ya soldado, ya esclavo, ó comerciante.
 Con santa astucia y cándida impostura
 La matrona, doncella, el mismo infante
 En las minas y cárceles entraban,
 Y hasta el pié de la hoguera se llegaban.

LIII.

El Antiste Romano dirigia
 De su albergue el impulso de su zelo.
 Mas no solo al cristiano se extendia
 Su caridad ardiente; su desvelo
 Alcanza hasta el gentil, y cada dia
 De nueva conversion goza el consuelo.
 Mirando acrecentarse la grey santa
 Cuanto mas la tormenta se levanta.

LIV.

Escenas singulares presenciaba
 El fiel en la prision: ¡Con qué sorpresa
 Ve Eudoro entrar en hábito de esclava
 La cortesana Aglae que embelesa!
 «Eudoro, dice, Sebastian acaba
 De ser asaeado; su promesa
 Bonifacio cumplió, por la fe ha muerto;
 «Pacomio habita un hórrido desierto.»

LV.

Otra vez escuchando gran tumulto,
 Ven entrar á Ginés que en voz decia:
 «No temais, soy cristiano, vuestro culto
 Es el mio. Poco hace entretenia
 Al pueblo prodigándoos el insulto;
 Mas allí es donde el cielo me atendia,
 Pues queriendo burlarme del bautismo,
 «La gracia me ganó al instante mismo.» (4)

LVI.

Dice, y abraza á Eudoro entusiasmado
Que en Bayes otro tiempo conociera.
El hijo de Lastenes, rodeado
De Santos, sus miradas atrajera,
«¿Te acuerdas cuánto habemos deseado,
Un Mártir de las Gaulas le digera,
»Reunirnos en Roma? ¡Qué distante
»Os hallabais de gloria tan brillante!»

LVII.

Siguiendo estos coloquios, un anciano,
Nunca hasta allí en la cárcel conocido,
Ven entrar con disfraz de veterano.
El traía el viático escondido,
Que á Cirilo enviaba el soberano
Antiste para ser distribuido.
La luz de la prision tenue y sombría
Sus facciones notar no permitía.

LVIII.

Pregunta por Eudoro, ése mostrado
En oracion; se acerca, toca su hombro,
Y abrazándole luego alborozado:
«Soy Zacarías» exclamó. ¡Qué asombro!
«Zacarías!» Eudoro enagenado
«¡Vos mi padre, mi caro padre nombro!»
Dice, y llenas de llanto sus mejillas,
Ante el viejo se pone de rodillas.

LIX.

Zacarias: «Postrarme á mí conviene
 »A tus plantas: ¿qué soy en tu presencia
 »Mas que un anciano inútil?» Luego viene
 De Mártires la augusta concurrencia
 Para saber suceso tan solemne.
 Eudoro satisface su impaciencia
 Con breve relacion que á todo Santo
 Arranca de ternura dulce llanto.

LX.

Zacarias despues ha referido
 Cómo dejó del Álbis la ribera.
 »El Franco por Constancio fué vencido,
 »Y una pequeña tribu á quien me diera
 »El viejo Faramundo, habiendo sido
 »Trasportada á Agripina, yo viniera
 »A las Gaulas: allí supe el conflicto
 »Que causára en la Iglesia el cruel edicto»

LXI.

»Al abrigo del César el cristiano
 »Disfruta de la paz en aquel suelo.
 »El Lugdunense Obispo, y Luteciano
 »Escogieran ministros, cuyo zelo
 »Arrostrando peligros, al hermano
 »De las otras Iglesias dé el consuelo.
 »Accediendo á mis ruegos, fui incluido
 »En la lista, y á Roma dirigido.»

LXII:

Tambien contó despues cómo llegára
Constantino á las Gaulas; la dolencia
Del padre, y que el ejército prepara
A su hijo la púrpura en herencia.
Esta nueva á los fieles animára.
Aun habiendo perdido con la ausencia
De Prisca y de Valeria su privanza,
Nunca le faltó á Eudoro la esperanza.

LXIII.

De la misma prision en que yacia,
Sigue un plan que la Iglesia en salvo ponga:
A Diocles á Salona un proprio envia
Que el voto de los fieles le proponga,
Dispuestos á atacar la tiranía,
Y el camino allanar que le reponga
En el trono usurpado por Galerio,
Dando paz á la Iglesia y al imperio.

LXIV.

Así la Iglesia entera se apoyaba
En Eudoro, y su esposa solamente
Su proteccion en vano reclamaba.
Navegando en los mares del Oriente,
De soldados y nautas la cercaba
Una chusma grosera que insolente,
Del par fiel conociendo el sacro culto,
Los llenaba de injurias y de insulto.

LXV.

En vano la virtud que en el fiel brilla
Se oculta á los ímpios. Yá entregarlos
Al verdugo amenazan en la orilla;
Yá quieren á las ondas arrojarlos
En ofrenda á Neptuno: esta cuadrilla
De malvados no cesa de insultarlos,
Ofendiendo el pudor de los oídos
De la jóven con cantos corrompidos.

LXVI.

Su belleza inflamando su deseo,
Al ultraje postrero se temía
Llegase su insolencia. Doroteo
La esposa de su amigo defendía
De prudencia y valor haciendo empleo,
Combate desigual! ¿de qué servía
Contra un tropel de tigres sangüinario
El esfuerzo de un hombre solitario?

LXVII.

El hijo del Eterno en este instante
Con los coros angélicos venía
Del límite del orbe mas distante,
Su marcha majestuosa dirigía
De globo en globo, sol en sol brillante;
Dando nuevo vigor y lozanía
Al mundo envejecido que á gran paso
Al término marchaba de su día.

LXVIII.

De vuelta al santuario impenetrable,
A la diestra de Dios, una mirada
Deja caer á la tierra favorable.
Entre todas sus obras, la morada
De los hombres le fué siempre agradable.
El percibe la víctima sagrada,
Que á la nacion gentil bendecir cabe,
Cercada de peligros en la nave.

LXIX.

Si el cielo ha abandonado esta fiel nueva
A una chusma de nautas inhumanos,
Es para preparar su alma á la prueba
Que ponga la inmortal palma en sus manos.
Este día es llegado, y él la lleva
Por camino escondido á los humanos.
Al sitio que escogió para la gloria
Que corone su triunfo y su victoria.

LXX.

Por un signo en la nube fulgurante
Al ángel de los mares ha mostrado
Sus planes el Altísimo: al instante
El viento espira que hasta allí ha soplado.
La calma sucedió: brisa inconstante
Se levanta á la vez de todo lado,
Que, rizando las olas, puede apenas
Las velas desplegar de las antenas.

LXXI.

El sol en su carrera se oscurece;
 La bóveda celeste, atravesada
 De fajas de un color verde, parece
 Descomponerse en luz turbia ó inflamada.
 El piloto del buque se estremece:
 «O Neptuno! exclamó con voz turbada;
 »Si mi ciencia es veraz, nunca tormenta
 »Las olas agitó mas violenta.»

LXXII.

Las velas abatir manda al instante,
 Y todos al peligro se preparan;
 Las nubes se amontonan al levante;
 Sus batallones lúgubres formarán
 La vista de un ejército distante;
 Mas luego hacia el poniente se avanzarán,
 Y el sol que se ponía al tiempo mismo,
 Colora de sus senos el abismo.

LXXIII.

De la region del alba un repentino
 Movimiento anunció que Dios abriera
 El tesoro que encierra el torbellino,
 Rompiendo al mismo tiempo la barrera
 Los cuatro vientos, dan en remolino
 Sobre el débil bojel que rauda huyera,
 Presentando su popa espumeante
 Al soplo impetuoso del levante.

LXXIV.

La noche cierra oscura: el marinero,
 De tinieblas espesas rodeado,
 No puede distinguir su compañero.
 Que tiembla junto á él. Solo inflamado
 Relámpago le hiera pasajero,
 Dejándole despues mas deslumbrado.
 El dia vuelve; mas su luz sombría
 Solo ver la tormenta permitia.

LXXV.

Las olas se desrollan uniformes,
 Arrastrando el baje que ya descende
 Al fondo del abismo, yá de enormes
 Masas de agua hasta el cielo se suspende,
 Impelidas por otras mas enormes.
 Ocho dias las olas así hiende,
 Siguiendo de occidente la derrota
 Al impulso del Euro y fuerza ignota.

LXXVI.

La noche nona el giro concluía:
 Al brillo del relámpago se advierte,
 Sin poderla evitar, costa sombría.
 El naufragio es seguro. Con voz fuerte
 Manda entrar el patron bajo crujía
 Todos los pasajeros: á la muerte
 Se preparan, y el ruido los aterra
 Con el que la fatal plancha se cierra.

LXXVII.

Al hombre se conoce en tal estrecho: *Al hombre se conoce en tal estrecho:*
 El esclavo con voz llena cantaba; *El esclavo con voz llena cantaba;*
 Plañía la matrona, de su pecho *Plañía la matrona, de su pecho*
 Colgado el tierno infante; lamentaba *Colgado el tierno infante; lamentaba*
 Su suerte el Epicúreo con despecho; *Su suerte el Epicúreo con despecho;*
 Con su guía Cimódoco invocaba: *Con su guía Cimódoco invocaba:*
 Al Dios que en el abismo sobe hallarnos, *Al Dios que en el abismo sobe hallarnos,*
 Y en el vientre de un monstruo albergue darnos. *Y en el vientre de un monstruo albergue darnos.*

LXXVIII.

Un golpe violento abre el costado *Un golpe violento abre el costado*
 Del bajel, dando entrada al mar undoso; *Del bajel, dando entrada al mar undoso;*
 Donde está el pasajero infortunado *Donde está el pasajero infortunado*
 Que rueda en confusion. De este horroroso *Que rueda en confusion. De este horroroso*
 Caos sale un lamento sufocado. *Caos sale un lamento sufocado.*
 Los dos fieles, por caso venturoso *Los dos fieles, por caso venturoso*
 Al pié de la escalera conducidos, *Al pié de la escalera conducidos,*
 Pueden subir al puente aunque aturdidos. *Pueden subir al puente aunque aturdidos.*

LXXIX.

El navio encallára entre la arena *El navio encallára entre la arena*
 Dando frente á un escollo que se alzara *Dando frente á un escollo que se alzara*
 Por cima de las olas. En mar plena *Por cima de las olas. En mar plena*
 Se ven nautas nadar que arrebatára *Se ven nautas nadar que arrebatára*
 El turbion; otros tiénense con pena *El turbion; otros tiénense con pena*
 De las jarcias; con rúco son tornáran *De las jarcias; con rúco son tornáran*
 El timon que la mar libre debate *El timon que la mar libre debate*
 Mientras el mástil el piloto abate. *Mientras el mástil el piloto abate.*

LXXX.

Una esperanza había, aunque lijera:
 Engolfándose el mar en el bajío
 Puede, alzando el bajel, votarlo afuera:
 ¿Mas en este momento del navío
 Quién á tomar en mano se atreviera
 El timon, cuando el mas leve desvío
 Doscientas almas al profundo arroja?
 Esto aumenta el peligro y la congoja.

LXXXI.

Cesa entonces el nauta en su lenguaje
 Contra el cristiano par, y les suplica
 Invoquen á su Dios. Riesgo y ultraje
 Olvidando Cimódoce, dedica
 Una ofrenda á la Virgen. Con coraje
 Doroteo al timon la mano aplica,
 Aguardando la oleada de esta suerte
 Que el buque va á lanzar á vida ó muerte.

LXXXII.

La ola viene, se acerca, se espedaza;
 Cruge el timon sobre su gozne herrado,
 El próximo peñon muda la plaza,
 Y el navío se siente alijerado.
 Gozo súbito al miedo reemplaza:
 «La sonda!» pide un nauta apresurado,
 Y la sonda bajó sin tocar suelo;
 Un grito de alegría sube al cielo.

LXXXIII.

¡Estrella de la mar, á vos la vida
Esta gente debió! No se mirára
De las ondas salir deidad mentida
Mandándolas silencio: una luz clara
Rasgó la nube, y de esplendor vestida
Una bella matrona se mostrara,
Su divinal infante en el regazo,
Poniendo el mar en calma con su brazo.

LXXXIV.

El nauta ante la jóven se arrodilla
Confesando el poder omnipotente
Del Dios que los salvára. Hacia la orilla
Va acercándose el buque mansamente
Donde en ruinas se observa una capilla.
Del áncora sagrada el ferro ingente
Sujeta con su peso la galera,
Y todos saltan luego á la ribera.

LXXXV.

Como Reina de esclavos rodeada
Cuyos grillos rompió, la casta esposa
De Eudoro salta en tierra á hombros llevada
De los nautas. Su voto presurosa
Va á cumplir á la hermita abandonada;
De María una imagen milagrosa
Halló en ella, y en don cuelga su velo:
Así en triunfo pisó de Italia el suelo.

NOTAS.

Octava III.

Sin compañía de hijos ni de esposa.

(1) Los Príncipes, sacerdotes de Minerva, profesaban el celibato.

Octava XIX.

De un pueblo contumaz, y el torpe incesto

(2) El que sembró en los hijos de Lot con su padre, después de haberse salvado del castigo de Sodoma.

Octava XXXIX.

Puesta en cautividad: triunfante ahora,

(5) Alusión á una medalla que representa á Tito vencedor de Judea. La ciudad de Jerusalem está esculpida en figura de una mujer sentada junto al tronco de una palmera.

Octava LV.

La gracia me ganó al instante mismo.

(4) En la vida de san Ginés se refiere que este Santo era gentil y carnal; y que en una de las representaciones teatrales celebradas en Roma en obsequio del emperador Diocleciano, quien, para hacer reír á los espectadores representar de una manera bacánica las ceremonias del bautismo. Asistiendo en el teatro, se fingió enfermo, y exclamó: "Ay! amigos míos, que peso siento tan enorme, y que no podría librarme de él! ¿Qué haréis, le respondieron sus camaradas, para quitarle ese peso? ¿Queréis que se os pase un capullo para liberar á vuestras hijas? ¿Que peso sentéis está el dijo Ginés: ya estoy resuelto á morir cristiano, para que Dios me reciba en su reino." Entonces se llamó á dos actores, que figuraban sacerdotes y exorcistas; y llegados á la cabeza del foyado enfermo, y porque, hijo mío, nos intentas venir? le preguntaron. A cuyas palabras sintiéndose Ginés asustado repentinamente por una inspiración interior, no ya por juego, sino de todas veras respondió: "porque deseo recibir la gracia de Jesucristo, y ser regenerado, para poder ser libre de todas mis culpas." Los actores, realizando su

juego, bautizan á Gineés, y le visten una túnica blanca; los soldados entran, se apoderan de él y le presentan al emperador para ser interrogado á la manera de los cristianos.

Hasta aquí todo se creyó que era una burla; pero luego se conocieron los verdaderos sentimientos de Gineés, porque dirigiéndose á toda la asamblea, habló en esta forma: "Señor, y vosotros todos los que estais presentes, oficiales del ejército, filósofos, sacerdotes, ciudadanos, escuchad lo que voy á decir. Jamás ois pronunciar el nombre cristiano sin llenaros de horror; aborrecis á mis parientes que profesaban el cristianismo: me habéis hecho instruir en sus misterios y ritos solo para burlarme de ellos, y hacer que los otros se burlasen. Mas apenas el agua lavó mi cuerpo, después de haber respondido alocemente que creis en los artículos que me fueron preguntados, levantando los ojos, vi una tropa de ángeles resplandecientes de luz, que leían en un libro todos mis pecados cometidos desde la infancia: después, habiendo sumergido este libro en el agua en que yo estaba, me lo enseñaron más blanco que la nieve, y sin vestigio ninguno de escritura. Vosotros, pues, poderoso emperador, romanos que me escucháis, vosotros todos que habeis torcido en ridículo los misterios del cristianismo, creed conmigo que Jesucristo es el verdadero Dios, que él es la luz y la verdad, y que solo por él podéis alcanzar el perdón de vuestra pecados." Este discurso irritó de tal manera á Diocleciano, que mandó en el acto arrotar con varas á Gineés: en seguida le entregó á Placido, prefecto del Pretorio, quien, después de haberle hecho sufrir crueles tormentos, le cortó la cabeza.

El bautismo de que aquí se trata, no era verdadero sacramento por falta de intención en el ministro; pero fue suplido en sus Gineés principalmente por el bautismo de fuego ó de deseo, que consiste en un acto de contrición con voto de recibir el bautismo, y después por el bautismo de sangre, que consiste en el martirio.

... ..

NOTES

... ..

... ..

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO QUINTO.

SUMARIO.

Cimodocea, arrestada por los satélites de Hierocles, es conducida á Roma. Conmoción popular. Cimodocea liberada de las manos de Hierocles, es encerrada en la cárcel como cristiana. Desgracia de Hierocles. Recibe la orden de salir para Alejandria. Eudoro, habiendo sido intimado de comparecer al tribunal de Festo, escribe sus adioses á Cimodocea.

CANTO XV.

LVI



A la aurora al mortal iba llamando

Al curso de sus penas y labores:

El labrador activo va regando

Los surcos que trazó con sus sudores;

En la fragua el martillo á compás dando

Despide viva llama, y los rumores

Suben de las ciudades. De luz lleno

El Oriente se vió, cielo sereno.

II.

No sale á recibir antes galera
A la esposa de un fiel encadenado,
Ni un carro la aguardaba en la ribera
De cuatro albos corceles arrastrado.
Otra clase de honor allí la espera.
El decreto del cielo la ha llevado
A una costa no lejos de Tarento
Que dió al célebre Arquitas (1) nacimiento.

III.

El piloto subido á una eminente
Roca, y su vista en torno dirigiendo:
«Italia! Italia!» exclama de repente.
Cinódoce, este nombre grato oyendo,
Sus rodillas flaquear bajo sí siente;
Cae en tierra, y al cielo bendiciendo:
«Soy cristiana, exclamó, y en las cadenas
»De mi esposo podré partir las penas.»

IV.

Cuando tales palabras pronunciaba,
Doblando el promontorio descubrieron
Un bajel que otro barco remolcaba
Cubierto de soldados; luego vieron
Que, cortando la amarra, se alejaba
La lancha, y el navío percibieron
Sumergirse en las ondas lentamente;
Hasta que fué sumido enteramente.

V.

Era el buque de aquellos que llenára
 Galerio de los pobres desgraciados
 Que en solitarias costas anegára.
 De su prision algunos desatados,
 Van nadando al batel: ¡impiedad rara!
 Rechúzanlos á golpes los soldados.
 Los nautas de Cimódoce, esto viendo,
 De espanto por las sirtes van huyendo.

VI.

Lleno de caridad el par cristiano
 Se atreve á quedar solo en la ribera,
 Y á los náufragos tiende amiga mano
 Que ya la mar profunda sumergiera.
 Mas luego el Centurion llega inhumano:
 »¿Quién sois vosotros, dice con voz fiera,
 »Que osais contra Galerio de esta suerte
 »Librar sus enemigos de la muerte?»

VII.

Doroteo se nombra: respetando
 El Centurion su clase, se detiene.
 Pero luego á Cimódoce observando,
 Su modesta hermosura le previene,
 Y en ella una cristiana sospechando,
 »¿Dónde va, preguntó, de dónde viene,
 »Cómo pisar la Italia se ha atrevido
 »Sin orden de Galerio ó su valido?

VIII.

Tratando de excusar su compañera,
 Doroteo el naufragio le contará.
 Los soldados van luego á la galera.
 El tiempo que Cimódoce se hallára
 En mortales peligros, escribiera
 Una carta que amor y fe dictára,
 A su padre y esposo el adios dando,
 Y al cielo por sus vidas suplicando.

IX.

Este papel que á bordo fué olvidado,
 Su nombre descubrió; su fe revela
 El signo de la cruz que ven al lado
 Del lecho: de esta suerte Filomelela
 Descubre al cazador su nido amado
 Cantando sus amorés sin cautela;
 La esposa del monarca esclarecida
 Es así por el cetro conocida.

X.

Cimódoce!.. feliz descubrimiento
 Que al Centurion inunda de alegría.
 Al punto hace llevarlos á Tarentó,
 Y á Hiérocles veloz correo envía
 Con noticia tan grata. El violento
 Ministro entonces sobre el mundo hacia
 Pesar su cetro férreo; sin embargo,
 Cierta pena su gozo vuelve amargo.

XI.

A Publio, su rival, ve en el afecto
Prevalecer de Augusto, y su osadía
Llevar á contrastarle en su proyecto:
¿Quiere juzgar á Eudoro? él se oponia;
¿Le otorga nuevos plazos? el Prefecto
De Roma un crimen capital le hacia:
Del áulico y ministro interesado
Tal siempre la razon y ley de estado.

XII.

El silencio de Siria y de la Acaya
Desespera á Hierócles. Impaciente
Apostára solícito atalaya
Por todas las riberas. Diligente
Correo le traia de la playa
Noticias noche y dia asiduamente.
De la ansiedad mayor, siente el tormento,
Cuando llega el mensaje de Tarento.

XIII.

Al nombre de Cimódoce el tirano
Se arroja de su lecho, un grito dando
De gozo y rabia: así el cantor Troyano
Describe al Rey del cócito saltando
De su trobo. En amor ardiendo insano,
Sus labios de la cólera temblando:
«Que se traiga, gritó, la esclava mía;
«Mi próspera fortuna me la envía.»

XIV.

La libertad no obstante dar previene
Al primer oficial de Diocleciano.
Este hombre liberal en Roma obtiene
Poderosa influencia; recto, humano,
Afable en el poder que ya no tiene,
Conservaba el afecto aun del pagano:
Así del varon justo es la defensa
La pública opinion contra la ofensa.

XV.

El ministro que en Publio ya tenia
Un adversario acérrimo, no osára
Hacer mas enemigos. El veia
Que el odio universal se concitára.
Ya, temiendo del pueblo la osadía,
Al anciano Demódoco dejára
Vagar libre por Roma aunque ignorado:
Dios principió á cegar así al malvado.

XVI.

En vez de ir á su objeto con certeza,
En cálculos humanos se extraviaba,
Y á fuerza de política y fineza
En los lazos que evita, se enredaba.
Si el vulgo le creia en la grandeza,
Un ojo ejercitado señalaba
En su misma opulencia cierta nota
Que anunciaba su próxima derrota.

XVII.

Tal se eleva en los bosques vieja encina,
 Cuyo tronco los siglos pasar viera;
 Si á su pié el viajante la examina,
 La cree en su vigor y fuerza entera:
 Mas atento pastor que en la colina
 La reina de los montes considera,
 Sobre sus verdes ramos ve elevada
 Una corona seca y laceriada.

XVIII.

Dominando el gran circo, en una altura,
 Del resto de la casa áurea de Nero,
 Alzó Tito un palacio, á la hermosura
 Juntándo de las artes el esmero.
 Con sus obras mas grandes la escultura
 De la Grecia allí pasma al extranjero
 En salones de mármol incrustados
 Y con bellos mosaicos enlosados.

XIX.

El *Hermes* de Zenóforo (2) es notable
 Por su gran dimension que en nada hería
 A su aire suelto y fácil; la admirable
Flautista de Lisipo (3) parecia
 Contonearse y reir con gracia amable;
 La *Venus* broncea el premio contendia
 Con la *Venus* de mármol que tallára
 El mismo artista (4) con destreza rara.

XX.

Su risueña *Friné*, triste *Matrona*,
 Muestran su arte flexible y sobrehumana;
 Imágen del silencio es la *Leona*
 Sin lengua, y de la bella cortesana (5)
 A quien la Fama por callar pregoná;
 La estatua del *Deseo* mas que humana,
Vesta sentada, y en reposo *Marte*
 Eternizan de Escopas (6) el bello arte.

XXI.

Este soberbio alcázar habitára
 El nuevo emperador; el volúptuoso
 Ministro un bello pórtico ocupára
 Que vencía al de su amo en lo suntuoso.
 El artista en sus muros dibujára
 Agradable paisaje, delicioso
 Jardín, verdes florestas, claras fuentes,
 Cascadas, juegos de agua diferentes.

XXII.

En baños y retretes se examina
 Del pincel obra clásica y portento;
 La *Venus* que pintó Apeles divina
 Saliendo de la mar, (7) digno argumento
 De genio tan sublime; la *Lucina*
 Que Zeuxis (8) trabajó, los de Agrigento
 Sus hijas por modelo presentando;
 De Protógene (9) el Sátiro espirando.

XXIII.

Espirando de amor: el habitante
 De los bosques se mira allí á la entrada
 De una gruta; su mano vacilante
 Deja escapar la flauta, derribada
 La taza, y roto el tirso de Bacante.
 El pintor con destreza señalada
 Supo unir cuanto Venus dió de agreste
 Al bruto y cuanto al hombre de celeste.

XXIV.

Infeliz quien del templo los umbrales
 Profanando, las artes de él robára
 Para ornar la mansion de los mortales.
 Las obras mas sublimes que inspirára
 El silencio á esos genios inmortales
 Para honrar la Deidad, luego tornáranse
 E malvado en testigo y elemento
 Que á la pasión y crimen dan fomento.

XXV.

En la mas bella cámara, de Eudoro
 La esposa aquí Hierócles atendía:
 Sus paredes brillaban con el oro,
 La púrpura y cristal; siempre se oía
 Entre el ruido del agua, dulce coro
 De música lejána; confundía
 La flor mas esquisita su fragancia
 Con el perfume que arde en abundancia.

XXVI.

Por pasaje secreto y escondido
 Por puertas que se cierran detrás de ella,
 El satélite vil ha introducido
 Ante el Ministro audaz la jóven bella.
 Los esclavos, á un signo convenido,
 Se retiran, y dejan la doncella
 Sola con este monstruo batallando
 Que hombres no teme, Dioses despreciando.

XXVII.

Con el velo cubierto ella su frente,
 El ruido de sus lloros se escuchaba
 Como el sordo murmullo de la fuente
 Que se oye y no se ve. Su seno alzaba,
 Latiendo del temor mas fuertemente,
 Su ropa virginal, su rostro daba
 Un resplandor tan claro y tan copioso
 Como el cuerpo de un ángel luminoso.

XXVIII.

La inocencia afligida del quebranto
 Un instante á Hierócles impusiera,
 Absorto á contemplar hechizo tanto.
 Con un ardor horrible considera
 La que nunca llegó á tocar el manto,
 La que en coros virgíneos solo viera,
 Y no obstante ha dispuesto en sus retiros
 De sus días, sus noches y suspiros.

XXIX.

Mas pronto la pasión sobrepujára
 Este instante de duda, y afectando
 Un aire compasivo que ocultára
 No bien su torpe ardor, la dice blando:
 «¿A qué tal miedo y lágrimas? Cuan cara
 »Saber ser á mis ojos: á tu mando
 »Me verás como esclavo el mas sumiso
 »Solo con que de hablar me des permiso.»

XXX.

El hijo de la suerte con audacia
 De Cimódoce el velo correr osa,
 Y queda deslumbrado al ver su gracia.
 La virgen se avergüenza, y ruborosa:
 «Nada quiero de ti, nada me sacia
 »De toda tu opulencia mentirosa;
 »Solo á mi padre pido que me vuelvas,
 »Del Pámiso con él amo las selvas.»

XXXI.

«Bien, responde Hierócles, yo te entrego
 »A tu padre: hago mas, de honra y grandeza
 »Te prometo colmarle si á mi ruego
 »Accedes: al contrario, tu fiereza
 »De sus dias turbar podrá el sosiego.»
 «¡Y mi esposo!... (prorrumpe con presteza
 Levantando sus manos inocente)
 »¿Podrias tú volvérmelo igualmente?»

XXXII.

A este nombre el color pierde el malvado,
 Y siendo apenas dueño de su ira:
 «¿Quién?... dice, ese traidor que te ha robado
 »El corazon con filtro y con mentira?
 »Sábele que á morir es condenado
 »En horribles tormentos.... Pero mira
 »Si el amor que te tengo, es duro y fuerte:
 »Ese rival por tí salvo á la muerte.»

XXXIII.

Oyendo estas palabras, la sencilla
 Joven cae á sus piés, y en su inocencia:
 «Señor! (dice, abrazando su rodilla)
 »Mi padre me ha contado que la ciencia
 »Iguala el hombre á Dios; la que en vos brilla
 »Os hace propender á la clemencia:
 »Juntad, sí, dos esposos desgraciados,
 »Solo para vivir juntos formados.»

XXXIV.

«Ninfa divina (Híerocles con fuego)
 »Levántate: no ves que en tal porfía
 »Destruyes tú la fuerza de tu ruego?
 »¡Yo cederte á un rival consentiría!
 »Bella joven, la ciencia es en sosiego
 »Disfrutar del placer, deja esa fría
 »Y austera religion que amar defiende,
 »Y al mismo corazon mandar pretende.

XXXV.

»De modestia y pudor bien discurrida
 »Fué la ley para el vulgo; mas el sabio
 »Disfruta de los goces de esta vida
 »A ocultas, sin hacer á nadie agravio.
 »Dios no existe, ó de abajo no se cuida.
 »Ven, hija muy feliz, aplica el labio
 »Al cáliz del amor de placer lleno,
 »Gózalo sin zozobras en mi seno.

XXXVI.

Y sus brazos al cuello le echó osado,
 Como sierpe se enrosca en la palmera,
 O en altar que al pudor es consagrado.
 La hija de Domócoco lijera
 Se arranca de sus brazos. «Qué! malvado;
 »Enemigo de Dios, ¿tu verdadera
 »Ciencia dicta insultar así el decoro!
 »¿No ofreciste salvar la vida á Eudoro?

XXXVII.

Hiérocles: «mal mi intento has comprendido.
 »Ni el infierno, si existe, ni la muerte
 »No me es como ese hombre aborrecido.
 »Que ha nombrado tu boca... De su suerte
 »El decreto tu misma has proferido.
 »Cuando amarlo... Por vez última adviérte;
 »De su vida tu amor solo es el precio...
 »Mas ya es mucho sufrir tanto desprecio.»

XXXVIII.

Así dice, y en torpe llama ardiendo,
 Persigue á la Vestal que huye asustada.
 Perdona, Musa casta, si te ofendo
 Con relacion de escena tan menguada.
 Mas no consumará su plan horrendo.
 El impío; la virgen angustiada.
 En riesgo semejante al cielo ruega,
 Y el cielo á su socorro no se niega.

XXXIX.

De pronto en el palacio se oye el ruido:
 De mil voces confusas en tumulto:
 Las puertas hiere golpe repetido.
 Hierócles se estremece; pasmo oculto
 Causa Dios en su seno corrompido
 Que le hace suspender el torpe insulto.
 Cimódoce: «la Virgen es, malvado,
 »Del crimen serás ahora castigado!»

XL.

Crece el ruido, la grita y el estruendo;
 Abre aquel un balcon que al atrio daba,
 Y ve una turba inmensa circuyendo
 A un viejo que en su mano tremolaba
 Ramo de suplicante. Con horrendo
 Fracaso todo el pueblo en voz gritaba:
 «¡Dése la hija, entréguese el tirano
 »A aquel que suplicó al pueblo Romano!»

XLI.

A estos gritos la Homérica veloce
 De un brinco al corredor salta: ¡ó sorpresa!
 En el viejo á su padre reconoce
 Que de arengar al público no cesa,
 A su hija el Homérica conoce
 Que los brazos la tiende y llama apriesa.
 Un grito se levanta «¡es ella, es ella,
 Hija del sacro Antiste Vestal bella!»

XLII.

A sus siervos Hierócles manda en vano
 Roben la que su esclava ser decía.
 La turba con furor: «Guarda, tirano,
 »No llesves á esa virgen tu osadía,
 »O la vida te arranca nuestra mano.»
 El soldado que viene en compañía
 Del pueblo, tira entonces del acero,
 Y amenaza al traidor con grito fiero.

XLIII.

Oyendo tal estrépito, con susto
 Galerio apareció, de su milicia
 Y corte rodeado. «César justo,
 »Justicia! clama el pueblo, haced justicia!»
 Con su mano el silencio manda Augusto.
 El Prefecto de Roma: «¿Qué injusticia
 »Pretendeis os repare el Soberano?»
 A Demódoco el pueblo: «Hablad, anciano.»

XLIV.

«Prole Hercúlea, eternal, César clemente,
 «Ten compasion de un padre y su hija triste
 «Que en tu palacio mismo un insolente
 «Se atreve á violentar. Yo soy Antiste
 «De inmortales, de Homero descendiente,
 «Y el vicio de las Musas mi hija viste:
 «Ruégote, César inclito, que ampires
 «La inocencia, las causas, los altares.»

XLV.

Hierócles desde el pórtico responde:
 «Augusto Emperador, nacion Romana,
 «De este hecho la verdad se es-conde.
 «Esta jóven es Griega, y es cristiana;
 «Como sierva por tal me corresponde.»
 Demódoco: «No es fiel; ella es pagana!
 «Y yo, yo soy de Roma ciudadano;
 «Hija esclava jamás tuvo un Romano.»

XLVI.

Todo el pueblo á una voz: «De fiel la acusa!»
 El anciano: «No lo es! Progenie clara
 «De Homero, sirve el templo de la Musa
 «Que inspiró....» «Es fiel? es fiel? aquel clamára;
 «Que ella misma responda y dé su excusa.»
 Entonces la doncella levantára
 Sus ojos hácia el cielo, y con voz fuerte:
 «Soy cristiana, responde, hasta la muerte.»

XLVII.

Hierócles: «Ya lo veis, prorumpa ufano;
 «Es cristiana, y es sierva.» Fluctuante
 El pueblo entre el furor contra el cristiano,
 El odio contra el áulico, arrogante,
 La piedad con un padre y triste anciano,
 En tan varios deseos vacilante;
 «Sufra, dice, la suerte de cristiana;
 «Mas sierva no será, siendo romana.»

XLVIII.

Galerio con un signo de cabeza
 La sentencia aprobó que el pueblo ha dado,
 Y Publio la ejecuta con presteza.
 Augusto, á su aposento retirado,
 Se indigna al ver hollada su grandeza,
 Del palacio el asilo violado,
 Y un golpe al esplendor de su corona:
 A Hierócles de este hecho no perdona.

XLIX.

El Prefecto de Roma viene luego.
 «La cristiana está presa, y el tumulto;
 «Calmado, Roma goza de sosiego,
 «Mas Hierócles, ó César, no lo oculto,
 «Ha podido excitar un voraz fuego,
 «El se dice enemigo de ese culto,
 «Y conserva la vida al jefe odioso
 «De quien por esa jóven es zeloso.»

L.

Como hábil cortesano ve el efecto
 Que produce en Augusto tal lenguaje.
 Dase prisa á añadir el vil Prefecto:
 »Mas no es este, ó Señor, el solo ultraje
 »Que os hizo: á creer al Griego abyecto,
 »De quien vos habeis hecho un personaje.
 »Colmándolo de honores y de bienes,
 »El puso la corona en vuestras sienes.»

LII.

Publio se interrumpió, cual si ocultára
 Nueva injuria que calla comedido.
 Galerio, sonrojándose, declara
 Que su llaga secreta habia herido.
 El Prefecto de Roma no ignorára
 Que Doroteo á Roma habia venido;
 Su vista con Demódoco; el intento
 Con que este provocaba un movimiento.

LII.

Publio hubiese podido fácilmente
 Evitar el motin; lejos de hacerlo;
 Al anciano mandó secreto agente
 Para ordenar su plan y sostenerlo,
 Viendo contra el Valido un expediente
 Que en la gracia imperial debe perderlo.
 Dueño de los resortes de su intriga,
 Con su plática á Augusto á la ira instiga.

LIII.

Apenas con efecto se contiene:

«Que perezca ese fiel, exclama airado,
 «Con los perversos cómplices que tiene;
 «De todos á una vez sea vengado.
 «Yo veo con pesar que no conviene
 «Conservar á Hierócles á mi lado:
 «Sus servicios antiguos premiar quiero,
 «Y el mando del Egipto le confiero.»

LIV.

Rebosando el Prefecto de alegría:

«Descansad, César inclito; ese alevé
 «Al punto va á pagar su rebeldía:
 «A falta de testigo que la pruebe,
 «Le basta ser cristiano. Su osadía
 «Satisfará la Griega con la plebe.
 «A Hierócles llevar voy al momento;
 «De vuestra Eternidad el mandamiento.»

LV.

Así dice, y su suerte luego hiciera

A Hierócles saber. El desgraciado
 Cien veces la imperial carta leyera.
 En su pálida frente, ojo extraviado,
 Los labios entreabiertos, exprimiera
 La agonía del áulico malvado.
 Que en un instante ve desvanecida
 La grandeza ilusoria de su vida.

LVI

«Venciste, prorumpió, Dios del cristiano!
 »Por Cimódoce á Eudoro alza el castigo;
 »Aquella se liberta de mi mano,
 »Y otro dará la muerte á mi enemigo.
 »O vana prevision! cálculo vano!
 »Falsa sabiduría, á quien maldigo!
 »Mi poder conservarme no supiste,
 »Su falta no podrás suplir á un triste!»

LVII

El despecho estas quejas arrancaba
 Al blasfemo, y se baña en llanto indigno;
 Su suerte cual muger débil lloraba
 De flaco corazon, seso mezquino.
 A la jóven no obstante deseaba
 Libertar del rigor de su destino;
 Mas su vida arriesgar teme el cobarde,
 Que el miedo prevalece al fuego en que arde.

LVIII

En tanto que, en sus planes indeciso,
 Ni huir la tempestad, ni arrostrarla osa,
 A Eudoro lleva Doroteo aviso
 De la llegada á Roma de su esposa,
 Y cómo puesta en grave compromiso
 No dudó en confesar su fe animosa.
 Por caso tan feliz los parabienes
 Dan los Santos al hijo de Lastenes.

LIX.

Aunque el peligro vé de su consorte,
 El Mártir de contento es inundado.
 «¡La primera, exclamó en santo transporte,
 »Mi esposa á Jesucristo ha confesado!
 »Tal honra su candor justo es reporte.»
 «Ella es fiel! repetía alborozado:
 »Ya puedo abandonar en paz el suelo,
 »Vínculo eterno nos prepara el cielo.

LX.

Un rayo de esperanza relucía
 En la atra lobreguez del cautiverio.
 La desgracia de Hiérocles podía
 Grandes cambios traer en el imperio;
 Constantino en las Gaulas reunía
 Numerosa legion contra Galerio;
 El nuncio que á Salona hizo el viaje,
 Tornar podía con feliz mensaje.

LXI.

En noche oscura un buque naufragando,
 Vése al nauta que apenas se sustenta,
 Beber la onda salada; si rasgando
 La nube falso albor, cerca le ostenta
 Una playa, se esfuerza y va nadando;
 Mas la luz se oscurece, y la tormenta
 Mas fuerte al infeliz al fondo lanza:
 Tal la suerte del fiel, tal la esperanza.

LXII.

Aun sonaba en la boca de los Santos
 El cántico al Eterno, cuando entró
 El viejo Zacarías: «Vuestros cantos
 «Seguid, hermanos míos, exclamára:
 «Motivos hay de gozo y no de llantos.
 «La palma del martirio se prepara
 «A un grande Confesor de entre vosotros,
 «Que en el cielo interceda por nosotros.»

LXIII.

Cesa el himno, el silencio se sucede,
 Cada uno ser la víctima quisiera,
 Y repasa los títulos que puede
 Presentar á tal honra. A la sincera
 Humildad el deseo en todos cede;
 Indigno cada cual se considera,
 Desechando la idea su memoria
 Como una tentacion de vanagloria.

LXIV.

Eudoro en paralelo entrar no osára
 Con tanto Confesor esclarecido,
 De mérito especial, virtud preclara,
 Que ya su sangre por la fe han vertido.
 Sublime incertidumbre, que cortára
 Zacarías á Eudoro dirigido:
 «Si la vida, hijo mio, en este suelo
 «Te salvé, no me olvides en el cielo.»

LXV.

Viéranse allí Presbíteros, Prelados,
 Los Confesores todos caer luego
 Ante los piés del Mártir, y postrados
 Sus vestidos besar, pedir su ruego.
 En medio de estos viejos así echados
 Eudoro en pié, con calma y en sosiego,
 Parece á un cedro jóven que ve erguido
 Todo un bosque á sus plantas abatido.

LXVI.

A este instante un Lictor, acompañado
 De dos esclavos con luces, descendiera
 A la cárcel oscura, y admirado
 De escena tal, (el Mártir prosiguiera
 Ante los piés de Eudoro arrodillado.)
 «O Rey de los cristianos! le dijera,
 «De este pueblo á tu mando sometido
 «¿Quién con nombre de Eudoro es conocido?»

LXVII.

«Yo soy,» responde el hijo de Lastene:
 El Lictor su sorpresa redoblando:
 «¿Eres tú, pues, á quien morir conviene?»
 «Podiais conocerlo reparando
 «El honor que aunque indigno se me tiene.»
 Entonces un esclavo destrollando
 El escrito fatal, lee en voz fuerte
 La ordenanza de Publio de esta suerte:

LXVIII.

«Eudoro, en Megalópolis nacido,
 «Familia de Lasten, que en la Britana
 «Legión tribuno fué, también ha sido:
 «De équites general, y á la romana
 «Dignidad de Prefecto fué ascendido,
 «De Festo al tribunal vendrá mañana:
 «De los fieles el Juez allí le espera
 «Para que inole á Jupiter, ó muera.»

LXIX.

Eudoro se inclinó, y el Lictor parte,
 Como jóven Canéfora, en la fiesta
 De la Diosa que es émula de Marte,
 Los ojos de la turba huye modesta
 Que ensalza su pudor, gracias y arte;
 Eudoro, á quien la palma estaba presta
 Del martirio, á un rincón así se lanza,
 Huyendo de los Santos la alabanza.

LXX.

El licor pide entonces misterioso
 Que en tiempo de aflicción al fiel servía,
 Y á Cimódoce escribe cariñoso
 Sus adioses. Su amor se difundía
 En estilo el mas tierno y mas piadoso,
 «Ven, concluye la carta, amada mía,
 «Ven al monte de mirra donde eterno
 «Amor te juntará á tu esposo tierno.»

NOTAS.

Octava II.

Que dió al célebre Arquitas nacimiento.

(4) Arquitas nació en Tarento hacia el año 440 antes de Cristo. Fue filósofo, matemático, astrónomo, hombre de estado y general. Los Tarentinos le nombraron seis veces jefe de la república, y después de su muerte le erigieron un sepulcro que se existaba de lejos. Horacio habla de él en el lib. 4.º od. 22.

Octava XIX.

El Hermes de Zenodoro es notable

(2) Zenodoro, famoso escultor griego fue encargado por los Arvernos, pueblo de las Galias, de fundir una estatua colosal de Hermes ó Mercurio. Nerón le encargó también levantar en Roma la estatua de 450 pies de alta que debía representar á aquel Emperador.

Ibidem.

Flautista de Lisipo parecía

(5) Lisipo fue otro famoso escultor griego, que floreció en tiempo de Alejandro, y obtuvo con Apolo y Pírgoteles el honor de representar ellos solos las facciones de este conquistador. Sus obras principales eran una estatua de la Odisea, otra de Sócrates y un Heracles que se mostraba todavía en Constantinopla á principios del siglo trece.

Ibidem.

El mismo artista con destreza rara.

(4) Praxiteles, el primer escultor de la Grecia después de Fidias. Fue de una sencillez extrema. Entre sus obras maestras se colocan el Cupido de Tebas, la Frons de Guido desnuda, la de Cos vestida, y el Satiro de Atena. Fue el amante de Febo, á quien más de una vez tomó por modelo de sus Venus.

Octava XX.

Sin lengua, y de la bella cortesana

(5) La amante de Aristogiton, la cual, temiendo que la fuerza de los

tormentos la arrancaba algunas palabras contrarias á su amigo, se cortó la lengua con los dientes. Después de la expulsión del tirano Hipias, Atenas levantó estatuas á Harmodio y Aristogiton, y para perpetuar la memoria de esta cortesana, la representó inequívocamente bajo el símbolo de una lengua sin lengua.

Ibidem.

Eternizan de Escopas el bello arte.

(6) Escopos, llamado por los antiguos el *Artista de la verdad*, puede ser considerado como el padre de la escultura griega: él abrió el camino á Lisipo y á Praxíteles, y llenó de sus trabajos la Jonia, el Atica, la Beocia y el Peloponeso; pero sus obras más perfectas eran un *Mercurio* y una *Parante embriagada*.

Octava XXII.

Saliendo de la mar, digno argumento

(7) La *Venus*, *Anadimeneas*, esta es saliendo de la mar, la *Venus dormida*, y *Alejandro Tenante* eran los tres principales cuadros del príncipe de los pintores griegos.

Ibidem.

Que Zeuxis trabajó, los de Agrigento

(8) Colón pintor griego, se distinguió por la nobleza del asunto, el gran carácter del dibujo, y la belleza divina de los personajes: estudió el arte en las obras de Apolodoro, cuyo método perfeccionó, y fué el rival de Parrasio. Entre todas sus pinturas se admiraba el cuadro de *Elena*.

Ibidem.

De Protógenes el Sátiro expirando.

(9) Otro famoso pintor griego, que vivió en Rodas por los años 356 antes de Cristo. Haciendo el sitio de Rodas Demetrio Poliorcetes, dió orden á que se respetase el arsenal en que trabajaba Protógenes. Sus obras principales eran los retratos de Cálipo, Tleponemo, Antigono, Alejandro y sobre todo el bello cuadro del cazador *Falio*, fundador de Rodas: esta obra muestra perfecta en Rodas en un nicho del templo de la Paz.

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO SESTO.

SUMARIO.

Cirilo releva á Eudoro de su penitencia. Lamentos de Demódoco. Prisión de Cimodocea. Recibe la carta de Eudoro. Confiesa este la fe en los tormentos. El Purgatorio. El Ángel exterminador hiere á Galerio y á Hierócles. Va Hierócles á buscar al Juez de los cristianos. Vuelta del mensajero enviado á Diocleciano. Tristeza de Eudoro, de Demódoco y de Cimodocea. El festín libre. Tentación.

CANTO XVI.

I.

En canapés de seda recostados
Torno de mesa opípara, á este instante
De Galerio gozaban los criados
De espléndido festín, vario, abundante.
De rosas y violas coronados,
Una rama de eneldo soporante
En las manos, mostraban los convivas
De contento y placer mociones vivas.

II.

Hábiles ninfas en tañer la flauta
Con danzas y con canto inverecundo
Inflaman el ardor de cena lauta.
Un cáliz primoroso y mas profundo
Que el de Néstor derrama por la incauta
Asamblea el veneno rubicundo
Que con néctar mezcló en doradas linfas
El númen (1) educado por las Ninfas.

III.

El Dios que lleva el arco y banda junto, (2)
Y en ser causa del mal muestra alegría,
A estos hombres dichosos daba asunto.
El mármol, el cristal, la pedrería,
Oro y plata, dispuestos en un punto,
Reflejaban la luz de mil bujía;
Y el olor del perfume se mezclaba
Con el que el vino de Ática exhalaba.

IV.

En esta hora el fies abandonado
De todo el mundo, y á morir dispuesto,
Preparaba en la cárcel su sagrado
Banquete y fiesta con sencillo apresto,
Debiendo ser Eudoro presentado
Al otro dia al tribunal de Festo,
De penitencia es justo se releve
Porque al combate fuerza mayor lleve.

V.

La lámpara se enciende. De su asilo
De antemano mandára el sumo Antiste
El poder de las llaves á Cirilo,
Con Gervasio al altar Protasio asiste,
Hermanos, par feliz; túnica de hilo
De preciosa labor cada uno viste,
Y en el aire de gozo que ostentaban,
Dirias que al martirio caminaban.

VI.

Toda la prision fiel se arrodillára
En torno de Cirilo y este empieza:
Una Misa sin cáliz y sin ara.
¡Singular invencion, santa agudeza!
La hostia santa el Obispo reposára
Sobre su pecho mismo, (3) la pureza
De un corazón que lleva á Dios grabado,
Es propio altar de un Dios crucificado.

VII.

Eudoro deja el hábito de duelo,
Y de túnica blanca es revestido.
Zacarias alzándose del suelo,
A nombre de los fieles: «O querido
»De Dios, dice al Prelado, abrid del cielo
»La puerta al penitente arrepentido,
»Que fué oyente, postrado, postulante: (4)
»Este de la clemencia propio instante.»

VIII.

El Obispo: «¿mudar vida prometes?
 «Tus manos alza al cielo en juramento.»
 Eudoro alza sus brazos: los grilletes
 Y cadenas le son bello ornamento
 Como á esposa dorados brazaletes.
 El Prelado pronuncia á este momento:
 «Por aquel que perdona en las alturas,
 «Tus pecados te absuelvo y tus censuras.»

IX.

Eudoro á estas palabras se prosterna
 A los piés de Cirilo. De la mano
 De un Levita despues con piedad tierna
 El viático tomó, pan del cristiano
 Que el viaje va á hacer de vida eterna:
 Luego siente un esfuerzo sobrehumano,
 Como aquel que recibe el pan de fuertes,
 Que no teme dolor, desprecia muertes.

X.

En tanto que esta escena aquí pasaba,
 Demódoco pedía al carcelero
 Que en diversa prision su hija guardaba.
 Sevo de nombre, y mas que el nombre fiero,
 Sus súplicas y ofertas desechaba
 Insensible á los llantos y al dinero
 Que acostumbra teatar la alma mas dura
 Menos si contra el cielo se conjura.

XI.

Cerca de esta mansion del desgraciado
 Un templo á la Clemencia se elevára,
 Con relieves de mármol decorado.
 Allí se ve á la hija que ablactára
 Su padre en la prision; Manlio manchado
 Con la sangre de un hijo que triunfára,
 De los viejos recibe los laureles,
 Mas evitan su encuentro los donceles. (5)

XII.

Mas lejos la Vestal que, remontando
 Por el Tiber la nave que llevaba
 El signo de Cibeles venerando,
 De Roma y su rival la suerte echaba.
 Aquí se ve á Virgilio abandonando
 Los campos paternales; allí daba
 Ovidio los adioses á su esposa,
 La noche del destierro lamentosa.

XIII.

Principia el astro, da fin á su giro,
 Y ve al lintel del templo al infelice
 Anciano dando al aire su suspiro.
 Tan pronto su dolor al pueblo dice;
 Tan pronto la Deidad de este retiro
 Suplica que sus penas suavice:
 Su lira toca á veces lastimero
 Por llamar la atencion del pasajero.

XIV.

- «¡Siglo de bronce, exclama, dura gente
 »Que esquivais los dolores paternales!
 »Que!... Roma consagrará antiguamente
 »A la Piedad filial estos umbrales,
 »Y Roma con un padre es inclemente!
 »¿Soy yo algun parricida? ¿A las fatales
 »Euménides merezco se me vote?
 »¿No soy yo de Inmortales sacerdote?

XV.

- »Por Homero y las Musas instruido
 »En cantos y doctrinas saludables,
 »Por los hombres al cielo he dirigido
 »Mis votos... ¡y estos son inexorables
 »A los ruegos de un padre!... ¿y qué les pido?
 »Ver mi hija... sus hierros adorables
 »Participar, morir hecho pedazos
 »Antes que me la arranquen de mis brazos.

XVI.

- »Yo el mas feliz mortal que el sol veía
 »En su curso: ¡infeliz! ¿qué esclavo ahora
 »Querrá trocar su suerte con la mía?
 »Júpiter me dió una alma obsequiadora:
 »Mas de aquellos que el cáliz de alegría
 »Bebieron en mi hogar, ¿no hay en la hora
 »De la afliccion ninguno que me acuda?
 »¿Nadie á un padre infeliz vendrá en ayuda?

XVII.

Diciendo así, las barbas se mesaba,
Y arrastra en el lintel de mármol duro:
Tal pena su razón turba y acaba.
Mas no llega á calar su grito el muro
De la prision de su hija que se hallaba
Sola en el calabozo mas oscuro.
Los cristianos que en él la precedieran;
Todos en el martirio perecieran.

XVIII.

La jóven educada entre halagüeña
Ficcion, de grata imagen rodeada,
Solo tuvo hasta allí vida risueña.
En la escuela no fué su alma formada
Que de la cuna misma al hombre enseña
En corto plazo haber vida menguada. (6)
La luz del cristianismo, sin embargo,
Hacia su dolor menos amargo.

XIX.

Los libros santos con ardor leía
Que en la cárcel un Mártir se dejara:
Mas sacar todo el fruto no podía.
Recuerdo de la infancia la tornára.
Muchas veces, leyendo, sucedia
Que inclinando en las páginas su cara,
Absorta del dolor, en su confusa
Mente volvía á ser Vestal de Musa.

XX.

Ya pienso vislumbrar la luz brillante
De Grecia, y en los bosques se creía
Del Anfiso con Ninfa alegre errante,
Ya las fiestas del Ática veía,
El carro por el Némeo rutilante,
La sagrada y pomposa Teoría
Que va al son de las flautas recorriendo
Del Ira al Steniciáro descendiendo.

XXI.

La dicha que otro tiempo disfrutaba
Con su padre, en su idea se presenta
Con el duro pesar que ahora le acaba,
Y su mismo cariño lo acrecienta.
¿Que hace? ¿dónde está? ¿quién enjugaba
Sus lágrimas y edad flaca sustenta?
¿O que leves sus penas la parecen
Con las que el padre, esposo allí padecen!

XXII.

En estos pensamientos abismado,
Oye abrir la prision, y entrar advierte
Una muger que sale apresurada,
Una carta dejando y agua fuerte
Para leer la carta preparada;
Cimódoce la toma, el licor vierte,
Y descubriendo el rasgo misterioso,
La letra reconoce de su esposo.

XXIII.

Lee el primer renglon en que el amante
 Su amor con tierna frase manifiesta;
 Mas luego se detiene vacilante.
 Cierta cosa entrevé allí funesta;
 Duda, tiembla, pasar teme adelante;
 Cierra la carta, la abre, otra vez resta.
 Indecisa: por fin determinada,
 Este pasaje lee infortunada:

XXIV.

«Eudoro corta el hilo de su vida
 »Cual corta al medio el tejedor su tela.
 »El cielo con las palmas nos convida;
 »Antes de tí quizás Eudoro á el vuela.»
 De repente la luz fué oscurecida
 A la jóven; su sangre se congela,
 Y de fuerzas y aliento abandonada
 Sobre una piedra cae desmayada.

XXV.

Mas, ó Musa, ¿qué ruido es el que siento
 En los atrios celestes? ¿Por qué el coro
 De los ángeles muestra de contento
 Transporte tal? ¿Por qué las arpas de oro
 Acuerdan sus sonidos al acento
 Del santo Rey que entona el mas sonoro,
 El himno mas sublime de sus cantos?
 ¡Qué gozo, qué algazara entre los Santos!

XXVI.

Veo á Estevan que toma una esplendente
 Palma del santuario, y hacia el suelo
 La inclina humilde; luz resplandeciente
 A la tierra desciende desde el cielo.
 ¿Por qué, ó Musa, permites que me ausente
 De la cárcel de Eudoro, y con tu vuelo
 Me llevas á otra parte? Allá me torna,
 Que sus manos la palma creo adorna.

XXVII.

Ya el Mártir esforzado está delante
 Del juez; á sus amigos contristados
 Dijo adios, y encargó su esposa amante.
 Al templo le llevarán los soldados
 Que á la justicia alzó Octavio triunfante.
 En una vasta sala de ocho lados
 Se eleva silla: ebúrnea, coronada
 Con la estatua de Témis venerada.

XXVIII.

Sentado en esta silla está el juez Festo:
 Una víctima, una ara, sacerdotes
 Se ven á su derecha; al lado opuesto
 Centurios y soldados: potro, azotes,
 Y un brasero delante está dispuesto.
 Al pié del tribunal, sin que en él notes
 Señal de espanto, al Mártir se percibe.
 El juez pregunta, el tabelion escribe:

XXIX.

- «¿Cuál es tu nombre?-Eudoro de Lastene.-
 «¿Oíste los edictos imperiales?-
 «Oílos.-Pues en ellos se previene
 »Se adore á nuestros Dioses inmortales.-
 »Yo adoro á un solo Dios á quien conviene
 »La alabanza y honor de los mortales:
 »A el solo sacrificio, no á los vanos
 »Simulacros que hicieran los humanos.

XXX.

- El juez manda extender en el instante
 Al Mártir en el potro, y dice luego:
 »Eudoro! el color pierde tu semblante:
 »Tú sufres, ten piedad, no seas ciego:
 »Mira el cúmulo de honras tan brillante....
 »De tu patria te acuerda.... escucha el ruego
 »Del padre que abandonas en el suelo....
 »-Mi padre, patria y honra, está en el cielo.-

XXXI.

- «¿Serás, pues, insensible al atractivo
 »De un himeneo casto y venturoso?»
 Eudoro calla: el juez mas expresivo:
 »¿Y te enterneces?... acaba, sé juicioso:
 »E-coje entre un amigo compasivo,
 »O tiembla ante un juez recto y riguroso.-
 »¿Qué valdria ante un juez haber temblado
 »Que á morir, como yo, está destinado!»

XXXII.

Festo ordena con uñas aceradas
 Rasgar al Confesor. Como salpica
 El múrice licor lanas nevadas
 De Mileto, ó marfil á que se aplica,
 Así tiñe sus carnes delicadas
 La sangre. Festo entonces: «Sacrifica,
 »O tégnete no envuelvas en tu ruina
 »La esposa que á tu lecho se destina.»

XXXIII.

«¿De dónde tanta dicha, el Santo exclama,
 »Que dos veces por Dios sea inmolado?»
 Traban sus piés en cepos: viva llama
 Rodea el banco férreo; en él sentado,
 Pez hirviendo en su cuerpo se derrama.
 Mas Eudoro no sufre; en el agrado
 De su cara traslúcese el consuelo
 Con que sus penas endulzaba el cielo.

XXXIV.

En este solio ardiente predicaba
 Con mayor elocuencia y energía.
 Con rocío celeste le recreaba
 Brillante serafín: sombra le hacia
 Con sus alas el ángel que velaba
 En su custodia: el Mártir parecia
 En medio de la llama un pan floreado
 Para la mesa eterna preparado.

XXXV.

Los gentiles mas ciegos, no pudiendo
Sufrir su resplandor, vuelven la cara.
Relévanse verdugos, sucumbiendo
Sus fuerzas, sin que el Mártir lo notára.
Con secreto temor le estaba viendo
Festo en el banco fulgido. «Repara
Mi rostro, grita el Mártir, porque al verlo
Puedas en el gran día conocerlo.

XXXVI.

A estas palabras, cual de un rayo herido;
«Cese el tormento.» Festo providencia,
Y deja el tribunal despavorido.
Un notario publica: «La clemencia
»Del invencible Augusto al atrevido
»Que niega á sus edictos obediencia,
»A luchar con un tigre al circo envia,
»De su natal divino el fausto día.»

XXXVII.

Luego á Eudoro conducen los soldados
A la cárcel. Los santos confesores
De su triunfo ya estaban informados,
Y salen para hacerle los honores.
Al umbral de la cárcel colocados,
Le reciben en medio, y sus loores
Entonan con transportes de alegría.
De cantores un coro así decía.

CORO.

Cogiste la palma, venciste al infierno,
 Levante sus puertas el pórtico eterno,
 Corone de gloria tu triunfo el Señor.

UNA VOZ.

Como plata en escoria
 Probada siete veces,
 Pasaste por el fuego;
 Cual ástro resplandeces.

CORO.

Cogiste la palma, venciste al infierno,
 Levante sus puertas el pórtico eterno,
 Corone de gloria tu triunfo el Señor.

XXXVIII.

Este cántico el cielo repetía,
 Y un nuevo objeto de placer lo llena.
 Sabiendo Eudoro que su madre expía
 Lijera falta con terrible pena,
 (A sus hijos amára en demasia,
 De sus yerros labrando la cadena)
 Su martirio por ella al cielo ofrece,
 Y dar fin á sus penas la merece.

XXXIX.

Los Profetas que el libro de la vida
 Leen ante el Eterno, el alma santa
 Pronuncian cuya pena es concluida.
 A este instante María se levanta
 De su trono, y de gloria revestida
 Al solio del cordero se adelanta
 De veinte y cuatro ancianos rodeado;
 Acatando á Emanuel, así le ha hablado:

XL.

«Hijo! si mortal débil en el suelo
 »De tu esencia inmortal fui portadora;
 »Si confiar dignaste á mi desvelo
 »Tu humanidad paciente, escuchame ahora.
 »De la madre del Mártir en el cielo
 »La libertad se aclama: ¿llegó la hora
 »Que la paz del Señor gozen los Santos?
 »Hija de hombres, ofrézcode sus plantas.

XLI.

«Veo á un tigre cebarse en palpitante
 »Miembro del Confesor: qué ¡la vertida
 »Sangre en hierros, ecúleos, no es bastante
 »Para darle la palma merecida?
 »¿Debe apurar el cáliz amargante?
 »¿Y la voz de una madre tan querida
 »No ablandará el rigor de tu destino?
 »Así la Madre habló de amor divino.

XLII.

El Hijo con dulzura la responde:

«Madre mía! de qué amor está lleno

«Por la estirpe de Adán, no te se esconde,

«Pues solo por salvarla entré en tu seno.

«Mas cumplir de mi Padre corresponde

«Los destinos: si en breve espacio al bueno

«Deja sufrir tormento y pugna fiera,

«Una gloria sin límites le espera.

XLIII.

«Los momentos se acercan, Madre mía,

«Y la gracia su efecto ha principiado:

«Al sitio en que su falta el justo expia,

«Vos misma descended, y á vuestro lado

«Ascienda á la mansion de la alegría

«La alma que los Profetas han nombrado.

«La hora que al Confesor para mi Padre,

«Principie por la gloria de su madre.»

XLIV.

Dijo: y dulce sonrisa acompañara

Las palabras del Verbo. Reverente

El anciano en su trono se inclinára;

Con su ala el querubin vela su frente;

Por escuchar su voz el giro para

La alta esfera, y de luz rayo fulgente

Del Cáo penetró en lo mas profundo,

Gual si fuera á criarse nuevo mundo.

XLV.

Por camino de estrellas esmaltado,
 Entre aromas celestes, frescas flores,
 Que el ángel á su paso ha derramado;
 María va al lugar de los dolores:
 El coro de las Vírgenes sagrado,
 La precede: cantando sus loores;
 Detras van las mas inclitas matronas
 Con símbolos gloriosos y coronas.

XLVI.

Vese á aquella en cuyo útero brincára
 El hijo; la que á Cristo ungió piadosa;
 Salome que á la cruz le acompañára;
 La ilustre Macabea que animosa
 El martirio en siete hijos soportára;
 Su rival en esfuerzo Sinforosa;
 Débora, Ester, Noémi, Raquel, Lia,
 Forman el grau cortejo de María.

XLVII.

En el centro del globo, confinante
 Con la eterna mansión del condenado,
 Se extiende la region, triste, humeante,
 Donde expian los justos su pecado.
 Sepáralos tan solo del hiente
 Orco un rio de lágrimas formado,
 Donde temieran verse sumergidos
 Sin ser por la esperanza sostenidos.

XLVIII.

Allí paga hasta el último denario
 Todo aquel que llevó deudas del suelo;
 El pontífice justo que al sagrario
 Se acercára tal vez con menos zelo;
 El humilde, mas duro solitario;
 La virgen que ocultára bajo el velo
 Ligera sensacion de vanagloria,
 O no perdió del mundo la memoria.

XLIX.

El juez que administrando la justicia
 Litigante infeliz miró á la cara,
 O dones recibió sin que avaricia
 La rectitud torciese de su vara;
 El rico limosnero, mas que vicia
 Sus obras porque en ellas no repara
 Al verdadero pobre, ó su siniestra
 Publica las que hace con la diestra;

L.

El padre de familias que en su tierno
 Amor hácia su esposa, aunque imprudente,
 De la casa la da todo el gobierno;
 La madre con sus hijos indulgente;
 El jóven ó doncella que al paterno
 Aviso justo en su afeccion no asiente;
 Toda culpa por fin expía el alma
 Antes que á recibir suba la palma.

LI.

La Reina de los ángeles desciende
A esta region oscura, y un momento
La actividad del fuego se suspende;
Cesa todo dolor, todo lamento.
De luz pura una ráfaga trasciende
Hasta el lóbrego abismo sulfuriento,
Y el abismo á la boca se abalanza
Creyendo ser un rayo de esperanza.

LII.

Con su angélica pompa se encamina
La Virgen por el antro dilatado,
Y á su paso el Espíritu se inclina
De acrisolar las almas encargado,
Ministro de la cólera divina,
A compasion mas bien que á ira dado.
En medio del dolor la alma sostiene,
Y con dulce esperanza la entretiene.

LIII.

Las matronas que siguen á María,
Ven con admiracion cual se arrebola
Por momentos el alma que gemia
Con las otras, se viste de albo estola,
Y rota la prision en que yacia,
Y cubierta de fúlgida aureola,
Se vuela á la region donde el concierto
Escucha ya del cielo que ve abierto.

LIV.

Estas las almas son á cuyos males
 El pariente ó amigo obtuvo gracia
 Sobre la tierra. ¡O fueros celestiales
 De la fe, la amistad y la desgracia!
 Cuanto es mas pobre y triste entre mortales,
 Despreciado é infeliz, mas eficacia
 El ruego tiene que al Señor eleva
 Para abreviar los plazos de la prueba.

LV.

De Séfora entre aquellas brilla el alma:
 Preséntala á María Sinforosa,
 Y agitando las Vírgenes su palma
 La comitiva real sube gloriosa
 Al cielo, remontándose con calma.
 La luna, el sol, la esfera luminosa,
 Las Virtudes y célicos Poderes
 Cantan la mas feliz de las mugeres.

CORO.

Abrid vuestras puertas, palacios eternos,
 La Reina del cielo triunfante se avanza;
 Cantad su alabanza, load su pudor.

Una voz.

Salve, María, celestial tesoro,
 De esposas y de vírgenes consuelo!
 Ardiente querubín, con tu ala de oro,

De azulada vislumbre,
 La Madre de Dios lleva en rauda vuelo.
 ¡Qué dulce mansedumbre
 En su mirar modesto! ¡Qué ternura
 En la blanda sonrisa! Su semblante,
 Por templar el ardor de eternal gozo,
 Conserva la figura
 Que en la tierra grabó dolor punzante.
 Los collados eternos de alborozo
 Brincan, como el ariete,
 Del éter que traspasa,
 Oscurece su luz el fulgor claro.
 Salve, Reina; salud, la mas felice;
 Sostén del infelice,
 Del pecador refugio y firme amparo.

CORO.

Abrid vuestras puertas, palacios eternos,
 La Reina del cielo triunfante se ayanza;
 Cantad su alabanza, load su pudor.

LVI.

De este modo la pompa de María
 Va los atrios celestes penetrando,
 Y á sus voces responde la armonía
 De mil arpas que estaban aguardando.
 Bien pronto se difunde la alegría
 Por el espacio inmenso, resonando
 La alabanza, los himnos, las canciones,
 Que repiten de espíritus millones.

LVII.

Mas, ó Señor! ¡cuán grande en vuestra esencia,
Y cuán incomprensible en vuestro juicio!
Vos unís la justicia á la clemencia,
Al tiempo que la palma dais propicio,
Y que el cielo os aplaude á competencia,
Veo al arcángel fuerte cuyo oficio
Es castigar al impio blasfemante,
Desenvainar la espada fulgurante.

LVIII.

Con la otra mano un cáliz de oro llena
En vuestra ira: el ruido de sus alas
Es como tempestad que lejos truena.
O Señor! ¿cuáles víctimas señalas
A su furor? ¿Tu pueblo por la arena
Persigue Faraon, y en él exhalas
Tus iras dardo ignífero lanzando,
Y sus carros y gentes abismando?

LIX.

¿Sennakerib de nuevo á Israel oprime?
¿El ángel que sondea el vasto abismo
Del arcano, con signo ignoto imprime
El fin del sacrilegio y despotismo? (7)
¿O bien vuestro ministro la hoz esgrime
Que vendimia y que siega al tiempo mismo,
Como vió aquel sagrado Evangelista
Cuando el destino abristeis á su vista?

LX.

Dos víctimas al ángel señalára
 Con su dedo el Señor: luego en brillante
 Relámpago del cielo se dispara
 Como en estiva noche estrella errante;
 Y envuelta en nube oscura su luz clara,
 Penetra en el palacio en el instante
 Que Galerio celebra en su banquete
 La gloria y esplendor que se promete.

LXI.

Al momento las luces se amortecen;
 De mil carros se escucha el roncó estruendo;
 Los convivas se asustan y estremecen
 Involuntarias lágrimas vertiendo;
 De Romanos antiguos se aparecen
 Las sombras en las salas: con horrendo
 Estupor, en confuso, ve el tirano
 Que de su imperio el fin no está lejano.

LXII.

El ángel se le acerca, y una gota
 En su vaso del vino de ira vierte.
 Impulsado Galerio por ignota
 Fuerza, gusta del cáliz á la suerte
 Brindando del imperio; luego nota
 Repentino dolor, y cae inerte
 A los piés del esclavo: en un instante
 Acostó Dios por tierra este gigante.

LXIII.

Déjalo el ángel al primer efecto
 Del veneno eternal, y á la morada
 Vuela donde gemia el vil Prefecto.
 Sus lomos atraviesa con la espada,
 Al instante corroe humor infecto
 Sus venas, y su piel es inflamada
 Con lepra tan hedionda y corrosiva
 Que le cae á pedazos carne viva.

LXIV.

Su vestido á la piel se le rodea
 Como el lienzo fatal de Deyanira,
 O la túnica ardiente de Medea.
 Mas el ángel de muerte se retira
 A un signo del Eterno que desea
 Corregir al malvado, de su ira
 Haciéndole sentir solo un amago
 Porque se salve aun de eterno estrago.

LXV.

Pero el Ministro impío cuyo pecho
 Se cerró á la esperanza consolante,
 Se agita y se debate con despecho,
 Contra Dios y su Cristo blasfemante.
 Sus siervos con furor llama, del lecho
 Se arroja, y furibundo, y delirante,
 Embozado en el manto va en su coche
 A hablar á Festo en medio de la noche.

LXVI.

«Festo, dice, no expongas á la fiera
 «Esa jóven cristiana que yo adoro:
 «Entrégala á mi amor; la ley tolera
 «Que al lupanar... ya entiendes...» Dice, y de oro
 Arrojando una bolsa, luego huyera
 Dando un mugido horrible, como toro
 Enfermo que se arrastra moribundo
 En hondo lodazal de cieno inmundo.

LXVII.

A este tiempo á el cristiano se apagára
 Toda luz de esperanza: el enviado
 Que Eudoro á Diocleciano despachára,
 Volviera de Salona, y disfrazado
 Entró en el calabozo donde hallára
 A Eudoro de Pontífices rodeado
 Que curaban sus llagas con respeto:
 Todos tenían ya el fatal decreto.

LXVIII.

El hijo de Lastenes reposaba
 En sus mantos por tierra: así un guerrero
 Se acuesta en las banderas que acaba
 De ganar, al sentir mortal acero.
 El enviado, atónito, callaba,
 «Hablad, hermano: (Eudoro placentero)
 «Felicítadme al verme consolado:
 «Por manos que al altísimo han tocado.»

LXIX.

El mensajero entonces, enjugando
 Sus lágrimas, habló de esta manera:
 «En el Adria, conforme á vuestro mando,
 «Me embarqué, y llegué pronto á la ribera
 «De Salona: por Diocles preguntando,
 «A tres millas de allí se me dijo
 «Habitaba una quinta; de continuo,
 «Sin descansar, tomé de allí el camino.

LXX.

«Llego; no encuentro guardia ni criado.
 «Penetrando en la huerta, en un bosquejo
 «Vi en rústicos afanes ocupado
 «Algun esclavo acá y allá: perplejo,
 «Dudaba si me habria equivocado,
 «Cuando cerca de mí parece un viejo,
 «La azada en una mano; el aire brusco:
 «Me llego á él, y dígole á quien busco.

LXXI.

«Yo soy Diocles; (el viejo respondiera
 Siguiendo su labor) di á lo que vienes.»
 Lleno de admiracion enmudeciera,
 «Pues bien, anadió luego, ¿acaso tienes
 «Semillas raras que comprar pudiera,
 «O por otras trocar? ¿Qué te detienes?
 «La carta puse entonces en sus manos,
 «Y los males pinté de los Romanos.

LXXII.

Díjale cómo el fiel se le ofrecía
 Para darle de nuevo la corona,
 Dejando su labor, con ironía:
 «Ojalá, respondió, que la persona
 »Que con tales mensajes os envía,
 »Mirase estas legumbres que en Salona
 »Cultivo con mis manos: si las viese,
 »Semejante propuesta no me hiciese.»

LXXIII.

«Dejando su jardín Abdolomino, (8)
 »Subir al trono, dije, consintiera.»
 «Es verdad, replicó, mas el camino
 »Solo anduvo una vez: si él descendiera,
 »Mejor hallara su primer destino:
 »Mas yo soy viejo, añade, atiende; espera;
 »Mis yerbas faltan de agua, tu eres mozo,
 »Ayúdame á sucarla de este pozo.»

LXXIV.

«Dijo, tornó la espalda Diocleciano,
 »Y Diocles tomó la regadera.»
 El nuncio se calló. Cirilo: «O hermano f
 »Nueva mas grata darnos no pudiera:
 »Después de vuestra marcha, el plan mundano
 »Que Eudoro meditaba, nos dijera:
 »Instruido mejor, ya ve en Galerio
 »El legítimo dueño del imperio.»

LXXV.

«Ah! sí, responde Eudoro, y de mi intento
 «Justamente me veo castigado.»
 Así el bravo animal que un corpulento
 Javali del Aquéloo ha lanzado,
 Si, herido por el amo, en el momento
 Se agita sobre el musgo ensangrentado,
 Luego se llega á él, manso le mira,
 La mano lame que le hirió, y espira.

LXXVI.

Mas antes que la tierra abandonára,
 Tierna inquietud le agita. Sin embargo
 Del fervor de su fe, la imagen cara
 De su esposa le viene, y le hace un cargo.
 ¡Qué suerte, se decía, la prepara
 Mi amor! ¿Podrá sufrir el trance amargo?
 ¿El decreto de muerte ha recibido?
 ¿En manos de Hierócles ha caído?

LXXVII.

Ya en las garras del tigre la veía
 Demandándole auxilio en tal premura;
 Ya pensaba en la dicha que podría
 Con esposa gozar tan bella y pura.
 Mas una voz interna oír se hacia
 De la conciencia: «Mártir! ¿á la altura
 «De tu cargo conviene tal idea?
 «La eternidad! el cielo! esto desea.»

LXXVIII.

Su conflicto perciben los ancianos,
 Diestros en interior pugna del alma.
 Tomándole Cirilo entrambas manos:
 «Compañero, le dice, tened calma;
 «Alegraos; del término cercanos,
 «Prontos á recibir gloriosa palma,
 «Conviene á nuestro pecho la alegría,
 «Que sostiene el fervor y da osadía.

LXXIX.

«Vednos todos aquí cual mies madura
 «De la santa heredad. Cimodocea
 «Podrá estar con nosotros como pura
 «Flor que al trigo da aromas y recrea
 «Con su vista y olor. Si por ventura
 «Dios lo ha dispuesto así, bendito sea!
 «Mas pidamos la deje en este suelo
 «Porque sirva su vida de modelo.»

LXXX.

Cuando en noche de estío abrasadora
 Principia con el alba dulce viento,
 El nauta cuyo buque se demora
 En una mar igual sin movimiento,
 Saluda alegre al hijo de la aurora
 Que le abrevia el camino y le da aliento:
 Así á Eudoro el discurso de Cirilo
 Consuela, da vigor, pone tranquilo.

LXXXVII.

En su cárcel la virgen así clama
 Mientras cerca el tumulto y alboroto
 La prision de San Pedro. Como brama
 La mar embravecida por el Noto,
 Desgajáuse torrentes, fiera llama
 Se extiende con fragor por vasto soto
 Cebada por el viento de sudeste,
 Tal estruendo se oía: el pueblo es este.

LXXXVIII.

Por uso antiguo en Róma, el condenado
 A las bestias la víspera se hacía
 Un público festín, *Libre* llamado,
 ; Uso bárbaro ! al reo se servía
 Cuanto hay de mas gustoso y delicado,
 O para hacerle ver lo que perdía,
 O el hombre en el placer considerando,
 Colmarle del al menos espirando.

LXXXIX.

En el mismo portal era servido
 El convite. Curioso y cruel llena
 El pueblo las entradas, contenido
 En órden por la tropa. Con serena
 Magestad viene el Mártir al ruido.
 De los pesados grillos y cadena;
 Aquellos que sus llagas impedían
 Caminar, sus hermanos los traían.

XC.

Eudoro así apoyado se arrastraba
 A hombros de dos Obispos; respetoso
 El Confesor sus mantos desplegaba
 Debajo de sus piés; un clamoroso
 Grito de compasion, cuando asomaba
 Por la puerta, da el pueblo numeroso;
 Y el guerrero Romano, alto el escudo,
 Al general antiguo hace el saludo.

XCI.

Colócanse á la mesa: al centro viene
 Eudoro con Cirilo; en sus semblantes
 Se ve cuanto de ilustre el viejo tiene
 Y el jóven de lozano, semejantes
 A Jacob y José. Cirilo obtiene
 Repartir los manjares abundantes
 A los pobres, y un ágape divino
 Celebrar en su vez con pan y vino.

XCII.

La multitud de asombro poseída,
 Se callaba y oía atentamente
 Sus discursos. Cirilo: «Esta comida
 «Es, hermanos, llamada justamente
 «Festín libre: del lazo de esta vida
 «Sembrada de pesar, triste, doliente,
 «La muerte va á librarnos, y la puerta
 «Franquearnos de otra vida y gloria cierta.

XCH.

«Rogad, hermanos míos, entre tanto
 «Por este infeliz pueblo: hoy se le advierte
 «Sensible á nuestras penas y quebranto,
 «Mañana aplaudirá por nuestra muerte.
 «El es, á la verdad, digno de llanto:
 «Orad también al cielo por la suerte
 «Del Señor que nos dió la Providencia
 «A quien todos debemos obediencia.»

XCIV.

Y los Santos al cielo alzan sus manos;
 Plegarias fervorosas dirigiendo
 Por Galerio y el pueblo. Los paganos,
 Hechos á ver los reos ya gimiendo
 En esta mesa fúnebre, yá insanos
 Entregándose al gozo con estruendo,
 Volver de su sorpresa no podían.
 Los mas sabios de entre ellos se decían:

XCV.

«¿Qué asamblea es aquesta de Catones
 «Que del hierro mirando ya los filos,
 «Muestran tal dignidad en sus acciones
 «Y tratan de la muerte así tranquilos?
 «¿Son estos los que fraguan rebeliones
 «Y profanan del templo los asilos?
 «¿No es cada uno un filósofo sublime?
 «¿La virtud en su frente el sello imprime?»

XCVI.

La plebe dice: «¿Quién es este anciano
 «De tanta autoridad, que habla doctrina
 «Tan dulce y tan humana? Ah! el cristiano.
 «Suplica por aquel que le extermina;
 «Ama al pueblo, sus dones con su mano
 «Distribuye á los pobres, ni se indigna;
 «Contra tirano juez aunque lo mande
 «Al suplicio: ¡su Dios debe ser grande!»

XCVII.

Los ojos á la luz muchos abriendo,
 Allí quedaban y la fe pedían.
 ¡Admirable lección, cuadro estupendo
 El que á Roma estos Santos ofrecían!
 Víspera de un suplicio impío, horrendo,
 Sus coloquios no obstante proseguían,
 De amable caridad y de unción llenos,
 Como en días de paz, graves, serenos.

XCVIII.

Cuando la triste y mansa golondrina
 Nuestros climas helados abandona,
 A bandadas se junta en la colina,
 O torre solitaria; alegre entona
 El himno de la marcha, canta y trina;
 El cierzo se levanta, y juguetea
 Sus alas desplegando, en rauda-vuelo
 Vá á buscar nuevo estío en nuevo suelo.

XCIX.

En medio de esta escena, atravesando
 Por la turba un esclavo, á Eudoro llega,
 Del juez Festo una carta presentando
 En sus manos. Lijero la desplega:
 «Hierócles á tu esposa está aguardando
 «En infame lugar; la ley la entrega.
 «Aun hay tiempo, á los Dioses sacrifica,
 «Mi sincera amistad te lo suplica.»

C.

Eudoro se desmaya; se apresura
 La guardia en su socorro, y se apodera
 De la carta; en voz alta su lectura
 Hace un Tribuno; el pueblo se exaspera
 Con tanta indignidad, grita y murmura.
 Eudoro vuelve en sí; la guardia entera:
 «Compañero, inmolad! en voz clamara,
 «Las águilas tened á falta de ara.»

CI.

Y una copa de vino le presenta
 Para inmolár. El Mártir es tentado.
 ;Cimódoce en el sitio de la afrenta!
 ;Cimódoce en los brazos del malvado!
 Levántasele el pecho, se rebienta
 La llaga, corre sangre; lastimado
 El pueblo de rodillas se ponía:
 «Inmolad! inmolad! todo él decia.»

CII.

Sin poder dominar un movimiento
Instantáneo, con voz que mal se oyera:
«Las águilas!» clamára. De contento
La tropa en sus broqueles golpes dió
En señales de triunfo, y al momento
Se apresuró á traerle la bandera.
Eudoro entre centurios se levanta,
Y al pié de las enseñas se adelanta.

CIII.

El silencio sucede en el instante,
Entre toda la turba de paganos.
Eudoro toma el cáliz vacilante;
Vélanse la cabeza los cristianos;
Lanzando un alarido penetrante;
Cae el cáliz á Eudoro de las manos,
Tira al suelo las águilas, y vuelto
A los Santos: «Soy fiel!» grita resuelto.



NOTAS.

Octava II.

El Numen educado por las Ninfas.

(1) El Dios Baco, de cuya educación tuvieron cuidado las Ninfas, las Horas y las Ninfas.

Octava III.

El Dios que lleva el arco y banda junto,

(2) Cupido, á quien ordinariamente se le representa con una banda en los ojos, y un arco en la mano.

Octava VI.

Sobre su pecho mismo, la pureza

(3) En las actas del ilustre mártir san Luciano de Antioquía se refiere que, estando este santo prisionero atado y acotado de espaldas en la cárcel, consagró los divinos misterios sobre su pecho, y dió la comunión á los Ninos que estaban presentes.

Octava VII.

Que fué Oyente, Postrado, Postulante:

(4) Diversos grados por los cuales debia pasar el penitente para ser reconciliado con la Iglesia. En el canto octavo se dice que Eudoro fué sujeto á cinco años de penitencia pública; pero este plazo se le abrevia, como se acostumbraba hacer con los cristianos, que iban á confesar la fe en los tormentos.

Octava XI.

Mas evitan su encuentro los donceles.

(5) Manlio Torcuato, censor y capitán romano, mandaba las tropas en la guerra contra los Latinos, el año 540 antes de Cristo. En el curso de esta guerra descubrió á su hijo uno de los jefes enemigos: los generales romanos tenían prohibido aceptar los desfilos; pero el joven Manlio, estimulado de la victoria que habia conseguido su padre en una atrozante batalla, asió y derribó al adversario. Victorioso, pero deshechante, dió la vuelta al

campo, en donde por orden de su padre recibió una corona y la muerte. Después de esta bárbara ejecución, Manlio Torcuato vociferó á los enemigos cerca del río Vólmis, y obtuvo los honores del triunfo. Pero los jóvenes, indignados de su crueldad, no quisieron salir á recibirle cuando entró en Roma: solo fueron á su encuentro los viejos ciudadanos, quienes desde entonces le respetaron más. El nombre de Manliana edicta se dio después á las sentencias de una justicia muy exacta y severa.

Octava XVIII.

En corto plazo haber vida menguada.

(6) Homo unus de muliere, brevi vivens tempore, replebitur multis miseriis. (Job)

Octava LIX.

El fin del sacrilegio y despotismo?

(7) Celebrando el rey Baltasar con los grandes de su corte un solemnísimo banquete, para el cual echaron mano de los vasos del templo robados por Nabucodonosor, se apareció una mano que estampó en el muro estas palabras desconocidas: *Mene, Mene, Tene, Tene*; Daniel los interpretó: *Mene*, contó el Señor el tiempo de tu reinado, y halló que está cumplido; *Tene*, pesando has sido en la balanza, y hallado has sido falta de peso; *Tene*, tu reino es dividido y entregado á los Medos y á los Persas. En la misma noche fue muerto Baltasar, y Darío Medo ascendió en el reino. (Daniel 5.)

Octava LXXIII.

Dejando su jardín Abdolomino.

(8) Abdolomino, príncipe Sidiato, se vió obligado á cultivar la tierra para proporcionar el sustento. Alejandro Magno, que hacia y deshacia reyes á su gusto, quitó á Estratón el astro de Siles para ponerlo en mano de Abdolomino, y preguntando en seguida al nuevo rey cómo había podido subsistir en la miseria: "Ojeda, respondió este, pueda subsistir la grandera! De nada he necesitado mientras nada he poseído: mis manos me daban todo lo necesario." El abate Deille ha formado de esta historia un bello episodio en su poema de los Jardines.

LOS MÁRTIRES.

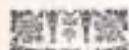
CANTO DECIMO SETIMO.

SUMARIO.

Satanás reanima el fanatismo del pueblo. Fiesta de Baco. Muerte de Hierócles. Condenación de su alma. Desciende á Cimodocea el ángel de la esperanza. Recibe Cimodocea el traje del martirio. Doroteo saca á Cimodocea de la cárcel. Alegría de Eudoro y de los confesores. Cimodocea abraza á su padre. El ángel del sueño.

CANTO XVII.

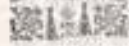
I.



Satanás. Príncipe infernal rabioso mira



La compasion del pueblo, y la victoria



Que alcanza el Confesor. Ardiendo en ira:

«Haré temblar, clamó, sobre su gloria

«Al mismo Eterno que acatando admira

«Servil ángel; su cólera ilusoria.

«No me podrá impedir que esa obra suya

«De seis dias en uno le destruya.

II.

«Mas qué! cuando ya toco los extremos
»Del triunfo, ¿sufriré ser insultado
»De un Mártir con propósitos blasfemos?
»¿Y el pueblo á su dolor será apiadado?
»El furor de esa plebe concitemos;
»Sea el hombre otra vez embriagado
»Con la sangre del Mártir y el aroma
»De incienso fumando en la pagana Roma.»

III.

Dice, y toma el semblante, voz y gesto
De Tages sumo Arúspice. Despoja
Su cabeza inmortal del solo resto
De antigua cabellera al fuego roja;
Cambia la cicatriz que el rayo ha puesto
En su frente y la rabia y la congoja,
En venerable arruga; y plega el ala
En toga línea que á su talle iguala.

IV.

Y su cuerpo en el háculo encorbandó,
Se avanza de este modo bácia la plebe
Que se iba de la cárcel retirando.
«¿Qué ternura sacrilega te mueve,
»Pueblo Romano? dice: preparando
»Vuestro Augusto espectáculos, ¿se atreve
»Abrir alguno á la piedad su pecho
»Por esos de naciones vil desecho?»

V.

«Soldados! por el suelo la bandera
 «Mirais y os condoleis! ¿Qué pensaria
 «Un Camilo ó Cipion si la luz viera?
 «Dejad la compasion que os extravía;
 «Y en vez de lamentar el fin que espera
 «A esa canalla odiosa cuanto impía,
 «Venid á suplicar á nuestro templo
 «Por la salud de Augusto que os da ejemplo.»

VI.

Hablando así, el espíritu nefario
 Sopla la ira y furor en la inconstante
 Multitud. Ved, exclama un Victimario:
 «O prodigio! el Arúspice á este instante
 «Dejó en el Capitolio en el sagrario,
 «¿Un Dios, por reprendernos, el semblante
 «Habrá tomado del divino Tages?
 «Un hombre al mismo tiempo en dos parages!»

VII.

A estas palabras de comun asenso
 Todo el pueblo á mirar sus ojos vuelve
 Al portentoso Augur. En humo denso
 El ángel de tinieblas se disuelve.
 Crece la ira en la plebe, y con intenso
 Dolor y espanto al punto se resuelve
 Marchar al templo, á expiar en la ara
 El sentimiento humano que albergára.

VIII.

Galerio celebraba sus natales
 Con el Pártico triunfo señalado
 El día de las fiestas Floreales,
 Por captarse mejor pueblo y soldado,
 Restableció los juegos Bacanales
 Que tiempo hacía suprimió el Senado: (1)
 Por término al honor de tales fiestas
 Las muertes de los fieles son dispuestas.

IX.

De impúdica Deidad el culto hacia
 La embriaguez, el crimen, la licencia.
 Al público prostíbulo, en la vía
 Patriciana, iba el pueblo en concurrencia,
 Donde el son de la tuba reunía
 Cortesanas desnudas, la indecencia
 A Flora consagrando en cantos llenos
 De impureza con bailes mas obscenos.

X.

Sobre un carro tirado de elefantes
 Galerio al Capitolio se avanzaba,
 La familia de Nárser con brillantes
 Cadenas arrastrando. Acrecentaba
 El aullido y fragor de las Bacantes
 El ruido, y el desórden variaba
 El ánfora y tonel que en el camino
 Derraman á placer al pueblo el vipo.

XI.

A Baco se veía en un tablado;
 En torno sus Vestales, sacudiendo
 La antorcha bacanal, tirso enramado
 Con pámpanos, tripudian al estruendo
 De címbalos, clarines; desgreñado
 El cabello, y por traje un mal remiendo
 De piel de ciervo que en el hombro ataban
 Con culebras que al cuello se enroscaban.

XII.

Estas llevaban tiernos cabritillos
 En sus brazos; aquellas ofrecían
 Sus pechos á recientes lobatillos;
 Disfrazados de sátiros seguían
 Histriones conduciendo dos novillos
 Que servirles de victimas debían.
 Su flauta modulando Pan obsceno
 Precedía al impúdico Sileno.

XIII.

Quién montado en un asno se apoyaba
 Sobre el Fauno y Silvano: una Bacante
 La corona de hiedra le llevaba,
 Y un Eguipan la copa espumeante.
 La pompa bulliciosa caminaba
 Con paso desigual y vacilante,
 A Baco y Venus á la vez brindando.
 Tres coros entonaban alternando:

CORO.

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,
En himnos alegres repitiendo Evóhe.

Himno.

Ven, de Semele hijo, honor de Tebas
La auri-clipea, ven danzar con Flora;
Tierno la adora Céfiro su esposo,
Reina de flores.

Ven con nosotros, gozo de Ariadna,
Tú que pisaste cumbres del Ismaro,
Ródope claro, Citeron umbroso,
¡Dios del contento!

Ninfas del Nisa diéronte en la cuna
Líquido néctar de la viz dorada;
Dulce tonada te cantó la Musa
Para arrullarte.

Fiero pirata, viéndote chicuelo,
Plácido, alegre, te creyera humano;
Pérfido, insano, pretendió robarte,
Tú le burláras.

Vino purpúreo llena el bajel negro,
Pámpanos penden de la vela izada,
Hiedra cargada de sus frutos verdes
Trepá en el mástil.

Frescas coronas ciñen los remeros,
Salta á la popa fiera guedejuda,
Luego se muda en delfín el nauta,
Brinca á las ondas.

CORO.

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,

En himnos alegres repitiendo Evóhe.

Himno.

Nieto de Cadmo, gloria de Sileno,
De ojos brillantes, rubio cual Apolo,
La India no solo de tu imperio goce,
Reina en Italia.

Vino Falerno, Cécubo hay en ella,
Dos veces grato fruto al árbol pende,
Tantas suspende al ubre la oveja
Recental tierno.
Rápidos potros por sus campos vuelan,
Toros sin mancha pacen en sus prados,
Que ante afanados triunfadores suben
Al capitolio.
Feudos del orbe dos mares la rinden,
Aurcos metales cubren sus collados,
Pueblos nombrados, héroes mas famosos
Madre la dicen.

Salve, fecunda tierra de Saturno,
Cólmete rica con sus dones Ceres,
Entre placeres tripudiando al grito
Sacro de Evóhe.

CORO.

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,

En himnos alegres repitiendo Evóhe.

XIV.

¡Cuán vario un mismo pueblo y cuán distinto!
¿Podríanse decir conciudadanos
Los hombres que habitando igual recinto,
A estos se les ve alegrarse insanos,
Y aquellos lamentarse? ¿los que el cinto
De Venus desatando con sus manos,
Alegres cantan himnos lupercales,
Y los tristes que van á funerales?

XV.

¡Qué contraste! la infiel Roma se entrega
Al desórden y lúbrico alborozo,
Y entre tanto el cristiano humilde ruega
De su triste y oscuro calabozo;
Duélese del furor y mente ciega
Del pueblo, y con pacífico sollozo,
Delante un crucifijo arrodillado,
Expía el culto á Baco y Flora dado.

XVI.

Los fieles que no están en las cadenas,
Cerrados en sus casas, eludian
Con la ira popular torpes escenas.
Solo ministros sacros discurrían
Consolando á los pobres en sus penas;
Matronas que los siervos recogían
Por ingratos señores desechados,
O niños por ruin madre abandonados.

XVII.

¡Caridad admirable! su suplicio
De la fiesta pagana es ornamento,
Y el cristiano al gentil rinde el oficio.
De cariñoso hermano. Ya el momento
Se acerca de cumplir su sacrificio.
Al furor de Galerio prestó aumento
La escena del banquete, en el tumulto
De la plebe mirando un nuevo insulto.

XVIII.

A Eudoro ordena que al siguiente día
Se le exponga en el circo, y todo preso
Después de él. Su venganza se extendía
Al vil Hierócles, cuyo torpe esceso
Que del pueblo excitara la osadía,
Le refiriera Publio; en un acceso
De cólera en un buque manda echarlo,
Y al lugar del destierro trasportarlo.

XIX.

La paciencia de Dios ya fatigada
Cedia á la justicia el predominio.
No bien dejó Hierócles la morada
De Festo, cuando el ángel de exterminio
Le traspasó de nuevo con su espada.
Luego su enfermedad vence el dominio
Del arte de Esculapio de tal suerte
Que no queda mas medio que la muerte.

XX.

El gentil que en la lepra ve del cielo,
 La maldicion, lo evita con cuidado,
 Su mismo siervo le huye: así en el suelo
 De todo el universo abandonado,
 Solamente en el fiel halla consuelo;
 De ardiente caridad este animado,
 A su enemigo enfermo abre su hospicio,
 Y plácido se ocupa en su servicio.

XXI.

Allí cerca del Mártir mutilado,
 El alivio á Hierócles solicita
 La mano que los Santos ha curado.
 Pero tanta virtud tan solo irrita:
 A este hombre del cielo abandonado:
 Por Cimódoce ya furioso grita;
 Ya á Eudoro se figura ver delante,
 Una espada en la mano fulgurante.

XXII.

Al ministro infeliz en tal estrecho
 De Augusto la orden rigida se anuncia,
 Y una herida mortal se hace en su pecho.
 El Señor su postrer hora denuncia,
 Como una sombra entonces en su pecho
 Se incorpora el incrédulo, y pronuncia
 Con voz lánguida, incierto y congojoso:
 «Para siempre me voy á hallar reposo.»

XXIII.

Y espira. ¡O cuán poco duradera
 La esperanza le fué! La infeliz alma
 Que morir con el cuerpo consintiera,
 En vez de la total y eterna calma,
 Del fondo del sepulcro salir viera
 Una pálida luz, y esta voz calma
 A su oído llegó distintamente:
 «Yo soy aquel que soy eternamente»

XXIV.

Lo inmenso se descorre al ateísta:
 A un tiempo verdad triple le consterna:
 Existencia del alma, sumo Artista,
 Duracion del castigo y premio eterna.
 ¡Caed montes, cubridlo de la vista
 Del sempiterno Juez! ¡Abre, caverna
 Del abismo, tu horror será menguado
 Si puedes ocultarle a un Dios airado!

XXV.

Mas ¡ay! fuerza invisible en un instante
 Lo lleva al tribunal, donde el Eterno
 Le muestra una vez sola su semblante.
 Mas qué terrible!... Su Hijo sempiterno
 A la diestra se ve con el brillante
 Ejército de Santos. El infierno
 Corre tambien al tribunal angusto
 Su presa reclamando del Juez justo.

XXVI.

El ángel de la guarda solo asiste
 A Hiérocles, confuso y lastimado.
 «Ángel, dice el Señor, ¿por qué no diste
 «Auxilio á la alma puesta á tu cuidado?
 «¡Misericordia, ó Dios!» responde triste
 Replegando sus alas. «¿No te ha dado
 (La misma voz del alma) con frecuencia
 «Saludable consejo y advertencia?»

XXVII.

Y el alma en el espanto mas profundo
 No responde palabra: así demuestra
 Condenarse ella misma. El bando inmundo
 De demonios: «es nuestra! grita; es nuestra!
 «Con errónea ciencia engañó al mundo;
 «De sangre maculada está su diestra;
 «El público pudor ofendió obsceno;
 «Jamás la penitencia entró en su seno.»

XXVIII.

El Anciano de días al temible
 Ángel que de la vida tiene al lado
 El libro, manda abrir: ¡caso terrible!
 De Hiérocles el nombre esta borrado.
 Entonces el Juez sumo, incorruptible;
 Con voz que hace temblar al condenado:
 «Ve, maldito de mí, al fuego eterno
 «Con Satanás y su ángel al infierno.»

XXIX.

El alma del ateo en el instante
 Principia á aborrecer con odio infando
 Al supremo Hacedor; la boca biente
 Rebienta del abismo, arrebatando
 Entre fuego al impío blasfemante;
 Sus compuertas sobre él luego cerrando:
 «La Eternidad!» pronuncia el antro hueco,
 «La Eternidad!» repite el ronco eco.

XXX.

Al ateo el Señor muestra su saña,
 Y ya dispone el premio al inocente.
 Un poder hay celeste que acompaña
 A la Fe y la Virtud asiduamente;
 Al hombre alienta, sirve de compañía
 En el mar de esta vida, y complaciente
 Lo mismo asiste al célebre viajero
 Que al pobre é ignorado pasajero.

XXXI.

Una banda en los ojos, ve no obstante
 Lo futuro; en su mano á veces lleva
 Un caliz de un licor dulce, inebriante,
 A veces tierna flor que se renueva;
 Nada á su grata voz hay semejante
 Y suave sonrisa; siempre nueva
 Su alegría, mas crece cuanto alanza
 Al sepulcro: su nombre es la Esperanza.

XXXII.

Tan bello serafín Manuel envía
 Que á Cimódoce aliente en su desgracia,
 Mostrándola de célica alegría
 Un lejano fulgor que el alma espacia.
 La Fama como cierto difundía
 Que Augusto al confesor acordó gracia:
 La escena del banquete ocasionára
 Tal rumor que á Cimódoce llegára.

XXXIII.

Cuando un náufrago triste se debate
 En las olas, y apenas se sustenta,
 Si, pronto á sucumbir al nuevo embate,
 Una tabla la onda le presenta,
 Se abraza de ella, y mira su rescate
 Como cierto á pesar de la tormenta:
 Así en salvo la virgen se figura
 Cuando ve de esperanza la luz pura.

XXXIV.

Infeliz! de la muerte no sabía
 Que del sol la separa solo un turno,
 Y el traje del martirio recibía:
 Ropa azul, cinturón, manto y coturno
 Color negro, con blanco velo hacia
 Su vestido de muerte; en el nocturno
 Asilo mano oculta lo pusiera
 Con orden de que luego lo vistiera.

XXXV.

En su ilusión Cimódoce imagina
Ver el traje nupcial que la regala
Su esposo, y con cuidado lo examina,
Luego viste la túnica, y la iguala
Con el cinto á su talla peregrina;
El blanco pié en el borceguí resbala;
Arroja á la cabeza el velo santo
Y á los hombros suspende el negro manto.

XXXVI.

Tal nos pintan las hijas de memoria
La madre del Amor, la Noche oscura,
Con velo azul y franja mortuoria:
Tal Marcia, menos jóven, bella y pura,
Se presentó á Caton lleno de gloria,
Cuando segunda vez su amor le jura,
Y en la aflicción de Roma al ara asiste
De Himeneo, arrastrando luto triste.

XXXVII.

Cimódoce ignorando que vestía
Mortal ropa que daba nuevo encanto
A su beldad, recuerda el grato día
Que alegre de las Musas vistió el manto
En su primer viaje. «No es, decía,
«Este traje nupcial de brillo tanto;
«Pero, por ser cristiano, acaso pueda
«A Eudoro agradar mas que de oro y seda.»

XXXVIII.

De su primer amor la dulce idea,
Unida á la afeccion del patrio suelo,
Un instante inspiró á Cimodocca.
Siéntase á la ventana donde el cielo
A través de las barras se clarea:
Su frente hermosada con el velo
En su mano inclinó, y aunque sin lira,
Con armoniosa voz así suspira:

Romance. (2)

Lijera nave de Ausonia,
Hiende el mar brillante en calma;
Suelta, esclavo de Neptuno,
Al viento la vela blanca,
Y al ágil remo encorbado,
Llévame bajo la guarda
De mi padre y de mi esposo
Del Pámiso á la onda clara.
Vuela, pájaro de Libia,
Que el cuello arqueas con gracia,
Surca ligero los aires
Y en el Itomo te para,
Y dí que la hija de Homero
A coger tras de ti marcha
Los laureles de Mesenia.
Oh! cuanto el tiempo se tarda
Y de ver mi lecho ebúrneo,
Y la luz que tanto agrada

Los ojos de los mortales,
Y la pradera esmaltada
De flores que una agua pura
Riega y embellece el aura
Del pudor y la inocencia.
A la becerra agraciada
Que sale de fresca gruta,
Y errante por la montaña,
Al son de rústica avena
Retoza y la yerba pasta,
Era yo antes parecida;
Ahora triste y solitaria
Sobre la colcha infelice
De Ceres (3) me hallo acostada
En negra prision cautiva.

Mas ay de mi infortunada!
Cantar quiero como alondra,
Y suspiro como flauta
Tañida en pompa funérea.
Y no obstante visto galas
De esposa, y pronto mi seno
Sentirá maternas ansias
Y gozos de madre; un hijo
Se reposará en mi falda
Como tímida avecilla
Se refugia bajo el ala
De su madre; yo tambien
Soy avecilla robada
Por fuerza al nido paterno.

¡Padre mio, cuánto tardas!
¿No vienes, esposo mio?
¡Si las Musas y las Gracias
Fuera lícito invocar!
¡Si pudiera las entrañas
Interrogar de la víctima!
Pero yo ofendo insensata
Un Dios que conozco apenas,
Mas que internamente me habla
Al corazón: reposemos
En su poder y su gracia.

XL.

Así cantó la virgen inocente,
Y la noche su manto iba tendiendo
Por Roma embriagada. De repente
Se abre su calabozo con estruendo,
Y con fracaso de armas entrar siente
Al Centurión encargado de ir leyendo
El edicto que á muerte condenaba
Los Santos que la cárcel encerraba.

XLI.

Cual tímida paloma, sorprendida
Por diestro cazador en la bendidura
De la peña, de miedo poseída,
Queda inmóvil, y no osa á la llanura
Del cielo desplegar su ala bruñida;
De esta suerte la Homérica en la oscura
Prisión se quedó yerta en el asiento,
De pismo y de temor falta de aliento.

XLII.

Mas luego que encendió luz un soldado,
 ¡O prodigio! La virgen conociera
 A Doroteo en traje disfrazado
 De Centurio! á su vez él considera
 La esposa de su amigo en el sagrado
 Hábito del martirio! Jamás fuera
 A sus ojos tan bella y tan divina
 Como con esta ropa peregrina.

XLIII.

La túnica azulada, el negro manto
 De su tez realzaba la blancura;
 Sus bellos ojos, húmedos del llanto,
 Brillaban con angélica dulzura;
 Su cuello se inclinaba del quebranto
 Como se ve á la orilla de agua pura
 Narciso tierno en dia caluroso
 Su cabeza doblar al sol fogoso.

XLIV.

En sollozos prorrumpe Doroteo
 Y la tropa de fieles que consigo
 Llevó á la cárcel con marcial arreo.
 «Eres tú, compañero y fiel amigo!»
 «Exclama la doncella: ¡al fin te veo,
 «Generoso mortal, á cuyo abrigo,
 «De mi patria salí! Llévame ahora
 «Con mi padre y aquel que mi alma adora.»

XLV.

Doroteo: «huyamos, sí, huyamos;
 «Esta toga vestid en el momento,
 «Y tan solo un instante no perdamos.
 «Si con este disfraz y fingimiento
 «Hasta este sitio penetrar logramos,
 «No tardará el Centurio que el sangriento
 «Edicto os notifique de la muerte;
 «Pues tal de los cristianos es la suerte.»

XLVI.

«La suerte! ¿y esa suerte alcanza á Eudoro?
 Prorrumpe la doncella con espanto:
 «Habla, di la verdad; jura... yo ignoro.
 «Cual es el juramento sacrosanto
 «Del cristiano; mas de ese Dios que adoro
 «Y prohíbe mentir, el libro santo
 «Ah! lo tienes: las manos en él jura
 «Que la vida de Eudoro está segura.»

XLVII.

Doroteo con llanto y voz cortada:
 «Muger, ¿acaso quieres te refiera
 «La gloria que ya cubre sublimada
 «A tu esposo, y la palma que le espera?»
 Como encina del rayo traspasada:
 Cimódoce tembló. «Ay! respondiera,
 «Ya te entiendo; tu voz como ruido
 «Puñal dentro mi seno ha descendido.»

XLVIII.

«Su fe confesó Eudoro; cruda muerte
 «Ferozes bestias le darán mañana.
 «Y quieres que no siga yo mi suerte!
 «Aconsejásme huir siendo cristiana!
 «Yo siento una esperanza que me advierte
 «De otra dicha y belleza soberana.
 «Si débil otra vez amé esta vida,
 «La muerte me es ahora mas querida.

XLIX.

«No, no en vano, á tu vista, la onda pura
 «Del Jordan en mi frente habrá corrido.
 «Salve, salve, sagrada vestidura,
 «Cuyo precio hasta aquí no he conocido!
 «Ya lo sé, ropa santa! la tintura
 «De sangre que mañana habré vertido,
 «Hará que ante mi esposo comparezca
 «Mas digna, y su inmortal gloria merezca.»

L.

Hablando así, Cimódoco llevaba
 El vestido á su labio, y con **extremos**
 De entusiasmo divino lo besaba.
 Doroteo: «pues todos moriremos
 «Si no queréis seguirnos; di, acaba;
 «El Centurio vendrá, todos diremos
 «Nuestro nombre, y mañana de esta suerte
 «En el circo por tí nos darán muerte.

LI.

»Mas qué! ¿quieres morir sin dar consuelo
 »A tu padre, ese padre tan querido
 »Que va á quitar la vida el desconsuelo?
 »Ay! que al verle, el cabello encanecido
 »Manchado con el polvo, por el suelo
 »Arrastrarse, hacer giras el vestido,
 »Al pié de esta prision puesto en espera,
 »¡Cuánto tu corazón se enterneciera!»

LII.

Como hielo que el frío congelante
 De una noche de Abril sola ha formado,
 Se derrite al fulgor del sol radiante;
 O como flor que rasga el delicado
 Capullo que la encierra; así al instante
 La virgen de propósito ha mudado;
 Así el amor filial brota y florece,
 Y su primer intento desvanece.

LIII.

La vida exponer teme del cristiano
 Generoso; á la muerte marchar no osa
 Sin dar algun consuelo al padre anciano.
 Un momento se queda silenciosa
 Para escuchar al ángel soberano
 Que la habla interiormente, y misteriosa,
 Como el que algun sublime plan medita:
 «Vamos á ver mi padre!» luego grita.

LIV.

El cristiano á esta voz con mano presta
 De la vírgen cubrió la rubia coma
 Con un yelmo, y la adapta una pretexto, (4)
 Traje que el doncel noble viste en Roma:
 Ver hubieses creído la modesta
 Camila, ó bello Ascanio. Luego toma
 La tropa de la cárcel la salida,
 Y la gana sin ser reconocida.

LV.

Puesto el pié en los umbrales, en la oscura
 Noche la fiel escolta se dispersa,
 Y el santo Zacarías se apresura
 A dar la nueva á Eudoro. La perversa
 Intencion del juez Festo y la impostura
 De la carta que á Eudoro escribió adversa,
 Era al Mártir notoria, y de este lado
 Se hallaba de gran pena consolado.

LVI.

Mas cuando oyó decir que la cordera
 Del antro del leon había salido,
 De súbito contento un grito diera
 Por los Mártires santos repetido;
 Que á todos igualmente entristeciera
 El duelo de que estaba poseido:
 Serenos ya, tan solo se trataba
 De la muerte que á todos esperaba.

LVII.

Gracias rinden al Todopoderoso
 Que salvó á Joás de manos de Atalia.
 Luego vuelve el discurso religioso
 Y exhortacion piadosa; discurría
 El obispo de Esparta majestuoso,
 Victor fuerte, Ginés con alegría,
 Enérgico Perseo, Tráseas tierno,
 Gervasio con unción y amor fraterno.

LVIII.

Los jóvenes y viejos Confesores,
 Al soplo del Espíritu animados,
 De su virtud derraman los olores,
 Y ofrecen reunidos y mezclados
 De ciencia celestial frutos y flores:
 Tales ves de Campania los sembrados,
 Donde el sabio cultor sembrára el trigo
 Junto al olmo de vid frondosa amigo.

LIX.

Bien pronto la macolla va trepando
 Para tocar la cepa que, al arrimo
 Del árbol, á su turno va inclinando
 Hacia la roja espiga su racimo;
 Un zéfiro del cielo balanceando
 De la caña y la vid el fruto opima,
 Mezcla su grato olor con el aroma
 De la fresa, naranja y dulce poma.

LX.

En tanto Doroteo abre camino
 Por la idólatra turba que seguía
 En las orgias de Flora. Al Esquilino
 Llega donde la casa se veía
 Que otro tiempo habitó el cantor divino
 De Eneas; en su puerta todavía
 Aceptaba los cultos del Romano
 Un laurel que plantara con su mano.

LXI.

Esta morada en tiempo mas tranquilo,
 Doroteo compró, y aquí llevaba
 La virgen para darla pronto asilo.
 De sus tristes lamentos la llenaba
 Demócoco; delante el peristilo
 En el polvo sentado se encontraba,
 Cuando por medio de la sombra oscura
 Avanzar dos guerreros se figura.

LXII.

«¿Quién sois? grita: fantasmas enviados
 »Por las Parcas, ¿venís á arrebatarme
 »A la noche del orco? ó sois llegados
 »La muerte de Cimódoce á anunciarme?
 »Caiga el Cristo! los templos dedicados
 »Al Dios que mi hija pretendió robarme.
 »Y este Dios te la vuelve á tus brazos.»
 Le responde su hija ya en sus brazos.

LXIII.

Por tierra el yelmo va de la doncella,
 Y el cabello saltándola esparcido,
 Se convierte el guerrero en virgen bella;
 El padre pierde entonces el sentido;
 La familia en su auxilio se atropella;
 Vuelve en sí; mas de gozo poseído,
 Apenas el misterio comprendía
 Que su hija á sus brazos le volvía.

LXIV.

La jóven le alhagaba, y placentera:
 «¡Por fin te hallo despues de ausencia triste!
 »Padre mio, yo soy; por quien primera
 »Y sola vez el nombre conociste
 »De hija pronunciar. No bien naciera
 »Carinoso en tus brazos me cogiste,
 »De besos y caricias me colmabas,
 »Y en bendecir mis dias te alegrabas.

LXV.

«Cuántas veces, colgada de tu seno,
 »Hacerte el mas feliz te prometia;
 »¡Y de llanto los ojos ahora lleno!
 »¿Eres tú á quien abrazo en este día?
 »El cielo amaneció por fin sereno?
 »Gozemos, padre mio, la alegría
 »Que nos dá en corto plazo, tú no ignoras
 »Que de la dicha breves son las horas.»

LXVI.

Este entonces: «honor de mis pasados,
 »Hija mas grata que el destello puro
 »Que ilumina á los Manes fortunados,
 »¿Podria mi dolor contarte duro?
 »Con qué anhelo en los sitios habitados
 »Por tí otro tiempo te busqué, y el muro
 »Rodaba sin cesar, de noche y día,
 »El muro que á mis ojos te escondia!

LXVII.

«Ay! me decia yo, su nupcial velo
 »No seré quien prepare, ni el que encienda
 »La antorcha de su Himén: solo en el suelo
 »Pasaré vejez triste sin que entienda
 »La voz de la que hacia mi consuelo!
 »Cuando á mi hija abrazaba y cara prenda
 »En el Atico mar, ¿quién me diria
 »Que por última vez la abrazaria?

LXVIII.

«¡O qué ojos me volvia enternecidos!
 »¡Qué sonrisa en sus labios! ¿Era aqueste
 »Su postrer sonreir? Rasgos queridos,
 »Semblante donde brilla luz celeste,
 »¿Os veo al fin? ¡Qué dulce los latidos
 »Sentir de un jóven corazon con este,
 »Con este corazon de amor gastado,
 »De penas y conflictos acabado!»

LXIX.

Tal del padre y la hija es el gemido:
 Cuando Alcion en la ola undisonante
 Ve mecer sus polluelos en el nido
 Que debe tragar pronto el mar bramante,
 Con ellos hace oír dulce quejido.
 Doroteo los lleva á aquel instante
 Donde había dos lechos preparados,
 Y al amor mútuo los dejó entregados.

LXX.

En contar lo pasado, en paternales
 Caricias y ternuras se pasára
 La noche, si el Antiste de inmortales
 A los piés de su hija no exclamára:
 «¡Pon, hija mia, término á mis males!
 «Hierócles ya no existe; deja esa ara
 «Que sin cesar te expone á muerte fiera;
 «Vuelve al culto en que niña te instruyera.»

LXXI.

Cimódoce á su vez se precipita
 En los brazos del padre: «¡Qué terrible
 «Tentacion, padre mio! ay! evita
 «De probar tu hija frágil y sensible.
 «El Dios la deja que en su seno habita.
 «Si explicarte el amor fuera posible
 «Que ha sabido poner este Dios santo
 «En una hija que te amaba tanto.....»

LXXII.

«¡Ese Dios que inhumano en mi hija cara
 «Robarme quiso el único tesoro,
 «Y á tu esposo por siempre te separa!
 «No, no por siempre perderé yo á Eudoro.
 «El vivirá; su triunfo le prepara.
 «Gloriosa palma de inmortal decoro,
 «Sacra diadema de divino esmalte,
 «Cuyo brillo en su esposa fiel resalte.»

LXXIII.

En tanto la doncella que en su pecho
 Esconde alto designio, al padre hacía
 Con instancias tenderse sobre el lecho.
 Receloso el anciano la temía
 Perder de vista bajo el mismo techo:
 Así en la acalorada fantasía
 Del que sueña en la noche sueño triste,
 La misma idea con la luz persiste.

LXXIV.

En el segundo lecho se recuesta
 La vírgen, y al Señor ora en secreto:
 «O Dios á quien nuestra alma es manifiesta;
 «Si de Vos mi designio fuere acepto,
 «En esto lo sabré: con marcha presta
 «Descienda vuestro ángel, dulce y quieto,
 «Sueño infunda en mi padre fatigado:
 «Guardadle, ó Dios, de mi siendo dejado.»

LXXV.

En alas flámeas su oracion asciende
Al trono de Emanuel: con mansedumbre
De su virgen acepta el voto entiende.
Luego el ángel del sueño de la cumbre
Del emíreo se lanza, y rauda hiende
Por el éter inmenso, pura lumbre,
Llevando el áureo cetro con que calma
La pena que del justo turba el alma.

LXXVI.

Atravesando rápido la esfera,
Se abaja á nuestro globo, dirigido
Por los gritos de lástima que oyera.
En los montes de Arcadia detenido,
Los valles, ahora yermos, considera,
Del Eden, (5) y recuerda haber venido
A infundir dulce sueño al primer padre
Cuando Dios formó de él la primer madre.

LXXVII.

Luego dirige el vuelo á la montaña
Del Líbano, torrentes aplanando,
Montes, valles; se abate á la campaña
Que habitó el Patriarca venerando;
Pisa el mar que á Sidon y Tiro baña;
Y el destierro de Teucro atrás dejando,
Rodas, Creta, Sicilia luego viera,
Y de Italia descubre la ribera.

LXXVIII.

Entonces por los aires se desliza
 Sin agitar sus alas; el orgullo
 De las ondas al paso tranquiliza;
 A los torrentes da grato murmullo;
 La flor sobre su tallo se amortiza;
 La paloma, dejando el manso arrullo,
 Esconde el pico bajo el ala tierna,
 El leon se adormece en la caverna.

LXXIX.

A los ojos del ángel consolante
 Parece Roma al fin. Oye el fracaso
 De la idólatra turba delirante;
 La deja en su locura; no hace caso
 De Galerio en su lecho vigilante;
 Los ojos de los Mártires al paso
 Cierra con sueño plácido, tranquilo,
 Y llega de Demódoco al asilo.

LXXX.

Su cetro sobre él tiende poderoso,
 Y sus párpados cierra al punto mismo
 El sueño mas profundo y delicioso.
 El viejo que hasta aquí en el paganismo
 Solo gustó del sueño pavoroso,
 Hermano de la muerte, que el abismo
 Con sustos y zozobra envuelto envia,
 Este sueño vital desconocia.

LXXXI.

Hechizo celestial, de paz compuesto
 E inocencia, que el alma recreando
 No la deja turbar sueño funesto:
 De la virtud parece vapor blando.
 El ángel del reposo no osa al puesto
 Llegar en que la vírgen está orando;
 Se inclina respetoso, deja el suelo,
 Y á esperarla en la gloria emprende el vuelo.



NOTAS.

Octava VIII.

Que tiempo hacia suprimió el Senado.

(1) En el año 508 de la fundación de Roma suprimió el Senado las fiestas de Baco por las abominaciones que en ellas se cometían.

Romance.

(2) Aseo criticarán algunos la introducción de un romance en un poema heroico; pero si no rehusa la epopeya la expresión de los afectos dulces y sencillos, tampoco debe rehusar el metro que mejor sabe explicarlos. El romance se acomoda mejor por su soltura y facilidad al lenguaje de la melancolía, que debe tener cierta languidez como el verano que la cría. La majestad de la octava y los sostenidos acentos del verso endecasílabo, concuerdan mal con el decaimiento de la tristeza, y no podrían explicar la sensibilidad de sus afectos. Por esta razón prefirió Meléndez el romance para esta clase de poesía; yo he querido imitar á tan buen maestro, y si esta crítica no lastima, adviértan los críticos que Cándido no tiene líra para cantar sus quejas.

Romance.

De Ceres me hallo acostada.

(3) Sobre la paja.

Octava LIV.

Con un yelmo, y la adapta una pretexto.

(4) La pretexto era una toga blanca con labores de púrpura.

Octava LXXVI.

Del Eden, y recuerda haber venido.

(5) Es verdad que un coro de ángeles cantó sus alabanzas al lado de su cuna; pero los ángeles habían frecuentado á la tierra, porque olvidan que el antiguo Eden no es más que un vasto cementerio; y cuando el aspecto de las montañas fúnebres se lo recuerda, se dirigen á los cielos arrastrándose en largos volos de luto. (Método de Mopota, cant. II.)

NOTES

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

The ...

(1) ...

October 117.

One ...

(2) ...

October 127.

Del ...

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

LOS MÁRTIRES.


CANTO DECIMO OCTAVO.

SUMARIO.

Despedida de la Musa. Enfermedad de Galerio. Anfiteatro de Vespasiano. Eudoro es conducido al martirio. Sumerge Miguel á Satanás en el alismo. Cimodocea huye á escondidas del lado de su padre, y va á buscar á Eudoro en el anfiteatro. Sabe Galerio que Constantino ha sido proclamado César. Martirio de los dos esposos. Triunfo de la Religión cristiana.

CANTO XVIII.

I.

 Musa, que en tan áspero camino
Te has dignado seguirme, placentera
Mis pasos dirigiendo á su destino,
Ahora puedes volver á la alta esfera!
Del término me veo ya vecino;
Yo andaré lo que falta de carrera,
Que para entonar himnos funerales
Basta la simple voz de los mortales.

•

II.

A Dios, Virtud celeste, que ingeniosa
 Al poeta inmortal que voy siguiendo,
 Sublime canto diste en dulce prosa.
 Feliz yo si su mente trascribiendo
 En lengua de los Dioses majestuosa,
 La lira de Miltón sonar haciendo,—
 He podido imitar la melodía
 Del cisne cuya voz guió la mía.

III.

Sí, cantor inmortal! en tí señala
 La Musa su poder: con vario ingenio,
 De inocencia vistió tu bella Atala,
 De pompa y magestad al sacro Genio.
 Mas nada la riqueza, brillo y gala
 Supera con que cantas del Mesenio
 Arcade santo par la ilustre gloria,
 Y haces triunfar la Iglesia en su victoria.

IV.

Como el cisne al morir entona el canto,
 Mas dulce y armonioso, tal admira
 Tu voz al despedir el Númen santo.
 Al cielo te remontas... ¡ah! tu lira
 Déjame como Elías soltó el manto
 Desde el carro en que á la alta esfera gira:
 Si á Eliseo con él da doble aliento,
 Con imitarte á tí seré contento.

V.

A celebrar entonces me esforzara
Al inmortal campeón del pueblo hispano,
Que á regiones incógnitas llevara
Con la gloria del nombre Castellano,
La Fe y la Religión que le animara;
El que en el vasto imperio Mejicano
De Satán derrocó el pestrer baluarte
Plantando de Castilla el estandarte.

VI.

Y la negra calumnia caería,
Parto de insana envidia, que ha intentado
Juntar del heroismo la osadía
A la crueldad del ruin y del malvado.
En todo su esplendor parecería
La gloria del varón que han respetado;
Los siglos, y hasta aquí, falto de Homero,
Sus hazañas celebra un mundo entero.

VII.

Mas ya parece, ó Musa, que me llenas
De bélico furor, y al temeroso
Sonido del clarín hiere en las venas
La sangre con ardor, y deja en reposo
Acabe de contar las duras penas
Que preceden al triunfo venturoso,
De los Mártires santos, y el castigo
Que prepara el Señor á su enemigo.

VIII.

El ángel del consuelo rehusára
 Escuchar á Galerio, y al tremendo
 Angel del exterminio lo entregára:
 La ponzoña en sus venas discurriendo,
 Un mal estallar hace que ocultára:
 Su cuerpo la mitad se va encogiendo,
 La otra mitad, hinchándose cual odre,
 Rebienta en llagas que destilan podre.

IX.

Cuando al borde de un lago en que se embosca,
 Entre espeso juncal, fiera serpiente
 De fuerte toro en el hjar se entrosca,
 El brioso animal brama impaciente;
 Rompe el aire con la hasta; entre la rosca
 Se agita del reptil; mas luego siente
 La fuerza del veneno, y flaqueando
 Se echa en tierra mugido horrible dando.

X.

Así ruge Galerio: la gangrena
 Devora su interior; gusano inmundo
 Roe al que de su fama el orbe llena,
 Y á su ambicion es poco todo el mundo.
 Con grito aterrador la sala atruena;
 Al médico amenaza, y furibundo
 Ya maldice á Esculapio, Apolo, Higla,
 Ya invoca las Deidades de la Estigia.

XI.

«Príncipe! exclama un médico instruido
 »En la fe del cristiano, esta dolencia
 »Sobrepuja nuestro arte: mas subido
 »Principio has de buscar; en tu conciencia
 »Repasa lo que el fiel de ti ha sufrido,
 »Y admira de su Dios la providencia.
 »Yo estoy pronto á morir con mis hermanos,
 »Mas sabe que remedios no hás humanos.»

XII.

Tal franqueza á Galerio en ira enciende,
 Renunciar al dictado no pudiendo
 De Eterno que usurpar á Dios pretende.
 En vez de revocar su edicto horrendo,
 Lo manda confirmar, y el día atiende
 Para ir al circo á dar en estupendo
 Espectáculo un Príncipe espirando
 La muerte de sus súbditos mirando.

XIII.

Ya del sagrado Tiber la onda flava,
 Lucrétila, Tibór, de Alba la loma
 Al fuego de la aurora se alegraba.
 Las flores despedían grato aroma;
 La gota de rocío que colgaba
 Del tallo, cual maná brilla; de Roma
 Todo el campo se ve resplandeciente
 Al esplendor del aura renaciente.

XIV.

A lo lejos los montes del Sabino
Que una nube diáfana envolvía;
Del color se pintaban purpurino:
De la ciruela en cierno; se veía
Subir el humo del lugar vecino;
La niebla por los montes se corría:
Nunca mas bella aurora abrió el oriente
Para alumbrar el crimen inclemente.

XV.

O sol! del carro ignífero en que sales
Y al ocaso magnífico caminas,
Qué te hace el clamor de los mortales!
Ya asomas al oriente, ya declinas;
Tu curso no perturba nuestros males;
Con unos mismos rayos luminas
El vicio y la virtud: todo se altera,
Y tu sigues tranquilo tu carrera.

XVI.

Entre tanto la plebe se agolpaba
Al circo: toda Roma va sedienta
De la sangre del fiel: este velaba
Su frente con el manto; aquel sustenta
La umbela de colores: vomitaba
El pórtico la turba, cual rebienta
Torrente enfurecido, el dique roto,
Que inunda en un instante vega y soto.

XVII.

Las gradas del teatro así al momento
 Se cubren con cien mil espectadores;
 Rejas de oro resguardan el asiento
 Donde están los ilustres senadores.
 De ingenioso resorte al movimiento,
 Para templar del aire los ardores,
 Agua rosada y vino en chorro asciende
 Y en rocío odorífero desciende.

XVIII.

Tres mil estatuas bronceas, infinito
 Busto y cuadro la escena decoraban;
 Columnatas de pórfido y granito,
 Balustres de cristal que coronaban.
 Floreros de labor y arte exquisito,
 En torno de la arena batallaban
 Nadando en un canal ancho y profundo
 Cocodrilo, é hipopótamo iracundo.

XIX.

Elefantes, leones enrabiaados,
 Toros, tigres, panteras, fieros osos,
 A destroz ar el hombre acostumbrados,
 Asustan con rugidos espantosos,
 En las cuevas del circo encadenados,
 Gladiadores no menos horrosos,
 Acá y allá ensayando sus forzudos
 Brazos, al cuerpo se echan fuertes nudos.

XX.

Junto al antro de muerte se elevaban
 Públicos lupanares: las rameras
 (¡Y damas nobles á ellas se mezclaban!)
 Con gritos tripudiar desnudas vieras.
 Si las Ménades juntas que espiraban
 Bajo el peso de Baco en las carreras,
 La afrenta entenderás y la deshonra
 De un pueblo esclavo, sin virtud, sin honra.

XXI.

La cárcel de San Pedro ya tenía
 La guardia del Pretorio rodeada
 Que al martirio los Santos conducía.
 Por órden de Galerio en la estacada
 Primero Eudoro parecer debía
 A combatir: así en tropa esforzada
 Se busca á derribar primeramente
 El audaz campeón que marcha al frente.

XXII.

El guardian de la cárcel se adelanta,
 Y á Eudoro: «á morir ven!» le dice fiero;
 «A vivir!» le responde, y se levanta
 De la piedra en que yace. El prisionero
 Rompe en lágrimas tiernas: «Tropa santa,
 «No temas, dice el Mártir placentero;
 «Breve instante en la tierra nos separa,
 «Eterna union el cielo nos prepara.»

XXIII.

A trance tal Eudoro ha reservado
 Blanca túnica y manto primoroso
 Que bordára su madre, destinado
 A su pompa nupcial: no tan hermoso
 Se ve al cazador árcade agraciado
 Que, fiando en su arte, va orgulloso
 A disputar el premio en la pelea
 Del arco ó de la lira en Mantinea.

XXIV.

El pueblo y los pretorios su tardanza
 Acusan, y hacen oír gritos atroces:
 «Vámoste» responde el Mártir y se avanza
 Tranquilo á los satélites feroces.
 Bendícele Cirilo; la alabanza
 Entonan del Señor con suaves voces
 Los fieles en el cántico divino
 Compuesto por Ambrosio y Agustino.

CORO.

Confesion y alabanza te damos
 De los cielos y tierra Señor;
 A los Angeles, Tronos juntamos
 Nuestras voces en sacro loor.

Himno.

De Sabaot el nombre
 En el cielo reboas,

O Dios! y eterna loa
 Principia el Querubin;
 Y el Serafin ardiente
 Responde con el Angel
 La Virtud, el Arcángel
 Con cánticos sin fin.

A ti Apóstol, Profeta,
 A ti la tropa santa
 De Martires te canta
 Loando tu bondad;

Y en todo el universo
 La Iglesia te venera,
 O Padre! y considera
 Tu eterna magestad.

Tu Unigénito adora
 Que la infernal culebra
 Muriendo vence; y quiebra
 Su mortal aguijón;
 Y al santo Paracleto
 Que pura luz derrama,
 Y el corazon inflama
 Con septiforme don.

CORO.

Confesion y alabanza te damos,
 De los cielos y tierra Señor;
 A los Angeles, Tronos juntamos
 Nuevas voces en sacro loor.

XXV.

Aun seguía este místico epinicio,
 Y fuera de las puertas principiaba
 El Mártir á cumplir su sacrificio;
 De oprobios y denuestos le llenaba
 La turba que le espera, y con bullicio
 Se encaminan al circo. Aquel llevaba
 Ante el pecho este título colgado:
«Eudoro fiel á muerte condenado.»

XXVI.

El ángel de tinieblas discurriendo
 Por los aires, se embriaga de alegría,
 Su triunfo asegurado ya creyendo:
 Contra el Santo al feroz pueblo encendia,
 Y el fanatismo y cólera creciendo,
 Aquel le apedreaba, este esparcía
 Bajo sus piés llagados y desnudos
 Vidrios rotos, guijarros puntiagudos.

XXVII.

Del Capitolio al circo iba marchando
 El Mártir lentamente, entre infinito
 Vulgo, La Via Sacra caminando.
 Ante el templo Statór, arco de Tito,
 A donde quiera ven ídolo infando,
 La plebe con furor redobla el grito,
 Y juntando amenazas al insulto
 Quiere que al simulacro ofrezca culto.

XXVIII.

«¿Debe el vencido al vencedor dar gloria?
»Les respondía el Mártir: un instante,
»Y luego juzgaréis de mi victoria.
»Yo veo, ó Roma, un Príncipe triunfante
»Que se humilla á la cruz! vuestra ilusoria
»Deidad sale del templo.... huye bramante!
»Sus puertas cierran ya bronceos cerrojos;
»Y su desierto umbral cubren abrojos!»

XXIX.

«Desgracias nos predice! el pueblo grita:
»Demos fin al impío blasfemante.»
Y con furor sobre él se precipita
Queriendo hacerle trozos delirante:
La guardia con trabajo se lo evita.
Cuanta estatua se alzó á Eudoro triunfante,
Derribáran por tierra; por acaso
Una sola quedára en pie á su paso.

XXX.

Mirándola un soldado, enternecido,
Para ocultar su rostro, la visera
Se bajaba; del Santo apercibido:
«¿Porqué lloras mi gloria pasajera?
»Hoy es día del triunfo esclarecido;
»Si quieres, igual honra á ti te espera.»
Tal discurso en el alma penetrára
Del guerrero, y la se luego abrazára.

XXXI.

Eudoro llega así al afiteatro,
 Como un noble corcel, de mortal lanza
 Herido sobre el bélico teatro,
 Al encuentro no obstante se abalanza
 Sin parecer sentir el golpe. Cuatro
 Robustos gladiadores con pujanza
 Del circo abren la puerta rechinante,
 Y el Mártir entra en él solo y triunfante.

XXXII.

Un grito universal entonces suena
 Con aplausos furiosos, prolongados
 Desde el fastigio sumo hasta la arena.
 Los leones en las cuevas encerrados
 Responden, sacudiendo su melena,
 Con rugidos á tal gozo acordados.
 Tiembla el pueblo, de espanto se estremece,
 Solo el Mártir impávido parece.

XXXIII.

Gracias rinde al Señor que le ha traído
 A tan glorioso fin. Su patria cara,
 Padre, hermanas recuerda enternecido.
 Por su esposa y Demódoco rogara.
 Esta la última idea que ha tenido
 De la tierra; su espíritu separa
 Entonces de las cosas de este suelo,
 Y toda su atencion dirige al cielo.

XXXIV.

Augusto no llegará: mientras tanto
 Que hacia el Inspector señal del juego,
 Al concurso sentarse pide el Santo,
 Accede aquel: entonces con sosiego
 Embozándose el jóven en su manto,
 En la arena se echó que debe luego
 Con su sangre empapar, como se acostea
 Sobre el musgo el pastor en la floresta.

XXXV.

En esto en las moradas inmortales,
 Del seno en que la esencia mora trina,
 Luz mas clara desciende á los umbrales,
 Del Santo de los Santos que ilumina
 Los inmensos espacios eternos,
 La corte celestial su frente inclina,
 Y oye esta voz con júbilo profundo;
 «Victoria á la Cruz santa! Paz al mundo!»

XXXVI.

Las cohortes de Mártires se elevan,
 Y se forman en filas al sonido
 De la tuba eterral. Al frente Estévan,
 Con Cipriano y Lorenzo esclarecido,
 Y á vos en medio, Antistes santos llevan,
 Honra, gloria, blason del distinguido
 Leal pueblo que el Ródano destruye,
 Y el Arar sus murallas besa y huye.

XXXVII.

De nube luminosa rodeados
Bajan á recibir al fiel agosto;
Los Profetas y Apóstoles sagrados
El combate á admirar vienen del justo;
A Séfora los coros sublimados
Dan grato parabien; sola con susto
Aparta ella del suelo sus miradas
Que al trono del Señor tiene elevadas.

XXXVIII.

Arma entonces Miguel su fuerte diestra
Con la espada inmortal que fué delante
Del Dios de Sabaot cuando hizo muestra
De sus huestes volviendo al cielo ovante.
Una cadena toma en la siniestra
Que al fuego del relámpago brillante
Forjáran cien Arcángeles unidos
Por Querubín sublime dirigidos.

XXXIX.

Admirable labor! bajo el pesado
Martillo el metal fulgido se estira,
De oro, plata y bronce elaborado:
Tres centellas le mezclan de la ira;
Eterna Maldicion, Terror airado,
Desesperacion; del rayo aguda vira,
Con la materia eléctrica y viviente
Que de Ezequiel compuso el carro ardiente.

XL.

Al signo de Elohé Miguel se lanza
De lo alto de los cielos cual cometa.
Los astros, de terror á tal pujanza,
De su giro tocar creen la meta.
Un pié pone en la tierra, el otro avanza
Sobre el mar, y sonando la trompeta,
Siete truenos con él sus voces dando,
Exclama con acento formidando:

XLI.

«Su reino sobre el orbe el Señor funda;
»El ídolo dió fin; la Cruz soterra
»Todos sus enemigos. Raza inmunda
»De tu hálito infernal libra á la tierra.
»Y tú, Satán, descende á la profunda
»Mazmorra del abismo, dó te encierra
»Jehová por castigo de tus daños:
»Amarrado estarás allí mil años.»

XLII.

En el ángel rebelde á tan tremenda
Voz penetra el espanto: solo brama
Satán y otra vez quiere la contienda
Renovar con Miguel; á Astarte clama
Para en orden poner la hueste horrenda;
Pero Astarte, arrojado ya en la llama
Con el bando infernal, paga los males
Que acabára de hacer á los mortales.

XLIII.

Satán solo luchar intenta en vano ;
 Las fuerzas le abandonan; destruido
 Su imperio, se le suelta de la mano
 El cetro; y dando un hórrido mugido,
 Blasfemias contra Dios diciendo insano,
 Baja al orco, y tras él bajan con ruido
 Las cadenas vivientes que le agarran,
 Y en el fondo del tártaro le amarran.

XLIV.

El hijo de Lastenes percibía
 Conciertos en los aires, acordando
 Mil cítaras doradas su armonía
 Con voces melodiosas; levantando
 Sus ojos á mirar, ve discurria
 Un escuadron de Santos, derribando
 Por Roma los altares, y que en nube
 Al cielo el polvo de las ruinas sube.

XLV.

Otro nuevo prodigio: á sus espaldas
 Ve en la tierra una escala que ascendía
 Hasta el cielo, compuesta de esmeraldas,
 Jaspe, safir, jacinto; descendía
 Un arcángel por ella, dos guirnaldas
 En las manos. El Mártir no sabía
 Quién fuese el compañero que le daba
 El cielo, y en su busca este marchaba.

XLVI.

Cuando entre el verde trigo de la aurora
 La luz matutinal calandria espera,
 Apenas el primer rayo colora
 Las nubes, deja el nido placentera
 Y principia la orquesta que enamora:
 Así aguardaba Ester la luz primera
 Para ir á entonar el dulce canto
 Que en el cielo enamora á Israel santo.

XLVII.

Un rayo deslizado entre la rama
 Del laurel de Virgilio, su ojo hiriendo,
 Al punto, con el fuego que la inflama,
 Salta en pie, y el sacro habito vistiendo,
 Se llega silenciosa hácia la cama
 Donde el anciano padre está durmiendo.
 Húmedas ve del llanto sus mejillas,
 Delante de él se pone de rodillas.

XLVIII.

Su dulce respirar escucha; siente
 Cual será su dolor en despertando.
 La piedad la vencia. De repente
 Su amor y la fe santa recordando,
 Se levanta, y se va furtivamente
 Como novia Espartana que evitando
 Los ojos de la madre, va lijera
 Al sitio donde esposo fiel la espera.

XLIX.

El santo Doroteo y sus criados
Entre la turba ya en el circo estaban.
Los fieles asistian disfrazados
Al combate del Mártir, y aguardaban
Para hurtar los cadáveres sagrados:
Así ves arrojarle, cuando acaban
De levantar la mies en un barbecho,
Las palomas que están cerca en acecho.

L.

La vírgen, sin estorbo, abre la puerta,
Y se lanza en un pueblo no sabido.
Vaga primeramente por desierta
Calle, pues Roma entera habia ido
Al circo; de llevar su paso incierta,
Se detiene, y apresta atento oído
Como escucha que en otra noche atiende
Si un ruido al enemigo le sorprende.

LI.

Un lejano murmullo la parece
Oír; corre lijera de aquel lado,
Y segun se aproxima el ruido crece.
Viejo, niño, muger, siervo, soldado,
En confuso tropel luego se ofrece
A su vista, á igual sitio arrebatado;
Líteras ve pasar, correr lijeros
Coches, carrozas, damas, caballeros.

LII.

Mil acentos, mil voces allí oyeras
 En confuso rumor, como el estruendo
 Con que el piélago bate las riberas.
 Entre estos gritos la doncella oyendo
 Repetir: «los cristianos á las fieras!»
 «Aquí estoy yo!» responde aun no pudiendo
 Ser oída su voz, y á la colina
 Se avanza que al fatal circo domina.

LIII.

Descendiendo el collado la doncella
 Al salir de la aurora, parecía
 Como esta refulgente y viva estrella
 Que un instante la noche presta al día:
 La Grecia prosternada ver en ella
 De Zéfiro la amante (3) creería;
 En su modestia, mas que en su vestido,
 Roma al punto una fiel ha conocido.

LIV.

«Prendedla, grita el pueblo, es fiel huida!»
 «Sí, responde la virgen, soy cristiana,
 «Mas no huyo... mirad, estoy perdida.
 «Las calles pude errar, yo que en lejana
 «Ribera de la Grecia soy nacida,
 «Y nueva en la ciudad ... Nacion Romana!
 «Hijos fuertes de Rómulo! enseñadme
 «Donde teneis el circo, á el guiadme.

LV.

Tal sencillez de idioma que pudiera
 Los tigres amansar, del pueblo infando
 Solo burlas y escarnios le atrajera.
 La jóven tropezára con un bando
 De hombres y mugeres, chusma fiera,
 Bajo el peso del vino vacilando:
 Con gritos y frenética algazara
 La llevan dó la vírgen les rogára.

LVI.

El gladiador del circo no teniendo
 Orden de que otro Mártir á él admita,
 La prohíbe el entrar. ¡Caso estupendo!
 La jóven pide, ruega, solicita;
 Un cancel llega á abrirse, y descubriendo
 A su esposo, por él se precipita,
 Como del arco disparada flecha,
 Y á los brazos de Eudoro va derecha.

LVII.

La turba que el inmenso circo llena,
 Se ve al punto de pié en la gradería;
 Se mueve, tumultúa, clama, truena;
 Pregúntanse en confusa gritería
 ¿Por qué aquella muger entró en la arena?
 ¿Por qué en brazos del Mártir se veía?
 Los unos: «es su esposa, el traje tiene
 »Del martirio, á sufrirlo con él viene.»

LVIII.

Los otros: «es la esclava del tirano;
 «Nuestros Dioses en público ofendiera
 «Queriendo libertaria de su mano.»
 «¡Qué jóven, y qué hermosa!» prorumpiera
 Una tímida voz. El pueblo insano:
 «Mayor razon para que al punto muera:
 «No la dejemos tiempo de que aumente
 «Con prole impía la proterva gente.»

LIX.

La sorpresa mezclada á horrible espanto,
 El éxtasis y súbita alegría,
 Embargaban la voz del Mártir santo.
 Ya aprieta al seno la que ver ansía;
 Ya quiere separar la que ama tanto,
 Porque el tiempo que vuela, traer podía
 De aquella vida el fin por la cual diera
 Miles veces la suya si pudiera.

LX.

Entre llantos al fin: «¿á qué has venido,
 «O Cimódoco, aquí? ¡Debió verte
 «En trance tan fatal! ¿Quién te ha traído
 «Sobre este campo de venganza y muerte?»
 La doncella: «en tus libros he leído
 «Que la esposa seguir debe la suerte
 «Del varon, padre y madre abandonado;
 «El mío, por seguirte aquí, he dejado.»

LXI.

De Eudoro nota el rostro macilento
Y herida mal vendada; un grito dando
Se arroja con transporte y ardimiento
Las llagas de su pecho y piés besando.
¿Quién podrá explicar bien el sentimiento
De dulzura que goza el Mártir, cuando
A través de las llagas del martirio
Siente el suave besar de fresco lirio?

LXII.

El cielo inspira á Eudoro de repente;
Rayos despidе su cabeza, el brillo
De la gloria de Dios cubre su frente.
Quitándose del índice un anillo,
Y en su sangre empapándolo reciente:
«O muger! dice, ante el poder me humillo»
«De la gracia: no mas mi amor se opone»
«A lo que el cielo en su bondad dispone»

LXIII.

«Tu destino en la tierra es acabado;
«Ni el padre ha menester de tu consuelo,
«Que el Eterno le toma á su cuidado,
«Y para siempre á unirnos ya en el cielo.
«Ya te había, ó Cimódace, anunciado
«Tan dulce union; mas antes que del suelo
«Lleguemos á partir, «éamos esposos:
«Este el templo, el altar, lecho gloriosos.

LXIV.

»La pompa que nos cerca, en torno mira,
»De aromas odorífero destello;
»Los ojos de la fe alza y admira
»Pompa bien superior, fasto mas bello.
»De fuego santo ardiendo en sacra pira,
»Pongamos á este amor perfecto sello,
»Que la muerte no rompa, mas suspenda:
»De esposa en este anillo ten la prenda.»

LXV.

En la arena se postra el par-amante;
El Mártir á Cimódoce entregará
El anillo, y la dice: «fe constante
»Te juro para siempre, esposa cara,
»Como Raquel hermosa, semejante
»A Rebeca en prudente, en fiel á Sara,
»Si no en longeva vida: abunde y crezca
»La virtud que en el cielo alto florezca.»

LXVI.

Los cielos se entreabren; canta el coro
Angélico los himnos de la esposa,
Con suave plectro hiriendo el arpa de oro.
La madre de los mártires gloriosa
Con su hija nueva á Dios ofrece á Eudoro:
Todo el cielo en placer santo rebosa;
Jesucristo bendice el himen fausto,
Amor les da el Espíritu inexhausto.

LXVII.

Entre tanto la turba que miraba
 Al par amante de rodillas puesto,
 Suplicarles la vida imaginaba.
 Hacia ellos el pulgar levanta presto,
 Signo con que los ruegos desechaba
 Del gladiador: tal era el solo resto
 De poder, que dejó la tiranía
 Al pueblo rey que en servitud yacia.

LXVIII.

El gladiador del pórtico llegará
 A preguntar del público el agrado.
 «Pueblo libre y potente! le arengará:
 »Esta fiel que en la arena ha penetrado,
 »Anoche de la cárcel se escapara;
 »Mas al circo la trae su mal hado:
 »¿Quedar debe?» La turba con voz fiera:
 «Los Dioses lo han querido, quede y muera.»

LXIX.

No son estos los hijos de aquel Bruto
 Que á Pompeyo maldicen porque hacia
 Luchar manso elefante, ¡Triste fruto
 De la bajeza de alma y tiranía!
 Este es el pueblo esclavo, disoluto,
 Cegado por feroz idolatría,
 Que renuncia, dejando el ser humano,
 La libertad y nombre del Romano.

LXX.

Repentino fragor de armas resuena;
 Todos vuelven la vista; cae el puente:
 Que el palacio imperial junta á la escena.
 Un paso basta á Augusto solamente
 Para llegar del lecho de la pena
 Al morticínio; el mal sufre vehementemente,
 Que le roe las huesos cual carcoma,
 Por mostrarse esta vez postrera á Roma.

LXXI.

El imperio y la vida considera
 Huirsele á la vez; un enviado
 De las Galias la nueva le trajera
 Que Constancio expirara, y proclamado
 Por la tropa en su puesto su hijo fuera.
 Constantino se habia declarado
 Cristiano, y sus legiones reuniendo
 Viene á Roma su marcha dirigiendo,

LXXII.

Tal nueva, á que el temor aumento daba,
 El alma de Galerio perturbando,
 De su mortal dolencia el punto agrava.
 Mas su pena en su pecho concentrando,
 Bien por burlarse á sí, bien que intentaba
 Engañar á los hombres, vacilando,
 Va á sentarse este espectro en su hora extrema
 A su balcon cual Muerte con diadema.

LXXIII.

No bien pareció Augusto en la asamblea;
 Al instante el concurso numeroso
 Se levanta, saluda y victorea
 Al César moribundo. Respetuoso
 Eudoro se inclinó. Cínodocea
 Va á suplicar la vida de su esposo;
 Y á fin de hacer su ánimo propicio,
 A sí misma se ofrece en sacrificio.

LXXIV.

Al César vacilante entre la duda
 De ser cruel ó perdonar elemento,
 La multitud feroz viene en ayuda.
 La vista de la víctima inocente
 Acrecienta su sed; con voz sañuda:
 «Que se suelten las bestias!» grita ardiente;
 Eudoro por su esposa hablar quería,
 «Las bestias! á las bestias! repetía.»

LXXV.

Los gritos continuaban sangüinarios,
 Cuando el toque primero el clarín suena:
 Al punto correr vieras emisarios,
 Y salir gladiadores de la escena;
 El fiero capataz de los Retiarios (Á)
 Cruza con marcha rápida la arena
 Para ir á abrir al tigre mas sangriento,
 A cuya rabia el hambre daba aumento.

LXXVI.

Entonces se levanta una porfía
 (Por siempre memorable!) entre el par santo;
 Sobre quien el postrero moriría
 Por no causar al otro dolor tanto.
 «Herido estás, Cimódoce decía,
 «Las fuerzas desmayadas del quebranto;
 «Yo conservo el vigor y fuerza entera,
 «Justo es que combata la postrera.»

LXXVII.

«Yo soy cristiano antiguo, Eudoro alega,
 «Avezado al dolor y á la congoja;
 «Permite que el postrero en la refriega
 «Tus últimos suspiros yo recoja.»
 El Confesor, hablando así, despliega
 Su manto y á Cimódoce lo arroja,
 Por cubrirla mejor en el desastre
 Al que en la arena el animal la arrastro.

LXXVIII.

Temía el Mártir santo en tal momento
 No llegase á manchar muerte tan pura
 La menos casta idea ó pensamiento
 Del concurso. Quizás de la natura
 Este el postrer instinto, el movimiento
 De los zelos, que nace, crece y dura
 Con el amor, á veces tiraniza,
 Y hasta en las almas justas se desliza.

LXXIX.

Otra vez el clarín suena espantoso:
Crujen los goznes de la férrea caja
Que encierra el tigre; el gladiador medroso
Por el circo á ponerse en salvo ataja.
La vírgen se coloca tras su esposo;
El Santo que en aliento la aventaja,
Sus brazos hácia el cielo en cruz alzando,
Por su mismo enemigo se ve orando.

LXXX.

El funesto clarín da el son postrero:
Despréndese del tigre la cadena,
Y con fuerte rugido el monstruo fiero
De un bote se lanzó sobre la arena.
Terror involuntario al pueblo entero
Obliga á estremecer. De espanto llena
La vírgen: «ay! salvadme!» á Eudoro grita,
Y en sus brazos veloz se precipita.

LXXXI.

El esposo, tornándose la agarra
En sus brazos y aprieta con su pecho.
Llega el fiero animal, hinca la garra
En el hjar del Mártir, y derecho
Los hombros con los dientes le desgarrá.
Cinodocca alzando en tal estrecho
Sus ojos asustados, ve la boca
Del tigre que en la frente á Eudoro toca.

LXXXII.

Antes que en ella el animal se cebe,
 El calor la abandona de la vida;
 Sus párpados se cierran; queda leve
 De los brazos del Mártir suspendida,
 Como se ve colgar copo de nieve
 Sobre un pino del Ménalo ó del Ida.
 Las vírgenes Inés y Eulalia Ibero
 Baján á recibir su compañera.

LXXXIII.

Rasgado el cuello ebúrneo el tigre había:
 El ángel del martirio silencioso
 La toca con su hoz, y al cielo envía,
 Sin pena, sin esfuerzo doloroso,
 El soplo celestial que parecia
 Andar prendido en cuerpo tan gracioso:
 Como la flor cayó que entre heno siega
 La guadaña del rústico en la vega.

LXXXIV.

Un instante despues la sigue Eudoro
 A la eterna mansion; lo hubieses creído
 Sacrificio de paz, paloma y toro,
 Por la familia Aarónica ofrecido.
 De música celeste se oye el coro;
 Mas luego de las nubes suspendido
 El lábaro se ve que á Roma guía
 Quien viene á castigar la tiranía.

LXXXV.

El trueno retumbó en el Vaticano:
 Cual súbito volcan que violento
 Sacude el monte y estremece el llano,
 Retiembla del teatro el fundamento;
 Por tierra va la estatua y signo vano
 Haciéndose mil trozos; este acento
 Del Capitolio se oye en la alta loma:
 «Los Dioses dejan para siempre á Roma.»

LXXXVI.

Desierta el pueblo atónito la escena:
 Galerio á su palacio retirado,
 Ciego de ira, con sed de sangre, ordena
 Que todo fiel á muerte sea dado,
 Constantino aparece entre la almena
 De la ciudad. Galerio acongojado,
 Cede en fin al horror del mal interno,
 Y espira blasfemando del Eterno.

LXXXVII.

En valde otro tirano se levanta:
 Dios truena; la Cruz brilla; Constantino
 Bate, hiere, solterra, asusta, espanta;
 Majencio se echa al álveo Tiberino;
 Tremola el vencedor la enseña santa
 En la ciudad eterna, y de continuo
 La raza del verdugo, al fiel adversa,
 Se confunde, se esconde, se dispersa.

LXXXVIII.

Demódoco, al dolor duro cediendo,
Sus postreros suspiros exhalára
En los brazos del Príncipe, pidiendo
El bautismo que lo una á su hija cara.
Constantino á los sitios va corriendo
Donde el resto mortal se amontonára
De las víctimas santas; los esposos
Halla que resplandecen luminosos.

LXXXIX.

Por prodigio del cielo sus heridas
Habianse cerrado, y en su frente
De la paz y la dicha reunidas
Brillaba la expresion con luz fulgente.
Juntas yacen las víctimas que unidas
Fueran con santo fin, dó antiguamente
El hijo de Lastenes corrió el risco
De ser lanzado del cristiano aprisco.

XC.

Las legiones que Eudoro condujera
Otro tiempo al combate, el mausoléo
Cercan del general. La águila fiera
De Rómulo se humilla por trofeo
A la cruz que tremola en la bandera.
Constantino, ya Augusto, con deseo
Hace aclamar sobre el sepulcro mismo
El culto del imperio el Cristianismo.

NOTAS.

Octava XXXVI.

Y á vos en medio, Antistes santos llevan.

- (4) San Potino y San Ireneo, obispos de Lyon de Francia.

Ibidem.

Leal pueblo que el Ródano destruye,

- (2) Ubi Rhodanus, ingens amnis prærapido fluit,
Aracque dubitem quo amos cursus egat.
Taciens, quietus alluit ripas vadis.

(Sen. in Agricol.)

Fulminis Rhodanus que se fegat incitus undis,
Quaque pigro dubitat mitis Arar,
Lupanum jacet, etc.

(Jul. Ces. Scalig.)

Octava LIII.

De Zéfiro la amante creeria;

- (5) La Aurora, á quien amó Zéfiro.

Octava LXXV.

El fiero capataz de los Retiarios

- (4) Gladiadores que usaban de ret en los combates.

FIN.

NOTES.

GROUP LXXVI

Y & Z in middle. A single series (LXXVI).

(1) In the 2nd series (LXXVI) is included

Wagon.

Local fossils are: *Hydrobia*, *Hydrobia*.

(2) In the 3rd series, *Hydrobia* is found.

Hydrobia is found in the 3rd series.

Hydrobia is found in the 3rd series.

(3) In the 4th series, *Hydrobia* is found.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

Hydrobia is found in the 4th series.

ERRATAS DEL TOMO II.

PAG.	LINEA	DICE	LEA SE
XXXXXXXX	XXXXXXXX	XXXXXXXX	XXXXXXXX
54	25	ni	ni
64	9	Constantie	Constantino
74	2	lalle	valló
84	5	cojes	cojos
105	4	guerris	guerreros
215	4	derrivada	derrubida
293	18	utrenos	extremos.
296	5	El opido le	El obispo de
203	10	da	de
320	47	cleva	elctas
54.	20	exclarcación	esclarecido
51.	21	azoba	azotas (1)



